

[CONTRA LAS CARTAS DE PETILIANO.]

ADVERTENCIA A LOS LIBROS SIGUIENTES.

Después de los libros sobre el Bautismo, el siguiente en la serie de Retractaciones es el libro titulado Contra lo que presentó Centurio de los Donatistas. A este libro, si existiera ahora, se le asignaría su lugar antes de las obras contra Petiliano.

Petiliano, obispo en la parte de Donato, había sido anteriormente abogado forense; en cuyo oficio se jactaba de haber merecido el nombre de Paráclito, según Agustín en el libro 3, capítulo 16 de esta obra. Él mismo, en Cirta, o (que era la misma ciudad en Numidia) Constantina, siendo catecúmeno católico, nacido de padres católicos, fue secuestrado por los Donatistas y bautizado por la fuerza por ellos, y ordenado contra su voluntad, dice el mismo Agustín en el sermón sobre los Hechos con Emerito, así como aquí, libro 2, capítulo 104. Posteriormente, Petiliano se convirtió en un defensor acérrimo de la parte de Donato, y fue uno de los siete obispos elegidos que en la conferencia de Cartago disputaron contra otros tantos obispos católicos.

Mucho antes de esa misma conferencia, escribió aquellas cartas a los presbíteros y diáconos donatistas contra los católicos, que son refutadas en los tres libros siguientes. En el primer libro, Agustín aborda la primera parte de la carta de Petiliano, que le fue presentada cuando estaba en la iglesia de Constantina; con la presencia de Absentio, como se lee al inicio del libro, y de Fortunato, obispo de esa Iglesia. Donde por Absentio, tal vez debería leerse Alipio, para que se refiera a la misma ocasión en la que los mismos obispos, Fortunato, Alipio y Agustín, escribieron la Epístola 53 entre las de Agustín, que se remonta aproximadamente al año 400, a Generoso con palabras comunes, mencionando también algo allí, capítulo 1, sobre la carta del obispo donatista de Constantina. El segundo libro, en el que Agustín refuta toda la carta de Petiliano que recibió después, fue escrito mientras Anastasio estaba en Roma, como se evidencia en el capítulo 51; o al menos sin haber tenido conocimiento aún de la muerte de Anastasio, que ocurrió el 27 de abril del año 402. Finalmente, al ver algún tiempo después la respuesta o segunda carta de Petiliano, escribió el tercer libro para refutarla.

Baronio nota que Agustín dice aquí, en el libro 2, capítulo 20: No recuerdo ninguna ley dada por los emperadores para que fueran asesinados: y concluye que estos libros fueron elaborados antes de la ley de Honorio del 25 de abril del año, según él, 398, que decreta la pena capital contra quienes infligen daño a personas y lugares sagrados. Pero Agustín, en el libro 1, capítulo 9, no indica claramente que escribe después de la muerte de Optato Gildoniano, que ocurrió a finales del año 398, y en el libro 2, capítulo 92, número 210, menciona abiertamente otra ley de Honorio sobre la eliminación de ídolos, que es del año 399. Por lo tanto, no recordaba esa ley anterior del año 398, tal vez porque nunca la vio ejecutada en África contra los Donatistas. Además, no está claro si esa ley se refería a los Donatistas y si fue promulgada en el año 398. En cualquier caso, es razonable pensar que Agustín asignó a estos libros su lugar en las Retractaciones no sin razón, después de algunas de sus obras que compuso en el año 400 o 401.

SAN AGUSTÍN DE HIPONA, OBISPO, CONTRA LAS CARTAS DE PETILIANO, OBISPO DONATISTA DE CIRTA. Tres libros. (C)

LIBRO PRIMERO. Escrito en forma de carta dirigida a los Católicos, en la que se refuta la primera parte de la carta de Petiliano, que él mismo había escrito a los suyos.

A los amadísimos hermanos que pertenecen al cuidado de nuestra administración,
AGUSTÍN, salud en el Señor.

CAPÍTULO PRIMERO.---1. Sabéis que hemos querido muchas veces llevar el sacrílego error de los herejes Donatistas al conocimiento manifiesto, no tanto por nuestra palabra, sino por la de ellos mismos, y convencerlos: de ahí que hayamos enviado cartas a algunos de sus principales, no comunicativas, pues ya se hicieron indignos de ellas al disentir de la Iglesia católica; pero tampoco injuriosas, sino pacíficas: para que, discutida la cuestión con nosotros, quisieran corregirse al considerar la verdad que los separó de la santa comunión del mundo; y no defendieran con una terquedad más necia la animosa perversidad de sus mayores, sino que fueran devueltos al fruto de la caridad enraizados en la católica. Pero como está escrito, Con los que odian la paz, yo era pacífico (Salmo 119, 7); así ellos rechazaron mis cartas, como odian la misma paz que se les aconsejaba a través de ellas. Ahora bien, cuando estaba en la iglesia de Constantina, con la presencia de Absentio y de mi colega Fortunato, su obispo, los hermanos me presentaron una carta que decían que el obispo de su cisma había dado a sus presbíteros, como también lo indicaba la inscripción de esas mismas cartas. Cuando la leí, me sorprendió tanto que con sus primeras palabras cortó de raíz toda la comunión de su parte, que no quise creer que fueran cartas de ese hombre, a quien la fama suele proclamar como el más destacado entre ellos en doctrina y elocuencia. Pero como había presentes algunos que conocían el estilo y ornato de su discurso, comenzaron a persuadirme de que ciertamente era su elocuencia. Sin embargo, fuera de quien fuera, consideré que debía refutarse, para que quienquiera que las hubiera escrito, no pareciera haber escrito algo contra la Católica ante los ignorantes.

2. Esto es lo primero que puso en su carta diciendo, que les objetamos el doble Bautismo, quienes bajo el nombre de Bautismo contaminamos nuestras almas con un lavado culpable. Pero, ¿de qué sirve repetir todas sus palabras injuriosas? Pues ya que es diferente afirmar documentos que refutar injurias, atendamos más bien a cómo quiso demostrar que no tenemos Bautismo, y por eso no repiten lo que ya era, sino que dan lo que no era. Dice: Se atiende a la conciencia del que da, ¿quién lavará la del que recibe? ¿Qué pasa si la conciencia del que da está oculta y tal vez manchada? ¿Cómo podrá lavar la conciencia del que recibe, si, como dice, se atiende a la conciencia del que da, para que lave la del que recibe? Pues si dijera que al que recibe no le afecta lo que esté oculto en la conciencia del que da, tal vez esa ignorancia valga para que, sin saberlo, no pueda ser manchado por la conciencia de su bautizador. Que baste, pues, que la conciencia manchada de otro, cuando se ignora, no manche: ¿pero acaso también puede lavar?

CAPÍTULO II.---3. Entonces, ¿de dónde será lavado el que recibe el Bautismo, cuando la conciencia del que da está contaminada, y esto lo ignora el que va a recibirlo? Especialmente cuando añade y dice: Pues quien recibe la fe de un pérfido, no recibe fe, sino culpa. He aquí que está el pérfido dispuesto a bautizar, pero el que va a ser bautizado ignora su perfidia: ¿qué crees que va a recibir? ¿fe o culpa? Si dices fe; concederás que es posible que alguien reciba fe de un pérfido, no culpa; y será falso lo que se dijo, Quien recibe la fe de un pérfido, no recibe fe, sino culpa. Pues encontramos que es posible que incluso de un pérfido alguien reciba fe, si ignora la perfidia del que da. No dijo, Quien recibe la fe de un pérfido manifiesto o conocido: sino, Quien recibe la fe de un pérfido, no recibe fe, sino culpa; lo cual es falso, cuando alguien es bautizado por un pérfido oculto. Pero si dijera, Incluso cuando el bautizador pérfido está oculto, no recibe de él fe, sino culpa: entonces rebauticen a aquellos que conste que fueron bautizados por ellos, quienes durante mucho tiempo permanecieron ocultos en su comunidad y luego fueron delatados, convictos y condenados.

CAPÍTULO III. Pues en el tiempo en que estaban ocultos, a quienes bautizaron no pudieron darles fe, sino culpa; si quien recibe la fe de un pérfido, no recibe fe, sino culpa. Por tanto, sean bautizados por los buenos, para que puedan recibir fe, no culpa.

4. Pero, ¿cómo estarán seguros incluso de estos, si se atiende a la conciencia del que da, que está oculta a los ojos del que recibe? Así, según su sentencia, la salvación espiritual se vuelve incierta, mientras que contra las Sagradas Escrituras, que dicen, Es mejor confiar en el Señor que confiar en el hombre (Salmo 117, 8); y, Maldito el hombre que pone su esperanza en el hombre (Jeremías 17, 5): quitan la esperanza de los que van a ser bautizados del Señor Dios, y persuaden que debe ponerse en el hombre. De modo que se hace no solo incierta, sino completamente nula la salvación: porque, Del Señor es la salvación (Salmo 3, 9); y, Vana es la salvación del hombre (Salmo 59, 13). Por tanto, quien pone su esperanza en el hombre, incluso en aquel que conoce como justo e inocente, es maldito. Por eso también el apóstol Pablo reprende a aquellos que decían ser de Pablo, y dice: ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O en el nombre de Pablo fuisteis bautizados? (1 Corintios 1, 13).

CAPÍTULO IV.---5. Por tanto, si aquellos erraban, y si no se corregían, perecerían, que querían ser de Pablo; ¿qué esperanza tienen entonces aquellos que buscan ser de Donato? Pues esto es lo que hacen estos, que el origen, la raíz y la cabeza del bautizado no sea otro que aquel por quien es bautizado. Así sucede que, puesto que a menudo es incierto qué clase de persona es el bautizador, con un origen incierto, una raíz incierta, una cabeza incierta, toda esperanza también es incierta. Y como puede suceder que la conciencia del que da sea tal que esté corrompida y manchada, y esto lo ignore el que recibe; consecuentemente sucede que con un origen corrupto, una raíz corrupta, una cabeza corrupta, la esperanza del bautizado también sea vana e inútil. Pues este en su carta dice, y dice, Porque toda cosa consiste en su origen y raíz, y si algo no tiene cabeza, no es nada. Y como quiere que se entienda que el origen y la raíz y la cabeza del bautizado es el hombre por quien es bautizado; ¿de qué le sirve al pobre bautizado ignorar cuán malo es su bautizador? Pues ignora que tiene una mala cabeza, o que no tiene cabeza en absoluto. Sin embargo, ¿qué esperanza tiene aquel a quien, ya sea sabiendo o ignorando, su cabeza es pésima o nula? ¿Acaso esa ignorancia se convierte en su cabeza, a quien su bautizador es una mala cabeza o ninguna? Pero quien crea esto, verdaderamente está sin cabeza.

CAPÍTULO V.---6. Nosotros, pues, preguntamos, porque dijo este, Quien recibe la fe de un pérfido, no recibe fe, sino culpa; y enseguida añadió, diciendo, Porque toda cosa consiste en su origen y raíz, y si algo no tiene cabeza, no es nada: preguntamos, pues, nosotros, cuando el bautizador pérfido está oculto, si entonces aquel a quien bautiza, recibe fe, no culpa: si entonces no es el bautizador su origen y raíz y cabeza, ¿quién es de quien recibe la fe? ¿dónde está el origen de donde nace? ¿dónde la raíz de donde brota? ¿dónde la cabeza de donde comienza? ¿O acaso cuando el bautizador pérfido es ignorado por el que es bautizado, entonces Cristo da la fe, entonces Cristo es el origen y la raíz y la cabeza? ¡Oh temeridad y soberbia humana! ¿por qué no permites más bien que siempre sea Cristo quien dé la fe, haciendo cristiano al dar? ¿Por qué no permites que siempre sea Cristo el origen del cristiano, que el cristiano se arraigue en Cristo, que Cristo sea la cabeza del cristiano? Pues ni siquiera cuando la gracia espiritual se imparte a los creyentes a través de un dispensador santo y fiel, el mismo dispensador justifica, sino aquel único de quien se dijo, que justifica al impío (Romanos 4, 5). ¿O acaso el apóstol Pablo es la cabeza y el origen de aquellos a quienes plantaba, o Apolo es la raíz de aquellos a quienes regaba; y no aquel que les dio la fe al creer: cuando el mismo dice, Yo planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento: así que ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios, que da el crecimiento (1 Corintios 3, 6-7). Ni era él su raíz; sino más bien aquel que dice: Yo soy la vid; vosotros los sarmientos (Juan 15, 5).

¿Cómo podía ser también su cabeza, cuando dice que nosotros muchos somos un cuerpo en Cristo, y proclama abiertamente en varios lugares que el mismo Cristo es la cabeza de todo el cuerpo?

CAPÍTULO VI.---7. Por tanto, ya sea que alguien reciba el sacramento del Bautismo de un dispensador fiel o pérfido, toda su esperanza esté en Cristo, para que no sea maldito quien pone su esperanza en el hombre. De lo contrario, si cada uno renace en la gracia espiritual según sea aquel por quien es bautizado, y cuando el bautizador manifiesto es un hombre bueno, él da la fe, él es el origen y la raíz y la cabeza del nacido; pero cuando el bautizador pérfido está oculto, entonces cada uno recibe la fe de Cristo, entonces de Cristo toma su origen, entonces en Cristo se arraiga, entonces se gloria en Cristo como cabeza: es deseable para todos los que son bautizados, que tengan bautizadores pérfidos, y los ignoren. Pues aunque tengan buenos, Cristo es ciertamente incomparablemente mejor, quien entonces será la cabeza del bautizado, si el bautizador pérfido está oculto.

CAPÍTULO VII.---8. Pero si es demente creer esto (pues siempre es Cristo quien justifica al impío, haciendo cristiano al impío, siempre se recibe la fe de Cristo, siempre Cristo es el origen de los regenerados y la cabeza de la Iglesia), ¿qué peso tienen esas palabras, que los lectores vanos no atienden a lo que tienen dentro, sino solo a cómo suenan? Pero quien no solo recibe las voces con el oído, sino que también contempla las sentencias con la mente, cuando oiga, Se atiende a la conciencia del que da, quien lavará la del que recibe: responderá, A menudo me es desconocida la conciencia humana, pero estoy seguro de la misericordia de Cristo. Cuando oiga, Quien recibe la fe de un pérfido, no recibe fe, sino culpa: responderá, Cristo no es pérfido, de quien recibo la fe, no la culpa. Cuando oiga, Porque toda cosa consiste en su origen y raíz; y si algo no tiene cabeza, no es nada: responderá, Mi origen es Cristo, mi raíz es Cristo, mi cabeza es Cristo. Cuando oiga, Ni nada regenera bien, a menos que sea regenerado por buena semilla: responderá, La semilla por la que soy regenerado es la palabra de Dios, que se me ha advertido escuchar obedientemente, incluso si aquel por quien escucho, lo que me dice él mismo no lo hace, diciendo el Señor, y asegurándome: Lo que dicen, haced; lo que hacen, no lo hagáis: porque dicen, y no hacen (Mateo 23, 3). Cuando oiga, ¿Qué perversidad puede haber, que quien es culpable por sus crímenes, haga a otro inocente? responderá, No me hace inocente sino aquel que murió por nuestras ofensas, y resucitó para nuestra justificación. Pues no creo en el ministro por quien soy bautizado; sino en aquel que justifica al impío, para que se me impute la fe como justicia (Romanos 4, 25, 5).

CAPÍTULO VIII.---9. Cuando oiga, El árbol bueno da buenos frutos; el árbol malo da malos frutos: ¿acaso se recogen uvas de los espinos? (Mateo 7, 17, 16) y, Todo hombre bueno saca cosas buenas del buen tesoro de su corazón; y el hombre malo saca cosas malas del mal tesoro de su corazón (Mateo 12, 35): responderá, Este es el buen fruto, que yo sea un buen árbol, es decir, un buen hombre, para que ofrezca buen fruto, es decir, buenas obras. Pero esto, no me lo dará quien planta y quien riega; sino quien da el crecimiento, Dios. Pues si el buen árbol es el buen bautizador, para que su buen fruto sea aquel a quien bautiza; quienquiera que haya sido bautizado por un hombre malo incluso no manifiesto, no podrá ser bueno: pues ha surgido de un árbol malo. Otra cosa es el buen árbol, otra cosa es el árbol oculto, pero sin embargo malo. O si cuando el árbol malo está oculto, cualquiera que sea bautizado por él, no nace de él, sino de Cristo; más santamente se justifican quienes son bautizados por malos ocultos, que quienes son bautizados por buenos manifiestos.

CAPÍTULO IX.---10. También cuando oiga, Quien es bautizado por un muerto; su lavado no le aprovecha (Eclesiástico 34, 30): responderá, Cristo vive, ya no muere, y la muerte ya no se enseñoreará de él (Romanos 6, 9), de quien se dijo, Él es quien bautiza en el Espíritu Santo

(Juan 1, 33). Pero son bautizados por muertos, quienes son bautizados en los templos de los ídolos. Pues ni siquiera ellos creen recibir de sus sacerdotes la santificación que piensan, sino de los dioses: que como fueron hombres, y así murieron, que ni sobre la tierra, ni en el descanso del cielo están, verdaderamente ellos son bautizados por muertos: y si de alguna otra manera estas palabras de la Sagrada Escritura pueden ser verdaderamente buscadas, y salubrementemente discutidas e entendidas. Pues si en este lugar entiendo por muerto al bautizador pecador, la misma absurda consecuencia seguirá, que quienquiera que haya sido bautizado incluso por un impío oculto, como si fuera bautizado por un muerto, ha sido lavado en vano. Pues no dijo, Quien es bautizado por un muerto manifiesto; sino que dice absolutamente, por un muerto. Y si piensan que alguien es muerto solo cuando lo conocen como pecador; pero vive, aunque sea un malvado que astutamente se oculta en su comunión: primero, con una execrable soberbia se arrojan más a sí mismos que lo que atribuyen a Dios, que cuando un pecador es conocido por ellos, se le llame muerto; pero cuando es conocido por Dios, se le considere vivo. Luego, si ese pecador debe ser llamado muerto, que es conocido por los hombres; ¿qué responderán sobre Optato, a quien conocieron como malvado durante mucho tiempo y temieron condenar? ¿Por qué no se dice que quienes fueron bautizados por él, fueron bautizados por un muerto? ¿O acaso vivía porque la fe le acompañaba? Lo cual suelen jactarse y alabar, dicho con ingenio y elegancia por no sé qué colega principal suyo, no entendiendo que con la caída del más soberbio Goliat, su propia espada le corta la cabeza (1 Samuel 17, 51).

CAPÍTULO X.---11. Finalmente, si no quieren llamar muerto ni al criminal oculto ni al manifiesto, que aún no ha sido condenado por ellos, sino al manifiesto y condenado, de modo que cualquiera que sea bautizado por él, sea bautizado por un muerto y su bautismo no le sirva de nada: ¿qué dirán de aquellos a quienes el concilio plenario de ellos, con su veraz sentencia, condenó junto con Maximiano y los demás que lo ordenaron, me refiero a Feliciano de Musti y a Pretextato de Assuras, de quienes hablo por ahora, que se cuentan entre los doce ordenadores de Maximiano y erigieron un altar contra el altar de ellos, al que asiste Primiano? Estos ciertamente son contados por ellos entre los muertos. Es testigo la clara sentencia de su concilio, que cuando fue recitada para ser decidida por ellos, aclamaron con gran voz; pero ahora, si acaso se la recitamos nosotros, enmudecen; cuando más bien no deberían alegrarse primero de su elocuencia, para no lamentar después su difamación. Allí, en efecto, dicen de los maximianistas excluidos de la comunión de ellos: Que la verdadera ola ha arrojado a los escollos ásperos los miembros naufragados de algunos, y que, a modo de ejemplo de los egipcios, las costas están llenas de los funerales de los que perecen; a quienes en la misma muerte les es mayor el castigo, porque después de que las aguas vengadoras les arrancaron el alma, ni siquiera encuentran sepultura. Así insultan a sus cismáticos, llamándolos muertos e insepultos: pero ciertamente debieron desear que fueran sepultados, para que de la multitud de cadáveres insepultos yacentes en la costa, Optato Gildoniano, avanzando con un ejército militar, como una ola rápida que se lanza más allá, no absorbiera después hacia adentro a Feliciano y Pretextato.

CAPÍTULO XI.---12. Les pregunto, ¿revivieron al regresar a su mar, o aún permanecen muertos allí? Porque si de todos modos son cadáveres, de ninguna manera el bautismo beneficia a quienes son bautizados por estos muertos. Pero si revivieron, ¿cómo beneficia el bautismo a aquellos que, cuando yacían exánimes, fueron bautizados afuera antes, si se entiende de la manera que piensan, "¿Qué le aprovecha su bautismo al que es bautizado por un muerto?" Pues aquellos que Pretextato y Feliciano bautizaron, cuando aún estaban en comunión con Maximiano, ahora los tienen mezclados con ellos en su comunión, sin ser rebautizados, junto con sus mismos bautizadores, es decir, Feliciano y Pretextato: en ocasión

de este hecho, si no fomentaran el liderazgo de su obstinación, sino que pensarán en la tan cierta ruina de su salvación espiritual, deberían despertar, y recobrada la salud del alma, respirar en la paz católica; si, dejando de lado la hinchazón del orgullo y superada la furia de la obstinación, quisieran atender al inmenso sacrilegio con el que se rechaza el Bautismo de las Iglesias transmarinas, que hemos recibido como primitivas de los santos Libros, y se acepta el Bautismo de los maximianistas, a quienes condenaron con su propia boca.

CAPÍTULO XII---13. Nuestros hermanos, hijos de las mencionadas Iglesias, no supieron entonces, ni saben ahora, lo que sucedió hace tantos años en África: por lo que los crímenes que los africanos de su parte les imputaron, aunque fueran verdaderos, no podrían contaminarlos por ignorancia. Pero estos, claramente separados y divididos, aunque se dice que asistieron a la ordenación de Primiano, condenaron a Primiano, ordenaron a otro obispo contra Primiano, bautizaron fuera de Primiano, rebautizaron después de Primiano y, con los suyos bautizados fuera por ellos, y no rebautizados dentro, regresaron a Primiano. Si tanta unión de los maximianistas no mancha a los donatistas, ¿cómo pudo la fama de los africanos manchar a los extranjeros? Si en el beso de paz se unen sin crimen los labios que se condenaron mutuamente, ¿por qué en las Iglesias muy alejadas de su juicio, más allá del mar, cualquiera condenado por ellos no es besado como fiel católico, sino exhalado como pagano impío? Si hicieron la paz con los maximianistas recibidos por su unidad: he aquí que no los reprendemos, sino que se condenan con su propio juicio, al recoger de nuevo por la unidad de su cisma lo que habían cortado, y despreciar remendar su cisma a la verdadera unidad.

CAPÍTULO XIII.---14. Si por la unidad de la parte de Donato no se rebautiza a los bautizados en el nefario cisma, y los culpables de tan gran crimen, que en su concilio compararon con aquellos antiguos autores del cisma que la tierra tragó vivos (Num. XVI, 31-35), o no son castigados separados, o son restituidos íntegramente condenados; ¿por qué no por la unidad de Cristo, que está difundida por todo el mundo, de la cual se predijo que dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra (Sal. LXXI, 8); y lo que se predijo, se ve y se prueba que se cumple: por qué entonces no se reconoce por esta verdadera y plena unidad la ley de esa herencia, que resuena en los códigos comunes, "Te daré las naciones como herencia, y como posesión tuya los confines de la tierra" (Sal. II, 8). Por la unidad de Donato no se les obliga a revocar lo que dispersaron, sino que se les exhorta a escuchar lo que claman las Escrituras: ¿por qué no entienden que se ha actuado con ellos por la misericordia de Dios, para que, ya que acusaban a la Iglesia católica de falsos crímenes, cuya contaminación no querían manchar su excesiva santidad, se vieran obligados a recibir de nuevo, por el reino de Optato Gildoniano, los verdaderos y máximos crímenes condenados por el veraz, como dicen, juicio de su concilio plenario, y a unirse a ellos? Ya deberían sentir cómo se llenan de los verdaderos crímenes de los suyos, quienes inventan falsedades contra sus hermanos, que si incluso hubieran dicho la verdad, ya deberían sentir cuán grandes cosas deben tolerarse por la paz, y por la paz de Cristo regresar a la Iglesia que no condenó lo desconocido, si por la paz de Donato les agradó revocar lo condenado.

CAPÍTULO XIV.---15. Así que para nosotros, hermanos, este único hecho que ocurrió entre ellos con los maximianistas, es suficiente para advertirles y corregirles: no discutimos archivos antiguos, no ventilamos armarios antiguos, no enviamos nuestra prueba a tierras lejanas; sino que apartamos todos los documentos de nuestros mayores, diferimos los testimonios que claman por todo el mundo.

CAPÍTULO XV.---16. He aquí las ciudades de Musti y Assuras; aún sobreviven en esta vida y en esta provincia quienes se separaron y de quienes se separaron, quienes erigieron un altar y contra quienes lo erigieron, quienes condenaron y quienes fueron condenados, quienes

recibieron y quienes fueron recibidos, quienes fueron bautizados fuera y no fueron rebautizados dentro: si estas cosas por la unidad manchan, que los manchados callen; si estas cosas por la unidad no manchan, que los corregidos quiten la disputa.

CAPÍTULO XVI.---17. Ya que el mismo que escribió su carta, se burle de sus propias palabras, quien usurpando de manera ignorante y mendaz el testimonio, donde recuerda que está escrito, "¿Qué le aprovecha su lavado al que es bautizado por un muerto?" intenta mostrarnos que el traidor debe ser considerado muerto en vida. Y añade, diciendo: "Está muerto aquel que no mereció nacer por el verdadero Bautismo; está muerto igualmente aquel que, nacido por el justo Bautismo, se mezcló con el traidor." Si los maximianistas no están muertos, ¿por qué en su concilio plenario dicen que las costas están llenas de los funerales de los que perecen? Pero si están muertos, ¿de dónde vive el Bautismo que dieron? Luego, si Maximiano no está muerto, ¿por qué se rebautiza después de él? Pero si está muerto, ¿por qué no murió con él Feliciano de Musti, su ordenador, y pudo morir con no sé qué traidor africano su colega transmarino? O si él también está muerto, ¿de dónde viven contigo dentro, no rebautizados, los que fueron bautizados fuera por ese muerto?

CAPÍTULO XVII.---18. Luego añadió: "Ambos no tienen la vida del Bautismo, ni el que nunca la tuvo, ni el que la tuvo y la perdió." Nunca la tuvo, entonces, aquel que Feliciano o Pretextato maximianista bautizaron fuera, pero ellos perdieron lo que tenían. Entonces, cuando estos fueron recibidos con los suyos, ¿quién les dio a los que bautizaron lo que no tenían; y quién les devolvió a ellos lo que habían perdido? Pero si se llevaron consigo la forma del Bautismo, pero perdieron la virtud misma del Bautismo por el mal cisma, ¿por qué exhalas esa misma forma, que siempre y en todas partes es santa, en los católicos que no has oído, y la abrazas en los maximianistas que castigaste?

19. Pero lo que sea que se haya dicho criminalmente sobre el traidor Judas, ¿qué nos importa a nosotros, que ni se nos prueba como traidores, ni si se probara la traición de algunos de los que murieron antes en nuestra comunión, incluso esa misma, reprobada y desagradable para nosotros, nos mancharía de alguna manera? Porque si ellos no se manchan al recibir a los condenados por sus crímenes y a los que no fueron castigados separados, ¿cuánto menos podríamos nosotros ser manchados por lo que hemos oído y reprobado? Por tanto, por mucho que se ensañe contra los traidores, que los cuente con las mismas palabras entre los acusados por mí. Pero ciertamente distingo: porque él acusa ante mí a quien mi conocimiento no juzgó ya muerto hace tiempo; yo nuestro adherido a su lado a quien condenaron, o ciertamente separado por sacrílego cisma, sin ninguna disminución de su honor lo recibieron.

CAPÍTULO XVIII.---20. "Perverso traidor, te convertiste en perseguidor y verdugo de nosotros que guardamos la ley." Si los maximianistas guardaron la ley cuando se separaron de ti; sé tú también guardador de la ley, cuando te separaste de la Iglesia, que está difundida por todo el mundo. Pero si hablas de persecuciones, respondo rápidamente, si sufriste algo injustamente, no pertenece a aquellos que, aunque reprueban tales acciones, sin embargo, por la paz de la unidad, las toleran laudablemente. Por tanto, no tienes nada que objetar a los granos del Señor que soportan su paja hasta la última ventilación, de la que nunca te hubieras apartado, si no hubieras volado como paja más ligera por el viento de la tentación antes de la llegada del ventilador. Pero para no apartarme de este único ejemplo, que el Señor ha devuelto a sus rostros para cerrar las bocas de estos, y corregirlos si son sabios, y confundirlos si permanecen en la perversidad: si son más justos los que sufren persecución, que aquellos que la hacen; los mismos maximianistas son más justos, cuya basílica fue completamente destruida, y fueron gravemente agitados por el acompañamiento militar de Optato, y las órdenes del procónsul para excluirlos de todas las basílicas fueron obtenidas

manifiestamente por los primianistas. Por tanto, si se atrevieron a tanto para corregir a los maximianistas, ¿qué habrían hecho si, por la comunión de los reyes, se les hubiera permitido hacer algo? Pero si hicieron estas cosas para corregir a los malvados; ¿qué se asombran si los emperadores católicos deciden urgir y corregir con mayor poder a aquellos que intentan rebautizar a todo el mundo cristiano, cuando no tienen causa para disentir; puesto que ellos mismos testifican que los malos, aunque les imputaran verdaderos crímenes, deben ser tolerados por la paz, cuando recibieron a los que condenaron con sus honores, y con el Bautismo dado fuera? Consideren alguna vez qué son dignos de sufrir por las potestades cristianas del mundo, enemigos de la unidad cristiana difundida por todo el mundo. Así que ya, si la corrección es lenta, al menos que haya vergüenza; para que los mismos, cuando comiencen a leer lo que escriben, no sean vencidos por la risa, mientras no reconocen en sí mismos lo que quieren que se vea en otros, ni reconocen en sí mismos lo que imputan a otros.

CAPÍTULO XIX.---21. ¿Qué significa, entonces, que este en su carta puso al Señor diciendo a los judíos, "Por eso envió a vosotros profetas, y sabios, y escribas; y de ellos mataréis, y crucificaréis, y azotaréis" (Mat. XXIII, 34)? Porque si quieren que se entiendan a sí mismos como sabios, y escribas, y profetas, y a nosotros como perseguidores de sabios y profetas; ¿por qué no quieren hablar con nosotros, si fueron enviados a nosotros? De hecho, este que escribió esa carta, a la que ahora respondemos, si se le urge por nosotros a que confiese que es suya firmando con su propia mano, tal vez no lo haga: tanto temen que retengamos alguna de sus palabras. Pues cuando quisimos de alguna manera obtener la parte posterior de esa carta, porque no pudieron darnos toda la que nos fue entregada, ninguno de los que se la pedimos quiso darla, después de que supieron que respondíamos a la parte a la que llegamos. Así que cuando leen cómo el Señor dice al profeta, "Clama vehementemente, no es para que perdones, y escribe con mi estilo sus pecados" (Isa. LVIII, 1): estos hombres profetas que fueron enviados a nosotros, nada temen tanto, sino que evitan que su clamor sea oído por nosotros; lo cual, si dijeran la verdad sobre nosotros, no temerían. No sin razón, como está escrito en el Salmo, "Se ha cerrado la boca de los que hablan iniquidades" (Sal. LXII, 12). Porque si por eso no aceptan nuestro Bautismo, porque somos progenie de víboras, como este puso en su carta: ¿por qué aceptaron el de los maximianistas, de quienes su concilio dice, "Que el vientre venenoso del útero ha cubierto durante mucho tiempo los nocivos partos de la simiente de víboras, y los coágulos húmedos del crimen concebido se han evaporado lentamente en miembros de áspides"? ¿No se dijo también de ellos en el mismo concilio, que "El veneno de áspides está bajo sus labios, cuya boca está llena de maldición y amargura, sus pies son veloces para derramar sangre, destrucción e infelicidad hay en sus caminos, y no conocieron el camino de la paz" (Sal. XIII, 3)? Y sin embargo, ahora los tienen dentro con su honor íntegro, y a los bautizados por ellos fuera.

CAPÍTULO XX.---22. Por tanto, todas estas cosas sobre la progenie de víboras, y sobre el veneno de áspides bajo sus labios, y otras que se dijeron de aquellos que no conocieron el camino de la paz, si realmente quisieran decirlas, ellos mismos lo son más bien; ya que recibieron el Bautismo de ellos, en el que dijeron estas cosas por la paz de Donato, y rechazan el Bautismo de la Iglesia de Cristo difundida por todo el mundo, de donde vino la misma paz a África, para la sacrílega injuria de la paz de Cristo. ¿Quiénes son entonces más bien los falsos profetas, que vienen con vestiduras de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces: si aquellos que en la unidad católica no conocen a los malos, y les comunican inocentemente, o aquellos que no pueden segregarse de la era del Señor antes de que llegue el ventilador, y los toleran por la paz de la unidad, o aquellos que hacen en el cisma lo que reprueban en la católica, y lo que fingen huir en la unidad, incierto y tolerable, lo reciben manifiesto y condenado por ellos mismos en su partición?

CAPÍTULO XXI.---23. Finalmente, así se dijo, y él mismo también lo recordó: "Por sus frutos los conoceréis" (Mat. VII, 15, 16): Entonces consideremos los frutos. Objecen la traición: esta misma se la objetamos mucho más probablemente a ellos mismos. Y para no extendernos demasiado, en la misma ciudad de Constantina, sus mayores ordenaron a Silvano como obispo en el mismo inicio de su cisma. Este, cuando aún era subdiácono, fue manifestamente declarado traidor en los Actos municipales. Si también ustedes presentan algunos documentos contra nuestros mayores: se pide una condición equitativa, para que creamos que o ambas son verdaderas, o ambas son falsas. Si ambas son verdaderas, ustedes son sin duda culpables de cisma, que fingieron huir de los crímenes en la comunión de todo el orbe, que tenían en esa misma partícula de su cisma. Pero si ambas son falsas, ustedes son sin duda culpables de cisma, que por falsos crímenes de traidores se manchan con el inmenso crimen de la separación. Pero si nosotros presentamos algunas, y ustedes ninguna, o nosotros verdaderas, y ustedes falsas, no hay que discutir cuánto se cierran completamente sus bocas.

CAPÍTULO XXII.---24. ¿Qué, si la santa y verdadera Iglesia de Cristo los convenciera y superara, incluso si nosotros no tuviéramos ninguna o falsas, y ustedes tuvieran algunos y verdaderos documentos de traición, qué les quedaría ya, sino que, si quieren, amen la paz; si no quieren, al menos se callen? Porque cualquier cosa que presenten ahora, fácilmente y verdaderamente diría, entonces debieron probarlo a la unidad plenaria y católica de la Iglesia, ya difundida y firmada por tantas naciones, para que ustedes estuvieran dentro, y aquellos a quienes convencieran, fueran expulsados afuera. Pero si intentaron hacerlo, sin duda no pudieron probarlo, y vencidos o enojados se separaron sacrílegamente de los inocentes que no podían condenar lo incierto. Pero si ni siquiera intentaron hacerlo, con demasiada execrable e impía ceguera se separaron de los granos de Cristo, que crecen por todo el campo, es decir, por todo el mundo hasta el fin, ofendidos por unas pocas cizañas en África.

CAPÍTULO XXIII.---25. Finalmente, se dice que un testamento fue entregado a las llamas por algunos en tiempo de persecución: ahora, dondequiera que se haya presentado, que se recite. Ciertamente, en el inicio de las promesas del testador se encuentra dicho a Abraham, "En tu simiente serán bendecidas todas las naciones" (Gen. XXII, 18): y esto, ¿qué es?, lo interpreta el veraz Apóstol, "En tu simiente, dice, que es Cristo" (Gál. III, 16). Ninguna traición ha invalidado la fe de Dios. Comuníquense con todas las naciones: y entonces gloriense de haber conservado el testamento de la destrucción de las llamas. Pero si no quieren, ¿qué parte es más creíble, que se opuso a la quema del testamento, sino la que no quiere consentir en lo que se ha revelado? Porque ciertamente, sin ninguna temeridad sacrílega, se juzga que aquel sucedió a los traidores, quien ahora persigue con la lengua el testamento, que se dice que aquellos persiguieron con la llama. Objecen la persecución: les responden los granos del Señor, "O se hizo justamente, o lo hizo nuestra paja. ¿Qué dicen a esto?" Objecen que no tenemos Bautismo: les responden los mismos granos del Señor, que la forma del Sacramento no aprovecha a algunos incluso dentro, como no le aprovechó a Simón el Mago bautizado; mucho menos aprovecha a los que están fuera: pero se prueba que está en ellos cuando se van, porque no se les restituye cuando regresan. Nunca, por tanto, podrás clamar contra estos granos, y decir falsos profetas vestidos con pieles de ovejas, pero por dentro lobos rapaces: puesto que los malos en la unidad católica o no los conocen, o los toleran por la unidad a los que conocen.

CAPÍTULO XXIV.---26. Si consideramos vuestros frutos; omito las dominaciones tiránicas en las ciudades y especialmente en las propiedades ajenas, omito la furia de los Circunceliones, y el culto sacrílego y profano de los cadáveres que se precipitan voluntariamente, las bacanales de embriaguez, y el gemido de toda África durante una década

bajo un solo Optato Gildoniano: omito estas cosas, porque hay entre vosotros algunos que proclaman que les desagradan y siempre les han desagradado; pero dicen que las toleran por la paz, porque no pueden reprimirlas: en esto se condenan con su propio juicio; porque si amaran la paz, no romperían la unidad. Pues, ¿qué demencia es tan grande, querer dejar la paz en la misma paz, y querer retenerla en la disensión? Así que, por aquellos que fingen no ver los males de la misma parte de Donato, que todos ven y reprueban, hasta el punto de decir incluso sobre el mismo Optato, ¿Qué hizo? ¿Quién lo acusó? ¿quién lo convenció? Yo no sé, no vi, no oí. Por estos, pues, que fingen ignorar lo manifiesto, surgieron los Maximianistas, en quienes se les abren los ojos y se les cierran las bocas: se separan abiertamente, erigen abiertamente altar contra altar, abiertamente en el concilio son llamados sacrílegos y víboras, y veloces para derramar sangre, y comparados con Datán, Abirón y Coré, y son condenados con palabras ásperas y detestados, abiertamente son recibidos de nuevo en sus honores con sus bautizados. Estos son sus frutos, haciendo estas cosas por la paz de Donato para cubrirse con piel de oveja, y rechazando la paz de Cristo en todo el orbe para ser lobos rapaces por dentro.

CAPÍTULO XXV.---27. No creo haber omitido nada de lo que este puso en su carta, al menos lo que pude encontrar en la parte a la que hemos llegado: que presenten también la parte restante, no sea que allí haya algo que no pueda refutarse. Sin embargo, estas cosas, que respondimos con la ayuda del Señor, os exhorto, Caridad vuestra, a que no solo las deis a quienes las pidan, sino que también las ofrezcáis a quienes no las pidan. Respondan si quieren: y si no quieren a nosotros, al menos envíen cartas a los suyos, que sin embargo no nos manden ocultar; porque si lo hacen, manifiestan abiertamente sus frutos, con los cuales se demuestran ser lobos rapaces vestidos con pieles de oveja, que acechan ocultamente a nuestras ovejas, y abiertamente temen responder a los pastores. Nosotros solo les imputamos el crimen de cisma, en el cual están completamente involucrados todos: no los crímenes de algunos de ellos, que algunos de ellos responden que les desagradan. Pero si no nos imputan crímenes ajenos, no tienen nada que imputar: y por eso no pueden defenderse en absoluto del crimen del cisma; porque ya sea por falsedades y cosas inventadas por ellos, o incluso por verdaderos, pero sin embargo crímenes de paja, se separaron de la era del Señor, y de la inocencia de los granos que crecen en todo el orbe, con una nefaria separación.

CAPÍTULO XXVI.---28. A menos que esperéis de mí que también refute lo que interpusieron sobre el maniqueo. En lo cual no nos desagrada, sino porque culpó la herejía maniquea, pestilente y perniciosísima, con una reprensión levísima y casi nula; la cual la Católica combate con los más fuertes documentos de la verdad. Pues la herencia de Cristo establecida en todas las naciones está segura contra todas las herejías desheredadas: pero como dice el Señor, ¿Cómo puede Satanás echar fuera a Satanás? (Marcos III, 23) así, ¿cómo puede el error de los maniqueos ser destruido por el error de los donatistas?

CAPÍTULO XXVII.---29. Por lo tanto, carísimos, aunque este error sea vencido de muchas maneras, y no se atreva a resistir a la verdad con ninguna razón, sino solo con impudencia pertinaz: sin embargo, para no sobrecargar vuestra memoria con la multitud de documentos, retened este único hecho de los Maximianistas, clavadlo en su frente, cerrad sus bocas con esto para reprimir sus lenguas engañosas, y con esto, como con un tridente, destruid su calumnia como si fuera una bestia tricéfala. Imputan traición, imputan persecución, imputan falso bautismo: responded a todo solo con los Maximianistas. Pues lo que sus mayores entregaron los santos códices a las llamas, creen que es oculto: pero cuando recibieron en sus honores a los contaminados con el sacrilegio del cisma, ciertamente no pueden ocultar esto. Asimismo, las persecuciones violentísimas que hacen dondequiera que pueden, creen que son ocultas: pero cuando la persecución espiritual supera a la corporal, los Maximianistas a

quienes ellos mismos persiguieron corporalmente, y de quienes ellos mismos dijeron, Veloces son sus pies para derramar sangre (Salmo XIII, 3), los recibieron en sus honores; esto ciertamente no pueden ocultar.

CAPÍTULO XXVIII.---Finalmente, creen que la cuestión del Bautismo, con la que engañan a los miserables, es oculta: pero cuando dicen que no tienen Bautismo todos los que son bautizados fuera de la comunión de la única Iglesia, recibieron a los Maximianistas con aquellos a quienes bautizaron en el cisma fuera de la comunión de ellos; esto ciertamente no pueden ocultar.

30. Pero dicen, estas cosas no manchan por la paz, y es bueno inclinar el rigor de la severidad hacia la misericordia, para que las ramas rotas sean injertadas de nuevo. Así, pues, toda la causa se concluye, vencida en ellos, invicta para nosotros: porque si el nombre de la paz se asume para tolerar a los malos en el cisma como una sombra de defensa, sin duda con horrendo crimen y sin ninguna defensa se viola la verdadera paz misma por la unidad del orbe terrarum.

CAPÍTULO XXIX.---31. Estas cosas, hermanos, retenedlas con diligente mansedumbre para hacer y predicar: amad a los hombres, matad los errores: sin soberbia presumid de la verdad, sin crueldad luchad por la verdad. Orad por aquellos a quienes reprendéis y convencéis. Pues por tales el profeta suplica a Dios, diciendo: Llena sus rostros de ignominia, y buscarán tu nombre, Señor (Salmo LXXXII, 17). Lo cual ya ha hecho el Señor, para que llenara sus rostros de ignominia con los Maximianistas: resta que sepan erubescer saludablemente. Así podrán buscar el nombre del Señor, del cual se apartaron perniciosamente, mientras por él exaltan su propio nombre. Vivid y perseverad en Cristo, y multiplicaos, y abundad en la caridad de Dios, y entre vosotros, y en todos, amadísimos hermanos.

LIBRO SEGUNDO. En el cual Agustín responde a todas y cada una de las palabras de la Epístola de Petiliano como si dialogara con el adversario presente.

CAPÍTULO PRIMERO.---1. Las primeras partes de la Epístola de Petiliano, a las que solo habíamos respondido, lo recuerdan quienes pudieron leerlas o escucharlas. Pero como después fue encontrada y transcrita toda por los hermanos, y enviada a nosotros para que respondamos a todo, no debía evitarse este deber de nuestro estilo: no porque él diga algo nuevo, a lo que no se haya respondido ya de muchas maneras y frecuentemente; sino por los hermanos más lentos, que no pueden referir todo lo que leen en algún lugar a todo lo igual, así complaceré a aquellos que me obligan a responder a cada cosa, como si en presencia discutiéramos con discursos alternos. Pondré las palabras de su Epístola bajo su nombre, y daré la respuesta bajo mi nombre, como si, al actuar, fueran tomadas por los notarios. Así no habrá quien se queje de que he omitido algo, o de que no pudo entender por personas indiscretas: al mismo tiempo, para que los mismos donatistas, que no quieren discutir con nosotros en persona, no eviten por las cartas que han publicado a los suyos, responder a la verdad que les responde a cada cosa, como si dialogaran con nosotros cara a cara.

2. Desde el mismo comienzo de su Epístola, PETILIANO dijo: Petiliano obispo a los amadísimos hermanos, copresbíteros y diáconos ministros establecidos con nosotros en el santo Evangelio por la diócesis: gracia a vosotros y paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

3. AGUSTÍN respondió: Reconozco el saludo apostólico: mira quién dices ser, de dónde aprendiste lo que dices advierte. Así saluda Pablo a los Romanos, así a los Corintios, así a los

Gálatas, así a los Efesios, Colosenses, Filipenses, Tesalonicenses. ¿Qué demencia es, pues, no querer comunicar la paz de saludo con estas Iglesias, en cuyas Epístolas aprendiste el saludo pacífico?

CAPÍTULO II.---4. PETIL. dijo: Nos imputan el doble Bautismo aquellos que bajo el nombre del Bautismo han contaminado sus almas con un lavado culpable, para quienes ciertamente todas las inmundicias obscenas son más limpias, a quienes su perversa limpieza tocó con su agua para contaminar.

5. AGUST. respondió: Ni nos contaminamos con nuestra agua, ni nos limpiamos con la vuestra: pero el agua del Bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo cuando se da a alguien, ni es nuestra, ni es vuestra, sino de aquel de quien se dijo a Juan, Sobre quien veas al Espíritu descender como paloma y permanecer sobre él, este es el que bautiza en el Espíritu Santo (Juan I, 33).

CAPÍTULO III.---6. PETIL. dijo: Pues se atiende a la conciencia del que da, quien lava al que recibe.

7. AGUST. respondió: De la conciencia de Cristo, pues, estamos seguros. Porque si pones a cualquier hombre, la purificación del que recibe será incierta, porque es incierta la conciencia del que lava.

CAPÍTULO IV.---8. PETIL. dijo: Pues quien recibe la fe de un pérfido, no recibe fe, sino culpa.

9. AGUST. respondió: Cristo no es pérfido; de quien el hombre fiel recibe la fe, no la culpa. Pues cree en aquel que justifica al impío, para que su fe le sea contada por justicia (Rom. IV, 5).

CAPÍTULO V.---10. PETIL. dijo: Pues toda cosa consiste en su origen y raíz; y si algo no tiene cabeza, no es nada: ni nada regenera bien, a menos que sea regenerado por buena semilla.

11. AGUST. respondió: ¿Por qué quieres oponerte a Cristo, bajo quien no quieres ponerte? Él es el origen y la raíz y la cabeza del que nace, de quien no tememos como de cualquier hombre, no sea que sea ficticio y pésimo, y de origen pésimo nazcamos, de raíz pésima surjamos, a cabeza pésima nos conformemos. Pues, ¿quién puede estar seguro de un hombre, cuando está escrito: Maldito todo aquel que pone su esperanza en el hombre (Jer. XVII, 5)? Pero la semilla por la que somos regenerados es la palabra de Dios, es decir, el Evangelio. De donde el Apóstol dice: En Cristo Jesús por el Evangelio yo os engendré (I Cor. IV, 15). Quien, sin embargo, también permite que anuncien el Evangelio no castamente, y en esto se regocija (Filip. I, 17, 18), porque aunque no lo anuncien castamente, buscando lo suyo, no lo de Jesucristo (Filip. II, 21), sin embargo, era casto lo que anunciaban. Y el Señor había dicho de algunos tales: Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis: porque dicen, y no hacen (Mat. XXIII, 3). Si, pues, se anuncia castamente lo que es casto, también el mismo anunciador, porque se asocia con la palabra, engendra al creyente: pero si él mismo no se regenera, sin embargo, lo que anuncia es casto, el creyente nace no de la esterilidad del ministro, sino de la fecundidad de la verdad.

CAPÍTULO VI.---12. PETIL. dijo: Pues siendo así, hermanos, ¿qué perversidad puede haber, que quien es reo por sus crímenes, haga a otro inocente, diciendo el Señor Jesucristo, «El árbol bueno da frutos buenos, el árbol malo da frutos malos: ¿acaso recogen uvas de los

espinos» (Mat. VII, 17, 16)? Y de nuevo, «Todo hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas; y todo hombre malo del mal tesoro de su corazón saca cosas malas» (Mat. XII, 35)?

13. AGUST. respondió: Todo hombre, aunque no sea reo por sus crímenes, no hace a otro inocente, porque no es Dios: de lo contrario, si se espera la inocencia del bautizado de la inocencia del bautizante, tanto más inocente será cada uno, cuanto más inocente encuentre a quien lo bautice; y tanto menos será él mismo inocente, cuanto también aquel de quien es bautizado. Y si acaso el que bautiza tiene odio contra alguien, esto también se imputará a aquel que es bautizado. ¿Para qué, pues, corre el miserable al Bautismo? ¿Para que le sean perdonados sus pecados, o para que le sean impuestos los ajenos? ¿O como el barco del mercader, que deja unos y toma otros? Pero el árbol bueno y su fruto bueno, y el árbol malo y su fruto malo, solemos entenderlos como hombres y sus obras, como se muestra consecuentemente en las palabras que tú también recordaste: El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas; y el hombre malo del mal tesoro de su corazón saca cosas malas. Pero cuando predica la palabra de Dios, ministra el sacramento de Dios, no predica ni ministra de lo suyo, si es malo: sino que se le imputará entre aquellos de quienes se dijo, Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis: porque dicen lo que es de Dios, pero hacen lo que es suyo. Pues si es así como dices, es decir, que los frutos de los bautizantes se consideran los mismos bautizados; gran mal anuncian a África, si tantos Optatos han surgido, cuantos bautizó Optato.

CAPÍTULO VII.---14. PETIL. dijo: Y de nuevo, «Quien es bautizado por un muerto, su lavado no le aprovecha» (Ecli. XXXIV, 30). No afirmó que el bautista fuera un muerto, un cuerpo exánime, ni un cadáver extendido; sino que comparó al que no tiene el espíritu de Dios con un muerto, como manifiesta en otro lugar al discípulo, testificando el Evangelio. Dijo su discípulo: «Señor, permíteme sepultar a mi padre.» Jesús le dijo: «Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos» (Mat. VIII, 21, 22). El padre del discípulo no estaba bautizado, lo entregó a los paganos pagano: a menos que esto lo dijera de los infieles, un muerto no puede enterrar a un muerto. Por tanto, muerto no por alguna muerte, sino golpeado por su vida. Pues quien vive así que es reo, su vida muerta es torturada. Por tanto, ser bautizado por un muerto, es haber recibido muerte, no vida. Debemos actuar y decir, para que el traidor sea considerado muerto en vida. Está muerto aquel que no mereció nacer por el verdadero Bautismo; está muerto aquel igualmente que, nacido por el justo Bautismo, se mezcló con el traidor: ambos no tienen la vida del Bautismo, tanto el que nunca la tuvo, como el que la tuvo y la perdió. Pues dice el Señor Jesucristo: «Vendrán a él siete espíritus peores, y el hombre será peor que antes» (Mat. XII, 45).

15. AGUST. respondió: Busca más diligentemente cómo se dijo y cómo debe entenderse el testimonio que pusiste de la Escritura. Pues que los inicuos suelen ser llamados muertos mística es manifiesto: pero Cristo, cuyo es el verdadero Bautismo, que por los vicios del hombre decís falso, vive sentado a la derecha del Padre, y ni siquiera por la debilidad de la carne morirá ya, y la muerte no tendrá más dominio sobre él (Rom. VI, 9): de cuyo Bautismo quien es bautizado, no es bautizado por un muerto; y si acaso los ministros, obreros engañosos buscando lo suyo, no lo de Jesucristo, y anunciando el Evangelio no castamente, y predicando a Cristo por contención e invidia, por sus iniquidades deben ser llamados muertos, sin embargo, el Sacramento del Dios vivo no muere en el muerto. Pues muerto era aquel Simón bautizado por Felipe en Samaria, que quería comprar el don de Dios con dinero (Hechos VIII, 13, 18, 19): pero vivía para su condena el Bautismo que tenía.

16. Cuán falso es, pues, lo que dices, Ambos no tienen la vida del Bautismo, tanto el que nunca la tuvo, como el que la tuvo y la perdió: de aquí puedes advertirlo, que los que apostatan después de ser bautizados, y vuelven por penitencia, no se les devuelve el Bautismo, que si lo perdieran, se les devolvería. Sin embargo, ¿cómo bautizan vuestros muertos según vuestro sentido? ¿O no son muertos (para no hablar de otras cosas, y decir lo que es conocido y cotidiano) los ebrios; cuando el Apóstol dice de la viuda, Pero la que vive en deleites, viviendo está muerta (I Tim. V, 6)? Luego en aquel concilio vuestro, en el que condenasteis a Maximiano con sus autores o sus ministros, se te olvidó cuán elocuentemente dijisteis, A la manera de los egipcios, las costas están llenas de los funerales de los que perecen; a quienes en la misma muerte les es mayor la pena, que después de arrancada el alma por las aguas vengadoras, ni siquiera encontraron sepultura. Y sin embargo, uno de ellos, Feliciano, si revivió, vosotros lo sabréis: sin embargo, consigo tiene dentro de vosotros, a quienes fuera muerto bautizó. Así pues, como se bautiza por un vivo, quien es revestido del Bautismo del Cristo vivo; así se bautiza por un muerto, quien es envuelto en el Bautismo del muerto Saturno, o de cualquier otro: para decir rápidamente, cómo las palabras que pusiste, sin angustia de ninguno de nosotros, pueden ser entendidas. Pues como son tomadas por vosotros, no intentáis explicarlas, sino implicarnos a nosotros con vosotros.

CAPÍTULO VIII.---17. PETILIO dijo: Debemos actuar y hablar de tal manera que el traidor pérfido sea considerado muerto en vida. Judas fue apóstol cuando entregó a Cristo, y al perder el honor del apostolado, murió espiritualmente, para luego morir por su propia soga, como está escrito: «Me arrepiento», dijo, «porque he entregado sangre inocente; y se fue y se ahorcó» (Mateo XXVII, 4, 5). El traidor pereció por la soga, y dejó la soga a tales como él: de quien el Señor Cristo clamó al «Padre, Padre, a los que me diste, los he guardado a todos; y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura» (Juan XVII, 12). Desde antiguo, David había pronunciado sentencia sobre él, quien traicionaría a Cristo con perfidia: «Que otro tome su episcopado; que su esposa quede viuda, y sus hijos huérfanos» (Salmo CVIII, 8, 9). He aquí cuán grande es el espíritu de los Profetas, que vio todo lo futuro como presente, para que el traidor que nacería siglos después fuera condenado. Finalmente, para que se cumpliera la sentencia dictada, el santo Matías tomó el episcopado del apóstol perdido. Que nadie necio ni pérfido dispute sobre esto: Matías obtuvo un triunfo, no una injuria, al recibir el despojo del traidor por la victoria del Señor Cristo. Entonces, ¿por qué reclamas para ti el episcopado del traidor más perverso? Judas entregó a Cristo carnalmente, tú, en tu furia, entregaste el santo Evangelio a las llamas sacrílegas. Judas entregó al legislador a los pérfidos, tú, como si fueran sus reliquias, entregaste la ley de Dios para que se perdiera entre los hombres: si amabas la ley, como los jóvenes macabeos, habrías muerto por las leyes de Dios (si puede llamarse muerte de hombres a aquellos que, muriendo por el Señor, se hacen inmortales); uno de los hermanos respondió al tirano sacrílego con esta voz de fe: «Tú, malvado e impío, nos privas de la vida presente; pero el Rey del mundo, que reina eternamente y cuyo reino no tendrá fin, nos resucitará para la conservación de la vida eterna, por sus santas leyes» (II Mac. VII, 3). Si quemaras el testamento de un hombre muerto, ¿no serías castigado como falsificador? ¿Qué será de ti, entonces, que incendiaste la santísima ley del juez Dios? Judas se arrepintió de su acto incluso en la muerte: tú no solo no te arrepientes, sino que, siendo el más malvado de los traidores, te conviertes en perseguidor y verdugo de nosotros, que guardamos la ley.

18. AGUSTÍN respondió: Observa la diferencia entre vuestras voces maldicientes y nuestras afirmaciones verídicas. Presta atención un momento. He aquí que has exagerado el crimen de la traición, y con palabras muy envidiosas, como un inventor astuto, nos has comparado con Judas el traidor. A esto te responderé brevemente: No hice lo que dices, no traicioné, acusas

falsamente, nunca lo probarás: ¿no se disipa de repente todo este humo de palabras grandilocuentes? ¿O acaso intentarás probarlo? Entonces deberías haber hecho esto primero, y luego, como si fuéramos convictos, lanzarte sobre nosotros con la invectiva que quisieras. He aquí una vanidad; escucha otra.

19. Tú mismo, cuando hablabas de la condenación de Judas, dijiste: He aquí cuán grande es el espíritu de los Profetas, que vio todo lo futuro como presente, para que el traidor que nacería siglos después fuera condenado: y no viste en la misma profecía, con una verdad estable, cierta e incommovible, que así como se predijo que uno de los discípulos traicionaría a Cristo, también se predijo que todo el mundo creería en Cristo. ¿Por qué te fijaste en la profecía en el hombre que traicionó a Cristo, y no te fijaste en el mundo por el cual Cristo fue entregado? ¿Quién entregó a Cristo? Judas. ¿A quiénes lo entregó? A los judíos. ¿Qué le hicieron los judíos? «Horadaron», dice, «mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos: ellos me miraron y me observaron; repartieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes». Entonces, ¿cuánto vale lo que fue comprado a tan alto precio? Lee un poco más adelante en el mismo Salmo: «Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra; y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones: porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones» (Salmo XXI, 17, 18, 19, 28, 29). ¿Quién puede, además, recordar los innumerables documentos proféticos sobre el mundo que creería? Pero tú alabas la profecía porque ves en ella al hombre que vendió a Cristo; y no ves en ella la posesión que compró el Cristo vendido. He aquí otra vanidad; escucha una tercera.

20. Entre muchas palabras de tu invectiva, dijiste: Si quemaras el testamento de un hombre muerto, ¿no serías castigado como falsificador? ¿Qué será de ti, entonces, que incendiaste la santísima ley del juez Dios? Al decir esto, no te diste cuenta de lo que debería haberte movido, cómo podría ser que nosotros quemáramos el testamento, y sin embargo estuviéramos en la herencia que está escrita en ese testamento: pero es sorprendente que vosotros hayáis guardado el testamento y perdido la herencia. ¿No está escrito en ese testamento, «Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y por posesión los confines de la tierra» (Salmo II, 8)? Únete a esta herencia, y objéctame del testamento lo que quieras. Pues, ¿qué demencia es no querer entregar el testamento a las llamas, para litigar contra las palabras del testador? Pero nosotros, teniendo en nuestras manos los Actos eclesiásticos y municipales, en los que leemos que aquellos que ordenaron a otro obispo contra Ceciliano fueron más bien traidores de los códigos divinos; sin embargo, no insultamos, no nos lanzamos contra vosotros, ni lamentamos las cenizas de las páginas sagradas en vuestras manos, ni oponemos los tormentos ardientes de los macabeos al sacrilegio de vuestro temor, diciendo, Deberíais entregar vuestros miembros al fuego antes que las palabras de Dios. No queremos ser vanos, para no levantar un clamor vacío por crímenes ajenos, que o ignoráis o desaprobáis. Pero al veros separados de la comunión de todo el mundo (lo cual es un crimen grande, manifiesto y de todos vosotros), si quisiera exagerarlo, el tiempo me faltaría antes que las palabras. Y si tú quisieras defender esto, estarías objetando al mundo entero cosas que, si deben ser objetadas, te advierten de dónde serás más acusado; si no deben ser objetadas, no te defenderás. Entonces, ¿por qué te inflas contra mí por una traición que ni es mía ni tuya, si se mantiene aquel pacto de no echarnos en cara lo ajeno; si no se mantiene, es más tuya que mía? Aunque, aun manteniéndose aquel pacto, creo que puedo decir con toda justicia que debe ser juzgado como socio de quien traicionó a Cristo, quien no se entrega a Cristo con todo el mundo. «Por tanto», dice el Apóstol, «sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa» (Gálatas III, 29). Y dice de nuevo: «Heredero de Dios, coheredero de Cristo» (Romanos VIII, 17). Y demuestra que la descendencia de Abraham pertenece a todas las naciones, por lo que se dijo a Abraham: «En tu descendencia serán

bendecidas todas las naciones» (Génesis XXII, 18). Por lo tanto, creo que es justo lo que pido, que prestemos atención al testamento de Dios, que ya hace tiempo fue abierto, y que juzguemos como heredero del traidor a quien no encontremos coheredero del entregado; que pertenezca al vendedor de Cristo quien niega a Cristo, comprador del mundo. Cuando se mostró a los discípulos después de la resurrección, y les ofreció sus miembros para que los tocaran, dijo: «Así está escrito, y así era necesario que Cristo padeciera, y resucitara al tercer día, y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén» (Lucas XXIV, 46, 47). He aquí de qué herencia os alejáis: he aquí a qué heredero os oponéis. ¿Acaso perdonaría a Cristo caminando en la tierra quien le contradice sentado en el cielo? ¿Aún no entendéis que todo lo que nos objetáis, se lo objetáis a su palabra? Se promete el mundo cristiano, y se cree: se cumple, y se contradice. Pensad, os lo ruego, qué debisteis sufrir por tanta impiedad; y sin embargo, si sufristeis algo, no lo sé, no lo vi, no lo hice: tú hoy, que no sufres la violencia de mi persecución, dame razón de tu separación. Pero de nuevo y muchas veces dirás cosas que, si no pruebas, no pertenecen a nadie; si las pruebas, no me pertenecen.

CAPÍTULO IX.---21. PETILIO dijo: Con estos crímenes, no puedes ser un verdadero obispo.

22. AGUSTÍN respondió: ¿Con qué crímenes? ¿Qué has demostrado? ¿Qué has mostrado? Y aunque hubieras mostrado crímenes de no sé quiénes, ¿qué tiene que ver esto con la descendencia de Abraham, en la que son bendecidas todas las naciones?

CAPÍTULO X.---23. PETILIO dijo: ¿Acaso los Apóstoles persiguieron a alguien, o Cristo entregó a alguien?

24. AGUSTÍN respondió: Podría decir que el mismo Satanás es peor que todos los hombres malvados, a quien el Apóstol entregó a un hombre para destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús (I Corintios V, 5). También a otros, de quienes dice: «A quienes entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar» (I Timoteo I, 20). Y el Señor Cristo expulsó a los mercaderes impíos del templo con azotes, donde también se añadió el testimonio de la Escritura que dice: «El celo de tu casa me consume» (Juan II, 15-17). He aquí que encontramos al Apóstol como traidor, a Cristo como perseguidor. Podría decir estas cosas, y ponerte en no pocos apuros, para que no busques las quejas de los que sufren, sino el ánimo de los que actúan. Pero no te preocupes por esto, no lo digo; sino que digo que la descendencia de Abraham, que está en todas las naciones, no pertenece, si algo no se hizo correctamente con vosotros, tal vez por la paja de la cosecha del Señor, que sin embargo está en todas las naciones. Vosotros, pues, dad razón de vuestra separación. Pero primero mirad qué clase de personas tenéis, a quienes no queréis que se os objete; y ved cuán injustamente actuáis, cuando nos echáis en cara hechos ajenos, aunque probéis lo que decís. Así no habrá razón para vuestra separación.

CAPÍTULO XI.---25. PETILIO dijo: Pero algunos dirán, No somos hijos del traidor. Alguien es hijo de aquel cuyos hechos sigue. Porque son hijos muy ciertos, y semejantes a sus padres, aquellos que no han sido engendrados por esta carne ni por sangre, sino por costumbres y hechos semejantes a los de sus padres.

26. AGUSTÍN respondió: Poco antes no decías nada contra nosotros, ahora incluso has comenzado a decir algo a nuestro favor. Pues esta proposición tuya te obliga a que, si no convences hoy a los que estamos aquí de ser traidores y homicidas, y de cualquier otra cosa que acuses, cualquier cosa que muestres de aquellos que nos precedieron en el tiempo, no podrá perjudicarnos en absoluto. Porque de aquellos cuyos hechos son diferentes a los

nuestros, no podemos ser hijos. Y mira en qué te has metido: si acaso convences a algún hombre de nuestra época, y que vive con nosotros, de algún delito tal, de ninguna manera prejuzga a todas las naciones, que son bendecidas en la descendencia de Abraham, de las cuales te encuentras sacrílego al separarte. Así que (lo cual no puede hacerse), a menos que conozcas a todos los que están en todas partes, y no solo conozcas, sino que también demuestres que sus costumbres y hechos son tan malos como dices, no tienes por qué objetar al mundo entero, que está en los santos, no sé qué padres, a quienes pruebas ser semejantes. Y nada te ayudará, si incluso pudieras demostrar que aquellos que no son tales, toman los Sacramentos comunes con aquellos que sí lo son. Primero porque debéis mirar a vosotros mismos, con quienes celebráis, a quienes dais, de quienes tomáis, y no queréis que se os objete. Luego, si son hijos de Judas, quien fue el diablo entre los Apóstoles, cualquiera que imite sus hechos: ¿por qué no llamamos hijos de los Apóstoles a quienes no comparten sus hechos con tales, sino los Sacramentos del Señor, como los Apóstoles tomaron la cena del Señor con aquel traidor? Por eso son muy diferentes de vosotros, que echáis en cara a los que guardan la unidad lo que hacéis al romperla.

CAPÍTULO XII.---27. PETILIO dijo: De sí mismo dice el Señor Cristo a los judíos, Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis (Juan X, 37).

28. AGUSTÍN respondió: Ya respondí antes, Esto es verdad, y está a nuestro favor contra vosotros.

CAPÍTULO XIII.---29. PETILIO dijo: Reprende de igual manera a los falsos y mentirosos: «Sois hijos del diablo, porque desde el principio él fue acusador, y no permaneció en la verdad.»

30. AGUSTÍN respondió: No solemos leer, «Él fue acusador»; sino, «Él fue homicida» (Juan VIII, 44). Pero buscamos cómo fue el diablo homicida desde el principio; y encontramos que mató al primer hombre, no blandiendo una espada, ni infligiendo alguna violencia corporal; sino persuadiendo al pecado, y arrojándolo de la felicidad del paraíso. Lo que entonces era el paraíso, ahora es la Iglesia. Por tanto, son hijos del diablo quienes matan a los hombres seduciéndolos de la Iglesia. Y así como por las palabras de Dios sabemos dónde está plantado el paraíso, así por las palabras de Cristo hemos aprendido dónde está la Iglesia: «Por todas», dice, «las naciones, comenzando desde Jerusalén». Quienquiera que separe a un hombre de este universo a cualquier parte, ese es convicto de ser hijo del diablo y homicida. Pero incluso la palabra que tú mismo pusiste, para decir del diablo, «Él fue acusador, y no permaneció en la verdad», mira a quiénes se aplica. Pues acusáis al mundo entero de crímenes ajenos, que incluso a ellos preferisteis acusar antes que convencer; y no permanecisteis en la verdad de Cristo. Porque él dice, la Iglesia por todas las naciones comenzando desde Jerusalén: pero vosotros, en la parte de Donato.

CAPÍTULO XIV.---31. PETILIO dijo: También llama de igual manera a la demencia de los perseguidores con este nombre: «Generación de víboras, ¿cómo escaparéis del juicio del infierno? Por eso, envío a vosotros profetas, y sabios, y escribas; y de ellos mataréis, y crucificaréis, y azotaréis en vuestras sinagogas, hasta que venga sobre vosotros toda la sangre justa, que habéis derramado en la tierra desde la sangre de Abel el justo, hasta la sangre de Zacarías hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el templo y el altar» (Mateo XXIII, 33-35). ¿Acaso son verdaderamente hijos carnales de víboras, y no más bien serpientes de mente, con malicia trilingüe, tacto mortal, y espíritu de veneno ardiente? Verdaderamente se han hecho víboras, que vomitaron muertes con sus mordeduras a pueblos inocentes.

32. AGUSTÍN respondió: Si digo que estas cosas se dijeron de tales como vosotros, responderéis, Prueba. ¿Qué? ¿Acaso tú lo probaste? O si crees que se prueba diciendo, no es necesario repetir lo mismo. Recítate eso mismo a ti y de nosotros en vosotros. He aquí que yo también lo probé, si eso es probar. Y sin embargo, aprende qué es probar. Pues no busco documentos externos para probar que sois víboras. He aquí que eso mismo es víboreo, no tener en la boca el fundamento de la verdad, sino el veneno de la maldición, como está escrito, «Veneno de áspides bajo sus labios». Y porque esto puede decirse de cualquiera a cualquiera, como si se preguntara, ¿de quiénes? inmediatamente añadió, «Cuyo boca está llena de maldición y amargura» (Salmo XIII, 3). Entonces, cuando decís tales cosas sobre personas dispersas por todo el mundo, y que ignoráis por completo, de las cuales muchos ni siquiera han oído el nombre de Ceciliano ni de Donato: ni escucháis en silencio a los que responden, No nos concierne nada de lo que decís, no lo vimos, no lo hicimos, no sabemos en absoluto de qué habláis: vosotros que no queréis más que decir lo que no podéis probar en absoluto, ¿qué otra cosa es sino que vuestra boca está llena de maldición y amargura? Ahora ved si podéis mostrar que no sois víboras, a menos que mostréis que todos los cristianos de todas las naciones son traidores y homicidas, y no son cristianos. Más bien, incluso si podéis conocer y mostrar las vidas y hechos de cada persona dispersa por todo el mundo: sin embargo, antes de que lo hagáis, cuando lanzáis estas cosas temerariamente, vuestra boca es víborea, vuestra boca está llena de maldición y amargura. Mostrad ya, si podéis, qué profeta, qué sabio, qué escriba hemos matado, crucificado y azotado en nuestras sinagogas. Considerad cuánto esfuerzo habéis gastado, y de ninguna manera habéis probado que Donato y Marculus fueran profetas, o sabios, o escribas, porque no lo fueron. Y aunque pudierais, ¿qué haréis para mostrar que fueron asesinados por nosotros, a quienes ni siquiera nosotros mismos conocemos? Cuánto menos el mundo entero, al que maldecís con boca venenosa. ¿O de dónde podéis mostrar que tenemos un ánimo similar a los asesinos de aquellos, a quienes ni siquiera podéis mostrar que fueron asesinados por alguien? Considerad todas estas cosas, ved si podéis probar alguna de ellas, ya sea del mundo entero o al mundo entero, al que sin embargo, porque no cesáis de maldecir, mostráis en vosotros lo verdadero que lanzáis falsamente sobre él.

33. Además, si quisiéramos demostrar que ustedes son asesinos de los Profetas, sería demasiado largo recopilar, lugar por lugar, las masacres que sus furiosos líderes de los Circunceliones y las mismas hordas de borrachos y locos no solo han cometido desde el inicio de su cisma, sino que no dejan de cometer. Me refiero a lo más reciente: que se presenten las palabras divinas, que están en manos tanto nuestras como de ustedes; consideremos asesinos de los Profetas a aquellos que encontramos contradiciendo las lenguas de los Profetas. ¿Qué puede decirse más sabiamente? ¿Qué puede mostrarse más rápidamente? Sería más benigno que atravesaran con hierro las entrañas de los Profetas, que intentar matar con la lengua las palabras de los Profetas. Dice el Profeta: "Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra" (Sal. XXI, 28). He aquí que se está llevando a cabo, he aquí que se está cumpliendo. Pero ustedes no solo cierran sus oídos incrédulos contra lo que se dice, sino que también sacan sus lenguas furiosas contra lo que ya está sucediendo. Abraham escuchó decir: "En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones" (Gén. XXII, 18); y "creyó, y le fue contado por justicia" (Rom. IV, 3). Ustedes ven el hecho y protestan; y no quieren que se les cuente como injusticia, lo que justamente se contaría, incluso si aún no se hubiera hecho, sino solo dicho y no creído. Más bien, no solo no quieren que se les cuente como injusticia: sino que incluso si sufren algo por esta impiedad, quieren que se les cuente como justicia. O si estas no son persecuciones de los Profetas, porque no se hacen con hierro, sino con palabra; ¿cuál fue la causa para que se dijera

divinamente: "Hijos de los hombres, sus dientes son armas y flechas, y su lengua es una espada afilada" (Sal. LVI, 5)? Pero, ¿cuándo reuniré de todos los Profetas todos los testimonios de la Iglesia difundida por todo el mundo, que ustedes intentan matar y extinguir contradiciéndolos todos? Pero están atados: porque "por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras" (Sal. XVIII, 5). Sin embargo, recordaré una cosa de la boca del Señor, quien es testigo de los testigos: "Era necesario," dice, "que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí. Que él mismo indique cuáles son estas cosas: "Entonces les abrió el entendimiento," dice, "para que comprendieran las Escrituras, y les dijo: Porque así está escrito, y así era necesario que Cristo padeciera, y resucitara de los muertos, y se predicara en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" (Luc. XXIV, 44, 47). He aquí lo que está escrito en la Ley, en los Profetas y en los Salmos acerca del Señor. He aquí lo que el mismo Señor reveló acerca de sí mismo y de la Iglesia, mostrándose a sí mismo, prometiéndola. Pero ustedes, resistiendo a estos testimonios tan manifiestos, y tratando de corromperlos porque no pueden borrarlos, ¿qué harían si encontrarán los cuerpos de los Profetas, ya que así atacan las palabras de los Profetas, que ni siquiera escuchan al Señor, cumplidor, manifestador, expositor de los Profetas? Pues en cuanto pueden, también a él lo golpean, cuando no se someten a él.

CAPÍTULO XV.---34. PETIL. dijo: "De ustedes también dice David, los perseguidores: 'Sepulcro abierto es su garganta, con sus lenguas engañaban, veneno de áspides hay bajo sus labios. Su boca está llena de maldición y amargura, veloces son sus pies para derramar sangre. Destrucción y miseria hay en sus caminos, y el camino de la paz no han conocido; no hay temor de Dios ante sus ojos. ¿No conocerán todos los que hacen iniquidad, que devoran a mi pueblo como pan?' (Sal. XIII, 3, 4).

35. AUG. respondió: Sepulcro abierto es su garganta, de donde exhalan muertes de mentiras. Porque la boca que miente, mata el alma (Sab. I, 11). Pero si no hay nada más verdadero que lo que dijo Cristo, su Iglesia comenzando desde Jerusalén por todas las naciones; no hay nada más falso que lo que ustedes dicen, en la parte de Donato. Las lenguas engañosas son de aquellos que, conociendo sus hechos, no solo dicen ser justos, sino también justificadores de los hombres: lo cual se dijo de uno, "El que justifica al impío" (Rom. IV, 5): y que es "justo y justificador" (Id. III, 26). Pues sobre el veneno de áspides, y la boca llena de maldición y amargura, ya hemos dicho bastante. Pero ustedes dijeron que también los Maximianistas tienen pies veloces para derramar sangre: es testigo la sentencia de su concilio plenario, tantas veces alegada en los Actos proconsulares y municipales. Sin embargo, ellos, según oímos, no mataron a nadie corporalmente. Entendieron, entonces, que también con la matanza espiritual de las almas se derrama sangre con la espada del cisma, que condenaron en Maximiano. Vean, entonces, si no son sus pies veloces para derramar sangre, cuando cortan a los hombres de la unidad del orbe, si esto dijeron correctamente en los Maximianistas, porque cortaron a algunos de la parte de Donato. ¿Acaso nosotros no conocemos el camino de la paz, que nos esforzamos por mantener la unidad del espíritu en el vínculo de la paz; y ustedes lo conocen, que resisten al discurso de Cristo que tuvo después de la resurrección con sus discípulos, tan pacífico, que comenzó diciendo, "Paz a ustedes" (Juan XX, 19, 21), de tal manera que no se les puede convencer de decirle otra cosa que: Lo que dijiste sobre la unidad de todas las naciones es falso, lo que decimos sobre el crimen de todas las naciones es verdadero? ¿Quién diría estas cosas, si hubiera temor de Dios ante sus ojos? Vean, entonces, si no dicen esto diariamente, intentando devorar al pueblo de Dios difundido por todo el orbe, como pan con sus dientes.

CAPÍTULO XVI.---36. PETIL. dijo: "El Señor Cristo también nos advierte, 'Guárdense de los falsos profetas, que vienen a ustedes con vestiduras de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces: por sus frutos los conocerán' (Mat. VII, 15).

37. AUG. respondió: Si te pregunto, ¿por qué frutos nos reconocen como lobos rapaces? Dirás crímenes ajenos, ni siquiera probados en aquellos de quienes se dice que son. Pero si tú me preguntas, ¿por qué frutos los reconocemos a ustedes más bien como lobos rapaces? Te presento el crimen del cisma, que negarás, pero yo lo probaré de inmediato: pues no comunicas con todas las naciones y aquellas Iglesias fundadas por el trabajo apostólico. Aquí dirás: No comunico con traidores y homicidas. Te responde la descendencia de Abraham: Estos son esos crímenes, o no verdaderos, o no míos. Pero por ahora dejo esto de lado, tú muestra la Iglesia. Ya me sonará aquella voz, que el Señor advirtió evitar en los falsos profetas que muestran partes, y tratan de alejar de todo: "He aquí, aquí está Cristo, he aquí, allí." Pero, ¿acaso piensas que las verdaderas ovejas de Cristo no tienen corazón, a quienes se les dijo, "No crean" (Id. XXIV, 23); para que escuchen al lobo diciendo, "He aquí, aquí está Cristo"; y no escuchen al pastor diciendo, "Por todas las naciones, comenzando desde Jerusalén"?

CAPÍTULO XVII.---38. PETIL. dijo: Así, así, impío perseguidor, por más que te cubras con el velo de la bondad, por más que lleves la guerra con besos bajo el nombre de paz, por más que atraigas a la humanidad con el término de unidad; quien hasta ahora engañas y decepcionas, verdaderamente eres hijo del diablo, mientras con tus costumbres indicas a tu padre.

39. AUG. respondió: Considera que estas palabras han sido dichas por nosotros contra ustedes: y para que sepas en quiénes encajan mejor, recuerda lo que dije anteriormente.

CAPÍTULO XVIII.---40. PETIL. dijo: No es de extrañar que te apropiés ilícitamente del nombre de obispo. Esta es la verdadera costumbre del diablo, engañar solo si se atribuye a sí mismo el nombre de santidad, como predica el Apóstol: "No es de extrañar," dice, "si el mismo Satanás se transforma en ángel de luz, y sus ministros como ministros de justicia" (II Cor. XI, 14, 15). No es de extrañar, entonces, que te llames falsamente obispo. Pues aquellos ángeles perdidos, amantes de las vírgenes mundanas, que al corromper la carne fueron corrompidos, aunque despojados de las virtudes divinas dejaron de ser ángeles, sin embargo, retienen el nombre de ángeles, y siempre se consideran ángeles, quienes, liberados del servicio divino, pasaron al ejército del diablo, clamando Dios en voz alta, "No permanecerá mi espíritu en estos hombres para siempre, porque son carne" (Gén. VI, 3). A estos culpables y a ustedes les dirá el Señor Cristo, "Vayan al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles" (Mat. XXV, 41). Si no hubiera ángeles malos, el diablo no tendría ángeles; a quienes el santo Apóstol dice que serán condenados en el juicio de la resurrección por los santos hombres: "¿No saben que juzgaremos a los ángeles?" (I Cor. VI, 3). Si fueran verdaderos ángeles, los hombres no tendrían juicio sobre los ángeles de Dios. Así también los sesenta apóstoles, que con el Señor Cristo, dejando a los doce, apostataron de la fe, aún se consideran apóstoles por los hombres miserables, de modo que de ellos Maniqueo y otros en muchas sectas diabólicas atrapan muchas almas, que para capturarlas se perdieron. Pues ciertamente el perdido Maniqueo, si es que existió, no debe ser contado entre esos sesenta, si su nombre de apóstol está entre los doce, o en el lugar de Judas el traidor, ordenado por la voz de Cristo, como el decimotercer Pablo, quien se recuerda a sí mismo como el último de los Apóstoles, para que no se crea que cualquier apóstol posterior lo sea. Así dijo: "Porque yo soy el último de los Apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios" (Id. XV, 9). No se alaben en esto; un judío había hecho esto: aunque ustedes también

nos causan daño como los paganos. Pues libran una guerra ilícita, a quienes no les es lícito resistir. Ustedes desean vivir con nosotros muertos, pero para nosotros la victoria es huir o ser muertos.

41. AUG. respondió: Considera cómo has citado los testimonios de las Escrituras, o cómo los has entendido; nada tiene que ver con el asunto que se trata ahora. Pues ciertamente dijiste todo esto para probar que hay falsos obispos, como hay falsos ángeles y falsos apóstoles. Sabemos también que hay falsos ángeles y falsos apóstoles y falsos obispos, y como dice el verdadero apóstol, falsos hermanos (II Cor. XI, 26): pero cuando ambos pueden lanzar estas acusaciones el uno contra el otro, es necesario probar algo, no hablar en vano. En quienes, sin embargo, encaja el crimen de la falsedad, recuerda lo que dijimos antes, y lo encontrarás: para no ser tediosos para los lectores, repitiendo lo mismo muchas veces. Y sin embargo, ¿qué tiene esto que ver con la Iglesia difundida por todo el orbe, ya sea lo que puedas decir de su paja, que está con ella por todo el mundo; o lo que dijiste de Maniqueo, o de las demás sectas diabólicas? Pues si no pertenece al trigo lo que se dice incluso de la paja que aún está con él; cuánto menos pertenecen a los miembros de Cristo difundidos por todo el orbe, tan antiguamente y tan abiertamente separadas portentos.

CAPÍTULO XIX.---42. PETIL. dijo: Nos ordena el Señor Cristo, "Cuando los persigan en esta ciudad, huyan a otra: y si los persiguen en esa, huyan a otra. En verdad les digo, no acabarán las ciudades de Israel, hasta que venga el Hijo del Hombre" (Mat. X, 23). Si nos advierte sobre los judíos y los paganos, tú que te recuerdas cristiano, no debes imitar los hechos terribles de los gentiles. ¿Acaso así sirven a Dios, para que seamos muertos por sus manos? Se equivocan, se equivocan, si creen esto, miserables. Pues Dios no tiene verdugos sacerdotes.

43. AUG. respondió: Huir de ciudad en ciudad ante la persecución no fue ordenado ni permitido a los herejes o cismáticos, que son ustedes; sino a los predicadores del Evangelio, al cual ustedes se oponen. Lo cual podemos probar fácilmente; ahora ciertamente están en sus ciudades, y nadie los persigue. Por lo tanto, deben salir y dar cuenta de su separación. Pues así como se excusa la debilidad de la carne cuando cede a la violencia de la persecución, así no debe ceder la verdad a la falsedad. Por lo tanto, si sufren persecución, ¿por qué no dejan las ciudades en las que están, para cumplir lo que recuerdan del Evangelio? Pero si no sufren persecución, ¿por qué no quieren respondernos? O si temen, tal vez, que al responder sufran persecución; ¿cómo entonces imitan a esos predicadores, a quienes se les dijo, "He aquí, los envío como ovejas en medio de lobos"? A quienes también se les dijo, "No teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma" (Ibid., 16, 28)? Y ¿cómo no actúan contra el precepto del apóstol Pedro, quien dijo: "Estén siempre preparados para responder a todo el que les pida razón de la fe y la esperanza que hay en ustedes" (I Ped. III, 15)? Finalmente, ¿por qué son incluso imprudentes contra las Iglesias católicas con turbas violentísimas, donde han podido? lo cual la misma realidad indica con innumerables ejemplos. Pero dicen que defienden sus lugares, y resisten con palos y golpes donde pueden. ¿Por qué no escucharon allí la voz del Señor diciendo, "Pero yo les digo, no resistan al mal" (Mat. V, 39)? O si es posible que a veces se resista correctamente con violencia corporal a los violentos, y no por eso se viole el precepto que escuchamos del Señor, "Pero yo les digo, no resistan al mal": ¿por qué no puede también hacerse esto, para que a través de poderes ordenados y legítimos se expulse al impío de los asientos que se usurpan ilícitamente, o se retienen para injuria de Dios? Pues no de esa manera sufrieron persecución los falsos profetas de Elías, como el mismo Elías del rey malvado (III Reg. XVIII). O porque el Señor fue azotado por los perseguidores, ¿por eso deben compararse con sus pasiones aquellos a quienes él mismo expulsó del templo azotándolos? Queda, entonces, que no se debe buscar otra cosa, sino si

ustedes se separaron justamente o impiamente de la comunión del orbe. Pues si se encuentra que lo hicieron impiamente, no se sorprendan si no faltan ministros de Dios por los cuales sean azotados: porque sufren persecución, no de nosotros, sino, como está escrito, de sus propios hechos (Sab. XI, 21).

CAPÍTULO XX.---44. PETIL. dijo: Clama de nuevo desde el cielo el Señor Cristo a Pablo: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Duro te es dar coces contra el agujón" (Hech. IX, 4, 5). Saulo fue llamado entonces, para que después el Bautismo le compusiera el nombre. ¿No les es duro a ustedes perseguir tantas veces a Cristo en sus sacerdotes, cuando el mismo Señor clama, "No toquen a mis ungidos" (Sal. CIV, 15)? Cuenten tantas muertes de santos, y han matado tantas veces al Cristo viviente. Finalmente, si no eres sacrílego, no puedes ser santo siendo homicida.

45. AUG. respondió: Defiéndanse ustedes mismos de la persecución que sufrieron de los suyos quienes se separaron de ustedes con Maximiano; y allí encontrarán nuestra defensa. Pues si dicen que no lo hicieron; recitamos los Actos proconsulares y municipales. Si dicen que hicieron bien en hacerlo; ¿por qué no quieren sufrir lo mismo? Si dicen, Pero nosotros no hicimos cisma; que se investigue esto, y antes de que se constate si es así, que nadie acuse de perseguidores. Si dicen que incluso los cismáticos no debieron sufrir persecución: pregunto si tampoco deben ser expulsados de las basílicas, en las que acechan para seducir a los débiles, por poderes ordenados. Si dicen que no deben: devuelvan primero las basílicas a los Maximianistas, y luego traten con nosotros. Si dicen que deben: investiguen ya qué deben sufrir de los poderes ordenados, quienes resistiendo a ellos, resisten a la ordenación de Dios. De lo cual el Apóstol dice claramente: "Porque no en vano lleva la espada; es vengador para ira al que hace mal" (Rom. XIII, 2, 4). Pero si al investigar diligentemente con la verdad se encuentra que ni siquiera los cismáticos deben sufrir algo por juicios públicos, ni ser expulsados de los lugares de sus insidias y engaños; y dicen que les desagrada lo que algunos de ustedes hicieron sufrir a los Maximianistas: ¿por qué no claman más libremente de todo el campo del Señor, es decir, de todo el mundo, los trigos del Señor, No nos concierne lo que comete nuestra paja o cizaña, porque nos desagrada? Si confiesan que les basta para su purificación, que cualquier mal que hagan los suyos, les desagrada: ¿por qué entonces se separaron? Pues de esto los acusa su propia defensa. Si porque no se separan de los inicuos de la parte de Donato, porque cada uno lleva su carga; ¿por qué se separaron de los inicuos del orbe, que creen o fingen? ¿Para que todos juntos lleven la carga del cisma?

46. Y cuando les preguntamos a ustedes, a quiénes de los suyos prueban que nuestros mataron. No recuerdo ninguna ley dada por los emperadores para que fueran muertos. Pero aquellos de quienes suelen hacer la mayor calumnia, Marculus y Donato, para decirlo más moderadamente, es incierto si se precipitaron ellos mismos, como su doctrina no cesa de mostrar con ejemplos diarios; o si fueron precipitados por orden de alguna autoridad. Pues si es increíble que los maestros de los Circunceliones se hayan dado las muertes acostumbradas, cuánto más increíble es que las autoridades romanas hayan podido ordenar castigos inusuales. Por lo tanto, sobre este asunto, que consideran tan calumniosa, si es verdad lo que dicen, ¿qué tiene que ver esto con el trigo del Señor? La paja que voló fuera, acuse a la paja que quedó dentro: pues no podrá toda ser separada, sino con el último aventador. Pero si es falso, ¿qué maravilla si la paja, como por un leve soplo de disensión llevada, también persigue al trigo del Señor con falsas acusaciones? Por lo tanto, sobre todos estos crímenes calumniosos, el trigo de Cristo, que fue mandado crecer con la cizaña en el campo, es decir, en todo el mundo, responde con voz libre y segura: Si no prueban lo que dicen, no concierne a nadie; pero si lo prueban, no me concierne. De lo cual resulta que cualquiera que se separó de esta unidad del trigo por los crímenes de la cizaña o de la paja, por el mismo mal de la disensión y

el cisma no puede defenderse del crimen de homicidio, diciendo la Escritura, "El que odia a su hermano, es homicida" (I Juan III, 15).

CAPÍTULO XXI.---47. PETILIO dijo: Así pues, como hemos dicho, el Señor Cristo clamó a Pablo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón.» Y Pablo dijo: «¿Quién eres, Señor?» Y le fue respondido: «Yo soy Cristo Nazareno, a quien tú persigues.» Y él, temblando y asombrado, dijo: «Señor, ¿qué quieres que haga?» Y el Señor le dijo: «Levántate, entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer.» Y entre otras cosas, «Saulo se levantó del suelo, y abriendo los ojos no veía nada.» ¡Oh ceguera vengadora del furor, que nubla la luz de los ojos del perseguidor, y que solo el Bautismo puede disipar! Veamos, pues, qué hizo en la ciudad. «Entró,» dice, «Ananías a Saulo, y cuando le impuso las manos, dijo: Saulo hermano, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Al instante cayeron de sus ojos como escamas, y recobró la vista, y levantándose fue bautizado» (Hechos IX, 4-18). Así que, si Pablo fue liberado del crimen de persecución por el Bautismo, y recobró ojos inocentes; ¿por qué no quieres tú, perseguidor y traidor ciego, ser bautizado con un falso bautismo por aquellos a quienes persigues?

48. AGUSTÍN respondió: Ni perseguidor ni traidor pruebas ser, a quien deseas volver a bautizar. Y si pruebas a alguno, no debe ser vuelto a bautizar el perseguidor y traidor, si ya ha sido bautizado con el Bautismo de Cristo. Pues a Pablo le fue necesario ser bautizado porque nunca había sido sumergido en tal bautismo. Así que no tiene nada de semejante con la causa que discutes con nosotros, lo que quisiste interponer sobre Pablo. Pero si no hubieras interpuesto esto, no habrías encontrado lugar para una declamación pueril, donde dijeras, ¡Oh ceguera vengadora del furor, que solo el Bautismo puede disipar! Pues cuánto más fuerte es exclamar contra vosotros, ¡Oh ceguera vengadora del furor, que no se compara a Pablo, sino a Simón, y que no se aparta de vosotros ni con el Bautismo recibido! Pues si los perseguidores deben ser bautizados por aquellos a quienes persiguen, que Primiano sea bautizado por los Maximianistas, a quienes persiguió con gran insistencia.

CAPÍTULO XXII.---49. PETILIO dijo: Pero vosotros constantemente oponéis que Cristo dijo a los Apóstoles: «El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio.» Si examinas estas palabras completamente, serás convencido por lo que sigue. Así habló, diciendo: «El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio. Y vosotros estáis limpios, pero no todos.» Esto lo dijo por Judas, que lo iba a traicionar (Juan XIII, 10, 11). Así que, quienquiera que te hayas convertido en traidor, has perdido el Bautismo. Finalmente, después de que el traidor de Cristo fue condenado, confirmó más plenamente a los once Apóstoles: «Ya vosotros estáis limpios, por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros» (Juan XV, 3, 4). Y de nuevo dijo a estos once: «Mi paz os dejo, mi paz os doy» (Juan XIV, 27). Así que, como hemos dicho, estas cosas fueron dichas a los once Apóstoles, después de que el traidor fue condenado, vosotros también, traidores, no tenéis paz ni Bautismo.

50. AGUSTÍN respondió: Si, por tanto, el traidor perdió el Bautismo, cualquiera que haya sido bautizado por vosotros y luego se haya convertido en traidor, si desea regresar a vosotros, debe ser bautizado de nuevo. Pero si no lo hacéis, os juzgáis a vosotros mismos que es falso lo que se ha dicho, Si te has convertido en traidor, has perdido el Bautismo. Pues si lo perdió, que regrese y lo reciba: pero si regresa y no lo recibe, no lo había perdido. Además, si fue dicho a los Apóstoles, Ya vosotros estáis limpios; y, Mi paz os doy; porque ya el traidor se había ido: entonces aquella cena de tan gran Sacramento no era limpia ni pacífica, que

antes de que él saliera, se les dio a todos. Pero si os atrevéis a decir con los ojos cerrados, ¿qué haremos sino más bien exclamar, Oh ceguera vengadora del furor de aquellos que quieren ser doctores de la ley, como dice el Apóstol, no entendiendo ni lo que dicen, ni lo que afirman (I Tim. I, 7)? Sin embargo, si la ceguera de la obstinación no lo impidiera, no sería difícil entender que el Señor no dijo en presencia de Judas, No estáis limpios; sino, Ya vosotros estáis limpios. Pero añadió, no todos; porque allí estaba quien no estaba limpio: quien, sin embargo, si con su presencia contaminara a los demás, no se les diría, Ya vosotros estáis limpios: sino que se diría, como dije, No estáis limpios. Pero después de que él se fue, les dijo, Ya vosotros estáis limpios; y no añadió, Pero no todos: porque ya se había ido, aunque estando presente, como se les dijo, estaban limpios, pero no todos, porque había allí uno inmundo. Por lo tanto, con estas palabras el Señor declaró más bien que, en una misma congregación de hombres que reciben los mismos Sacramentos, la inmundicia de algunos no puede perjudicar a los limpios. Ciertamente, si pensáis que entre nosotros hay semejantes a Judas, decidnos estas palabras, Estáis limpios, pero no todos. Pero no decís esto: sino que decís por algunos inmundos, Estáis todos inmundos. Esto el Señor no lo dijo a los discípulos en presencia de Judas: y por eso quien lo dice, no aprendió de un buen maestro lo que dice.

CAPÍTULO XXIII.---51. PETILIO dijo: Pero si decís que nosotros hacemos el Bautismo dos veces, en realidad sois vosotros quienes lo hacéis al matar a los bautizados: no porque bauticéis decimos esto, sino porque al matar a cada uno, lo hacéis bautizar con su propia sangre. Pues el bautismo de agua o de espíritu, al derramar la sangre del mártir, se convierte en un doble bautismo. Así también el mismo Salvador, bautizado primero por Juan, se declaró a sí mismo que sería bautizado de nuevo, no ya con agua, ni con espíritu, sino con el bautismo de sangre, en la cruz de la pasión: como está escrito, «Se acercaron a él dos discípulos, hijos de Zebedeo, diciendo: Señor, cuando vengas en tu reino, haz que nos sentemos uno a tu derecha y otro a tu izquierda. Jesús les respondió: Pedís algo difícil. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Ellos dijeron: Podemos. Y él les dijo: Ciertamente beberéis el cáliz que yo he de beber, y seréis bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado» (Marcos X, 35-38), y demás. Si estos son dos bautismos, nos alabáis con envidia, lo confesamos. Pues cuando matáis nuestros cuerpos, hacemos el bautismo dos veces, pero con nuestro bautismo y con sangre somos bautizados, como Cristo. Avergüenzaos; avergüenzaos, perseguidores; hacéis mártires semejantes a Cristo, a quienes después del agua del verdadero Bautismo, el bautismo de sangre los cubre.

52. AGUSTÍN respondió: Primero respondemos rápidamente, que no os matamos, sino que vosotros mismos os matáis con verdadera muerte, cuando os cortáis de la raíz viva de la unidad. Además, si todos los que son asesinados son bautizados con su propia sangre, todos los ladrones, inicuos, impíos, criminales, que son condenados y ejecutados, deben ser considerados mártires, porque son bautizados con su propia sangre. Pero si no son bautizados con su propia sangre, sino aquellos que son asesinados por la justicia; porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo V, 10): habéis visto que primero debe preguntarse por qué sufrís, y luego qué sufrís. ¿Por qué, entonces, se inflan las mejillas antes de que se defiendan los hechos? ¿Por qué resuena la lengua antes de que se pruebe la vida? Si hiciste un cisma, eres impío: si eres impío, mueres como sacrílego, cuando eres castigado por impiedad: si mueres como sacrílego, ¿cómo eres bautizado con tu propia sangre? ¿O dices, No hice cisma? Entonces investiguemos esto: ¿por qué clamas antes de probarlo?

53. ¿O dices, Aunque soy sacrílego, no debo ser asesinado por ti? Es otra cuestión sobre la atrocidad de mi acto, que nunca demuestras verdaderamente; otra sobre el Bautismo de tu sangre, del cual te jactas falsamente. Pues ni te maté, ni pruebas que alguien te mató: ni si lo

pruebas, me concierne quienquiera que te haya matado, ya sea que lo haya hecho legítimamente según el poder dado por el Señor, o como paja de la mies del Señor haya cometido un crimen por alguna mala codicia: así como no te concierne a ti quien en tiempos recientes, con un poder intolerable incluso acompañado de soldados, no porque temiera a alguien, sino para ser temido por todos, oprimió viudas, arruinó huérfanos, despojó patrimonios ajenos, separó matrimonios ajenos, gestionó la venta de bienes de inocentes, dividió el precio de lo vendido con los dueños lamentándose. Parecería que digo esto de mí mismo, si no se reconociera sin nombrarlo de quién hablo. Si estas cosas son verdaderas; así como no os conciernen: así tampoco lo que dices, aunque dijeras la verdad, nos concierne. Si, sin embargo, la fama falsa mintió sobre aquel colega vuestro justo e inocente; de ninguna manera debe creerse en la fama que se ha sembrado sobre los inocentes como si fueran traidores de los códigos, o como si fueran asesinos de hombres. A esto se añade que yo menciono a aquel que vivió con vosotros, cuyas festividades celebrabais con tanta frecuencia, a quien dabais el beso de paz entre los Sacramentos, en cuyas manos poníais la Eucaristía, a quien extendíais las manos cuando os la daba, cuyas orejas temíais ofender con voz libre entre tantos gemidos de África: a quien no sé quién de vosotros, porque lo tocó de manera muy urbana, al decirle que tenía a Dios como su Conde, fue llevado con gran alabanza. Pero tú nos reprochas a aquellos con quienes no vivimos, cuyo rostro no vimos, en cuya época éramos niños o tal vez aún no habíamos nacido. ¿Qué es esta gran iniquidad y perversidad, querer imponernos las cargas de desconocidos, cuando no queréis llevar las de vuestros amigos? Clama la Escritura divina, Veías al ladrón, y corrías con él (Salmo XLIX, 18). Si no te contaminó a quien viste, ¿por qué me reprochas a quien no pude ver? ¿O dices, No corrí con él, porque sus hechos me desagradaban? Pero ciertamente te acercabas al altar con él. Vamos ya, para que te defiendas, distingue estas cosas, y di que es una cosa correr en el pecado, como corrieron los dos ancianos acechando la castidad de Susana; otra cosa es recibir el Sacramento del Señor con el ladrón, como los Apóstoles con Judas también recibieron aquella primera cena. Favorezco la defensa: pero ¿por qué no atiendes cuánto más fácilmente en esta tu defensa absolverás a las naciones y a los confines de la tierra, donde se difunde la herencia de Cristo? Pues si pudisteis ver al ladrón, y con el ladrón visto compartir los Sacramentos, sin embargo, no compartir el pecado: cuánto menos pudieron las naciones más remotas tener en común las maldades de los africanos traidores o perseguidores, aunque dijerais y mostrarais la verdad, aunque tuvieran en común los Sacramentos. ¿O dices, Yo vi a ese obispo, pero no vi a ese ladrón. Di lo que quieras, también favorezco esta defensa, y en ella el mundo entero está absuelto de vuestras acusaciones. Pues si os fue lícito ignorar la vida de un hombre conocido, ¿por qué no se permite a todo el mundo ignorar lo que no puede conocer? A menos que tal vez a los donatistas se les permita no saber lo que no quieren saber, pero a las naciones no se les permita ignorar lo que no pueden saber.

54. ¿O dices, Una cosa es el robo, otra la traición o la persecución? Concedo que es otra cosa; ni ahora es necesario esforzarse en mostrar la diferencia. Atiende al resumen. Si aquel no te hizo ladrón, porque no te agrada el robo: ¿quién puede hacer traidores o asesinos a aquellos a quienes desagrada la traición o el homicidio? Primero, pues, confiesa que eres lo que fue Optato, a quien conocías: y al menos así échame en cara lo que fueron aquellos a quienes yo no conocía. No quiero que me digas, Pero eso es grande, esto es pequeño. Primero debes admitir esas pequeñas cosas de ti, no para que yo también lo admita, sino para que al menos te permita decir no sé qué grandes cosas de mí. Optato, a quien conocías, ¿te hizo ladrón, porque fue tu colega, o no te hizo? Responde una de dos. Si dices, No me hizo; pregunto por qué no te hizo: ¿porque él tampoco fue ladrón? ¿o porque no lo sabes? ¿o porque te desagradó? Si porque él tampoco lo fue: mucho menos debemos creer que aquellos de quienes nos acusáis fueron tales como dices. Pues si de Optato no se debe creer lo que dicen

tanto cristianos como paganos y judíos, finalmente tanto los nuestros como los vuestros; cuánto menos se debe creer lo que vosotros decís de alguien. Si porque no lo sabes: todas las naciones te responden, Mucho más no sabemos lo que nos reprochas de ellos. Si porque te desagradó: te responden con la misma voz, Aunque nunca lo pruebes, sin embargo, tales cosas nos desagradan. Pero si dices, He aquí que Optato, a quien conocía, me hizo ladrón, porque fue mi colega, y solía acercarme al altar con él cuando cometía estas cosas; pero no me importa, porque es un pecado leve: sin embargo, aquellos te hicieron traidor y asesino. Respondo, no conceder que yo también me haya hecho traidor y asesino por los pecados ajenos, porque tú mismo te has hecho ladrón por tu propia sentencia, no por nuestra calumnia. Pues no decimos que cada uno lleva su propia carga, como testifica el Apóstol (Gálatas VI, 5): pero tú, no porque cometiste robo, o consentiste en el robo, sino porque pensaste que lo que otro hizo te concernía, voluntariamente pusiste tus hombros bajo la carga de Optato. Pues como dice el Apóstol, hablando de los alimentos, Sé y confío en el Señor Jesús, que nada es común por sí mismo, pero para el que piensa que algo es común, para él es común (Romanos XIV, 14): por la misma regla se puede decir que los pecados ajenos no conciernen a aquellos a quienes desagradan; pero si alguien piensa que le conciernen, le conciernen. Por lo tanto, tú no nos tienes como traidores, ni asesinos, aunque pruebes algo así de aquellos que comparten los Sacramentos con nosotros: pero a ti, aunque te desagrade lo que hizo Optato, sin embargo, te tenemos como ladrón, no por nuestra calumnia, sino por tu sentencia. Y para que no pienses que esto es leve; lee al Apóstol diciendo, Ni los ladrones poseerán el reino de Dios (I Corintios VI, 10). Pero aquellos que no poseerán el reino de Dios, ciertamente no estarán a la derecha entre aquellos a quienes se les dirá, Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Si no estarán allí, ¿dónde estarán, sino a la izquierda? Entre aquellos a quienes se les dirá, Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV, 34, 41). En vano, pues, te haces seguro, considerando leve el pecado que separa del reino de Dios, y te arroja al fuego eterno. Cuánto mejor es refugiarse en la verdadera confesión, y decir: Cada uno llevará su propia carga, y el último aventador separará la paja del trigo.

55. Pero evidentemente temes que inmediatamente se te diga: ¿Por qué, entonces, mientras intentáis imponer cargas ajenas a otros, os atrevisteis a separaros de la mies del Señor de todo el mundo antes del último aventador? Así que vosotros, a quienes desagradan los hechos de los vuestros, mientras evitáis que se os reproche el cisma que todos cometisteis, también os implicáis en pecados que no cometisteis: y mientras el elocuente Petiliano teme que me sea lícito decir que no soy tal como piensa que fue Ceciliano, él mismo se ve obligado a decir que es tal como sabe que fue Optato. ¿O no eres tal como toda África clama que fue él? Tampoco nosotros somos tales como aquellos que nos reprocháis, ya sea que vuestro error sospeche, o que la furia infame, o que la verdad pruebe: mucho menos son tales en todas las naciones los granos del Señor, que ni siquiera han oído el nombre de esos. No hay, pues, causa alguna por la que perezcais con tan gran crimen de separación y sacrilegio de cisma. Y sin embargo, si sufrís algo por este gran impiedad por el juicio divino, también decís que sois bautizados con vuestra sangre: para que no sea poco que, divididos, no os compungís, sino que, castigados, os gloriáis.

CAPÍTULO XXIV.---56. PETILIO dijo: Pero vosotros permanecéis en lo mismo: «El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies» (Juan XIII, 10). Una vez es lo que tiene autor, una vez es lo que la verdad confirma.

57. AGUSTÍN respondió: El Bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo tiene a Cristo como autor (Mateo XXVIII, 19), no a cualquier hombre: y Cristo es la verdad, no cualquier hombre.

CAPÍTULO XXV.---58. PETILIO dijo: Pues cuando cometes un crimen falso, yo no hago el Bautismo dos veces, lo que tú mismo no haces una vez.

59. AGUSTÍN respondió: Ni pruebas que somos culpables; y si un culpable bautiza con un bautismo falso, no tienen el verdadero Bautismo todos los que son bautizados por aquellos que entre vosotros no solo son manifiestos, sino también ocultos ya culpables. Pues si da la cosa de Dios, quien da el Bautismo; cuando ya es culpable ante Dios, ¿cómo da la cosa de Dios, si el culpable no da el verdadero Bautismo? Pero esperáis que también os sea culpable, como si lo que va a dar fuera vuestro.

CAPÍTULO XXVI.---60. PETILIO dijo: Pues si mezclas lo verdadero con lo falso, muchas veces la falsedad imita la verdad en los mismos pasos. Así, así la pintura de la naturaleza simula al hombre verdadero, que con colores expresa falsas caras de la verdad. Así, así el brillo del espejo roba el rostro, para devolver los ojos del que mira: así, así ofrece sus propios rostros a los que vienen, para que la misma cara del que viene se encuentre consigo misma: y tanto vale la pura falacia, que los mismos ojos que ven claramente, como si en otro se reconocieran a sí mismos. También la sombra, cuando se detiene, duplica las imágenes, dividiendo la unidad en gran parte con mentira. ¿Acaso por eso es verdadero, porque la figura miente? Pero una cosa es pintar un hombre, otra cosa es engendrarlo. Pues ¿quién finge falsos infantes a un padre que desea hijos? ¿o quién espera verdaderos herederos del engaño de una pintura? Ciertamente es de mente demente, dejar lo que es verdadero, para amar la pintura.

61. AUG. respondió: ¿Acaso no te avergüenzas de llamar falsedad al Bautismo de Cristo, incluso si se encuentra en el hombre más engañoso? Lejos esté que se crea que el trigo del Señor, que fue mandado crecer en todo el campo, es decir, en este mundo, hasta la cosecha, es decir, hasta el fin del siglo entre la cizaña (Mat. XIII, 24-30, 36-43), haya perecido por vuestras maldiciones. Sin embargo, incluso entre la cizaña, que ha sido ordenado no recoger sino tolerar hasta el fin, y en la paja misma, que no será separada completamente sino en el último aventador (Mat. III, 12); ¿se atreve alguien a decir que es falso el Bautismo que se da y se recibe en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo? A aquellos que, convictos por el testimonio de mujeres embarazadas, deponéis de su honor como colegas o presbíteros vuestros (ya que tales ejemplos no faltan en ninguna parte), pregunto, antes de que fueran convictos, ¿eran engañosos o veraces? Responderás, sin duda, engañosos. ¿Por qué entonces tenían y daban el verdadero Bautismo? ¿Por qué en ellos la falsedad humana no corrompía la verdad divina? ¿No está escrito con toda verdad, "El Espíritu Santo de disciplina huirá del engaño" (Sab. I, 5)? Si el Espíritu Santo huía de estos falsos, ¿por qué estaba la verdad del Bautismo con ellos, sino porque el Espíritu Santo huía de la falsedad del hombre, no de la verdad del Sacramento? Ahora bien, si incluso los engañosos tienen el verdadero Bautismo, ¿qué tienen ellos que no tengan los veraces? Por lo tanto, debes darte cuenta de que tu discurso está más bien coloreado con pinturas infantiles: y por eso, quien descuida la palabra viva y se deleita con tales adornos, ama la pintura en lugar de la verdad.

CAPÍTULO XXVII.---62. PETIL. dijo: Sin embargo, dice el apóstol Pablo, "Un solo Dios, una sola fe, un solo Bautismo" (Efes. IV, 5). Nosotros profesamos uno; pues es cierto que aquellos que piensan que hay dos, están locos.

63. AUG. respondió: Decís esto contra vosotros mismos, pero en vuestra locura no lo sabéis. Porque aquellos que dicen que hay dos bautismos, son los que piensan que los justos tienen uno y los inicuos otro; cuando ni de estos ni de aquellos es, sino que es de Cristo en ambos;

aunque ellos mismos no sean uno, sino que lo que es uno, estos lo tienen para salvación, aquellos para perdición.

CAPÍTULO XXVIII.---64. PETIL. dijo: Pero para comparar algo, el sol parece doble a los locos, aunque a menudo una nube azul se cruce, y su descolorido rostro golpeado por el resplandor, mientras los rayos del sol regresan de ella, parece emitir sus propios rayos: así, así en la fe del Bautismo es diferente buscar imágenes que reconocer la verdad.

65. AUG. respondió: ¿Qué dices, te lo ruego? Cuando una nube azul golpeada por los rayos del sol los refleja, ¿acaso parece a los locos como si hubiera dos soles, y no a todos los que miran? Pero cuando a los locos les parece así, les parece a ellos solos. Pero si no es molesto lo que te advierto, mira más bien si tal vez decir tales cosas y hablar así es de locos. Sin embargo, querías decir que los justos tienen la verdad del Bautismo, y los injustos la imagen: si es así, me atrevo a decir que fue una imagen en aquel vuestro, para quien no Dios, sino un cierto Conde era Dios: pero la verdad está en ti o en aquel que elegantemente lo lanzó contra él, cuando le dijo, "A quien el Conde es Dios". Y discernid a aquellos que ambos bautizaron, y en unos aprobáis el verdadero Bautismo, y de otros excludid la imagen, e introducid la verdad.

CAPÍTULO XXIX.---66. PETIL. dijo: Pero para pasar por alto estas cosas menores; ¿acaso dicta justicia quien no es magistrado del tribunal, o lo que dice es justo, cuando una persona privada perturba las leyes públicas? ¿O no es más bien culpable, no solo no beneficiando, sino que con lo que hace, se le considera falsificador?

67. AUG. respondió: ¿Qué, si este privado y falsificador da a alguien una ley del emperador? ¿No es cierto que cuando la compare con aquellos que la tienen, y la encuentre verdadera, no atiende a quién se la dio, sino a lo que recibió? Porque el falsificador cuando da algo de su falsedad, es falso: pero cuando se da algo ajeno y verdadero, aunque lo dé un falsificador, aunque él no sea veraz, es verdadero lo que se da.

CAPÍTULO XXX.---68. PETIL. dijo: O si alguien retiene de memoria los cánticos de un sacerdote, ¿acaso es sacerdote por publicar con boca sacrílega el cántico del sacerdote?

69. AUG. respondió: Dices esto, como si ahora buscáramos quién es el verdadero sacerdote, y no qué es el verdadero Bautismo. Pues para que alguien sea verdadero sacerdote, es necesario que no solo esté revestido del Sacramento, sino también de justicia, como está escrito: "Tus sacerdotes se revistan de justicia" (Sal. CXXXI, 9). Pero quien es sacerdote solo por el Sacramento, como fue el sumo sacerdote Caifás, perseguidor del único y verdadero sacerdote; aunque él mismo no sea veraz, lo que da es verdadero si no da lo suyo, sino lo de Dios: como se dijo de Caifás mismo, "Esto no lo dijo de sí mismo, sino que siendo sumo sacerdote, profetizó" (Juan XI, 49-51, y XVIII, 14). Y sin embargo, para usar también el ejemplo que tú mismo pusiste, si escuchas de alguien profano una oración conformada con las palabras y misterios evangélicos del sacerdote; ¿acaso puedes decirle que no es verdadera, aunque él mismo no solo no sea verdadero, sino que tampoco sea sacerdote? cuando el apóstol Pablo dijo que cierto testimonio era verdadero de un profeta cretense, que no se contaba entre los profetas de Dios: pues dijo, "Dijo uno de ellos, su propio profeta, 'Los cretenses son siempre mentirosos, malas bestias, vientres perezosos': este testimonio es verdadero" (Tit. I, 12, 13). Si, por tanto, el Apóstol, al encontrar verdadero el testimonio de un extranjero, también dio su testimonio; ¿por qué nosotros, cuando encontramos lo que es de Cristo y es verdadero, incluso si aquel en quien se encuentra es perverso y engañoso, no distinguimos el vicio que tiene el hombre, y la verdad que no es suya, sino de Dios; y

decimos, Este Sacramento es verdadero; como él dijo, Este testimonio es verdadero? ¿Acaso decimos, Por tanto, también este hombre es veraz; porque decimos, Este Sacramento es verdadero? Así como el Apóstol, ¿acaso contó a aquel profeta entre los profetas de Dios, porque afirmó que lo que encontró en él era verdadero? De manera similar, el mismo apóstol, cuando estaba en Atenas entre los altares de los demonios, notó un altar en el que estaba escrito, "Al Dios desconocido". Y tomó este testimonio para edificar a aquellos en Cristo, de modo que lo mencionó en su discurso, y añadió: "A quien vosotros adoráis sin conocer, a este os anuncio". ¿Acaso porque encontró ese altar entre los altares de los ídolos o erigido por sacrílegos, condenó o rechazó lo que en él era verdadero; o por lo que leyó en él, persuadió que también se siguieran los sacrilegios de los paganos? Consecuentemente, cuando quiso insinuarles al mismo Señor, desconocido para ellos, pero conocido para él, también a su conocimiento, como juzgó conveniente, dijo entre otras cosas: "Y ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros; porque en él vivimos, nos movemos y somos, como también algunos de vuestros poetas han dicho" (Hechos XVII, 23, 27, 28). ¿Acaso también aquí, porque encontró testimonios de verdad entre los sacrílegos, los aprobó por esto, o por ellos condenó estas cosas? Vosotros, sin embargo, es necesario que siempre erréis, mientras por los vicios de los hombres violáis los Sacramentos de Dios, o pensáis que nosotros, por los Sacramentos de Dios, que no queremos violar en vosotros, también asumimos el sacrilegio de vuestro cisma.

CAPÍTULO XXXI.---70. PETIL. dijo: "Porque toda potestad viene de Dios" (Rom. XIII, 1), no en el hombre de potestad: como respondió el Señor Jesucristo a Poncio Pilato, "No tendrías potestad sobre mí, si no te hubiera sido dada de arriba" (Juan XIX, 11). Y nuevamente, Juan dice, "No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo" (Juan III, 27). Enseña, pues, traidor, cuándo recibiste la potestad de simular los misterios.

71. AUG. respondió: Tú enseña más bien, cuándo el universo mundo, donde se ha difundido la herencia de Cristo y aquella multitud de tantas naciones, donde los Apóstoles fundaron Iglesias, perdió la potestad de bautizar. Nunca lo enseñarás: no solo porque los calumnias, no enseñas que son traidores; sino porque incluso si lo enseñas, el crimen de cualesquiera malvados, ya sean desconocidos, engañosos, o tolerados como cizaña o paja, no puede destruir las promesas de Dios, para que no sean bendecidas todas las naciones en la simiente de Abraham: de las cuales promesas os hacéis extraños, quienes no queréis tener comunión de unidad con todas las naciones.

CAPÍTULO XXXII.---72. PETIL. dijo: Aunque hay un solo Bautismo, sin embargo, está consagrado en tres grados. Juan dio el agua sin el nombre de la Trinidad, como él mismo confesó diciendo: "Yo os bautizo en agua para arrepentimiento: otro vendrá que es más fuerte que yo, de quien no soy digno de llevar el calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego" (Mat. III, 11). Cristo dio el Espíritu Santo, como está escrito: "Sopló en sus rostros, y dijo, Recibid el Espíritu Santo" (Juan XX, 12). Y el mismo fuego del Paráclito, ardiendo con llamas crepitantes, descendió sobre los Apóstoles. Oh verdadera divinidad, que se vio encender, no arder, como está escrito: "De repente vino del cielo un sonido como de un viento recio que soplabá, y llenó toda la casa donde estaban sentados los Apóstoles. Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, y se posó sobre cada uno de ellos; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu Santo les daba que hablasen" (Hechos II, 2-4). Pero tú, perseguidor, ni siquiera tienes el agua del arrepentimiento, que no retienes el poder de Juan el decapitado, sino del decapitador Herodes. Tú, pues, traidor, no tienes el Espíritu Santo de Cristo: porque Cristo fue entregado a la muerte, no entregó a la muerte. Para ti el fuego en el espíritu es vivaz en los infiernos, que ardiendo con llamas hambrientas, puede soplar sobre tus miembros a través del siglo, no

extinguirse; como está escrito sobre el suplicio de los condenados en el infierno, "Su fuego no se apagará" (Isaías LXVI, 24).

73. AUG. respondió: Tú eres ese maldiciente calumniador, no un disputador veraz. ¿No dejarás alguna vez de decir tales cosas, que si no las pruebas, no conciernen a nadie; si las pruebas, no conciernen en absoluto a la unidad del mundo entero, que está en los santos como en el trigo? Si nos place también a nosotros devolver maldiciones por maldiciones, podemos también nosotros tal vez calumniar con elocuencia. Podemos también decir, "Con llamas crepitantes": pero de ninguna manera me suena elocuente lo que se dice con torpeza. Podemos también decir, "Ardiendo con llamas hambrientas": pero no queremos que los ápices de nuestros escritos, cuando son leídos por alguien sano, sean juzgados hambrientos de la sustancia de la gravedad, y que él mismo, al no ser alimentado por ninguna sentencia útil, sufra un ayuno superfluo. He aquí, digo que vuestros Circunceliones no arden con llamas crepitantes, sino precipitantes de furia. Si respondes, ¿Qué nos importa? ¿por qué también cuando objeces a quienes quieras, no escucharás a su vez, Y nosotros no sabemos? Si respondes, No lo probáis; ¿por qué no responderá a su vez el mundo entero, Tampoco vosotros lo probáis? Pactemos, pues, si te place, que ni tú nos objeces a los malos que crees nuestros, ni nosotros a los vuestros. Así verás que con este pacto tan justo y firmemente establecido, no tienes nada que objetar a la simiente de Abraham en todas las naciones. Sin embargo, yo ciertamente te encuentro algo grande que objetar: ¿Por qué, entonces, os separasteis impiamente de la simiente de Abraham, que está en todas las naciones? Esto ciertamente no tienes cómo defenderlo. Ambos nos purgamos de los crímenes ajenos: pero esto de no comunicar con todas las naciones que son bendecidas en la simiente de Abraham, es un gran crimen, no de algunos de vosotros, sino de todos.

74. Y sin embargo, sabes y recuerdas que el Espíritu Santo vino de tal manera que aquellos a quienes llenó entonces, hablaron en todas las lenguas: ¿qué significaba aquel signo y prodigio? ¿Por qué ahora se da el Espíritu Santo de tal manera que nadie a quien se le da puede hablar en todas las lenguas, sino porque todas las naciones iban a creer, y así el Evangelio estaría en todas las lenguas, aquel milagro lo prefiguraba? Lo cual también se predijo mucho antes en el Salmo: "No hay lenguaje ni palabras, donde no se oigan sus voces". Esto se dijo por aquellos que iban a hablar en todas las lenguas al recibir el Espíritu Santo. Pero porque eso mismo en todas las naciones y lenguas, el Evangelio y el cuerpo de Cristo iban a resonar en todas las lenguas por todo el mundo, añadió: "Por toda la tierra salió su voz, y hasta los confines del mundo sus palabras". De aquí se hace que la verdadera Iglesia no puede estar oculta a nadie. De donde es aquello que en el Evangelio él mismo dice: "No puede esconderse una ciudad situada sobre un monte" (Mat. V, 14). Por eso en el mismo salmo se conecta, "En el sol puso su tabernáculo", es decir, en manifestación: como leemos en los libros de los Reyes, "Lo que tú hiciste en secreto, lo sufrirás en el sol" (II Reg. XII, 12). Y él mismo como esposo saliendo de su tálamo: se regocijó como un gigante para correr su camino; desde el extremo del cielo es su salida: he aquí tienes la venida del Señor en la carne. Y su curso hasta su extremo: he aquí tienes la resurrección y ascensión. Y no hay quien se esconda de su calor (Sal. XVIII, 4-7): he aquí tienes la venida del Espíritu Santo, que envió en lenguas de fuego para mostrar el fervor de la caridad, que ciertamente no tiene quien no guarda la unidad del espíritu en el vínculo de la paz con la Iglesia que está en todas las lenguas.

75. Ahora bien, lo que dijiste que hay un solo Bautismo, pero consagrado en tres grados, y esos tres los distribuiste a personas individuales, asignando el agua a Juan, el Espíritu Santo al Señor Jesucristo, y el fuego al Paráclito enviado desde arriba, considera por un momento cuán grande es el error. Fuiste llevado a pensar así porque Juan dijo, "Yo ciertamente os

bautizo en agua; pero el que viene después de mí es mayor que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego" (Mat. III, 11). Y no quisiste considerar que no son tres cosas asignadas individualmente a tres, el agua a Juan, el Espíritu a Cristo, el fuego al Paráclito; sino que estas tres cosas pertenecen más bien a dos, una a Juan, y las otras dos al Señor. Porque no se dijo, Yo ciertamente os bautizo en agua; pero el que viene después de mí, mayor que yo, de quien no soy digno de llevar el calzado, él os bautizará en Espíritu Santo; y el que vendrá después de él, el Paráclito, él os bautizará en fuego: sino, "Yo ciertamente", dijo, "en agua; pero el que viene después de mí, en Espíritu Santo y fuego". Se atribuye uno a sí mismo, y dos a él. Ves, pues, cómo te engañó el número. Aún más, considera: dijiste que un solo Bautismo está consagrado en tres grados, agua, Espíritu Santo, y fuego; y pusiste tres personas por cada uno, Juan para el agua, Cristo para el Espíritu, el Paráclito para el fuego. Si, por tanto, el agua de Juan pertenece a ese mismo Bautismo cuya unidad se encomienda, no debieron ser mandados a bautizar por el apóstol Pablo aquellos que se encontró bautizados por Juan: ya tenían el agua que pertenece a ese mismo Bautismo, como dices, restaba que recibieran el Espíritu y el fuego, porque faltaban a Juan, para que se completara el Bautismo consagrado en tres grados, como afirmas. Pero cuando por autoridad apostólica se les mandó bautizar, quedó suficientemente claro que aquella agua de Juan no pertenece al Bautismo de Cristo, sino que fue para otro tiempo de dispensación necesario.

76. Finalmente, ¿qué te pareció, que cuando quisiste probar que el Espíritu Santo fue dado por Cristo, y trajiste del Evangelio el testimonio de que resucitado de entre los muertos sopló en el rostro de los discípulos diciendo, "Recibid el Espíritu Santo" (Juan XX, 12); y quisiste mostrar aquel último fuego que fue nombrado con el Bautismo en las lenguas de fuego que fueron demostradas con la venida del Paráclito, dijiste, "Y el mismo fuego del Paráclito, ardiendo con llamas crepitantes, descendió sobre los Apóstoles": como si fuera otro el Espíritu Santo que dio soplando en el rostro de los discípulos, y otro el que después de su ascensión descendió sobre los Apóstoles. ¿Acaso hay dos Espíritus Santos? ¿Quién diría esto, aunque fuera el más demente? Por tanto, el mismo Cristo dio el mismo Espíritu Santo, ya sea soplando en el rostro de los discípulos, o enviándolo desde arriba el día de Pentecostés con cierta recomendación del sacramento. Por lo tanto, no es que Cristo dio el Espíritu Santo, y el fuego el Paráclito, para que se cumpliera lo que se dijo, "En Espíritu Santo y fuego": sino que el mismo Cristo dio el Espíritu Santo, que estando en la tierra lo dio con su aliento, y estando en el cielo lo mostró con lenguas de fuego. Porque para que sepas que no se cumplió entonces lo que se dijo, "Él os bautizará en Espíritu Santo", cuando les sopló en el rostro; para que no pareciera que iban a ser bautizados en fuego con la venida del Paráclito, recuerda la Escritura clarísima, y ve lo que les dijo cuando el mismo Señor ascendió al cielo: "Juan ciertamente bautizó con agua; pero vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo, que recibiréis no muchos días después de estos hasta Pentecostés" (Hechos I, 5). ¿Qué testimonio más claro que este? Según tu sentido, debería haber dicho: "Juan ciertamente bautizó con agua; pero vosotros fuisteis bautizados con Espíritu Santo, cuando os soplé en el rostro, y de aquí en adelante seréis bautizados en fuego, que recibiréis no muchos días después de estos": para que se completaran esos tres grados, con los que dices que un solo Bautismo está consagrado. Así resulta que aún no sabes qué significa lo que se dijo, "Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego"; y temerariamente quieres enseñar lo que no sabes.

CAPÍTULO XXXIII.---77. PETILIO dijo: Pero para discutir plenamente el Bautismo de la Trinidad, el Señor Cristo dijo a sus Apóstoles: «Id y bautizad a las naciones en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado» (Mateo XXVIII, 19, 20). ¿A quién enseñas, traidor? ¿A quién condenas? ¿A quién enseñas, traidor? ¿A quién matas? Finalmente, ¿a quién enseñas? ¿O a quién has hecho homicida?

¿Cómo, pues, bautizas en el nombre de la Trinidad? No puedes llamar a Dios Padre. Pues cuando el Señor Cristo dijo: «Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios» (Id., V, 9): tú, que no tienes paz en el alma, no tienes a Dios como padre. ¿Cómo, entonces, bautizas en el nombre del Hijo, si lo traicionas, si no imitas al Hijo de Dios en sus sufrimientos ni en la cruz? ¿Cómo, entonces, bautizas en el nombre del Espíritu Santo, cuando el Espíritu Santo vino sobre aquellos Apóstoles que no fueron traidores? Por tanto, si Dios no es vuestro padre, ni nacéis verdaderamente del agua del Bautismo; ninguno de vosotros ha nacido en absoluto, ni tenéis padre, impíos, ni madre. Por lo tanto, no debo bautizaros a vosotros, aunque los judíos, como si fuera carne, os laven mil veces.

78. AGUSTÍN respondió: Ciertamente habías propuesto discutir plenamente el Bautismo de la Trinidad, y nos habías hecho estar muy atentos: pero, como es fácil para vosotros, cuán pronto te has vuelto a los insultos habituales. Esto realmente lo haces abundantemente. Te propones a ti mismo a quienes quieras, para que te ensañes cuanto quieras: en esta gran amplitud de discurso, con una brevísima palabra que se dice, Prueba, te ves reducido a las más estrechas limitaciones. Pues esto te dice la descendencia de Abraham, en la cual, cuando todas las naciones son bendecidas, no se preocupan cuando son maldecidas por ti. Pero, sin embargo, porque hablas del Bautismo, que crees que es verdadero cuando está en un hombre justo, pero falso cuando está en un hombre inicuo: he aquí que yo también, según tu regla, si discuto el Bautismo de la Trinidad, podré decir más abundantemente, según creo, que no tiene a Dios como Padre, aquel a quien Dios es compañero; ni cree en su Cristo, sino por quien sufrió; ni tiene al Espíritu Santo, quien de manera muy diferente incendió con lenguas de fuego a la miserable África. ¿Cómo, entonces, tienen el Bautismo, o cómo lo dan en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo? Ciertamente ya adviertes que el Bautismo puede estar en un hombre inicuo, o ser dado por un hombre inicuo, no inicuo, sino justo y verdadero; no porque sea de él, sino porque es de Dios. Y no te calumnio por esto; lo que tú no cesas de hacer con no sé quiénes en el mundo, y, lo que es más intolerable, no pruebas nada de ellos. Pero no sé cómo puede tolerarse que no solo calumniéis a hombres santos por hombres inicuos; sino que también comparáis al mismo santo Bautismo, que en cualquier inicuo debe ser santo, con un crimen por el contagio de los pecados de los hombres, para que digáis que el Bautismo es tal como es aquel de quien se tiene, se da o se recibe. Por otra parte, si el hombre es tal como fue aquel con quien se acerca a las cosas santas, y los mismos Sacramentos son tales como los hombres en quienes están; basta a los hombres santos como consuelo escuchar con el santo Bautismo una falsa acusación de vosotros: solo ved cómo sois condenados por vuestra propia boca, si también vuestros sobrios son ebrios por el contagio de vuestros ebrios, y vuestros misericordiosos son raptos por el contagio de vuestros raptos, y cualquier cosa que se encuentre entre vosotros en hombres malos, esto se ven obligados a ser quienes no lo son; y el mismo Bautismo en todos vuestros inmundos es inmundo, y por la diversidad de su inmundicia es diverso, si se ve obligado a ser tal como es aquel de quien se tiene y se da. Estas cosas ciertamente son falsas, y por eso no nos perjudican cuando las decís contra nosotros, ni os miráis a vosotros mismos: pero os perjudican a vosotros, porque cuando decís estas cosas falsas, no caen sobre nosotros, sino que, porque las creéis verdaderas, recaen sobre vosotros.

CAPÍTULO XXXIV.---79. PETILIO dijo: Pues si a los Apóstoles les fue lícito bautizar a aquellos que Juan había lavado con el bautismo de penitencia, ¿no me será lícito a mí bautizaros a vosotros, sacrílegos?

80. AGUSTÍN respondió: ¿Dónde está, entonces, lo que habías dicho antes, que no había un bautismo de Juan y otro de Cristo, sino un solo Bautismo consagrado en tres grados, de los cuales Juan dio el agua, Cristo el Espíritu, y el Paráclito el fuego? ¿Por qué, entonces, los

Apóstoles repitieron el agua en aquellos a quienes Juan ya había dado el agua perteneciente a un solo Bautismo consagrado en tres grados? Ciertamente ves cuán necesario es que cada uno sepa lo que dice.

CAPÍTULO XXXV.---81. PETILIO dijo: Porque el Espíritu Santo no puede ser insertado en nadie por la imposición de manos del pontífice, a menos que haya precedido el agua generadora de pura conciencia.

82. AGUSTÍN respondió: En estas pocas palabras tuyas hay dos errores. Y uno, en verdad, no se refiere mucho a la cuestión que se discute entre nosotros, pero te acusa de ignorancia. Pues en ciento veinte personas, sin la imposición de manos de nadie, y en Cornelio el Centurión y los que estaban con él, incluso antes de ser bautizados, el Espíritu Santo vino (Hechos I, 15; II, 4; y X, 44). Pero el otro error en tus palabras destruye completamente toda vuestra causa. Dices que el agua generadora de pura conciencia debe preceder, para que el Espíritu Santo la siga. Por tanto, o toda agua consagrada en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo es de pura conciencia, no por aquellos que la ministran, o por aquellos que la reciben, sino por aquel que instituyó este Bautismo inmaculado: o si el agua de pura conciencia no la hace sino la pura conciencia tanto del hombre que ministra como del que recibe; ¿qué hacéis con aquellos que encontráis bautizados por aquellos que aún no habían sido descubiertos llevando una conciencia manchada: especialmente si entre estos bautizados existe alguno que confiese haber tenido mala conciencia cuando fue bautizado, porque por esa ocasión tal vez quiso llegar a algún crimen? Cuando, pues, os haya sido manifestado que ni aquel que ministró, ni aquel que recibió el Bautismo, tuvo pura conciencia, ¿consideraréis que debe ser bautizado de nuevo? De ninguna manera lo dirás, de ninguna manera lo harás. Por tanto, la pureza del Bautismo está completamente separada de la pureza o inmundicia de la conciencia, ya sea del que da o del que recibe. Atrévete, entonces, a decir que fue de pura conciencia el defraudador, el raptor, el opresor de huérfanos y viudas, el separador de matrimonios, el traidor y vendedor de patrimonios ajenos. Atrévete también a decir que fueron de pura conciencia aquellos que en tales tiempos es difícil que no hayan fallado: si acaso no por Cristo, ni por la vida eterna, sino para conciliar amistades terrenales y saciar deseos terrenales, buscaron ser bautizados por él. Pero si no te atreves a decir que estos fueron de pura conciencia; si encuentras a algunos de ese número bautizados, dales el agua de pura conciencia que no recibieron: lo cual si no haces, deja de jactarte contra nosotros de lo que no sabes, para que no te veas obligado a responder contra nosotros lo que sabes.

CAPÍTULO XXXVI.---83. PETILIO dijo: Porque ciertamente el Espíritu Santo no pudo venir sobre vosotros, a quienes no lavó el bautismo de penitencia; sino que, lo que es verdad, os contaminó el agua del traidor.

84. AGUSTÍN respondió: No solo no probáis que seamos traidores, sino que tampoco vuestros padres pudieron probar que nuestros padres lo fueran: quienes, si hubieran sido probados, ciertamente no serían nuestros padres, según tu afirmación anterior, de quienes no habríamos seguido los hechos: sin embargo, no nos separaríamos de la comunión de la unidad, y de la descendencia de Abraham en la cual son bendecidas todas las naciones (Gén. XXII, 18). Sin embargo, si el agua de Cristo es diferente del agua del traidor, porque Cristo no fue traidor; ¿por qué no es diferente el agua de Cristo del agua del raptor, porque Cristo ciertamente no fue raptor? Bautiza, entonces, tú después de tu raptor, y yo bautizaré después de mi traidor, ni mío ni tuyo; o si se debe creer en los documentos presentados, tanto mío como tuyo; si, en cambio, a la comunión del mundo más que a la parte de Donato, no mío, sino tuyo. Pero con un juicio mejor y más sano, porque según la voz apostólica, cada uno de nosotros llevará su propia carga (Gál. VI, 5); ni aquel raptor es vuestro, cuantos no sois

raptos, ni ningún traidor es nuestro o vuestro, cuantos no somos traidores. Y por eso somos católicos, que según este juicio no abandonamos la unidad: vosotros, en cambio, sois herejes, que por los crímenes de algunos hombres, ya sean verdaderos o falsos, no queréis mantener la caridad con la descendencia de Abraham.

CAPÍTULO XXXVII.---85. PETILIO dijo: Pero para que estos hechos de los Apóstoles resplandezcan, somos instruidos por sus actos, como está escrito: «Y sucedió que mientras Apolo estaba en Corinto, Pablo, habiendo recorrido las regiones superiores, llegó a Éfeso. Y encontrando a algunos discípulos, les dijo: ¿Recibisteis el Espíritu Santo al creer? Y ellos dijeron: Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo. Y Pablo les dijo: ¿En qué, pues, fuisteis bautizados? Y respondieron diciendo: En el bautismo de Juan. Pablo dijo: Juan bautizó con el bautismo de penitencia, diciendo al pueblo que creyeran en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús Cristo nuestro Señor. Al oír esto, fueron bautizados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Y cuando Pablo les impuso las manos, vino el Espíritu Santo sobre ellos. Y hablaban en diversas lenguas, y profetizaban. Y eran en total unos doce hombres» (Hechos XIX, 1-7). Si, pues, ellos fueron bautizados para recibir el Espíritu Santo, ¿por qué no vosotros, si queréis recibir el Espíritu Santo, después de vuestras mentiras recibís la verdadera novedad? Si hacemos mal en esto, ¿por qué nos buscáis? O ciertamente, si es un crimen, condenad primero a Pablo; quien ciertamente lavó lo que ya había sido, mientras que nosotros bautizamos en vosotros lo que aún no es. Pues no os sumergís, como ya hemos dicho muchas veces, en el verdadero Bautismo, sino que os infamáis con el vano nombre de un falso bautismo.

86. AGUSTÍN respondió: No acusamos a Pablo, quien dio a los hombres el Bautismo de Cristo, porque no tenían el Bautismo de Cristo, sino el bautismo de Juan, según la respuesta de ellos mismos; quienes, al ser preguntados en qué habían sido bautizados, respondieron, En el bautismo de Juan: que no pertenece al Bautismo de Cristo, ni es parte ni grado de él: de lo contrario, o entonces se repetía el agua del Bautismo de Cristo, o si el Bautismo de Cristo se perfeccionaba entonces por dos aguas, ahora es menos perfecto, porque no se da aquella que se daba por Juan: pero cualquiera de estas cosas es impía y sacrílega de pensar. Pablo, pues, dio el Bautismo de Cristo a aquellos que no tenían el Bautismo de Cristo, sino el de Juan.

87. Pero por qué en aquel tiempo fue necesario el bautismo de Juan, que ahora ya no es necesario, lo hemos dicho en otro lugar, y ahora no pertenece a la cuestión que se discute entre nosotros; salvo solo para que se vea que el bautismo de Juan fue otro, y el de Cristo otro: como fue otro aquel bautismo, en el que el Apóstol dice que nuestros padres fueron bautizados en la nube y en el mar, cuando pasaron el Mar Rojo por medio de Moisés (I Cor. X, 1, 2). La Ley y los Profetas hasta Juan el Bautista tenían sacramentos que anunciaban la cosa futura: los Sacramentos de nuestro tiempo testifican que ha venido lo que aquellos anunciaban que vendría. Juan, por tanto, fue el más cercano anunciador de Cristo de todos los precedentes. Y porque todos los justos y profetas de tiempos anteriores deseaban ver cumplido lo que, revelado por el Espíritu, veían que iba a suceder; de ahí que el mismo Señor diga: Porque muchos justos y profetas desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron (Mateo XIII, 17): por eso Juan fue llamado más que profeta, y no tuvo mayor entre los nacidos de mujer; porque a los justos anteriores solo se les concedió anunciar a Cristo, pero a este anunciar al ausente y ver al presente, de modo que a este se le encontró abierto lo que aquellos desearon. Y por eso el sacramento de su bautismo todavía pertenece a la anunciación de Cristo, pero ciertamente la última: porque hasta él fueron las anunciaciones del primer advenimiento del Señor, cuyo advenimiento ahora son anunciaciones, ya no preanunciaciones. Pero el Señor, enseñando el camino de la humildad, se dignó recibir los sacramentos que encontró aquí de su anunciación, no para la ayuda de su purificación, sino

para ejemplo de nuestra piedad: para que, en efecto, nos mostrara con cuánta devoción debemos recibir lo que ya testifica que él ha venido, cuando él no se dignó rechazar lo que figuraba que él vendría. Y Juan, pues, aunque próximo, y dentro de un año coetáneo, sin embargo, cuando bautizaba, precedía al Cristo que venía: por eso se dijo de él: He aquí que envío a mi ángel ante tu faz, que preparará tu camino. Y él mismo predicaba diciendo: Viene después de mí el que es más fuerte que yo (Malaquías III, 1, y Marcos I, 2, 7). Así, pues, la circuncisión de la carne que se dio a los padres, preanunciaba nuestra justificación, en el despojo de las concupiscencias carnales por la resurrección del Señor, que ocurrió después del séptimo, es decir, el día del sábado, el octavo día, es decir, el domingo, que es el tercer día después de su sepultura: sin embargo, el mismo Cristo niño recibió la circuncisión de la carne que preanunciaba. Y así como la Pascua que los judíos celebraban en la matanza del cordero, preanunciaba la pasión del Señor y su paso de este mundo al Padre, y el mismo Señor celebró esa Pascua que estaba en la misma preanunciación con sus discípulos cuando le sugirieron diciendo: ¿Dónde quieres que preparemos para ti la Pascua? (Mateo XXVI, 17): así también el bautismo de Juan, que estaba en su próxima preanunciación, él mismo lo recibió. Pero así como es otra la circuncisión de la carne de los judíos, y otra la que celebramos en el octavo día de los bautizados; y es otra la Pascua que todavía celebran de la oveja, y otra la que recibimos en el cuerpo y sangre del Señor: así fue otro el bautismo de Juan, y otro el Bautismo de Cristo. Pues a aquellos se les preanunciaban estas cosas futuras: a estos se les predicaban aquellas ya cumplidas. Y aunque Cristo recibió aquellas; no nos son necesarias a nosotros, porque hemos recibido a aquel que por estas cosas se anunciaba. Sin embargo, en el reciente advenimiento del Señor, quienquiera que las hubiera recibido, le era necesario también ser instruido en estas: pero quienquiera que hubiera sido instruido en estas, no le era necesario ser obligado a aquellas.

88. Por tanto, no queráis hacer oscuridad del bautismo de Juan, cuya causa y razón, ya sea esta que he expuesto, o se dé otra mejor y más cierta, sin embargo, es manifiesto que el bautismo de Juan fue otro, y el de Cristo otro: y aquel fue llamado bautismo de Juan, lo cual declara tanto la respuesta de estos que mencionaste, como la palabra del mismo Señor, donde dice a los judíos: El bautismo de Juan, ¿es del cielo, o de los hombres? (Mateo XXI, 25). Este Bautismo, sin embargo, no se llama de Ceciliano, ni de Donato, ni de Agustín, ni de Petiliano, sino Bautismo de Cristo. Pues si nos consideras impudentes, porque después de nosotros no queremos que nadie sea bautizado, cuando vemos que después de Juan fueron bautizados hombres, que ciertamente es incomparablemente mayor que nosotros; ¿acaso Juan y Optato son iguales? Parece ridículo: y sin embargo, creo que no los consideraréis iguales, sino que creéis que Optato es mayor. Pues después de Juan, el Apóstol bautizó, vosotros no os atrevéis a bautizar después de Optato. ¿O porque Optato estuvo en vuestra unidad? Ya no sé con qué corazón puede soportarse esto: si el amigo del Conde, a quien el Conde era Dios, se dice que estuvo en la unidad, y el amigo del esposo fuera de la unidad. Pero si Juan estuvo principalmente en la unidad, y no solo fue superior a Optato, sino a todos nosotros y a todos vosotros, y sin embargo, después de él Pablo apóstol bautizó: ¿por qué vosotros no bautizáis después de Optato? A menos que tal vez vuestra ceguera os reduzca a estas estrecheces, para que digáis que Optato pudo dar el Espíritu Santo, Juan no pudo. Pero si no lo decís, para que vuestra locura no sea ridiculizada incluso por los mismos insensatos: ¿qué responderéis, por qué después de Juan debieron ser bautizados hombres, pero después de Optato nadie debe ser bautizado, sino porque fueron bautizados con el bautismo de Juan; pero cualquiera que sea bautizado con el Bautismo de Cristo, ya sea por Pablo o por Optato, no hay diferencia entre el Bautismo de estos y el de aquellos, aunque haya tanta diferencia entre Pablo y Optato? Volved, pues, transgresores, al corazón (Isaías XLVI, 8), y no queráis juzgar los divinos Sacramentos por las costumbres y hechos de los hombres. Pues aquellos son santos por aquel

de quien son: pero tratados dignamente traen recompensa; tratados indignamente, juicio. Y aunque no son uno mismo quienes tratan dignamente y quienes indignamente el Sacramento de Dios: sin embargo, es uno mismo ya sea que se trate digna o indignamente; no para que se haga mejor o peor, sino para vida o muerte de quienes lo tratan. Ciertamente lo que dijiste, que en aquellos a quienes Pablo bautizó después de Juan, lavó lo que ya había sido; ciertamente no lo dirías, si consideraras un poco lo que dices. Pues si el bautismo de Juan debía ser lavado, sin duda fue sucio. ¿Qué, pues, ya te urjo? Recuerda o lee, y ve de dónde recibió esto Juan: encontrarás en quién has derramado esta blasfemia; lo cual cuando lo encuentres, al menos que se golpee el pecho, si no se frena la lengua.

89. Ahora bien, lo que elegantemente creen decir, "Si hacemos mal, ¿por qué nos buscan?" ¿no recuerdan acaso que no se busca sino a los que se han perdido? ¿O es que no ver esto también pertenece a la misma perdición? Pues también aquella oveja podría absurdamente decirle al pastor: "Si hago mal al alejarme del rebaño, ¿por qué me buscas?" sin entender que la razón por la que cree que no debe ser buscada es precisamente la causa por la que se le busca. ¿Quién los busca, ya sea a través de sus Escrituras, o de lenguas católicas y pacíficas, o de los azotes de las tribulaciones temporales, sino aquel que les dispensa esta misericordia en todo? Por tanto, los buscamos para encontrarlos: tanto los amamos para que vivan, como odiamos su error para que perezca quien los pierde, mientras él mismo no perezca. Y ojalá los busquemos de tal manera que también los encontremos, y de cada uno de ustedes podamos decir con alegría: "Estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y ha sido hallado" (Luc. XV, 32).

CAPÍTULO XXXVIII.---90. PETIL. dijo: Si ustedes dicen tener la Católica, católico es lo que en griego se dice único o todo. He aquí que no están en el todo, porque han cedido a una parte.

91. AUG. respondió: Yo, aunque he aprendido muy poco de la lengua griega, y casi nada, no obstante digo sin vergüenza que sé que ὅλον no significa uno, sino todo; y καθ' ὅλον, según el todo; de donde la Católica tomó su nombre, como dice el mismo Señor: "No les corresponde a ustedes conocer los tiempos que el Padre ha puesto en su potestad; pero recibirán la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra" (Hech. I, 7, 8). He aquí de dónde se llama Católica. Pero con los ojos cerrados tropiezan en la montaña, que según la profecía de Daniel, creció de una pequeña piedra y llenó toda la tierra (Dan. II, 35), al decirnos que hemos cedido a una parte y que no estamos en el todo, cuando nuestra comunión se extiende por todo el orbe. Pero así como si me dijeras que yo soy Petiliano, no encontraría cómo refutarte, salvo que me riera de ti si bromeas, o me doliera si deliras; veo que ahora debo hacer lo mismo: pero como no creo que bromeas, ves lo que queda.

CAPÍTULO XXXIX.---92. PETIL. dijo: Pero no hay parte de las tinieblas contra la luz, ni parte de la amargura con la miel: no hay parte de la vida con la muerte, no hay parte de la inocencia con la culpa, no hay parte del agua con la sangre; ni parte de la amurca con el aceite, aunque sea una relación turbia; pero todo lo reprobable fluirá. Esa es la sentina de los vicios, como dice Juan: "Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros" (I Juan II, 19). No hay oro con sus impurezas: todas las cosas preciosas se purifican. Está escrito: "Como el oro prueba el horno, así la tribulación prueba a los justos" (Sab. III, 6). No hay parte de la crueldad con la mansedumbre, ni religión con sacrilegio, ni parte de Macario puede ser nuestra, porque mancha la semejanza de nuestros ritos. Pues el ejército enemigo no es parte, que llena el

nombre hostil: si verdaderamente se llama parte, incurrirá en la sentencia adecuada de Salomón: "Perecerá su parte de la tierra" (Prov. II, 22).

93. AUG. respondió: Lanzar estas palabras y no probar nada, ¿qué es sino delirar? Observas la cizaña en el mundo, y no observas el trigo; cuando ambos han sido ordenados a crecer por todo el campo. Observas la semilla del maligno, que será separada en el tiempo de la cosecha (Mat. XIII, 24-30, 36-43); y no observas la semilla de Abraham, en la que son bendecidas todas las naciones (Gen. XXII, 18). Como si ya fueran ustedes la masa purificada, y miel pura, y aceite refinado, y oro puro, o incluso la apariencia misma de una pared blanqueada. Pues para no hablar de otros vicios, ¿acaso los borrachos forman parte de los sobrios, o los avaros se cuentan entre los sabios? Si los hombres mansos tienen el nombre de luz; ¿dónde sino en las tinieblas se contará la furia de los Circunceliones? ¿Por qué entonces el Bautismo dado por tales entre ustedes vale, y el mismo Bautismo de Cristo no vale por cualquier otro en el orbe? Ves, por tanto, que están separados de la comunión del orbe terrenal, no porque todos sean borrachos, ni todos avaros, ni todos violentos, sino porque todos son herejes, y por tanto todos impíos y todos sacrílegos.

94. Pero llamar parte de Macario al universo orbe terrenal que se goza en la sociedad cristiana; ¿quién lo diría con sano juicio? Pero como decimos que ustedes son de la parte de Donato, buscan a un hombre de cuya parte puedan decir que somos; y en grandes angustias nombran a no sé quién, tal vez conocido en África, pero desconocido en otras partes del orbe. Por lo tanto, he aquí que responde a ustedes toda la semilla de Abraham desde toda la tierra: No conocemos en absoluto a ese Macario de cuya parte dicen que somos. Respondan a su vez que no conocen a Donato. Pero incluso si decimos que son de la parte de Optato, ¿quién de ustedes puede decir que no conoce a Optato, salvo tal vez de vista, como tampoco a Donato? Pero se alegran, por supuesto, del nombre de Donato: ¿acaso también del nombre de Optato? ¿Qué les aprovecha entonces Donato, cuando todos ustedes han sido manchados por Optato? ¿Qué les aprovecha la sobriedad de Donato, cuando están contaminados por la embriaguez de los Circunceliones? ¿Qué les aprovecha, según su opinión, la inocencia de Donato, cuando están manchados por la rapacidad de Optato? Este es su error, al pensar que la iniquidad de un hombre tiene más poder para contaminar a otro, que la justicia de un hombre para purificar a otro. Así que si dos comunican juntos los divinos Sacramentos, uno justo, otro iniquo; pero de tal manera que ni este imita la iniquidad de aquel, ni aquel la justicia de este: no dicen que de esto ambos se hacen justos, sino ambos iníquos, de tal manera que incluso lo santo que toman juntos se vuelve inmundo, y pierde su propia santidad. ¿Dónde encuentra la iniquidad tales defensores, que al delirar así se la considere victoriosa? ¿Por qué entonces se aplauden con el nombre de Donato en tan gran error de perversidad, donde no merece Petiliano ser lo que Donato, sino que el mismo Donato se ve obligado a ser lo que Optato? Pero diga la casa de Israel, "Mi parte es el Señor" (Sal. LXXII, 26): diga la semilla de Abraham en todas las naciones, "El Señor es la parte de mi herencia" (Sal. XV, 5). Pues sabe cómo decir en el Evangelio de la gloria del Dios bendito. Porque también ustedes, por el sacramento que está en ustedes, como Caifás, perseguidor del Señor, profetizan sin saberlo (Juan XI, 51). Porque lo que en griego es Μακάριος, en latín es Beato. Así que ciertamente somos de la parte de Macario. ¿Qué hay más bienaventurado que Cristo, de quien somos, a quien se conmemoran y se convierten todos los confines de la tierra, y ante quien adoran todas las familias de las naciones? Por tanto, tu última maldición tomada perversamente de Salomón, no la teme la parte de este Macario, es decir, de este bienaventurado, que no perezca de la tierra. Porque lo que se dijo de los impíos, eso intentan convertir en la herencia de Cristo, y afirman que esto se ha hecho con nefanda impiedad. Pues cuando hablaba de los impíos, dijo: "Perecerá su parte de la tierra" (Prov. II, 22). Pero cuando ustedes dicen lo que

está escrito, "Te daré las naciones por herencia" (Sal. II, 8); y, "Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra" (Sal. XXI, 28), ya afirman que esta promesa ha perecido de la tierra; quieren retorcer a la herencia de Cristo lo que se predijo sobre la suerte de los impíos: pero mientras permanece y crece la herencia de Cristo, al decir esto, ustedes perecen. Pues no profetizan en todas partes por el sacramento de Dios, ya que aquí por su locura desean mal. Pero vale más la predicción de los Profetas, que la maldición de los falsos profetas.

CAPÍTULO XL.---95. PETIL. dijo: También el apóstol Pablo clama: "No se unan en yugo desigual con los infieles. ¿Qué participación tiene la justicia con la iniquidad? ¿O qué comunión tiene la luz con las tinieblas? ¿Qué concordia tiene Cristo con Belial? ¿O qué parte tiene el creyente con el infiel?" (II Cor. VI, 14, 15).

96. AUG. respondió: Reconozco las palabras del Apóstol, pero no veo en absoluto cómo te ayudan. ¿Quién de nosotros dice que hay participación de la justicia con la iniquidad, incluso si justo e iniquo, como Judas y Pedro, comunican juntos los Sacramentos? Pues de una misma cosa santa Judas tomaba juicio para sí, Pedro salvación: como tú, si eras diferente, cuando tomabas el Sacramento con Optato, y no eras ladrón como él. ¿O acaso la rapacidad no es iniquidad? ¿Quién tan insensato para decir esto? ¿Qué participación, entonces, tiene tu justicia con su iniquidad, cuando se acercaban juntos al mismo altar?

CAPÍTULO XLI.---97. PETIL. dijo: Y nuevamente enseñó para que no nacieran cismas. "Digo, pues, que cada uno de ustedes dice: Yo soy de Pablo; yo de Apolo; yo de Cefas; yo de Cristo. ¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por ustedes? ¿O fueron bautizados en el nombre de Pablo?" (I Cor. I, 12, 13).

98. AUG. respondió: Recuerden quienes leen esto: Petiliano cita estas cosas del Apóstol. ¿Cuándo creerían que él diría esto contra sí mismo a nuestro favor?

CAPÍTULO XLII.---99. PETIL. dijo: Si Pablo dijo esto a los rudos, a los justos; yo se lo digo a ustedes, injustos: ¿Acaso está dividido Cristo, para que se separen de la Iglesia?

100. AUG. respondió: Temo que alguien en esta obra mía piense que el escritor se equivocó, y que hizo allí, "Petiliano dijo"; donde debió hacer, "Agustín respondió". Pero veo lo que has hecho: quisiste anticiparte, para que no dijéramos estas cosas. Pero, ¿qué has hecho, sino que se digan dos veces? Si, por tanto, te deleita tanto escuchar lo que es contra ustedes, para que se diga; escucha, te lo ruego, de mí, Petiliano: ¿Acaso está dividido Cristo, para que se separen de la Iglesia?

CAPÍTULO XLIII.---101. PETIL. dijo: ¿Acaso por ustedes murió Judas el traidor en su lazo, o se sumergen en sus costumbres, siguiendo sus hechos, vendiendo a las potestades del siglo los tesoros de la Iglesia, herederos de Cristo?

102. AUG. respondió: No por nosotros murió Judas, sino Cristo, a quien dice la Iglesia difundida por todo el orbe: "Responderé a los que me reprochan una palabra, porque en tus palabras he confiado" (Sal. CXVIII, 42). Cuando, por tanto, escucho las palabras del Señor diciendo: "Serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra" (Hech. I, 8); y por el profeta, "Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del orbe sus palabras" (Sal. XVIII, 5): ninguna mezcla corporal de malos me perturba, si se decir: "Recibe a tu siervo para bien; no me calumnien los soberbios" (Sal. CXVIII, 122). No me preocupo, por tanto, por un calumniador vano, porque tengo un prometedor idóneo. Pero

si se quejan de los bienes o lugares eclesiásticos que tenían y no tienen, también los judíos pueden decirse justos y echarnos en cara la iniquidad, porque el lugar en el que reinaron impíamente, ahora lo poseen los cristianos. ¿Qué hay, entonces, de indigno si lo que tenían los herejes, según la voluntad del Señor, lo tienen los católicos? Pues a todos los semejantes, es decir, a todos los impíos e inicuos, esa voz del Señor vale: "Se les quitará el reino de Dios, y se dará a una nación que haga justicia" (Mat. XXI, 43). ¿O está escrito en vano: "Los trabajos de los impíos comerán los justos" (Sal. CIV, 44)? Por lo tanto, deberían más bien maravillarse de que aún tienen algo, que de haber perdido algo. Pero tampoco se maravillen de esto: poco a poco cae la pared blanqueada. Sin embargo, miren a los maximianistas, qué lugares tenían; y por quiénes fueron expulsados. Y si esto es sufrir justicia, y hacer iniquidad, atrévete a hablar si puedes. Primero, porque ustedes lo hicieron, ellos lo sufrieron. Luego, porque según la regla de esta justicia, te encuentras inferior. Pues ellos fueron expulsados de los lugares antiguos por jueces de emperadores católicos: pero tú no eres expulsado de las basílicas de la unidad por órdenes de esos mismos emperadores. ¿Por qué, sino porque eres de menor mérito, no solo que los demás colegas tuyos, sino incluso que estos mismos, a quienes ciertamente condenaron con la boca del concilio plenario de ustedes como sacrílegos?

CAPÍTULO XLIV.---103. PETIL. dijo: Porque nosotros, como está escrito, nos hemos revestido de Cristo en nuestro Bautismo (Gál. III, 27), ustedes con su contagio se revisten de Judas el traidor.

104. AUG. respondió: Podría yo también decir: Ustedes con su contagio se revisten de Optato el traidor, ladrón, opresor, separatista: pero lejos esté que el deseo de devolver una maldición me lleve a alguna falsedad: pues ni ustedes se revisten de él, ni nosotros de este. Así que si alguien que viene a nosotros responde que fue bautizado en el nombre de Optato, será bautizado en el nombre de Cristo; y ustedes, cuantos han bautizado viniendo de nosotros, si dijeron que fueron bautizados en el nombre de Judas el traidor, no reprobamos lo que hicieron: si, en cambio, fueron bautizados en el nombre de Cristo, no ven cuán erróneamente piensan que la variedad de los vicios humanos varía los divinos Sacramentos, o que se contamina con las impurezas de la vida de alguien.

CAPÍTULO XLV.---105. PETIL. dijo: Pero si estas son las partes, nada nos prejuzgan los nombres de la parte. Pues hay dos caminos: uno angosto, por el que caminamos; otro es para los impíos, por el que perecerán: y sin embargo, se distingue mucho la igualdad del nombre, para que el camino de la justicia no se manche con la compañía del nombre.

106. AUG. respondió: Temiste la multitud de ustedes comparada con la multitud del orbe terrenal, y quisiste compararte a ti mismo con la alabanza de la escasez que camina por el camino angosto. Ojalá no te hubieras comparado con su alabanza, sino con el mismo camino: ciertamente verías que esa misma escasez está en la Iglesia de todas las naciones, pero se dice que son pocos los justos en comparación con los muchos inicuos: como en comparación con la paja pueden decirse pocos los granos de una cosecha abundante, que sin embargo por sí mismos, reunidos en masa, llenan el granero. Pues como en las tribulaciones de los lugares perdidos, así también en la escasez, si piensas que en esto está la justicia, los maximianistas te superarán.

CAPÍTULO XLVI.---107. PETIL. dijo: Pero el primer salmo de David separa a los bienaventurados de los impíos, no haciendo partes, sino separando la santidad de todos los impíos. "Bienaventurado el varón que no anduvo en el consejo de los impíos, ni en el camino de los pecadores se detuvo." Que regrese al camino de la justicia quien había errado para

perecer. "Ni en la silla de los pestilentes se ha sentado." Con tal advertencia, oh miserables, ¿qué hacen sentados? "Sino que en la ley del Señor está su voluntad, y en su ley medita día y noche. Y será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo. Y su hoja no cae, y todo lo que hace prosperará. No así los impíos, no así; sino como el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra." Llena los ojos para cegar. "Por eso no se levantarán los impíos en el juicio, ni los pecadores en la congregación de los justos. Porque el Señor conoce el camino de los justos, y el camino de los impíos perecerá" (Sal. I).

108. AUG. respondió: ¿Quién no distingue en las Escrituras estos dos géneros de hombres? Pero ustedes, maldicientes, imputan los crímenes de la paja también al trigo; y siendo solo paja, se jactan de ser solo trigo. Pero los profetas verídicos dicen que ambos géneros están mezclados antes de la ventilación, que será en el día del juicio, por todo el mundo, es decir, por todo el campo del Señor. Sin embargo, te advierto que leas este primer salmo en griego: así no te atreverás a imputar como crimen al orbe terrenal la parte de Macario; porque tal vez entiendas de qué Macario es parte en todos los santos, que son bendecidos en todas las naciones en la semilla de Abraham. Pues lo que está escrito en latín, "Bienaventurado el varón"; en griego tiene, Μακάριος ἄνθρωπος. Pero aquel Macario que les desagrada, si fue malo, no está en esta suerte, ni perjudica a esta suerte. Si fue bueno, que pruebe su obra, para que tenga gloria en sí mismo, y no en otro (Gál. VI, 4).

CAPÍTULO XLVII.---109. PETIL. dijo: Pero las alabanzas de nuestro Bautismo el mismo salmista las cantó. "El Señor es mi pastor, nada me faltará; en lugares de pastos me hace descansar. Junto a aguas de reposo me conduce, conforta mi alma. Me guía por sendas de justicia por amor de su nombre. Aunque ande en valle de sombra de muerte," si el perseguidor me mata, "no temeré mal alguno; porque tú estás conmigo, Señor. Tu vara y tu cayado me infunden aliento." Así venció a Goliat, armado con el aceite del crisma. "Preparas mesa delante de mí en presencia de mis enemigos. Unges mi cabeza con aceite, mi copa está rebosando. Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida: y en la casa del Señor moraré por largos días" (Sal. XXII).

110. AUG. respondió: Este salmo habla de aquellos que reciben bien el Bautismo y lo usan santamente. Pues estas palabras no se refieren a Simón el Mago, quien también recibió el mismo santo Bautismo: y porque no quiso usarlo santamente, no por eso lo contaminó, ni enseñó a tales a repetirlo. Pero ya que mencionaste a Goliat, presta atención a ese salmo sobre Goliat, y verás que está representado en un cántico nuevo: allí se dice, Dios, te cantaré un cántico nuevo; en el salterio de diez cuerdas te cantaré (Salmo CXLIII, 9). Y mira si pertenece a este cántico quien no comunica con el mundo entero. Pues en otro lugar se dice: Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra (Salmo XCV, 1). Toda la tierra, en cuya unidad no estáis, canta el cántico nuevo. Y estas palabras también son de toda la tierra: El Señor es mi pastor, nada me faltará, etc. No son estas palabras de la cizaña, aunque hasta la cosecha se toleren en un mismo campo: no son palabras de la paja, sino del trigo; aunque la misma lluvia los nutra juntos, y en la misma era se trillen juntos, hasta que al final se separen con el aventador: estos dos ciertamente tienen en común un solo Bautismo, aunque no sean uno. Pero incluso si vuestra parte fuera la Iglesia de Dios, ciertamente admitirías que este salmo no pertenece allí a las furiosas turbas de los Circunceliones. O si ellos también son guiados por sendas de justicia, ¿por qué negáis que son vuestros compañeros cuando se os objeta, aunque a menudo la escasez de vuestra facción no es consolada por la vara y el cayado de Dios, sino por sus garrotes, con los cuales os creéis seguros incluso contra las leyes romanas: en quienes incurrir, ¿qué es sino caminar en medio de la sombra de la muerte? Pero no teme el mal aquel con quien está el Señor. Sin embargo,

ciertamente no te atreverás a decir que las palabras que se cantan en este salmo son de estos furiosos: y sin embargo confiesas y profesas que tienen el Bautismo. No dicen, pues, estas palabras, sino aquellos que son refrescados por el agua santa, como todos los justos de Dios; no quienes al usarla mal se subvierten, como aquel mago bautizado por Felipe: y sin embargo, en ambos es una y santa. No dicen estas palabras sino aquellos que pertenecerán a la derecha: pero sin embargo, en los mismos pastos bajo un solo pastor, se alimentan tanto las ovejas como los cabritos, hasta que para recibir lo debido, sean separados. No dicen estas palabras sino aquellos que toman vida de la mesa del Señor, como Pedro; no juicio, como Judas: y sin embargo, para ambos fue una, pero no para ambos valió lo mismo, porque ellos no eran uno. No dicen estas palabras sino aquellos que son bendecidos con el óleo santo también en espíritu, como David; no quienes son consagrados solo en el cuerpo, como Saúl: y sin embargo, cuando ambos recibieron uno, no fue el Sacramento desigual para ellos, sino el mérito desigual. No dicen estas palabras sino aquellos que reciben el cáliz del Señor para vida eterna con mente transformada; no quienes comen y beben juicio para sí, como dice el Apóstol (I Cor. XI, 29); y sin embargo, para ambos, no siendo uno, ese cáliz es uno, embriagando a los mártires para alcanzar las cosas celestiales, no a los Circunceliones para precipitarse en la ruina. Recuerda, pues, que las costumbres de los hombres malos no perjudican en nada a los Sacramentos de Dios, para que no existan en absoluto, o sean menos santos; sino a los mismos malos hombres, para que los tengan como testimonio de condenación, no como ayuda de salvación. Al menos debiste considerar las últimas palabras de este salmo, y entender por aquellos que apostatan después de recibir el Bautismo, que no todos los que reciben el santo Bautismo pueden decir, Para que habite en la casa del Señor por largos días: y sin embargo, ya sea para los que permanecen, ya sea para los que caen, aunque ellos no sean uno, el Bautismo es uno; y aunque ellos no sean ambos santos, el Bautismo en ambos es santo: porque si los apóstatas regresan, no son bautizados como si lo hubieran perdido, sino que son humillados por la injuria que hicieron a lo que permanecía en ellos.

CAPÍTULO XLVIII.---111. PETIL. dijo: Pero para que no os llaméis santos; primero afirmo que quien no es inocente, no tiene santidad.

112. AUG. respondió: Muéstranos el tribunal donde te sentaste, para que ante ti estuviera el mundo entero; y con qué ojos, no digo las conciencias de todos, sino al menos los actos inspeccionaste y discutiste, para juzgar que había perdido la inocencia. Aquel que fue arrebatado hasta el tercer cielo, dice, Pero ni yo mismo me juzgo (I Cor. IV, 3): ¡y tú te atreves a emitir sentencia sobre toda la tierra, donde se extiende la herencia de Cristo! Además, si te parece suficiente lo que dijiste, Quien no es inocente, no tiene santidad; pregunto, si Saúl no tenía la santidad del sacramento, ¿qué veneraba en él David? Si tenía inocencia, ¿por qué perseguía al inocente? Pues por la sagrada unción lo honró en vida y lo vengó muerto: y porque cortó un pedacito de su manto, tembló con el corazón herido. He aquí que Saúl no tenía inocencia, y sin embargo tenía santidad, no de su vida (pues esto sin inocencia nadie puede), sino del sacramento de Dios, que es santo incluso en los hombres malos.

CAPÍTULO XLIX.---113. PETIL. dijo: Pues si conocéis la Ley de manera infiel; sin ofender a la misma Ley, diré que también el diablo la conoce. Pues al Señor Dios en el caso del justo Job, como justo así respondió sobre la Ley, como está escrito: Dijo el Señor al diablo, ¿Has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, hombre sin malicia, verdadero adorador de Dios, que se abstiene de todo mal, persevera en la simplicidad; pero tú pediste que destruyera todo lo que tiene sin causa. Y respondió el diablo, y dijo al Señor: Piel por piel, y todo lo que el hombre tenga lo dará por su vida (Job II, 3, 4). He aquí que habla

legalmente, quien se esfuerza contra la Ley. Y nuevamente se atrevió a tentar al Señor Cristo con sus palabras, como está escrito: El diablo llevó a Jesús a la ciudad santa, y lo puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Lánzate abajo; porque está escrito, A sus ángeles mandará acerca de ti, para que te sostengan en sus manos, no sea que tropieces con tu pie en piedra. Dijo Jesús: También está escrito, No tentarás al Señor tu Dios (Mat. IV, 5-7). Sabéis, digo, como el diablo, la Ley, quien en sus intentos es vencido, y en sus actos se avergüenza.

114. AUG. respondió: Podría ciertamente preguntarte, en qué Ley están escritas las palabras que dijo el diablo, cuando acusaba al santo varón Job ante Dios; si mi propósito fuera demostrar que la Ley que dices que el diablo conoce, tú mismo no la conoces: pero como no es de eso de lo que discutimos entre nosotros, lo paso por alto. Sin embargo, intentaste mostrar que el diablo es experto en la Ley, como si dijéramos que todos los que conocen las palabras de la Ley son justos. Por tanto, no veo cómo te ayuda lo que quisiste recordar sobre el diablo, a menos que tal vez para que nos viniera a la mente cómo vosotros mismos imitáis al diablo. Pues así como él usaba las palabras de la Ley contra el dador de la Ley, así también vosotros acusáis a hombres que ignoráis con palabras de la Ley, para resistir las promesas de Dios que están escritas en la misma Ley. Además, me gustaría que me dijeras, ¿esos confesores vuestros, cuando se precipitan a sí mismos, a quién conducen al martirio? ¿A Cristo, quien rechazó al diablo que sugería tales cosas, o más bien al mismo diablo, quien sugirió a Cristo que hiciera tales cosas? Hay dos muertes especialmente viles y comunes de aquellos que se quitan la vida, la horca y el precipicio. Tú ciertamente dijiste en las primeras partes de esta carta, El traidor pereció en la horca, dejó la horca a tales: esto no nos concierne en absoluto. Pues no veneramos en nombre de mártires a quienes se colgaron. Pero cuánto más razonablemente decimos nosotros de vosotros, El maestro del traidor, el diablo, quiso sugerir el precipicio a Cristo, y fue rechazado. ¿Qué, pues, deben ser llamados aquellos a quienes sugirió esto y fue escuchado? ¿Qué, sino enemigos de Cristo, amigos del diablo; discípulos del seductor, condiscípulos del traidor? Pues ambos aprendieron de un solo maestro las muertes voluntarias; aquel la horca, estos el precipicio.

CAPÍTULO L.---115. PETIL. dijo: Pero para destruir cada una de vuestras cosas, si os llamáis sacerdotes, así dijo el Señor Dios por el profeta: La venganza del Señor sobre los falsos sacerdotes.

116. AUG. respondió: Busca más bien qué decir de verdad, no de dónde maldecir; y qué enseñar, no qué objetar.

CAPÍTULO LI.---117. PETIL. dijo: Si os atribuí la cátedra, como dijimos antes; ciertamente tenéis aquella que el profeta salmista David pronunció como la cátedra de pestilencia (Salmo I, 1): pues os ha sido justamente dejada, porque los santos no pueden sentarse en ella.

118. AUG. respondió: Y esto no ves que no son documentos, sino vanas injurias. Pues esto es lo que dije poco antes, Decís palabras de la Ley, pero no atendéis a quién se las decís: como el diablo decía palabras de la Ley, pero no reconocía a quién se las decía. Él quería arrojar hacia abajo a nuestra cabeza que iba a ascender, vosotros queréis reducir a una pequeña parte el cuerpo de esa misma cabeza, que está difundido por toda la tierra. Ciertamente tú dijiste poco antes, que conocemos la Ley y hablamos legalmente, pero nos avergonzamos en los actos. Dices ciertamente estas cosas sin probar nada, pero incluso si probaras de algunos, no podrías prescribir sobre los demás. Sin embargo, si todos en todo el mundo fueran tales como vanamente acusas, ¿qué te hizo la Cátedra de la Iglesia Romana, en la que se sentó Pedro, y en la que hoy se sienta Anastasio: o la Iglesia de Jerusalén, en la que se sentó Santiago, y en la que hoy se sienta Juan, con quienes estamos conectados en la unidad católica, y de quienes

os separasteis con furia nefaria? ¿Por qué llamas cátedra de pestilencia a la Cátedra apostólica? Si es por los hombres que piensas que hablan la Ley y no la hacen, ¿acaso el Señor Jesucristo, por los fariseos, de quienes dijo, Dicen y no hacen, hizo alguna injuria a la cátedra en la que se sentaban? ¿No recomendó aquella cátedra de Moisés, y redarguyó a ellos guardando el honor de la cátedra? Pues dijo: En la cátedra de Moisés se sientan. Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis: porque dicen y no hacen (Mat. XXIII, 2, 3). Si pensarais en esto, no blasfemaríais de la Cátedra apostólica, a la que no os unís, por los hombres que infamáis. Pero ¿qué es otra cosa que no saber qué decir, y sin embargo no poder sino maldecir?

CAPÍTULO LII.---119. PETIL. dijo: Si juzgáis que hacéis sacrificios, de vosotros ciertamente nequísimos Dios mismo dice así: El malhechor, dice, que me sacrifica un becerro, es como si matara un perro; y quien pone harina, es como si derramara sangre de cerdo (Isaías LXVI, 3). Sabed vuestro sacrificio, quienes ya habéis derramado sangre humana. Y de nuevo: Sus sacrificios son como pan de luto; todo el que coma de él, se contaminará (Oseas IX, 4).

120. AUG. respondió: Decimos que tal es el sacrificio para cada uno, como es quien se acerca a ofrecer, y como es quien se acerca a recibir; y que comen de los sacrificios de tales, quienes se acercan a ellos tales como ellos son: así que si un malvado ofrece a Dios, y un bueno recibe de allí, tal es para cada uno como cada uno sea; porque también está escrito, Todas las cosas son puras para los puros (Tito I, 15). Por esta sentencia verídica y católica tampoco vosotros fuisteis contaminados por el sacrificio de Optato, si sus hechos os desagradaban. Pues ciertamente el pan de aquel era pan de luto, bajo cuyas iniquidades toda África lloraba: pero el pan de luto es común a todos vosotros, el mal de vuestro cisma lo hace. Pues según la sentencia de vuestro concilio, Feliciano de Musti derramó sangre humana. Dijisteis, al condenarlos, Sus pies son veloces para derramar sangre (Salmo XIII, 3). Mira, pues, qué sacrificio ofrece, quien es sacerdote vuestro, cuando lo condenasteis como sacrílego: y si pensáis que esto no os perjudica, os ruego, ¿qué perjudicará al mundo entero la vanidad de vuestras calumnias?

CAPÍTULO LIII.---121. PETIL. dijo: Si hacéis oración al Señor, o derramáis oración, en absoluto os aprovecha. Pues vuestras débiles oraciones son vaciadas por vuestra sangrienta conciencia: porque el Señor Dios escucha más una conciencia pura que las oraciones, diciendo el Señor Cristo, No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos (Mat. VII, 21). La voluntad de Dios ciertamente es buena: pues por eso en la sagrada Oración pedimos así, Hágase tu voluntad en el cielo y en la tierra (Id. VI, 11); para que porque su voluntad es buena, nos conceda lo que es bueno. Vosotros, pues, no hacéis la voluntad de Dios, porque diariamente perpetráis el mal.

122. AUG. respondió: Si también nosotros os objetamos a aquellos que diariamente perpetrar el mal entre vosotros, litigamos neciamente, acusando a unos por otros. Pero si os amonestamos, para que así como no queréis que se os objete eso, así no nos lo objetéis a nosotros, os corregimos con modestia, pero si alguna vez recapacitáis.

CAPÍTULO LIV.---123. PETIL. dijo: Si acaso, lo que no sé, expulsáis demonios, tampoco os aprovechará: porque no ceden a vuestra fe, ni a vuestros méritos, sino que son expulsados en el nombre del Señor Jesucristo.

124. AUG. respondió: Gracias a Dios, porque al fin confesaste que puede valer el nombre de Cristo invocado para la salvación de otros, aunque sea invocado por pecadores. De aquí, pues, entiende que cuando se invoca el nombre de Cristo, no perjudican a la salvación de otros los pecados ajenos. Pero cómo invocamos nosotros el nombre de Cristo, no necesitamos tu juicio, sino el de aquel que es invocado por nosotros. Pues solo él puede conocer con qué corazón se le invoca. Sin embargo, estamos seguros por sus palabras, de que es invocado saludablemente por todas las naciones, que son bendecidas en la descendencia de Abraham.

CAPÍTULO LV.---125. PETIL. dijo: Aunque, como pensáis, sigáis puramente la ley del Señor, discutamos legalmente sobre esa misma ley santísima. Dice el apóstol Pablo, La ley es buena, si uno la usa legítimamente (I Tim. I, 8). ¿Qué dice, pues, la ley? No matarás. Lo que una vez hizo Caín el parricida, vosotros lo habéis hecho muchas veces con vuestros hermanos.

126. AUG. respondió: No queremos ser como vosotros: pues no faltan cosas que se puedan decir, como tú dices estas, y que se sepan, pues tú no sabes estas; y que se muestren, pues tú no muestras estas.

CAPÍTULO LVI.---127. PETIL. dijo: Está dicho, No cometerás adulterio. Cada uno de vosotros, si es casto carnalmente, es espiritualmente adúltero, porque adultera la santidad.

130. AUG. respondió: Estas cosas pueden decirse verdaderamente de algunos, tanto de los nuestros como de los vuestros: si desagradan a ambos, no son ni nuestros ni vuestros. Pero tú, lo que dices de algunos, y ni siquiera en ellos lo pruebas, quieres que se tome como si lo hubieras probado, no en algunos que degeneran de la semilla de Abraham, sino en todas las naciones que son bendecidas en la semilla de Abraham. CAPÍTULO LVIII.---131. PETIL. dijo: Se ha dicho, «No darás falso testimonio.» Cuando mentís diciendo que nos sostenemos con los reyes del siglo, ¿no estáis forjando falsedades?

132. AUG. respondió: Si no son nuestras las cosas que tenéis, tampoco eran vuestras las que recibisteis de los maximianistas. Si aquellas eran vuestras porque ellos hicieron un cisma sacrílego al no comunicarse con la parte de Donato, observa qué lugares tenéis y de qué herencia no os comunicáis; y pensad qué podéis responder, no a los reyes del siglo, sino al rey Cristo. De Él se ha dicho, Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra (Sal. LXXI, 8). ¿De qué río, sino donde fue bautizado y donde descendió sobre Él la paloma, gran indicio de caridad y unidad? Vosotros, sin embargo, no os comunicáis con esta unidad, y aún tenéis lugares de unidad; y nos hacéis envidia de los reyes del siglo, cuando por órdenes de los procónsules expulsasteis a vuestros cismáticos de los lugares de la parte de Donato. Estas no son palabras que vuelan en vano: los hombres viven, las ciudades testifican, los Actos procónsulares y municipales se recitan. Que calle alguna vez la voz calumniosa, que objeta a los reyes del siglo de toda la tierra, por cuyos procónsules no pudo perdonar a los cortados. Cuando decimos que tenéis lo nuestro, no se nos muestra que decimos falso testimonio, a menos que nos mostréis que no estamos en la Iglesia de Cristo; lo cual decís sin cesar, pero nunca podréis demostrar: más bien, cuando decís esto, no ya a nosotros, sino al mismo Cristo le imputáis el crimen de falso testimonio. Nosotros estamos en la Iglesia, que fue anunciada por su testimonio, y donde atestiguó a sus testigos diciendo, Seréis mis testigos en Jerusalén, y en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra. Pero a vosotros os mostramos falsos testigos, no solo porque resistís a esta verdad; sino también en el mismo juicio en el que luchasteis con el cisma de Maximiano. Pues si actuabais según la ley de Cristo; cuánto más congruentemente algunos emperadores cristianos constituyen según ella,

si pueden juzgar según ella los procónsules paganos. Pero si pensasteis que debían asumirse también las leyes del imperio terrenal como ayuda, no lo reprobamos. Pablo lo hizo, cuando testificó ser ciudadano romano contra los injuriosos (Hechos XXII, 25). Pero pregunto, ¿con qué leyes terrenales se estableció que los maximianistas fueran expulsados de los lugares? No encontrarás ninguna en absoluto: pero evidentemente quisisteis expulsarlos con las leyes que se promulgaron contra los herejes, y entre ellos también contra vosotros mismos: prevalecisteis contra los débiles como más poderosos. Por lo cual, como no pudieron nada, se dicen inocentes, como el lobo bajo el león. Sin embargo, las leyes promulgadas contra vosotros ciertamente no las usaríais contra otros sino por falso testimonio. Pues si esas leyes son verdaderas, cede también vosotros los lugares que tenéis: si son falsas, ¿por qué las usasteis para excluir a otros? ¿Qué, que son verdaderas, y vosotros por ellas no podríais expulsar a otros sino falsamente? Pues para que los jueces les sirvieran, quisieron expulsar a los herejes; de donde debieron expulsaros a vosotros primero: pero dijisteis ser católicos, para que las leyes os perdonaran, por las cuales oprimíais a otros. Ved qué os parece a vosotros mismos: sin embargo, con esas leyes no sois católicos. ¿Por qué entonces o las engañasteis con falso testimonio, o las usurpasteis para oprimir a otros?

CAPÍTULO LIX.---133. PETIL. dijo: Se ha dicho, «No codiciarás los bienes de tu prójimo» (Éxodo XX, 13-17). Vosotros saqueáis lo nuestro, para tenerlo como vuestro.

134. AUG. respondió: Y todo lo que la unidad poseía, no es sino nuestro, que no según las calumnias de los hombres, sino según las palabras de Cristo, en quien son bendecidas todas las naciones de toda la tierra, permanecemos en unidad; ni por los malos que no podemos separar de los granos del Señor antes de la ventilación del juicio, nos separamos de la sociedad del trigo: y si ya comenzasteis a poseer lo que fue cortado, porque el Señor nos lo dio quitándose a vosotros, no codiciamos lo ajeno, porque por el mandato de Aquel a quien pertenecen todas las cosas, se han hecho nuestras; y justamente son nuestras: pues vosotros las usabais para la división, nosotros para la unidad. De lo contrario, al primer pueblo de Dios podrían aquellos objetar la codicia de lo ajeno, quienes fueron expulsados de su presencia por el poder divino, porque usaban mal esa tierra: y los mismos judíos, de quienes fue quitado el reino, según las palabras del Señor, y fue dado a una nación que hace justicia (Mateo XXI, 43), pueden objetar la codicia de lo ajeno; porque la Iglesia de Cristo posee, donde los perseguidores de Cristo reinaban. Y después de todo, cuando se os diga a vosotros mismos, Codiciáis cosas ajenas, porque expulsasteis a los maximianistas de las basílicas, no encontráis qué responder.

CAPÍTULO LX.---135. PETIL. dijo: ¿Con qué ley os mostráis cristianos, cuando hacéis lo contrario a la ley?

136. AUG. respondió: Quieres litigar, no discutir.

CAPÍTULO LXI.---137. PETIL. dijo: Dice el Señor Cristo, «El que haga y enseñe así, será llamado grande en el reino de los cielos.» Así os condena a vosotros miserables: «El que disuelva uno de estos mandamientos, será llamado el menor en el reino de los cielos.»

138. AUG. respondió: Donde quizás dices los testimonios de las Escrituras de manera diferente a como son, y no se refieren al asunto que tratamos entre nosotros, no me preocupo demasiado: pero donde impiden lo que tratamos, si no se presentan verdaderamente, no creo que debas enojarte si te recuerdo cómo está escrito. He aquí, lo que ahora has puesto, no está escrito así: sino más bien, El que disuelva uno de estos mandamientos menores, y así enseñe, será llamado el menor en el reino de los cielos. Pero el que haga y así enseñe, será llamado

grande en el reino de los cielos. Y enseguida añadió: Porque os digo que si vuestra justicia no abunda más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos (Mateo V, 19, 20). En otro lugar muestra y reprende a los fariseos, porque dicen y no hacen. A estos también significó aquí, cuando dijo, El que disuelva y así enseñe: es decir, enseñe con palabras lo que disuelve con hechos. Sobre estos mandó que nuestra justicia abundara, para que hagamos y así enseñemos. Y sin embargo, ni por aquellos fariseos, a quienes nos comparáis no por prudencia, sino por malevolencia, mandó el Señor abandonar la cátedra de Moisés, en la que ciertamente figuraba la suya: diciendo que ellos se sientan en la cátedra de Moisés, dicen y no hacen; sin embargo, advierte a los pueblos que hagan lo que dicen, y no hagan lo que hacen (Id. XXIII, 2, 3), para que no se abandone la santidad de la cátedra, y por los malos pastores no se divida la unidad del rebaño.

CAPÍTULO LXII.---139. PETIL. dijo: Y de nuevo, «Todo pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo: pero el que peca contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo, ni en el futuro.»

140. AUG. respondió: Y esto no está escrito así, y mira cuánto te ha engañado. El apóstol escribiendo a los corintios, dice: Todo pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo (I Cor. VI, 18). Esto es otra cosa, y otra cosa es lo que el Señor dijo en el Evangelio: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; pero el que peca contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo, ni en el futuro (Mateo XII, 31, 32). Pero tú comenzaste la sentencia del Apóstol, y la terminaste como si fuera una del Evangelio: lo cual no creo que lo hicieras por fraude, sino por error. Ninguna de las dos se refiere al asunto, y no veo en absoluto por qué dijiste esto, y de cualquier manera que lo dijiste: a menos que, quizás, porque cuando dijiste antes que el Señor condena a los que disuelven uno de los mandamientos, consideraste cuántos tenéis, no uno, sino muchos mandamientos disolviendo; y para que no se te objetara, quisiste introducir de paso la diferencia de los pecados, que es una cosa disolver algún mandamiento del que se pueda recibir fácil perdón; pero otra cosa es pecar contra el Espíritu Santo, que no será perdonado, ni en este siglo, ni en el futuro. Temiendo, pues, los contagios de los pecados, no quisiste callar esto; y de nuevo, temiendo la profundidad de la cuestión que excede tus fuerzas, quisiste tocarlo rápidamente, con tal trepidación, que como suelen hacer los que se visten o calzan apresuradamente por alguna perturbación, no quisiste atender ni a qué pertenece a qué, ni dónde y cómo está escrito. Pero qué sea ese pecado que no será perdonado, ni en este siglo, ni en el futuro, no lo sabéis hasta el punto de que, aunque creéis que estamos en él, sin embargo, nos prometéis su remisión por vuestro Bautismo. ¿Cómo puede ser esto, si es un pecado tal que no se perdona, ni en este siglo, ni en el futuro?

CAPÍTULO LXIII.---141. PETIL. dijo: ¿Con qué cosas cumplís los mandamientos divinos? Dice el Señor Cristo, «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.» Vosotros exhaláis las riquezas de la malicia de la furia de perseguir.

142. AUG. respondió: Decid esto más bien a vuestros Circunceliones.

CAPÍTULO LXIV.---143. PETIL. dijo: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.» Vosotros, pues, inmansos, habéis perdido la tierra y el cielo a la vez.

144. AUG. respondió: Escuchad una y otra vez al Señor diciendo, Seréis mis testigos en Jerusalén, y en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra (Hechos I, 8). ¿Por qué no perdieron la tierra y el cielo, quienes para no comunicarse con toda la tierra, desprecian las palabras del que está sentado en el cielo? Pues de vuestra mansedumbre, no vuestras voces,

sino los bastones de los Circunceliones sean interrogados. Dirás, ¿Qué nos importa? Como si dijéramos esto, sino para que respondáis esto. Por eso el cisma os pertenece, porque no queréis que os pertenezca el pecado ajeno: y sin embargo, por eso os separasteis de nosotros, porque nos imputáis un crimen ajeno.

CAPÍTULO LXV.---145. PETIL. dijo: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.» Vosotros, nuestros verdugos, hacéis llorar a los que lloran, no lloráis.

146. AUG. respondió: Considerad un poco cuántos y cuánto luto han dado los armados de Deo Laudes. Decid de nuevo, ¿Qué nos importa? Y yo diré de nuevo, y tú lo que dices, ¿Qué nos importa? ¿Qué al orbe de la tierra? ¿Qué a los que alaban el nombre del Señor desde el nacimiento del sol hasta su ocaso? ¿Qué a toda la tierra que canta un cántico nuevo? ¿Qué a la semilla de Abraham, en la que son bendecidas todas las naciones (Gén. XXII, 18)? Por tanto, el sacrilegio del cisma os pertenece, porque no os pertenecen las malas acciones de los vuestros, y de aquí entendéis que tampoco pertenecen al orbe de la tierra, incluso si las probarais, las acciones de aquellos por quienes os separasteis.

CAPÍTULO LXVI.---147. PETIL. dijo: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.» Para vosotros esta es la justicia, que tenéis sed de nuestra sangre.

148. AUG. respondió: ¿Qué te diré, tú hombre sino que eres calumniador? La unidad de Cristo ciertamente os tiene hambre y sed: ojalá os absorba; no seréis herejes.

CAPÍTULO LXVII.---149. PETIL. dijo: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.» ¿Cuándo os llamaré misericordiosos, cuando infligís penas a los justos? ¿O la comunión nequísima, mientras contamináis las almas?

150. AUG. respondió: Ni probáis que sois justos, ni nosotros infligimos penas ni siquiera a los injustos. Y sin embargo, así como a menudo es cruel la adulación engañosa, así siempre es misericordiosa la corrección justa. Pues de dónde es aquello que no entendéis: Me corregirá el justo en misericordia, y me reprenderá. Pues cuando dijo esto de la aspereza de la corrección misericordiosa, inmediatamente añadió de la suavidad de la adulación perniciosa, y dijo: Pero el aceite del pecador no ungirá mi cabeza (Sal. CXL, 5). Tú, pues, atiende a dónde eres llamado, y de dónde eres revocado. Pues ¿cómo sabes con qué ánimo está en ti aquel a quien consideras severo? Pero cualquiera que sea, cada uno lleva su carga, tanto entre nosotros como entre vosotros: pero la carga del cisma que todos lleváis, desechadla, para que llevéis vuestras buenas cargas en unidad; y a los que llevan malas, si podéis, corregidlos misericordiosamente; si no podéis, soportadlos pacíficamente.

CAPÍTULO LXVIII.---151. PETIL. dijo: «Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.» ¿Cuándo veréis a Dios, que lleváis la ceguera de la inmunda malicia del corazón?

152. AUG. respondió: ¿Por qué dices esto? ¿Acaso nosotros ignoramos lo que dicen los hombres y lo imputamos a todas las naciones, y no queremos entender lo que Dios predijo de todas las naciones? Esta es la gran ceguera del corazón; y si ni siquiera la reconocéis en vosotros, esta es la mayor ceguera del corazón.

153. PETIL. dijo: «Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mateo V, 3-9). Vosotros fingís la paz con crimen, y buscáis la unidad con guerra.

154. AUG. respondió: No fingimos la paz con crimen: sino que predicamos la paz del Evangelio; con la cual si tenéis paz, también la tendréis con nosotros. El Señor resucitado, y ofreciéndose no solo para ser visto con los ojos, sino también para ser tocado con las manos de los discípulos, comenzó diciendo: Paz a vosotros, dijo. Y cómo debía mantenerse esa paz, lo reveló con las palabras siguientes. Pues allí les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras, y les dijo, Porque así está escrito, y así era necesario que Cristo padeciera, y resucitara al tercer día, y se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones; comenzando desde Jerusalén (Lucas XXIV, 36, 45, 46, 47). Con estas palabras tened paz, y no diferiréis de nosotros. Pues si buscamos la unidad con guerra, no podría alabarse más brillantemente nuestra guerra; ya que está escrito, Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mateo V, 43). Y de nuevo está escrito, Nadie jamás odió su propia carne (Efesios V, 29). Y sin embargo, la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gálatas V, 17). Pues si nadie odia su propia carne, y sin embargo codicia contra su carne; he aquí que con guerra se busca la unidad, para que el cuerpo castigado se someta a la servidumbre. Pues lo que el espíritu hace contra la carne, no guerreando por odio, sino por amor; esto hacen los espirituales contra los carnales, para que lo que hacen consigo mismos, lo hagan también con ellos, porque aman a sus prójimos como a sí mismos: pero la guerra de los espirituales es esa corrección en caridad, su espada es la palabra de Dios. A tal guerra se incitan con gran ímpetu por la trompeta apostólica resonante, Predica la palabra, insiste a tiempo y fuera de tiempo; reprende, exhorta, increpa, con toda paciencia y doctrina (II Tim. IV, 2). He aquí que no actuamos con hierro, sino con palabra. Pero vosotros ni respondéis con verdad, y acusáis con falsedad: no corregís lo vuestro, imputáis lo ajeno. Cristo dice verdadero testimonio del orbe de la tierra; vosotros decís contra Cristo falso testimonio contra el orbe de la tierra. Pero si creyéramos a vosotros más que a Cristo, seríamos pacificadores: porque creemos a Cristo más que a vosotros, fingimos la paz con crimen. Y cuando decís y hacéis estas cosas, os atrevéis además a recordar, Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

CAPÍTULO LXIX.---155. PETIL. dijo: Cuando dice el apóstol Pablo, «Os ruego, hermanos, yo preso en el Señor, que andéis dignamente de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia soportándoos unos a otros en caridad, procurando guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz» (Efesios IV, 1-3).

156. AUG. respondió: Si no solo dijerais estas cosas, sino que también las escucharais, soportaríais incluso los males conocidos por la paz, no inventaríais los desconocidos por la disensión; o porque después aprendisteis a soportar los males muy conocidos y famosos de Optato por la unidad de Donato. ¿Qué locura es esta? Se toleran los conocidos, para que la división no se divida de nuevo; y se infaman los desconocidos, para que no se permanezca en la misma integridad.

CAPÍTULO LXX.---157. PETIL. dijo: ¿Os dice el profeta, «Paz, paz, y dónde está la paz» (Jeremías VIII, 11)?

158. AUG. respondió: Tú nos dices esto, no el profeta. A ti, pues, te respondemos: Si preguntas dónde está la paz, abre los ojos, y ve de quién se ha dicho, Quitando las guerras hasta los confines de la tierra (Sal. XLV, 10). Si preguntas dónde está la paz, abre los ojos a aquella ciudad, que no puede esconderse puesta sobre un monte: abre los ojos también al mismo monte, y que Daniel te lo muestre creciendo de una pequeña piedra, y llenando toda la tierra (Dan. II, 35). Pero cuando el profeta te dice, Paz, paz, y dónde está la paz? ¿qué demostrarás? ¿Acaso la parte de Donato desconocida para innumerables naciones a las que Cristo es conocido? No es ella la que no puede esconderse: y ¿por qué, sino porque no está

puesta sobre aquel monte? Él es nuestra paz, que hizo de ambos uno (Efesios II, 14): no Donato, que hizo de uno dos.

CAPÍTULO LXXI.---159. PETIL. dijo: «Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mateo V, 10). Vosotros no sois bienaventurados, sino que hacéis bienaventurados a los mártires, cuyas almas ciertamente llenaron los cielos, y la memoria de sus cuerpos floreció en la tierra. Vosotros, pues, no los veneráis, sino que hacéis a quienes veneramos.

160. AUG. respondió: Claro, si no se hubiera dicho, Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia; sino que se hubiera dicho, Bienaventurados los que se precipitan a sí mismos: llenarían el cielo vuestros mártires. Ciertamente de sus cuerpos vemos muchas flores de la tierra, pero como suele decirse, flor de ceniza.

CAPUT LXXII.---161. PETIL. dijo: Por lo tanto, al no ser fieles a los mandatos del bienaventurado, Cristo el Señor os condena con sentencias divinas. «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres: pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito; y cuando lo habéis hecho, lo hacéis hijo del infierno dos veces más que vosotros! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que diezmáis la menta, el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe! Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello. Guías ciegos, que coláis el mosquito, pero tragáis el camello. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos a los hombres, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia! Así también vosotros, por fuera parecéis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad» (Mat. XXIII, 13, 15, 23-28).

162. AUG. respondió: Dime si has dicho algo que no pueda decirse de vosotros de manera similar con igual maledicencia y tono injurioso. Pero de lo que he dicho anteriormente, quien quiera puede encontrar que esto se puede decir de vosotros, no con insultos vanos, sino con verdaderos testimonios. Sin embargo, ya que surge la ocasión, no debe pasarse por alto: ciertamente el antiguo pueblo de Dios tenía la circuncisión en lugar del Bautismo. Pregunto entonces, si los fariseos, de quienes se dicen tantas cosas, hicieran un prosélito, que si los imitara, como se ha dicho, sería hijo del infierno el doble que ellos; si se corrigiera y quisiera imitar a Simeón, Zacarías, Natanael, ¿sería juzgado por ellos para ser circuncidado de nuevo? Si es ridículo decirlo, aunque nos comparéis con tales personas de manera vana y con palabras vacías, ¿por qué bautizáis después de nosotros? Y si vosotros sois tales, con cuánta más razón y mejor nosotros no bautizamos después de vosotros; así como tampoco aquellos que nombré debían ser circuncidados después de los peores fariseos. Además, cuando tales personas se sentaron en la cátedra de Moisés, a la que el Señor guardó honor; ¿por qué vosotros blasfemáis la Cátedra apostólica a causa de aquellos a quienes comparáis con estos, ya sea justa o injustamente?

CAPUT LXXIII.---163. PETIL. dijo: Pero a nosotros los cristianos estas cosas no nos asustan. Porque lo que vais a hacer mal, lo tenemos mandado de antemano por Cristo el Señor: «Os envío,» dice, «como ovejas en medio de lobos» (Mat. X, 16). Vosotros cumplís con la rabia lupina, que no acecháis ni preparáis emboscadas a las Iglesias de otra manera que los lobos a los rediles, siempre con destrucción e ímpetu, con las fauces llenas de sangre respirando ira.

164. AUG. respondió: Me gustaría decir esta sentencia contra vosotros, pero no con esas palabras: son demasiado torpes, o más bien insensatas. Lo que se necesitaba era que con algunos documentos ciertos, no con maldiciones vanísimas, nos mostrarais que somos lobos, y vosotros ovejas. Porque si yo también dijera, Nosotros somos ovejas, y vosotros lobos; ¿crees que hay alguna diferencia porque tú lo dices con palabras altisonantes? Pero presta atención para que yo pruebe lo que digo. Ciertamente el Señor, lo sepas o no, dijo en el Evangelio: Mis ovejas oyen mi voz, y me siguen (Juan X, 27). Hay muchas voces del Señor sobre diversas cosas: pero, por ejemplo, si alguien dudara de si el mismo Señor resucitó en cuerpo, y se recitaran sus palabras diciendo, Palpad, y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo; si después de oír esto no quisiera aceptar que su cuerpo resucitó, ciertamente no sería contado entre las ovejas del Señor, porque no seguía su voz escuchada: así también ahora, ya que hay una cuestión entre nosotros sobre dónde está la Iglesia, cuando del mismo lugar del Evangelio, donde después de la resurrección ofreció su cuerpo incluso para ser palpado por los que dudaban, recitamos las palabras siguientes, donde mostró la futura extensión de la Iglesia, diciendo: Porque así está escrito, y así era necesario que Cristo padeciera, y resucitara al tercer día, y se predicara en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Luc. XXIV, 39, 46, 47); y vosotros no queréis comunicaros con todas las naciones, donde esto se ha cumplido, ¿cómo sois ovejas de este pastor, cuyas voces escuchadas no solo no obedecéis, sino que incluso os oponéis? Y que no sois ovejas, lo demostramos desde aquí: pero que sois lobos, escuchad de dónde lo demostramos. Pues ya que dónde está la Iglesia, aparece por sus palabras, es manifiesto dónde está el redil de Cristo. Por lo tanto, de este redil demostrado y expresado con las palabras más ciertas del Señor, cualquiera que, no digo por falsedades, sino por lo que es manifiesto, por crímenes inciertos de los hombres separa a las ovejas, y las mata arrebatadas y alienadas de la vida de unidad y caridad, ¿no son ellos mismos lobos rapaces? Pero también ellos alaban y predicán al Señor Cristo. Estos son, por tanto, de quienes él mismo dijo: Vestidos con pieles de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis (Mat. VII, 15, 16). La piel de oveja está en las alabanzas de Cristo, el fruto de lobo en los dientes maldicientes.

CAPUT LXXIV.---165. PETIL. dijo: ¡Oh miserables traidores! así debía cumplirse la Escritura; pero en vosotros lamento que hayáis merecido cumplir las partes de la maldad.

166. AUG. respondió: Podría yo más bien decir, ¡Oh miserables traidores! si me complaciera, o más bien si la justicia lo aconsejara, imputar a todos vosotros los hechos de algunos de los vuestros. Por lo tanto, en lo que os concierne a todos, ¡Oh miserables herejes! las demás palabras tuyas las diría yo; pues está escrito, Es necesario que haya herejías, para que los aprobados se manifiesten entre vosotros (I Cor. XI, 19). «Por lo tanto, así debía cumplirse la Escritura; pero en vosotros lamento que hayáis merecido cumplir las partes de la maldad.»

CAPUT LXXV.---167. PETIL. dijo: Pero el Señor Cristo nos mandó a nosotros la paciencia simple y la inocencia contra vuestra ferocidad. ¿Qué dice? «Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros, como yo os he amado;» y, «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros» (Juan XIII, 34, 35).

168. AUG. respondió: Si estas palabras no estuvieran tan alejadas de vuestras costumbres y no las trasladarais a la superficie de vuestro discurso, ¿cómo os cubriríais con la piel de oveja?

CAPUT LXXVI.---169. PETIL. dijo: El apóstol Pablo también, cuando sufría inmensas persecuciones de todas las naciones, soportó más graves de falsos hermanos, como él mismo testifica, frecuentemente afligido: «En peligros de gentiles, en peligros de mi propia nación, en peligros de falsos hermanos» (II Cor. XI, 26). Y dice de nuevo: «Sed imitadores de mí, como yo lo soy de Cristo» (I Cor. IV, 16). Por lo tanto, cuando nos atacáis como falsos hermanos, imitamos la paciencia de nuestro maestro Pablo en nuestros peligros.

170. AUG. respondió: Ciertamente estos son los falsos hermanos, de quienes en otro lugar el mismo apóstol se queja así, alabando la genuina sinceridad de Timoteo: No tengo a nadie unánime, que genuinamente se preocupe por vosotros: porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Jesucristo (Fil. II, 20, 21). Sin duda hablaba de aquellos que en ese momento, cuando escribía esa Epístola, estaban con él. Pues no todos los que eran cristianos en cualquier lugar buscaban lo suyo propio, no lo que es de Jesucristo. De estos, como dije, se lamentó, a quienes en ese momento tenía consigo cuando escribía esto. ¿A quiénes más se refiere, cuando en otro lugar dice, Por fuera luchas, por dentro temores (II Cor. VII, 5); sino a aquellos a quienes temía tanto más intensamente cuanto más interiormente? Si quisieras imitar a Pablo interiormente, serías tolerante con los falsos hermanos, no calumniador de los inocentes desde fuera.

CAPUT LXXVII.---171. PETIL. dijo: Pues ¿qué clase de fe hay en vosotros, que no tiene caridad? Dice el mismo Pablo, «Si hablo lenguas humanas y angélicas, y no tengo caridad, soy como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviera profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia, y si tuviera toda la fe, de tal manera que trasladara montañas, y no tengo caridad, nada soy. Y si distribuyera todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y entregara mi cuerpo para ser quemado, y no tengo caridad, de nada me sirve.»

172. AUG. respondió: Esto es lo que dije hace un momento, que queréis cubriros con la piel de oveja, para que si es posible, primero os sienta mordiendo como oveja, antes de que os perciba viniendo. ¿No es esta la alabanza de la caridad, que suele refutar vuestra calumnia con la verdad más luminosa? ¿O es que estas armas no serán nuestras, porque intentáis apropiáoslas? Sin duda, estos dardos están vivos: desde dondequiera que se lancen, reconocen a quienes matan. Si son lanzados por nosotros, se clavarán en vosotros: si son lanzados por vosotros, se volverán contra vosotros. Con estas palabras apostólicas, que encomian la eminencia de la caridad, solemos mostraros cómo no aprovecha a los hombres, aunque en ellos estén los Sacramentos o la fe, donde no hay caridad; para que cuando vengáis a la unidad católica, entendáis lo que se os confiere, y cuánto es lo que os faltaba: pues la caridad cristiana no puede guardarse sino en la unidad de la Iglesia: y así veáis que sin ella no sois nada, aunque tengáis el Bautismo y la fe, y por ella incluso podáis trasladar montañas. Y si esta es también vuestra sentencia, no detestamos ni rechazamos en vosotros los Sacramentos de Dios que conocemos, ni la misma fe; sino que mantenemos la caridad, sin la cual, con Sacramentos y con fe, no somos nada. Mantenemos la caridad, si abrazamos la unidad: abrazamos la unidad, si no la fingimos en parte con nuestras palabras, sino que la reconocemos en unidad con las palabras de Cristo.

CAPUT LXXVIII.---173. PETIL. dijo: Y de nuevo, «La caridad es magnánima y benigna; la caridad no tiene envidia, no actúa con imprudencia, no se envanece, no es ambiciosa, no busca lo suyo.» Pero vosotros buscáis lo ajeno. «No se irrita, no piensa mal, no se alegra de la iniquidad, sino que se goza con la verdad: todo lo soporta, todo lo sufre: la caridad nunca falla» (I Cor. XIII, 1-8). Esto es decir brevemente: La caridad no persigue, no inflama a los emperadores contra otras almas, no roba lo ajeno, ni mata a los hombres a quienes ha despojado.

174. AUG. respondió: Cuántas veces te diré, si no lo probáis, no concierne a nadie: si lo probáis, no concierne a nosotros; como tampoco a vosotros, lo que vuestros miembros cometen diariamente por los crímenes de los furiosos, por las lujurias de los borrachos, por la ceguera de los precipitados, por la tiranía de los rapaces. ¿Quién no ve que es verdad lo que clamo? Pero ahora, si hubiera caridad en ti, se alegraría con la verdad. ¡Qué elegantemente se dice bajo la piel de oveja, La caridad todo lo soporta, todo lo sufre! pero cuando se llega al examen, los dientes de lobo no pueden ocultarse. Pues cuando la caridad te obligara, por lo que se ha dicho, Soportándoos unos a otros en amor, procurando guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz (Efes. IV, 2, 3), incluso si conocieras algunos males dentro, no a consentir en ellos, sino a soportarlos si no podías prohibirlos, para que no por los malos que serán separados en el último aventamiento, ahora rompieras el vínculo de paz con la sociedad de los buenos; expulsado fuera por el viento de la ligereza, imputas el crimen de la paja al trigo, y afirmas que lo que finges de los malos, por contagio vale también en los buenos. Y cuando el Señor dijo, El campo es el mundo, la siega es el fin del siglo; cuando dijo de los trigos y la cizaña, Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega (Mat. XIII, 38, 39, 30): tú trabajas con tus palabras, para que se crea que los trigos ya han desaparecido por todo el campo, y han quedado en vuestra pequeña parte; mientras quieres que Cristo sea tenido por mentiroso, y tú por veraz. Y hablas contra tu conciencia: pues en verdad nadie, de cualquier manera que mire el Evangelio, se atreve en su ánimo a decir que no hay cristianos por todas las naciones en las que casi con una sola voz se responde Amén, y se canta Aleluya. Y sin embargo, para que la parte de Donato, que no comunica con el orbe de la tierra, no parezca errar, si algún ángel del cielo, que pudiera ver todo el orbe, te dijera que fuera de vuestra comunión no hay inocentes y buenos en ninguna parte, sin duda te alegrarías sobre la iniquidad del género humano, y te gloriarías de haber dicho la verdad antes de conocerla. ¿Cómo está, pues, en ti la caridad, que no se alegra de la iniquidad? Pero no te engañes: hay trigos del Señor creciendo por el campo, es decir, por el mundo hasta el fin del siglo. Cristo lo dijo, Cristo es la verdad. Que haya caridad en ti, y que se alegre con la verdad. Contra el Evangelio, aunque un ángel del cielo evangelizare, sea anatema (Gál. I, 8).

CAPUT LXXIX.---175. PETIL. dijo: Finalmente, ¿cuál es la razón de perseguir? Os pregunto, miserables, si pensáis acaso que pecáis con alguna autoridad de la ley.

176. AUG. respondió: Quien peca, no peca por la autoridad de la ley, sino contra la autoridad de la ley. Pero ya que preguntas, ¿cuál es la razón de perseguir? te pregunto a ti a su vez, ¿de quién es la voz en el Salmo que dice, Al que calumniaba en secreto a su prójimo, a este perseguía (Sal. CI, 5). Busca, pues, la causa o el modo de la persecución, y no reprendas con tanta ignorancia a los perseguidores de los malos en general.

CAPUT LXXX.---177. PETIL. dijo: Yo, en cambio, respondo que Jesús Cristo no persiguió a nadie: y cuando algunas sectas desagradaban a los Apóstoles que se lo sugerían (pues así venía a hacer la fe, que no obligaba a los hombres, sino que más bien los invitaba), dicen aquellos Apóstoles, «Muchos en tu nombre imponen las manos, y no están con nosotros.» Dijo Jesús: «Dejadlos; si no están contra vosotros, están a favor de vosotros.»

178. AUG. respondió: Dices la verdad, que mucho más abundantemente vas a proferir de lo tuyo lo que no se encuentra en las Escrituras. Pues si quisieras traer testimonios de las santas Escrituras, ¿acaso proferirías lo que no encuentras? Pero cuántas son vuestras mentiras, está en vuestro poder. Pues ¿dónde está escrito lo que has puesto, o cuándo o a quién le fue sugerido eso al Señor, o fue respondido por el Señor? Muchos en tu nombre imponen las manos, y no están con nosotros, nunca nadie de los discípulos dijo eso al Hijo de Dios: por lo

que tampoco pudo ser respondido por él, Dejadlos; si no están contra vosotros, están a favor de vosotros. Pero hay algo similar, que en verdad leemos en el Evangelio que fue sugerido al Señor sobre uno que expulsaba demonios en su nombre, y no seguía con los discípulos, donde el Señor dijo, No lo impidáis: porque el que no está contra vosotros, está a favor de vosotros (Luc. IX, 49, 50). Pero esto no tiene nada que ver con mostrar sectas, a las que el Señor parece haber perdonado. Pero si alguna similitud de la sentencia te ha engañado, no es mentira, es error humano. Pero si quisiste lanzar nubes de falsedad sobre los ignorantes de las santas Escrituras, sé compungido y confundido y corrígete. Sin embargo, hay algo que podemos tratar sobre esto mismo, que fue sugerido al Señor. Pues así como entonces, fuera de la comunión de los discípulos, valía sin embargo mucho la santidad del nombre de Cristo; así fuera de la comunión de la Iglesia vale la santidad del Sacramento. Pues el Bautismo no se consagra sino en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. ¿Quién, sin embargo, sería tan insensato como para decir que incluso fuera de la comunión de la Iglesia el nombre del Hijo vale, pero el del Padre y del Espíritu Santo no vale? o que vale en sanar al hombre, pero no vale en consagrar el Bautismo? Pero ciertamente fuera de la comunión de la Iglesia y del vínculo santísimo de la unidad y del don supereminente de la caridad, ni aquel de quien se expulsa el demonio, ni aquel que es bautizado, obtiene la vida eterna: así como tampoco aquellos que dentro parecen por la comunión de los Sacramentos, y por la iniquidad de los hábitos se entienden fuera. Pero que Cristo también corporalmente persiguió a aquellos a quienes expulsó del templo con azotes, ya lo hemos dicho antes.

CAPUT LXXXI.---179. PETIL. dijo: El santo apóstol Pablo dice esto: «De cualquier manera, dice, que Cristo sea anunciado.»

180. AUG. respondió: Hablas en contra de ti mismo, pero sin embargo, porque hablas por la verdad, si la amas, que lo que dices sea en tu favor. Pues te pregunto, ¿de quiénes dijo esto el apóstol Pablo? Recordemos esto un poco, si te parece. Algunos, dice, anuncian a Cristo por envidia y contienda, pero otros por buena voluntad; algunos por amor, sabiendo que estoy puesto para la defensa del Evangelio: pero otros anuncian a Cristo por contumacia, no con pureza, pensando que añadirán tribulación a mis cadenas. ¿Qué importa? Con tal de que, de cualquier manera, sea por pretexto o por verdad, Cristo sea anunciado, y en esto me gozo, y me gozaré (Filip. I, 15-18). Vemos que estos anunciaron algo santo, puro y verdadero, pero no con pureza, sino por envidia y contienda, sin amor, sin castidad. Ciertamente, poco antes parecías decir alabanzas de la caridad contra nosotros, basándote en el testimonio del Apóstol, porque donde no hay caridad, cualquier cosa que haya no aprovecha nada: he aquí que en estos no hay caridad, y sin embargo, había la predicación de Cristo, de la cual el Apóstol dice que se goza. Pues no se goza del mal de ellos, sino del bien del nombre de Cristo. En él estaba la caridad, que no se goza de la iniquidad, sino que se goza con la verdad (I Cor. XIII, 6). Por otro lado, la envidia que había en ellos es un mal diabólico: por ella cayó y derribó. Estos, pues, tan malos, a quienes el Apóstol así reprende, en quienes había tanto bien del cual se goza el Apóstol, ¿dónde estaban? ¿Dentro o fuera? Elige lo que quieras. Si dentro, he aquí que Pablo los conocía, y sin embargo no lo contaminaban: así tampoco a ustedes los contaminarían en la unidad del orbe, de quienes no sé qué cosas dicen, sean verdaderas o falsas. ¿Por qué, entonces, se separaron? ¿Por qué, con el sacrilegio del cisma criminal, se destruyeron? Pero si estaban fuera, he aquí que incluso en aquellos que están fuera, y ciertamente no pueden pertenecer a la vida eterna, porque no tienen caridad ni mantienen la unidad, sin embargo, está la santidad del nombre de Cristo, cuya predicación el Apóstol confirma con gozo por la misma santidad del nombre, aunque los deteste. Por lo tanto, no hacemos injuria a ese nombre cuando vienen a nosotros quienes estaban fuera: sino que los corregimos a ellos, honramos aquello. Ustedes, pues, vean cuán nefariamente, en

aquellos cuyos hechos parecen reprender, incluso el Sacramento del nombre de Cristo, que en ellos es santo, lo desprecian. Y tú, en efecto, consideras que estos, a quienes el Apóstol mencionó, estaban fuera de la Iglesia, como indican tus palabras. Así, cuando temes sufrir persecución de los católicos, de la cual, al hablar, nos haces envidia, has confirmado el nombre de Cristo en los herejes, al cual haces injuria al rebautizar.

CAPÍTULO LXXXII.---181. PETIL. dijo: Si, por tanto, el poder de la fe no se ha opuesto a algunos, ¿por qué razón persigues, para obligar a los hombres a contaminarse?

182. AUG. respondió: No los perseguimos, sino como la verdad persigue a la falsedad: y no nos concierne si alguien los ha perseguido de otra manera; así como tampoco a ustedes les concierne lo que los suyos hacen de manera similar: ni los obligamos a contaminarse, sino que les persuadimos a sanarse.

CAPÍTULO LXXXIII.---183. PETIL. dijo: Si, entonces, hubiera sido lícito obligar a alguien por la ley incluso a hacer el bien, ustedes mismos, miserables, deberían haber sido obligados por nosotros a la fe purísima. Pero lejos, lejos de nuestra conciencia, que obliguemos a alguien a nuestra fe.

184. AUG. respondió: A la fe, en verdad, nadie debe ser obligado contra su voluntad, pero por la severidad, o más bien por la misericordia de Dios, la infidelidad suele ser castigada con los azotes de las tribulaciones. ¿Acaso porque las buenas costumbres se eligen con la libertad de la voluntad, por eso las malas costumbres no son castigadas con la integridad de la ley? Pero, sin embargo, la disciplina vengadora de vivir mal es inapropiada, a menos que se desprecie la doctrina previa de vivir bien. Si, por tanto, se han establecido leyes contra ustedes, no se les obliga a hacer el bien, sino que se les prohíbe hacer el mal. Pues nadie puede hacer el bien, a menos que lo elija, a menos que ame lo que está en la libre voluntad: pero el temor de los castigos, aunque aún no tenga la delectación de la buena conciencia, al menos dentro de los límites del pensamiento, refrena el mal deseo. ¿Quiénes, sin embargo, establecieron las leyes adversas, por las cuales se reprime su audacia? ¿No son aquellos de quienes dice el Apóstol, que no llevan la espada en vano; porque son ministros de Dios, vengadores para ira contra el que hace el mal (Rom. XIII, 4)? Toda la cuestión, por tanto, es si ustedes no actúan mal, a quienes el orbe terráqueo les imputa el sacrilegio de tan gran cisma: al descuidar la discusión de esta cuestión, hablan superfluamente; y aunque vivan como ladrones, se jactan de morir como mártires. Y porque temen las mismas leyes, o la envidia, o son incapaces de resistir, no digo contra tantos hombres, sino contra tantas naciones católicas; incluso se glorían de mansedumbre, porque no obligan a nadie a su parte. De este modo, también el milano, cuando no puede, por temor, arrebatar a los polluelos, se llamaría paloma. Pues, ¿dónde pudieron y no lo hicieron? ¿De dónde muestran cuántas cosas harían si pudieran? Cuando Juliano les devolvió las basílicas de la unidad, envidiando la paz de Cristo, ¿quién podría recordar las matanzas que hicieron, cuando con ustedes, con sus templos abiertos, también los demonios se regocijaban? Que la misma Mauritania Cesariense sea interrogada sobre lo que Rogato el Moro sufrió de ustedes en la guerra Firmiana. En el tiempo de Gildón, porque uno de sus colegas fue su amigo muy cercano, que los Maximianistas vean lo que sintieron. Pues Feliciano mismo, que ahora está con ustedes, si se le permitiera apelar al juramento, si Optato no lo obligó a regresar a su comunión contra su voluntad; no se atrevería a mover los labios, especialmente si el pueblo de Musti mirara su rostro, que fue testigo de lo que entonces sucedió. Pero estos, como dije, vean lo que sufrieron de aquellos con quienes Rogato hizo tales cosas. La misma Iglesia católica, consolidada por los príncipes católicos que gobernaban por tierra y mar, fue atacada feroz y hostilmente por Optato con turbas armadas. Este hecho obligó a que por primera vez se

alegara contra ustedes ante el vicario Serano aquella ley de las diez libras de oro, que ninguno de ustedes ha pagado aún, ¡y nos acusan de crueldad! ¿Qué podría ser más benigno que multar con la coerción de daños sus grandes crímenes? ¿Quién podría narrar todo lo que, sin la amistad de jueces o de algunas autoridades, cada uno donde pudo, en sus lugares, cometieron con su propia dominación? ¿Quién de nosotros en nuestras comunidades no ha descubierto algo así de los anteriores, o lo ha experimentado él mismo? ¿No es cierto que en Hipona, donde estoy, no faltan quienes recuerden que su Faustinus, en su tiempo de reinado, ordenó, porque había pocos católicos allí, que nadie les cociera pan, de modo que el pan de un diácono nuestro, inquilino de un horno de su propiedad, fue arrojado sin cocer, y a él, sin ser condenado por ninguna ley de exilio, se le negó la comunión no solo en la ciudad de Roma, sino también en su patria, y no solo en su patria, sino incluso en su propia casa? ¿No es cierto que recientemente, lo cual aún lamento, su Crispinus de Calama, habiendo comprado una propiedad, y esto en enfiteusis, no dudó en sumergir rebautizando, con un solo impulso de terror, a casi ochenta almas en un gemido miserable, en la finca de los emperadores católicos, a quienes las leyes ordenaron que no estuvieran ni siquiera en las ciudades? ¿Con qué hechos, sino con tales, incluso las mismas leyes de las que se quejan, aunque muy por debajo del mérito de su crimen, pero sin embargo, de alguna manera, se vieron obligados a promulgar? ¿O acaso no seríamos expulsados de todas partes por los violentos ataques de sus Circumcelliones, que bajo su liderazgo militan en turbas furiosas, si no mantuviéramos rehenes en las ciudades, quienes de alguna manera soporten la misma apariencia pública y la reprensión de los honestos, si no por temor, al menos por vergüenza? No digas, por tanto, "Lejos, lejos de nuestra conciencia, que obliguemos a alguien a nuestra fe". Pues lo hacen donde pueden: donde no lo hacen, no pueden, ya sea por temor a las leyes, a la envidia, o a la multitud de los que resisten.

CAPÍTULO LXXXIV.---185. PETIL. dijo: Porque el Señor Cristo dice: "Nadie viene a mí, si el Padre no lo atrae" (Juan VI, 44). ¿Por qué, entonces, no permiten que cada uno siga su libre albedrío, cuando el mismo Señor Dios ha dado libre albedrío a los hombres; mostrando, sin embargo, el camino de la justicia, para que nadie, por ignorancia, perezca? Pues dijo: "He puesto ante ti el bien y el mal, he puesto ante ti el fuego y el agua; elige lo que quieras". De lo cual, ustedes, miserables, no eligieron el agua, sino el fuego. "Pero, sin embargo, dice, elige el bien, para que vivas" (Ecli. XV, 17, 18). Quien no quiere elegir el bien, se ha condenado a no querer vivir.

186. AUG. respondió: Si te planteo la cuestión de cómo Dios Padre atrae a los hombres al Hijo, a quienes ha dejado en libre albedrío; tal vez te será difícil resolverla. Pues, ¿cómo atrae, si deja que cada uno elija lo que quiera? Y, sin embargo, ambas cosas son verdaderas: pero pocos pueden penetrar esto con el entendimiento. Así como, por tanto, es posible que aquellos a quienes ha dejado en libre albedrío, el Padre los atraiga al Hijo: así es posible que las cosas que se advierten con las coerciones de las leyes, no quiten el libre albedrío. Pues cualquier cosa que el hombre sufra dura y molesta, se le advierte que piense por qué la sufre: para que, si ve que la sufre por justicia, elija ese mismo bien de sufrir tales cosas por justicia; pero si ve que es por la iniquidad por la que sufre, considerando que trabaja y se aflige infructuosamente, cambie su voluntad para mejor, y al mismo tiempo se libre de la molestia estéril y de la misma iniquidad, que ciertamente le dañará mucho más gravemente y de manera más perniciosa. Y cuando algo se establece contra ustedes por los reyes, crean que se les advierte, para que piensen por qué sufren estas cosas: si es por justicia, en verdad ellos son sus perseguidores; pero ustedes son bienaventurados que, sufriendo persecución por justicia, poseerán el reino de los cielos (Mat. V, 10; I Pedro II, 20): pero si es por la iniquidad de su cisma, ¿qué son ellos sino sus correctores; y ustedes, como los demás culpables de

diversos crímenes, que pagan las penas por las leyes, ciertamente infelices tanto en este siglo como en el futuro? Nadie, por tanto, les quita el libre albedrío: pero ustedes presten atención diligente a lo que eligen, si corregidos vivir en paz, o perseverando en la malicia, soportar verdaderos castigos con el falso nombre de martirio. Así les hablo, como si realmente sufrieran algo digno de su iniquidad, cuando hacen tantas cosas indignas, y reinan en tanta impunidad; tan furiosos, que con las alabanzas de Dios aterran más que una trompeta bélica; tan calumniosos, que incluso los precipicios espontáneos de los suyos los imputan a nuestras persecuciones.

187. Dice también, como un maestro muy benigno, "Quien no quiere elegir el bien, se ha condenado a no querer vivir". Así es, si creyéramos en sus acusaciones, viviríamos benignamente: porque creemos en las promesas de Dios, nos condenamos a no querer vivir. Bien, creo, recuerdan lo que los Apóstoles dijeron a los judíos, cuando se les prohibía predicar a Cristo: esto, pues, también decimos, para que nos respondan, si es más obedecer a Dios que a los hombres (Hechos V, 29). Traidores, turificadores, perseguidores, son palabras de hombres contra hombres. En la sola caridad de Donato permaneció Cristo: son palabras de hombres que exaltan la gloria de un hombre bajo el nombre de Cristo, para que la gloria del mismo Cristo disminuya. Pues está escrito, "En la multitud del pueblo está la gloria del rey; pero en la falta de pueblo está la ruina del príncipe" (Prov. XIV, 28): estas, pues, son palabras de hombres. Pero aquellas en el Evangelio, "Porque era necesario que Cristo padeciera, y resucitara al tercer día, y se predicara en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" (Luc. XXIV, 46, 47); son palabras de Cristo que encomiendan la gloria que recibió del Padre en la amplitud de su reino. Habiendo escuchado ambas, elegimos más bien esta comunión de la Iglesia, y preferimos las palabras de Cristo a las palabras de los hombres. Te ruego, ¿quién es el que dice que hemos elegido el mal, sino el que dice que Cristo enseñó el mal?

CAPÍTULO LXXXV.---188. PETIL. dijo: ¿Acaso Dios ordenó que se infligiera muerte a los cismáticos? Porque si lo ordenara, ustedes deberían ser muertos por algunos escitas y bárbaros, no obstante por cristianos.

189. AUG. respondió: Que sus Circumcelliones se calmen, y no quiero que nos asustes con los bárbaros. Pero si somos nosotros o ustedes los cismáticos, ni yo ni tú, sino Cristo debe ser interrogado, para que indique su Iglesia. Lee, pues, el Evangelio; y te responde, "En Jerusalén y en toda Judea y Samaria, y hasta el fin de la tierra" (Hechos I, 8). Cualquiera, pues, que no se encuentre en la Iglesia, ya no debe ser interrogado, sino que, o corregido se convierta, o corregido no se queje.

CAPÍTULO LXXXVI.---190. PETIL. dijo: Porque el Señor Dios nunca se ha alegrado con sangre humana, cuando quiso que el asesino de su hermano, Caín, permaneciera en vida como verdugo.

191. AUG. respondió: Si Dios no quiso que se infligiera la muerte al asesino de su hermano, sino que se le dejara vivir como verdugo: mira no sea que esto sea, que aunque el corazón del rey está en la mano de Dios, por lo cual ha establecido muchas leyes para advertirles y corregirles, ninguna ley real les ha ordenado ser muertos; tal vez por eso, para que cualquiera de ustedes que persista en la brisa pertinaz del furor sacrílego, sea torturado con el castigo de Caín, el parricida, viviendo como verdugo. Pues leemos que muchos fueron misericordiosamente muertos por el siervo de Dios Moisés: porque en lo que por su nefario sacrilegio así oró al Señor, diciendo: "Señor, si perdonas su pecado, perdónalos; pero si no, bórrame de tu libro" (Éxodo XXXII, 28, 31); su inefable caridad y misericordia se muestra

suficientemente. ¿Acaso, pues, se volvió de repente cruel, cuando descendiendo del monte ordenó matar a tantos miles? Consideren, pues, no sea que por una mayor ira de Dios, a través de tantas leyes promulgadas contra ustedes, ningún Emperador les haya ordenado ser muertos. ¿O no creen que deben ser comparados con los fratricidas? Escuchen al Señor por el profeta diciendo: "Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, mi nombre ha sido glorificado entre las naciones, y en todo lugar se ofrecerá incienso a mi nombre, y una ofrenda pura. Mi gran nombre entre las naciones, dice el Señor todopoderoso" (Malaquías I, 11). A este sacrificio fraterno sobre el cual Dios mira, muestran que le tienen envidia por sus calumnias: y si alguna vez escuchan, desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, alabar el nombre del Señor (Sal. CXII, 3); que es el sacrificio vivo, del cual se dijo, "Ofrece a Dios sacrificio de alabanza" (Sal. XLIX, 14): su rostro caerá como el de aquel homicida. Pero porque no pueden exterminar el universo, son retenidos por el odio mismo, como dice Juan, "Quien odia a su hermano, es homicida" (I Juan III, 15). Y ojalá los mártires suyos siguieran su forma; no se precipitarían; lo que él no hizo por sugerencia del diablo (Mat. IV, 6, 7). Pero ustedes, cuando persiguen a nuestros mayores incluso después de muertos con falso testimonio, ¿dónde recibieron esta forma? Lo que intentan manchar con crímenes desconocidos, mientras no quieren que los hechos notoriamente malos de los suyos les perjudiquen, ¿dónde recibieron esta forma? Pero nos enorgullecemos demasiado si nos enojamos por nosotros mismos, cuando vemos que incluso contra el mismo Señor dicen falso testimonio: ya que él prometió y exhibió su Iglesia por todas las naciones; y ustedes contradicen. Esta forma no la recibieron ni siquiera de los mismos judíos perseguidores: pues ellos persiguieron la carne del que caminaba en la tierra; ustedes el Evangelio del que está sentado en el cielo. Ese Evangelio soportó más benignamente las llamas de los reyes furiosos, que sus lenguas. Pues aquellos que querían abolir las palabras del Señor quemándolas, no creían que pudieran ser despreciadas al ser leídas. No, pues, ejercitarían sus llamas en el Evangelio de Cristo, si ustedes no permitieran sus lenguas contra el Evangelio. En aquella persecución, el Evangelio de Cristo fue buscado por algunos que se enfurecían, entregado por otros que temían, quemado por algunos que se enfurecían, escondido por otros que amaban; no fue atacado por nadie que se opusiera: ustedes han reservado las partes más criminales de la persecución, después de que la persecución de las naciones ha pasado. Aquellos que perseguían el nombre de Cristo, creyeron en Cristo: aquellos que son honrados por el nombre de Cristo, contradicen a Cristo.

CAPÍTULO LXXXVIII.---194. PETIL. dijo: He aquí un documento muy completo para ustedes, que a un cristiano no le es lícito involucrarse en la perdición ajena. El inicio de esta disciplina fue establecido para Pedro, como está escrito: "Pedro hirió la oreja del siervo del príncipe de los judíos, y la cortó. Y Jesús le dijo: Pedro, guarda tu espada en la vaina. Porque todos los que toman espada, a espada perecerán" (Mat. XXVI, 51, 52).

195. AUG. respondió: ¿Por qué entonces no reprimen con tal voz las armas de los Circunceliones? ¿O piensan que hablan fuera del Evangelio si dicen: "Quien use el bastón, por el bastón morirá"? Concedan entonces perdón, porque nuestros mayores no pudieron prohibir a aquellos de quienes se quejan que Marculus fue precipitado: pues no está escrito en el Evangelio: "Quien precipite a alguien, por precipicio morirá". Y ojalá que así como aquello fue falso o ya pasó, así cesaran los palos de estos. Aunque tal vez se enojen porque a sus legiones, si no con leyes, al menos con palabras les quitamos las armas, ya que decimos que solo se enfurecen con bastones. Pues esa fue su antigua maldad, pero ahora han progresado demasiado. Porque entre convites de borrachos, y con mujeres sin maridos, con libertad de acompañar, vagar, bromear, beber y pasar la noche, han aprendido no solo a torrear bastones, sino también a blandir hierro y girar hondas. Pero, ¿por qué no les digo (con qué ánimo lo

digo, y con qué ánimo lo reciben, lo sabe Dios): Insensatos, la espada de Pedro, aunque aún con un movimiento carnal del ánimo, fue desenvainada por el cuerpo de Cristo contra el cuerpo del perseguidor; pero sus armas están divididas contra Cristo: el cuerpo del cual Él es la cabeza, es decir, su Iglesia, está en todas las naciones. Él mismo lo dijo, y ascendió al cielo, donde la furia de los judíos no pudo seguirlo: y su furia ataca a sus miembros en el cuerpo que ascendiendo encomendó. Por estos miembros se enfurecen contra ustedes, y les resisten, quienes en la Iglesia Católica, aún de poca fe, están con el mismo ánimo que entonces tuvo Pedro, cuando desenvainó el hierro por el nombre de Cristo. Pero hay mucha diferencia entre su persecución y la de estos. Ustedes son semejantes al siervo del sacerdote de los judíos; porque sirviendo a sus príncipes, se arman contra la Iglesia católica, es decir, contra el cuerpo de Cristo: pero estos son tales como entonces fue Pedro, que por el cuerpo de Cristo, es decir, por la Iglesia, incluso luchan corporalmente. Pero si a ellos se les dice que cesen, como entonces se le dijo a Pedro; cuánto más se les debe decir a ustedes, que dejen la furia herética y se unan a esos miembros por los cuales ellos luchan así. Pero, heridos por tales, también nos odian, y como si hubieran perdido los oídos derechos, no escuchan a Cristo sentado a la derecha del Padre. Pero, ¿a quiénes hablo, o cuándo les hablo, si no encuentro hora, incluso cuando eructan vino por la mañana, ya ebrios o aún? Más aún, no solo ellos, sino también sus obispos, nos amenazan, listos para negar que les pertenece lo que han hecho. Que el Señor nos conceda un cántico de grados, para que podamos decir: "Con los que odian la paz, yo era pacífico; cuando les hablaba, me combatían sin causa" (Sal. 119, 7). Porque esto dice el cuerpo de Cristo, que por toda la tierra, aquí por unos, allí por otros, y por todos los demás en cualquier lugar que estén, es atacado por los herejes.

CAPÍTULO LXXXIX.---196. PETIL. dijo: Entonces, digo, estableció que la muerte debe ser sufrida por la fe, más que hecha por la comunión. Porque el cristianismo progresa con las muertes. Pues nadie viviría con la máxima fidelidad, si la muerte fuera temida por los fieles. Porque dice el Señor Cristo: "Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, produce mucho fruto" (Juan 12, 24-25).

197. AUG. respondió: Me gustaría saber quién de su parte fue el primero en precipitarse. Pues ciertamente aquel grano fue muy fértil, del cual brotó tan gran cosecha de cadáveres precipitados. Sin embargo, recordando las palabras del Señor, que dijo que Él mismo sería el grano que moriría y produciría mucho fruto; ¿por qué envidian al fruto que ha crecido verdaderamente por todo el mundo, y le imputan las culpas de la cizaña o de la paja, ya sea lo que han oído o lo que han inventado?

CAPÍTULO XC.---198. PETIL. dijo: Pero ustedes esparcen espinas y cizaña, no semillas, con las cuales les conviene ser quemados en el juicio final. No maldecimos; pero toda conciencia espinosa está sujeta al juicio de Dios.

199. AUG. respondió: Al menos con la mención de la cizaña, también deberías recordar el trigo; porque ambos fueron ordenados a crecer en el campo hasta la cosecha: pero ustedes fijan agudamente el ojo de la malevolencia en la cizaña, y contra la sentencia de Cristo, afirman que solo ella ha crecido por todo el mundo, excepto en África.

CAPÍTULO XCI.---200. PETIL. dijo: ¿Dónde está lo que dice el Señor Cristo: "Si te dan una bofetada, prepara también la otra mejilla" (Mat. 5, 39)? ¿Dónde está aquello, que sufrió escupitajos en el rostro, quien con su santísimo escupitajo abrió los ojos del ciego? ¿Dónde está lo que dice el apóstol Pablo: "Si alguien os golpea en la cara"? ¿Dónde está lo que dice de nuevo: "En azotes, en muertes frecuentes, en cárceles más abundantemente" (2 Cor. 11,

20, 23)? Recuerda lo que sufrió, no lo que hizo. Bastaba que estas cosas las hicieran los judíos a la fe cristiana: ¿por qué ustedes, miserables, las perpetran?

201. AUG. respondió: ¿Acaso ustedes, al recibir una bofetada, ofrecen la otra mejilla? No es esa la fama que sus furiosas huestes, vagando por toda África con terrible deshonra, han adquirido. Ojalá los hombres pactaran con ustedes, para que al menos según la antigua Ley, pidieran ojo por ojo, diente por diente (Deut. 19, 21), y no levantaran bastones por palabras escuchadas.

CAPÍTULO XCII.---202. PETIL. dijo: ¿Qué tienen que ver ustedes con los reyes del siglo, a quienes la cristiandad nunca ha sentido sino envidiosos? Para demostrarlo brevemente, el rey persiguió a los hermanos Macabeos (2 Mac. 7). También el rey, siendo sacrílego, condenó a las llamas a los tres jóvenes religiosos (Dan. 3). El rey buscó la vida del niño Salvador (Mat. 2, 16). El rey arrojó al justo Daniel a las fieras, creyendo que sería devorado (Dan. 6). Y el juez más malvado del rey mató al mismo Señor Cristo (Mat. 27, 26). De ahí que el Apóstol clama: "Hablamos sabiduría entre los perfectos, sabiduría no de este siglo, ni de los príncipes de este mundo que se desvanecen; sino que hablamos la sabiduría de Dios en misterio, que estuvo oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la cual ninguno de los príncipes de este siglo conoció. Porque si la hubieran conocido, no habrían crucificado al Señor de la gloria" (1 Cor. 2, 6-8). Pero esto se dijo de los antiguos reyes paganos. Ustedes, sin embargo, a los emperadores de este siglo, porque desean ser cristianos, no les permiten ser cristianos, con el engaño y la niebla de su mentira, llevándolos a su iniquidad, para que con sus armas preparadas contra los enemigos de la república, ataquen a los cristianos, y crean que al seguir sus persuasiones, están haciendo un servicio a Dios, si matan a aquellos a quienes odian, diciendo el Señor Cristo: "Vendrá el tiempo en que quien los mate, pensará que está haciendo un servicio a Dios" (Juan 16, 2). Por lo tanto, no hay diferencia para ustedes, enseñando mal, si los reyes del mundo, sean paganos, lo que Dios no quiera, o deseen ser cristianos; ya que no cesan de armarlos contra la familia de Cristo. No saben, o más bien no han leído, que el crimen del que mata a un hombre es mayor que el del que lo incita. Jezabel incitó a su esposo el rey a la muerte de un hombre justo o pobre, pero ambos, marido y mujer, perecieron con el mismo castigo (1 Reyes 21). Porque ustedes no incitan a los reyes de otra manera, que como a menudo la sutil persuasión femenina ha impulsado a los reyes al pecado. Pues por la hija, la esposa de Herodes obtuvo y mereció que la cabeza de Juan fuera traída en un plato a la mesa (Mat. 14, 8-9). Los judíos obligaron a Poncio Pilato a crucificar al Señor Cristo, cuyo sangre vengadora quisieron que permaneciera siempre sobre ellos y sus descendientes (Mat. 27, 24-26). Así ustedes, pecando con nuestra sangre, se hunden. Porque aunque el juez golpee, no son sus calumnias las que nos hieren. Porque el profeta David dice en persona del Señor Cristo: "¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno, contra el Señor y contra su Cristo. Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros su yugo. El que habita en los cielos se reirá de ellos, y el Señor se burlará de ellos. Entonces les hablará en su ira, y en su furor los turbará. Pero yo he sido constituido rey por él sobre Sion, su monte santo, proclamando su decreto. El Señor me dijo: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión. Los regirás con vara de hierro, y como vasija de alfarero los quebrantarás." Y a ellos, es decir, a los reyes, para que no deseen perseguir a los cristianos como ignorantes o inconscientes, les advirtió con estos preceptos, para que no perezcan: preceptos que, porque no conocen, ojalá les enseñáramos; o ciertamente ustedes se los mostrarían sin duda, si quisieran que vivieran; o al menos, lo que es lo tercero, si su malicia les hubiera permitido leerlos: el primer salmo davídico les aconsejaría completamente que vivieran y reinaran como

cristianos; a quienes ustedes han engañado malamente, mientras se entregan a ustedes. Porque ustedes les inventan lo que es malo, y ocultan lo que es bueno. Que al menos lean esto, aunque tarde, lo que debieron haber leído hace tiempo. ¿Qué dice? "Y ahora, reyes, entiendan; sean instruidos, los que juzgan la tierra. Sirvan al Señor con temor, y alégrese con temblor; tomen la disciplina, no sea que se enoje el Señor, y perezcan del camino justo. Cuando se encienda pronto su ira sobre ustedes, bienaventurados todos los que confían en él" (Sal. 2). A los emperadores, digo, los presionan con persuasiones, como a Pilato, a quien, como dijimos, los judíos presionaron, aunque él clamó públicamente lavándose las manos: "Soy inocente de la sangre de este justo" (Mat. 27, 24): sin embargo, ¿cómo puede estar libre de culpa quien lo hizo? Pero para no hablar de lo antiguo, observen en sus ejemplos cuántos emperadores y jueces suyos han perecido persiguiéndonos. Dejando a un lado a Nerón, quien fue el primero en perseguir a los cristianos; a Domiciano, igualmente en gran parte como Nerón, a Trajano, a Geta, a Decio, a Valeriano, a Diocleciano; también pereció Maximiano: quienes, mientras predicaban el incienso, quemando los códices del Señor, el primero fue Marcellino, obispo de los romanos, y también Mensurio de Cartago, y Ceciliano, de esas llamas sacrílegas, como cenizas o polvo quedaron. Porque la conciencia del incienso implicó a todos los que consintieron con Mensurio. Pereció Macario, pereció Ursacio, y todos sus condes, perecieron igualmente por la venganza de Dios. Pues Ursacio, derribado en batalla bárbara, fue desgarrado por las crueles garras de las aves y los dientes ávidos de los perros. ¿No es él el asesino por su impulso, como el rey Acab, a quien dijimos que fue persuadido por una mujer, mató al justo pobre (1 Reyes 21)? Así ustedes también no dejan de degollar a los justos y pobres (en cuanto a la ayuda mundana, digo, pues la gracia de Dios en nosotros no es pobre). Porque aunque no lo hagan con la mano, no degüellan al hombre con la lengua del verdugo. Porque está escrito: "Muerte y vida están en poder de la lengua" (Prov. 18, 21). Todos, por tanto, que han sido asesinados, tú que eres el instigador los has matado. Porque la mano del verdugo no se calienta sino con tu lengua, y ese terrible calor del pecho se enciende con tus palabras en sangre ajena, sangre justa que es vengadora de su difusor.

203. AUG. respondió: A este lugar tan copiosamente exagerado y dispuesto por ti, donde hablas envidiosamente de los reyes del siglo contra nosotros, si respondo debidamente y con dignidad, temo que también me acuses de querer incitar la ira de los reyes contra ustedes. Aunque, como es tu costumbre, te lanzas con el ímpetu de esta invectiva universalmente contra todos los católicos, ciertamente no me omites. Sin embargo, procuraré mostrar, si puedo, que tú has hecho esto más bien al decir tales cosas, que yo al responder a tales. Y primero, mira cómo te contradices a ti mismo: ciertamente comenzaste este lugar diciendo: "¿Qué tienen que ver ustedes con los reyes del siglo, a quienes la cristiandad nunca ha sentido sino envidiosos?" Con estas palabras prohíbes ciertamente que nos acerquemos a los reyes del siglo. Y poco después dices: "Y a ellos, es decir, a los reyes, para que no deseen perseguir a los cristianos como ignorantes o inconscientes, les advertió con estos preceptos, para que no perezcan: preceptos que, porque no conocen, ojalá les enseñáramos; o ciertamente ustedes se los mostrarían sin duda, si quisieran que vivieran." ¿Cómo, entonces, quieres que seamos los maestros de los reyes? Y si algunos de los nuestros tienen alguna amistad con los reyes cristianos, si la usan bien, no pecan: si algunos se enorgullecen de ello, pecan mucho menos que ustedes. Porque a ustedes, que así nos acusan, ¿qué les fue con el rey pagano, y, lo que es más grave, apóstata y enemigo del nombre cristiano Juliano, de quien, suplicando que les devolviera las basílicas como si fueran suyas, pusieron esto en su alabanza, que en él solo la justicia tenía lugar? Con estas palabras (pues creo que entienden latín) tanto la idolatría de Juliano como la apostasía se llamaron justicia. Se conserva la petición que dieron sus mayores; la constitución que obtuvieron; los Actos, donde alegaron. Despierten y presten atención: al enemigo de Cristo, al apóstata, al adversario de los cristianos, al siervo de los

demonios, con tales palabras aquel, aquel, su Pontius le suplicó. Vayan ahora, y díganos: "¿Qué tienen que ver ustedes con los reyes del siglo?" para que prediquen a los pueblos sordos, lo que no quieren escuchar con ellos: "Ves la paja en el ojo de tu hermano, pero no ves la viga en tu propio ojo" (Mat. 7, 3).

204. ¿Qué, dices, tienen que ver ustedes con los reyes del siglo, a quienes la cristiandad nunca ha sentido sino envidiosos? Esto lo dijiste, intentando enumerar a los reyes que los justos han sentido como enemigos: pero no consideraste que se pueden enumerar más que han tenido como amigos. El padre Abraham fue tratado amistosamente por un rey divinamente advertido de no tocar a su esposa, y recibió un regalo (Gen. 20). Isaac, su hijo, también experimentó al rey como muy amistoso (Gen. 26, 11). Jacob fue recibido honorablemente por el rey en Egipto, e incluso lo bendijo (Gen. 47). ¿Qué diré de su hijo José, quien después de la tribulación del encarcelamiento, donde su castidad fue probada como oro en el fuego, fue elevado a grandes honores por él (Gen. 39 y 41), incluso juraba por la salud de Faraón (Gen. 42, 15), no como elevado por el orgullo, sino no ingrato por la benevolencia? La hija del rey adoptó a Moisés (Exod. 2, 10). David huyó al extranjero, impulsado por la iniquidad del rey de Israel (1 Sam. 27). Elías corrió ante el carro del peor rey, no por su mandato, sino por su propio servicio (1 Reyes 18, 44-46). Eliseo consideró ofrecer a la mujer hospedadora, si acaso quisiera que el rey le concediera algo por su intercesión (2 Reyes 4, 13). Pero ya me referiré a los tiempos mismos, cuando el pueblo de Dios era cautivo, donde, para hablar más suavemente, te ha invadido un olvido asombroso. Queriendo probar que los reyes nunca han sido sentidos por la cristiandad sino como envidiosos, mencionaste a los tres jóvenes y a Daniel, lo que sufrieron de los reyes perseguidores, y no fuiste advertido por las cosas, no cercanas, sino precisamente por ellas mismas, de cómo el mismo rey, después del milagro de las llamas inocentes, ya sea alabando y proclamando a Dios, o honrando a los mismos jóvenes, se comportó; cómo el rey tuvo a Daniel, y no rechazó con qué dones lo adornó, cuando él, devolviendo el honor debido al poder real, lo cual se muestra suficientemente en sus palabras, no ocultó el don de Dios con el que estaba dotado al interpretar su sueño. Por lo cual, cuando fue obligado por los envidiosos del santo varón, calumniadores con sacrílega vesania, a lanzar al rey al foso de los leones, aunque lo hizo con tristeza, sin embargo, presumió que él sería salvado por la ayuda de su Dios. Así que cuando él vivió ileso por la rabia de los leones refrenada divinamente, con la voz solícita y amistosa del mismo rey enviada de antemano, él mismo respondió con bendición desde el foso: "Rey, vive para siempre" (Dan. 3-6). ¿Por qué estas amistades de los reyes con los santos, cuando tu discurso se movía allí, cuando tú mismo mencionabas los ejemplos de estos siervos de Dios en los que estas cosas sucedieron, o no las viste, o no quisiste verlas, o, lo que no sé cómo excusar, vistas y conocidas, las callaste? Si no te impidiera el estudio de defender una causa pésima, y te apartara de la luz de la verdad, aunque no quisieras o no supieras; ciertamente recordarías sin dificultad a algunos reyes buenos, a otros malos, y a algunos amigos de los santos, a otros enemigos. Y nos maravillamos de que tus Circunceliones se precipiten así. ¿Quién corría detrás de ti, te lo ruego? ¿Qué Macario, qué soldado te perseguía? Sin duda, en este precipicio de falsedad, ninguno de nosotros te empujó. ¿Por qué entonces, con los ojos cerrados, te precipitas así, que cuando dijiste: "¿Qué tienen que ver ustedes con los reyes del siglo?" no añadiste, "a quienes a menudo la cristiandad ha sentido envidiosos"; sino que no dudaste en decir, "a quienes la cristiandad nunca ha sentido sino envidiosos"? ¿Acaso no pensaste tú mismo, ni pensaste que aquellos que leyeran tus escritos pensarían en tantos ejemplos de reyes que te reclaman, "No sabe lo que dice"?

205. ¿O acaso piensas que aquellos a quienes he mencionado, por ser de tiempos antiguos, no te contradicen en nada, porque no dijiste: "A quienes la justicia nunca sintió sino como envidiosos", sino que dijiste: "A quienes la cristiandad nunca sintió sino como envidiosos", queriendo tal vez que se entienda que envidiaban a los justos desde el momento en que comenzaron a ser llamados cristianos? ¿Qué sentido tienen entonces los ejemplos de tiempos antiguos, con los cuales quisiste enseñar imprudentemente lo que dijiste imprudentemente? ¿Acaso los Macabeos, o los tres jóvenes, o Daniel, no realizaron o sufrieron aquellas cosas antes de que Cristo naciera en la tierra? Luego, ¿por qué, como mencioné hace poco, suplicasteis a Juliano, verdadero envidioso de la cristiandad? ¿Por qué le pedisteis basílicas? ¿Por qué dijisteis que solo la justicia tenía lugar en él? Si un envidioso de la cristiandad escucha estas cosas, ¿qué son aquellos de quienes las escucha? Pero Constantino, de ninguna manera envidioso del nombre cristiano, sino glorioso por el nombre cristiano, recordando la esperanza que tenía en Cristo, juzgando con toda justicia por su unidad, mereció ser aceptado por vosotros sin que apelaseis a él. Ambos ya en tiempos cristianos, pero no ambos cristianos: si ambos eran envidiosos de la cristiandad, ¿por qué apelasteis a uno de ellos de esta manera y suplicasteis al otro de esa manera? Porque a petición de vuestros mayores, Constantino había dado juicio episcopal, tanto en Roma como en Arlés: el primero lo acusasteis ante él, del segundo apelasteis a él. Pero si, como es verdad, uno de ellos había creído en Cristo, el otro había apostatado de Cristo; ¿por qué se desprecia al cristiano que aconseja la unidad y se alaba al apóstata que favorece la división? Constantino ordenó que se os quitaran las basílicas, Juliano que se os devolvieran. ¿Queréis saber cuál de estas cosas conviene a la paz cristiana? Lo hizo quien había creído en Cristo, lo hizo quien había abandonado a Cristo. ¡Oh, cómo quisieras decir: "Fue un error suplicar así a Juliano, pero ¿qué nos importa eso?" Si lo dijeras, incluso en estas palabras tuyas la Iglesia Católica vencería, a cuyos santos, difundidos por todo el mundo, mucho menos les importa lo que decís, de quienes queráis, como queráis. Pero no puedes decir que fue un error suplicar así a Juliano: la autoridad doméstica te cierra la boca, te aprieta la lengua; Pontio lo hizo, Pontio suplicó, Pontio llamó justísimo al apóstata, Pontio proclamó que solo la justicia tenía lugar ante el apóstata. Con estas palabras, Juliano mismo expresó claramente que Pontio le había suplicado en su mismo rescripto, sin ambigüedad y por su nombre. Existen vuestras alegaciones: no es un rumor incierto, sino monumentos públicos los que lo atestiguan. ¿O acaso porque el apóstata concedió algo a vuestra petición contra la unidad de Cristo, crees que es verdad lo que se dijo, que solo la justicia tiene lugar ante él? Porque los emperadores cristianos, lo que consideran que vale para la unidad de Cristo, lo decretan contra vuestra voluntad, ¿se les llama envidiosos de la cristiandad? Así deliran todos los herejes, y recapaciten para que no sean herejes.

206. Y dirás, ¿dónde se cumplió lo que dice el Señor: "Vendrá el tiempo en que quien os mate pensará que rinde servicio a Dios" (Juan 16, 2)? Pues esto no pudo decirse de los paganos, que no perseguían a los cristianos por Dios, sino por los ídolos. ¿No veis que si esto se hubiera dicho de esos emperadores que se alegran del nombre cristiano, ciertamente habrían ordenado principalmente que fuerais asesinados? Lo cual nunca ordenaron en absoluto. Pero los vuestros, resistiendo a las leyes al modo de los enemigos, sufren las penas debidas; y sus muertes voluntarias, mientras piensan que nos resultan odiosas, no las consideran perniciosas para ellos mismos. Pero si creen que eso fue dicho por el Señor sobre los reyes que honran el nombre de Cristo, que busquen lo que sufrió la Iglesia Católica en Oriente cuando Valente, el arriano, gobernaba. He aquí que tendría donde entender que se cumplió lo que dijo el Señor: "Vendrá el tiempo en que quien os mate pensará que rinde servicio a Dios", para que los herejes no se atribuyan para su gloria lo que los emperadores católicos ordenaron contra su error. Sin embargo, recordamos que ese tiempo se cumplió

después de la ascensión del Señor; la Sagrada Escritura, testigo de este hecho, es conocida por todos. Los judíos pensaban que rendían servicio a Dios cuando mataban a los apóstoles. Entre aquellos que pensaban que rendían servicio a Dios, también estaba nuestro Saulo, que aún no era nuestro: tanto que enumera esto entre sus alabanzas pasadas y para olvidar, diciendo: "Hebreo de hebreos, según la ley fariseo, según el celo perseguidor de la Iglesia" (Filipenses 3, 5-6). He aquí quien pensaba que rendía servicio a Dios cuando hacía lo que pronto él mismo sufrió. Pues cuarenta judíos habían conspirado para matarlo, cuando hizo saber esto al tribuno, para que, rodeado de soldados armados, escapara de sus asechanzas (Hechos 23, 12-33). Pero aún no había quien le dijera: "¿Qué tienes tú que ver, no con los reyes, sino con los tribunos y las armas reales?" No había quien le dijera: "¿Te atreves a buscar protección a través de los soldados, cuando tu Señor fue llevado por ellos a la pasión?" Aún no existían estos delirios, pero ya entonces se preparaban ejemplos contra estas cosas futuras.

207. Incluso te atreviste a proponer de manera aterradora y a decir: "Pero para no hablar de otras cosas, observad en vuestros ejemplos cuántos emperadores y jueces vuestros han perecido haciéndonos persecución". Cuando leí esto en tu carta, esperaba con gran atención qué ibas a decir y a quiénes ibas a enumerar: cuando he aquí que, como dejándolo, comenzaste a mencionar a Nerón, Domiciano, Trajano, Geta, Decio, Valeriano, Diocleciano, Maximiano. Confieso que son muchos: pero tú te has olvidado completamente contra quiénes hablas. ¿No fueron todos estos paganos, y persiguieron universalmente el nombre cristiano por sus ídolos? Despierta, pues: porque estos no fueron de nuestra comunión; perseguían toda la unidad misma, de donde nosotros, como vosotros pensáis, o de donde vosotros, como Cristo enseña, existís. Pero habías propuesto mostrar que nuestros emperadores y jueces perecieron haciéndoos persecución. ¿O acaso tampoco exiges que contemos a estos, porque los mencionaste dejándolos, diciendo: "Para dejar a Nerón", y bajo esa dejación corriste por los demás? ¿Qué necesidad había entonces de mencionarlos si no pertenecen al asunto? Pero ¿qué me importa? Ya te dejó a estos contigo: ahora al menos que salgan aquellos que prometiste que eran muchos. A menos que tal vez no se encuentren porque dijiste que perecieron.

208. Pues sigues adelante y nombras a los obispos, a quienes soléis acusar de la traición de los códices. Sobre los cuales también solemos responder: O no lo probáis, y no pertenece a nadie; o lo probáis, y no nos pertenece. Pues llevaron su carga, buena o mala: y creemos que buena; pero sea cual sea, sin embargo, suya: como vuestros malos, ni ellos la vuestra, ni vosotros la de ellos; pero la carga común y pésima de todos vosotros es el cisma. Esto ya lo hemos dicho muchas veces. Presenta, pues, no los nombres de los obispos, sino de nuestros emperadores y jueces, que perecieron persiguiéndoos. Pues esto habías propuesto, esto habías prometido, para esto nos habías hecho estar muy atentos. "Escucha", dice, "pereció Macario, pereció Ursacio, y todos vuestros condes perecieron igualmente por la venganza de Dios". Nombraste solo a dos, de los cuales ninguno fue emperador. ¿A quién le agrada esto, te lo pregunto? ¿No te desagradas a ti mismo? Prometes que vas a mencionar a muchos emperadores y jueces nuestros que perecieron persiguiéndoos, y, llamando a los emperadores, nombras a dos, ya sean jueces o condes. Pues lo que añades, "Y todos vuestros condes perecieron igualmente por la venganza de Dios", no pertenece al asunto. De este modo ya hace tiempo podrías haber terminado este lugar, sin nombrar a nadie en absoluto. ¿Por qué, entonces, no mencionaste a nuestros emperadores, es decir, de nuestra comunión? ¿O temiste ser acusado de traición? ¿Dónde está la fortaleza circunceliónica? Luego, ¿qué haces con aquellos que nombraste antes, que más correctamente pueden decirte: "¿Por qué nos buscabas?" Pues no ayudaron en nada a tu causa: y sin embargo, fueron nombrados. Luego,

¿qué clase de persona eres, que temes nombrar a aquellos que mencionas que perecieron? Al menos podrías haber nombrado a más jueces o condes, que parece que no temiste. Pero te quedaste con Macario y Ursacio. ¿Es que esos muchos son estos dos? ¿O es que lo que aprendimos de niños, lo entiendes? Pues si me preguntas, ¿qué número es dos, singular o plural? ¿Qué responderé, sino plural? Pero aún no falta lo que decir. Excluyo a Macario: pues no dijiste cómo pereció. ¿O acaso quienquiera que os persiga, si no es inmortal en esta tierra, cuando muera, se considerará que murió por vosotros? ¿Qué, si Constantino no hubiera vivido en un imperio tan largo y con tanta felicidad, quien primero decretó muchas cosas contra vuestro error; y qué, si Juliano no hubiera sido arrebatado tan pronto de la vida, quien os dio las basílicas? ¿Cuándo terminaríais de hablar de estas cosas, si incluso ahora no queréis callar? Sin embargo, no decimos que Juliano murió pronto porque os dio las basílicas. Pues podríamos ser igualmente prolijos en estas cosas, pero no queremos ser igualmente vanos. Por tanto, como comencé a decir, de esos dos separo a Macario. Pues cuando propusiste dos, a él y a Ursacio; repetiste el nombre de Ursacio, para mostrarnos qué muerte mereció, y dijiste: "Ursacio, derribado en una batalla bárbara, fue desgarrado por las crueles garras de las aves y los dientes ávidos de los perros". De donde se hace evidente que, aunque soléis hacer mayor envidia de Macario, hasta el punto de llamarnos macarianos, no ursacianos; mucho más habrías hablado de él si pudieras decir algo así sobre su muerte. De estos dos, donde pusiste el número plural, separado Macario, queda Ursacio, nombre propio del número singular. ¿Dónde está, pues, la promesa tan amenazante y tremenda de esos muchos?

209. Ya lo ridículo que es, quienes saben hablar de alguna manera, creo que lo entienden, que cuando dijiste: "Pereció Macario, pereció Ursacio, y todos vuestros condes perecieron igualmente por la venganza de Dios", como si exigieran que lo probaras, porque realmente nada más exigiría un oyente o lector, inmediatamente conectaste un gran documento, con el cual probaras que todos nuestros condes perecieron igualmente por la venganza de Dios. "Ursacio, derribado en una batalla bárbara", dices, "fue desgarrado por las crueles garras de las aves y los dientes ávidos de los perros". De este modo, otro igualmente ignorante de lo que habla podría decir que todos vuestros obispos perecieron en la cárcel por la venganza de Dios: y cuando se le exigiera que probara esto, añadir inmediatamente: "Optato, acusado por el séquito de Gildón, fue extinguido por tal género de muerte". Nos vemos obligados a escuchar, discutir y refutar estas tonterías: tanto tememos por los débiles, no sea que con una comprensión más lenta corran rápidamente a vuestras trampas. Pero si Ursacio, si vivió bien, y realmente murió así, lo consolará la promesa de Dios que dice: "Reclamaré la sangre de vuestras almas de manos de todas las bestias" (Génesis 9, 5).

210. Pero lo que nos calumniáis, diciendo que incitamos a los reyes del siglo contra vosotros a la ira, mientras no les enseñamos la Escritura divina, sino que más bien les sugerimos nuestra milicia: no creo que seáis tan sordos contra las mismas palabras de los santos códigos, que no temáis más bien que las conozcan. Pero queráis o no, entran en la Iglesia, y si nosotros callamos, prestan oído a los lectores: y, para no hablar de otras cosas, este mismo salmo que tú mencionaste, lo escuchan con gran atención. Pues dijiste que no les enseñamos, ni les permitimos conocer lo que está escrito: "Y ahora, reyes, entended; instruíos, los que juzgáis la tierra: servid al Señor con temor, y alegraos con temblor: tomad la disciplina, no sea que se enoje el Señor", etc. Creed que también esto se canta, y ellos lo escuchan: pero ciertamente escuchan también lo que está más arriba en el mismo salmo, que tú, si no me equivoco, no quisiste pasar por alto, no sea que se entendiera que temías. Escuchan, pues, también aquello: "El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy: pídemme, y te daré las naciones por herencia tuya y los confines de la tierra por posesión tuya" (Salmo 2). Al escuchar esto,

ciertamente se maravillan de que haya algunos que contradicen esta herencia de Cristo, y tratan de reducirla a una pequeña parte de la tierra: y maravillándose tal vez se preguntan, por lo que escuchan a continuación, "Servid al Señor con temor"; en qué pueden servir al Señor, en cuanto son reyes. Pues todos los hombres deben servir a Dios: de una manera por la condición común, en cuanto son hombres; de otra manera por diversos dones, porque uno hace una cosa en los asuntos humanos, otro hace otra. Pues no podría nadie ordenar que se quiten los ídolos de la tierra, lo cual fue predicho mucho antes que sucedería (Isaías 2, 18, y Zacarías 13, 2), siendo un particular. Tienen, pues, los reyes, además de la sociedad del género humano, por el mismo hecho de ser reyes, de dónde servir al Señor, de una manera que no pueden quienes no son reyes.

211. Por tanto, cuando piensan en estas cosas, escuchan también aquello que tú mismo mencionaste sobre los tres jóvenes, y lo escuchan con una solemnidad admirable. Pues entonces la misma Escritura se canta principalmente en la Iglesia, cuando la misma festividad hace más fervorosos incluso a aquellos que el resto del año son más perezosos. ¿Qué pensáis, pues, que sienten los emperadores cristianos cuando escuchan que los tres jóvenes fueron arrojados al horno de fuego ardiente porque no quisieron consentir al rey en la iniquidad de adorar la estatua; sino que piensan que la piadosa libertad de los santos no puede ser superada ni por el poder real ni por la inmensidad del castigo? Y se alegran de no ser del número de tales reyes, que castigaban como sacrílegos a los despreciadores de los ídolos. Pero cuando escuchan a continuación que el mismo rey, no solo aterrorizado por el milagro de los jóvenes, sino también por el de las llamas que servían a Dios, comenzó también él a servir a Dios con temor, y a alegrarse con temblor, y a tomar la disciplina; ¿no entienden que estas cosas están escritas y se recitan con tanta celebridad, para que se propongan ejemplos tanto a los siervos de Dios para que no cedan a los reyes en el sacrilegio, como a los mismos reyes para que crean en Dios? Por tanto, queriendo también estos, por la misma admonición del salmo que tú insertaste en tus escritos, entender, y ser instruidos, y servir al Señor con temor, y alegrarse con temblor, y tomar la disciplina, escuchan atentamente lo que dijo después aquel rey. Pues dijo que pondría un decreto a todos los pueblos a los que gobernaba, para que cualquiera que dijera blasfemia contra el Dios de Sidrac, Misac y Abdenago, pereciera, y sus casas fueran dispersadas. Y si saben que decretó esto para que no se blasfemara al Dios que gobierna las llamas y libera a los tres jóvenes; ciertamente piensan qué deben decretar en su reino, para que no se exsufle al mismo Dios, remitido de pecados y liberador ya de todo el orbe de la tierra.

212. Mira, pues, cuando los reyes cristianos decretan algo contra vosotros por la unidad católica, no sea que en vuestros labios los acuséis de ignorantes de las Escrituras divinas, pero en vuestro corazón os lamentéis de que estén suficientemente instruidos. Pues ¿quién soporta vuestra sacrílega y odiosa falacia, acusar a los reyes en el mismo Daniel porque fue arrojado al foso de los leones; y no alabar a los reyes porque fue honrado sublimemente; cuando incluso cuando fue arrojado, el mismo rey creía más que sería salvado que muerto, y por él, preocupado, no cenó? Luego os atrevéis a decir a los cristianos: "¿Qué tenéis que ver con los reyes del siglo?" porque Daniel sufrió persecución del rey; y no considerar a Daniel mismo interpretando fielmente los sueños a los reyes, llamando señor al rey, recibiendo dones y honores. Asimismo, en los mismos tres jóvenes, que al negarse a adorar la estatua fueron arrojados a las llamas, excitar las llamas de la envidia contra los reyes; pero lo que fueron así alabados y honrados por el rey, callar y ocultar. He aquí que el rey fue perseguidor cuando arrojó a Daniel a los leones: ¿qué cuando, al recibirlo salvo, gozoso y agradecido, envió a sus enemigos a ser desgarrados y consumidos por los mismos leones (Daniel 2-6), fue perseguidor o no lo fue? Quiero que respondas. Pues si lo fue, ¿por qué no le resistió el

mismo Daniel, cuando especialmente con tanta familiaridad fácilmente podría haberlo hecho: y nos decís que apartemos a los reyes de la persecución de los hombres? Pero si no fue perseguidor porque vengó justamente el crimen cometido contra el santo varón; ¿cómo deben vengarse los reyes de que se exsufren los sacramentos de Cristo, si los miembros del Profeta, porque fueron puestos en peligro, merecieron ser vengados así? Asimismo, concedo y es manifiesto que el rey fue perseguidor cuando arrojó a los tres jóvenes al fuego porque no quisieron adorar la estatua: pero pregunto si fue perseguidor cuando propuso aquel decreto para que perecieran y sus casas fueran devastadas quienes blasfemaran al único Dios verdadero. Pues si fue perseguidor, ¿por qué respondéis "Amén" a las palabras del perseguidor? Pero si no lo fue, ¿por qué llamáis perseguidores a quienes os disuaden del furor de la blasfemia? Pues si os obligan a suplicar al ídolo, son semejantes al rey impío, vosotros a los tres jóvenes: pero si os prohíben oponeros a Cristo, sois impíos si lo hacéis. ¿Qué son, pues, aquellos si lo prohíben terriblemente, yo no lo digo: tú encuentra otra cosa que decir, si no quieres llamarlos piadosos emperadores.

213. Si yo hubiera mencionado estos ejemplos de Daniel y los tres jóvenes, tal vez te resistirías, y clamarías que no debían tomarse de aquellos tiempos para estos nuestros tiempos: gracias a Dios que tú mismo los pusiste, para lo que querías, pero ves que valieron más para lo que no querías. ¿No es esta vuestra falacia; sino un error humano? Ojalá así sea. Corrígelo, pues; no temas, no serás menor por ello: más bien es de mayor ingenio extinguir las llamas de la animosidad confesando, que evitar las nubes de la falsedad entendiendo.

CAPÍTULO XCIII.---214. PETILIO dijo: "¿Dónde está la ley de Dios, dónde está vuestra cristiandad, si cometéis y ordenáis asesinatos y muertes?"

215. AGUSTÍN respondió: Para esto, mira lo que dicen los coherederos de Cristo en todo el mundo. No hacemos ni ordenamos asesinatos y muertes: y ustedes, que cometen estas cosas en las mentes de los hombres contra la vida eterna, son mucho más crueles con quienes las hacen. CAPÍTULO XCIV.---216. PETILIO dijo: Si quieren que seamos amigos, ¿por qué nos atraen a la fuerza? Y si nos consideran enemigos, ¿por qué matan a sus enemigos?

217. AGUSTÍN respondió: No atraemos a la fuerza ni matamos a los enemigos: pero todo lo que hacemos con ustedes, aunque lo hagamos contra su voluntad, lo hacemos por caridad, para que quieran corregirse, y corregidos, vivan. Pues nadie vive contra su voluntad: y sin embargo, el niño, para aprender voluntariamente, es azotado contra su voluntad, y esto a menudo por alguien que lo ama mucho. Y esto es lo que los reyes les dirían, si los golpearan; porque para esto su poder ha sido ordenado divinamente: pero como ni siquiera ellos los golpean, ustedes claman.

CAPÍTULO XCV.---218. PETILIO dijo: ¿Cuál es la razón o la inconstancia de la vanidad, que aunque nos llamen herejes con un falso nombre, desean mucho nuestra comunión?

219. AGUSTÍN respondió: Si deseáramos mucho la comunión de los herejes, no querríamos que se corrigieran de su error herético: pero como hacemos esto con ustedes, para que no sean herejes, ¿cómo deseamos mucho la comunión de los herejes? La disensión y la división los hacen herejes: la paz y la unidad hacen católicos. Por lo tanto, cuando vienen de allí a aquí, dejan de ser lo que odiamos y comienzan a ser lo que amamos.

CAPÍTULO XCVI.---220. PETILIO dijo: Elijan finalmente una de dos cosas que decir. Si son inocentes, ¿por qué nos persiguen con la espada? O si nos dicen culpables, ¿por qué nos buscan siendo inocentes?

221. AGUSTÍN respondió: ¡Oh, qué aguda complejidad, o más bien qué locuacidad más inepta! ¿No se suele proponer que se elija una de dos cosas para responder, cuando no se pueden elegir ambas? Pues si me propusieras elegir una de dos cosas que decir, si somos inocentes o culpables, o de otras dos cosas o de estas, no podría elegir más que una para decir: pero ahora propones estas dos, si somos inocentes o si ustedes son culpables, y quieres que elija una de estas dos para responder. Pero no quiero decir solo una; porque digo ambas, que nosotros somos inocentes y ustedes culpables. Decimos que somos inocentes de las falsas y calumniosas acusaciones de ustedes, quienes en la Iglesia Católica podemos decir con conciencia limpia que no hemos entregado los santos códigos, ni consentido en las súplicas a los ídolos, ni matado a nadie; o si suelen objetar alguna otra maldad: ni aquellos que tal vez, lo cual ni siquiera han probado de ellos, hicieron estas cosas, cerraron el reino de los cielos contra nosotros, sino contra sí mismos: porque cada uno llevará su propia carga (Gálatas VI, 5). Aquí tienes una. Y todos ustedes son culpables y malvados, no por los crímenes de otros que algunos cometen entre ustedes y otros reprueban, sino por el crimen del cisma, de ese sacrilegio inmenso del cual ninguno de ustedes puede decirse inmune, mientras no comuniquen con la unidad de todas las naciones, a menos que se vean obligados a decir que Cristo mintió sobre la Iglesia que se difunde por todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Lucas XXIV, 47). Aquí tienes la otra. Aquí te he dado dos, de los cuales querías que dijéramos uno. Sin duda debiste haber atendido a que podíamos decir ambos; y al menos, si eso querías, pedirnos que dijéramos uno, al ver que podíamos decir ambos.

222. Pero si son inocentes, dices, ¿por qué nos persiguen con la espada? Miren un poco a sus propias turbas, que no están armadas solo con bastones al modo antiguo de sus padres, sino que han añadido hachas, lanzas y espadas: y reconozcan de quién debería ser más bien la voz, ¿Por qué nos persiguen con la espada? O si nos dicen culpables, dices, ¿por qué nos buscan siendo inocentes? Aquí respondo brevemente: Por eso los buscan culpables los inocentes, para que dejen de ser culpables y comiencen a ser inocentes. Aquí he elegido ambas cosas nuestras, y he respondido a ambas tuyas: ahora elijan una de dos: ¿Son inocentes o culpables? No pueden decir ambas cosas: pero díganlas ambas, si eso les place. Pues ciertamente no pueden ser inocentes en la misma causa en la que son culpables. Si son inocentes, no se sorprendan de que los hermanos los busquen para la paz: si son culpables, no se sorprendan de que los reyes los busquen para el castigo. Pero como se apropian de una de estas dos cosas, y oyen la otra de nosotros: se apropian de la inocencia, pero oyen de nosotros que viven impiamente: escuchen de nuevo lo que digo de ambas cosas. Si son inocentes, ¿por qué contradicen el testimonio de Cristo? Si son culpables, ¿por qué no recurren a su misericordia? Pues su testimonio es sobre la unidad del mundo, y su misericordia está en la caridad fraterna.

CAPÍTULO XCVII.---223. PETILIO dijo: Finalmente, como ya hemos dicho muchas veces, ¿cuál es su presunción, para confiar en los reyes, cuando David dice: «Es mejor confiar en el Señor que confiar en el hombre: es mejor confiar en el Señor que confiar en los príncipes» (Salmo CXVII, 8, 9)?

224. AGUSTÍN respondió: No confiamos en el hombre; sino que, en la medida de lo posible, advertimos a los hombres que confíen en el Señor: ni confiamos en los príncipes; sino que, en la medida de lo posible, advertimos a los príncipes que confíen en el Señor, y si pedimos algo a los príncipes por la utilidad de la Iglesia, no confiamos en ellos. Pues tampoco el Apóstol

confió en aquel tribuno como en un príncipe, a quien pidió que le dieran escoltas armadas; ni en los mismos armados como en hombres, cuya multitud lo protegió de las emboscadas de los malvados (Hechos XXIII, 12-33). Pero tampoco los acusamos a ustedes, por haber pedido al Emperador que les devolviera las basílicas, como si hubieran confiado en el príncipe Juliano: sino que los acusamos de haber desesperado del testimonio de Cristo, de cuya unidad separaron esas basílicas. Pues las recibieron por orden del enemigo de Cristo, en las que despreciaron los mandatos de Cristo, mientras les parecía válido y verdadero lo que Juliano decretó, diciendo: «Esto también se añade a la suma, a petición de Rogatiano, Poncio, Casiano y otros obispos, así como de los clérigos, que se anulen las cosas que se hicieron contra ellos sin rescripto, y que todo se restablezca en su estado antiguo»: pero inválido y falso lo que Cristo decretó, diciendo: «Serán mis testigos en Jerusalén, y en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (Hechos I, 8). Les suplicamos, corrijanse: regresen a esta unidad evidentísima de todo el mundo, para que no las palabras del apóstata Juliano, sino las palabras del Salvador Cristo, restablezcan todo en su estado antiguo. Compadézcanse de sus almas. Ya no comparamos a Constantino y Juliano, para demostrar cuán desiguales son. No decimos, Si ustedes no confiaron en el hombre y en el príncipe, cuando dijeron al emperador pagano y apóstata que «solo la justicia tendría lugar ante él», con cuyas súplicas y rescripto, como está escrito allí, como lo atestiguan los registros de la alegación, la parte de Donato se benefició universalmente: mucho menos debemos ser acusados por ustedes, como si confiáramos en el hombre y en el príncipe, si algo pedimos a Constantino o a otros emperadores cristianos, sin ninguna adulación sacrílega; o si algo ellos mismos, sin que se lo pidiéramos, recordando la razón que deben dar al Señor, bajo cuyas palabras tiemblan cuando oyen lo que tú mismo recordaste, «Y ahora, reyes, entiendan», etc., y muchas otras cosas, establecen espontáneamente por la unidad de la Iglesia católica. Pero callo sobre Constantino: les oponemos a Cristo y a Juliano; digo poco, a Dios y al hombre, al Hijo de Dios y al hijo del infierno, al Salvador de nuestras almas y al destructor de su propia alma. ¿Por qué en la posesión de las basílicas mantienen el rescripto de Juliano, y en la paz de la Iglesia no mantienen el Evangelio de Cristo? Clamamos también nosotros, «Que todo lo que se hizo mal, se restablezca en su estado antiguo». El Evangelio de Cristo es más antiguo que el rescripto de Juliano: la unidad de Cristo es más antigua que la parte de Donato: las oraciones de la Iglesia al Señor por la unidad de Cristo son más antiguas que las de Rogatiano, Poncio y Casiano a Juliano por la parte de Donato. ¿Acaso se actúa mal cuando los reyes prohíben la división; y no se actúa mal cuando los obispos dividen la unidad? ¿Se actúa mal cuando los reyes sirven al testimonio de Cristo para defender la Iglesia; y no se actúa mal cuando los obispos contradicen el testimonio de Cristo para negar la Iglesia? Les suplicamos, pues, que no se actúe contra el Evangelio, sino según el Evangelio, incluso las palabras del mismo Juliano, a quien así suplicaron, sean escuchadas, y que todo lo que se hizo mal, se restablezca en su estado antiguo.

CAPÍTULO XCVIII.---225. PETILIO dijo: Ustedes, ustedes, miserables, los llamo, que aterrorizados por el miedo a las persecuciones, mientras buscan sus riquezas, no sus almas, no aman tanto la fe traicionera de los traidores, como contra la malicia de aquellos cuyos patrocinios han adquirido: no de otra manera que los náufragos en las olas se sumergen en las olas que van a caer, y en gran peligro de vida buscan lo que temen: como el furor tiránico que no teme a nadie, quiere ser temido con su propio peligro: así, así huyen a la cima de la malicia, dispuestos a ver los daños o castigos de los inocentes sin temor. Si esto es evitar el peligro, huir bajo la ruina; también es una fe condenable, guardar fe al ladrón. Finalmente, es un comercio de lucro insensato, perder sus almas para no perder sus riquezas. Pues el Señor Cristo dice: «Si ganas todo el mundo, y pierdes tu alma, ¿qué darás a cambio de tu alma?» (Mateo XVI, 26).

226. AGUSTÍN respondió: Esta exhortación sería útil, lo admito, si alguien la usara en una buena causa. Has disuadido bien a los hombres de anteponer las riquezas a su alma. Pero ustedes que han escuchado esto, escúchenos también un poco: pues esto también decimos nosotros, pero presten atención a cómo. Si los reyes les amenazan con quitarles las riquezas, porque no son judíos según la carne, o porque no adoran ídolos o demonios, o porque no se transfieren a ninguna herejía, sino que permanecen en la unidad católica; elijan más bien perder sus riquezas, para no perderse ustedes mismos: pero no prefieran nada más, ni siquiera la vida temporal, a la salvación eterna que está en Cristo. Pero si los reyes les amenazan con daños o condenación porque son herejes; ellos los asustan, no cruelmente, sino misericordiosamente: pero ustedes no temen, no valientemente, sino obstinadamente. Escuchen, pues, a Pedro diciendo, «¿Qué gloria hay si sufren castigos por pecar?» (1 Pedro II, 20), para que no tengan consuelo terrenal aquí, ni vida eterna en el mundo futuro; sino tanto aquí las angustias de los infelices, como allí las llamas de los herejes. Por lo tanto, ves tú, hermano, con quien ahora tengo que tratar, que primero debes mostrar si sostienes la verdad, y luego exhortar a los hombres a que estén dispuestos a dejar todo lo que poseen temporalmente por mantenerla: como no lo muestras; porque no puedes; no porque te falte ingenio, sino porque la causa es mala; ¿por qué te apresuras con tus exhortaciones a hacer a los hombres tanto mendigos como ignorantes, tanto necesitados como errantes, tanto harapientos como contenciosos, tanto hambrientos como herejes, y en este mundo perdiendo bienes temporales y en el juicio de Cristo encontrando males eternos? Pero el hijo prudente, que temiendo el castigo del padre se aleja del lecho de la serpiente, ni es azotado ni perece. Pero quien desprecia los dolores de la disciplina por su perniciosa voluntad, es azotado y perece. ¿No entiendes ya, hombre elocuente, que quien por la paz de Cristo ha renunciado a todos los bienes terrenales, tiene a Dios: pero quien por la parte de Donato ha perdido incluso unas pocas monedas, no tiene corazón?

CAPÍTULO XCIX.---227. PETILIO dijo: Nosotros, pobres de espíritu (Mateo V, 3), no tememos las riquezas, sino que las tememos. Nosotros, no teniendo nada, y poseyéndolo todo (2 Corintios VI, 10), creemos que el alma es nuestro tesoro, y con nuestros sufrimientos y sangre compramos las riquezas eternas del cielo. Así dice el mismo Señor, «Quien pierda su sustancia, la recibirá cien veces más».

228. AGUSTÍN respondió: Y esto tiene que ver con recordar cómo está escrito. Pues donde nada impide mi intención, si algo de las Escrituras lo tergiversas o te equivocas, no me importa. No está escrito así, «Quien pierda su sustancia»; sino, «Quien pierda su alma por mí» (Mateo XVI, 25). Sobre la sustancia no está escrito, «Quien pierda»; sino, «Quien deje» (Mateo XIX, 29): ni solo la sustancia del dinero, sino muchas otras cosas. Pero tú, mientras tanto, no has perdido tu sustancia: si la has dejado, de lo cual te glorías tanto de tu pobreza, no lo sé: si acaso mi colega Fortunato lo sabe, porque están en la misma ciudad, nunca me lo ha dicho, porque nunca lo he preguntado. Sin embargo, aunque lo hayas hecho, tú mismo en esta misma carta tuya has recordado el testimonio apostólico: «Si distribuyera todos mis bienes a los pobres, y entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve» (1 Corintios XIII, 3). Pues si tuvieran caridad, no acusarían al mundo ignorante y desconocido para ustedes, ni siquiera probados los crímenes de los africanos. Si tuvieran caridad, no inventarían en sus calumnias, sino que reconocerían la unidad manifestada clarísimamente en las palabras del Señor, «hasta los confines de la tierra» (Hechos I, 8). Pero si no lo has hecho, ¿por qué te glorías como si lo hubieras hecho? ¿Acaso temen tanto las riquezas, que no teniendo nada lo poseen todo? Dile esto a tu colega Crispino, quien recientemente compró una finca cerca de nuestra Hipona, donde sumerge a los hombres en el abismo. De esto sé demasiado bien: tú tal vez no lo sepas, y por eso clamás seguro,

«Tememos las riquezas». Por eso me sorprende que esta voz tuya, para llegar a nosotros, lo haya pasado por alto. Pues entre Constantina, donde estás tú, e Hipona, donde estoy yo, está Calama, donde él está, más cerca de nosotros, pero interpuesta. Me sorprende, pues, cómo no fue él quien primero interceptó esta voz, y la devolvió para que no llegara a nosotros, y en cambio recitó con mucha más abundancia las alabanzas de las riquezas. Pues no solo no teme las riquezas, sino que las ama. Y ciertamente, de ahora en adelante, antes de publicar, recítale tales cosas: si no las corrige, respondemos. Pero tú, si es verdad que eres pobre, allí tienes a mi hermano Fortunato: podrás agradar más fácilmente a ese colega mío que a este tuyo.

CAPÍTULO C.---229. PETILIO dijo: Nosotros, por el temor de Dios en el que vivimos, no tememos los castigos y muertes que hacen con la espada: sino que solo huimos de eso, que con la comunión más malvada degüellan las almas, diciendo el mismo Señor, «No teman a los que matan el cuerpo, pues no pueden matar el alma; pero teman más bien a aquel que tiene poder para arrojar el cuerpo y el alma al infierno de fuego» (Mateo X, 28).

230. AGUSTÍN respondió: Lo que dices, ustedes lo hacen, no con una espada visible, sino con aquella de la que se dijo, «Los dientes de los hijos de los hombres son armas y flechas, y su lengua es una espada afilada» (Salmo LVI, 5). Pues con esta espada acusadora y calumniadora del mundo desconocido, asesinan las almas de los ignorantes. Pero si acusas la comunión más malvada, aquí tienes, con tu propia boca, no la mía, subes, bajas, entras, te mueves, te retuerces, eres tal como Optato. Pero si regresas al corazón, y encuentras que no eres tal, no porque los Sacramentos no hayan comunicado contigo, sino porque te ha desagradado; absolverás al mundo de las acusaciones ajenas, y encontrarás que están implicados en el crimen del cisma.

CAPÍTULO CI.---231. PETILIO dijo: Ustedes, pues, que quieren ser lavados con un bautismo falsísimo más que nacer, no solo no dejan sus delitos, sino que cargan sus almas con los crímenes de los culpables. Pues así como el agua de los culpables está vacía del Espíritu Santo, así está llena de los crímenes de los Traditores. Por lo tanto, cualquiera que sea bautizado por estos miserables, si quieres evitar la mentira, serás sumergido en falsedad. Si querías excluir los delitos de la carne, con la conciencia de los culpables que se añade, recibirás también la culpa. Si querías extinguir la llama de la avaricia, serás sumergido en fraude, serás sumergido en crimen, serás sumergido en furia. Finalmente, si crees que la fe es del que recibe y del que da, serás sumergido en la sangre del hermano por quien mata al hombre. Así sucede, que quien vino inocente al Bautismo, regresa del Bautismo parricida.

232. AGUSTÍN respondió: Me gustaría conversar con aquellos que aclamaron al leer o escuchar estas palabras. Pues tales personas no tienen oídos en el corazón, sino corazón en los oídos. Sin embargo, que lean una y otra vez, y piensen, y sientan, no lo que suenan, sino lo que significan. Primero, para descartar esto último: «Así sucede», dices, «que quien vino inocente al Bautismo, regresa del Bautismo parricida»: responde primero, ¿quién viene inocente al Bautismo, excepto aquel que no vino a ser bautizado para que se le lavara la iniquidad, sino para que se nos diera autoridad de humildad? Pues, ¿qué se perdonará al inocente? ¿O acaso eres tan elocuente que nos muestras una cierta inocencia pecadora? ¿No escuchas a la Escritura diciendo, «Nadie es puro de pecado ante ti, ni siquiera el niño cuya vida es de un día sobre la tierra» (Job XIV, según la LXX)? Pues, ¿de dónde se corre con los infantes a la remisión de los pecados? ¿No escuchas otra: «Yo fui concebido en iniquidad» (Salmo L, 7)? Luego, si por eso regresa parricida quien vino sin parricidio, porque lo bautiza un parricida; todos los que fueron bautizados por Optato regresaron hechos Optato. Vayan ahora, y nos acusen de incitar la ira de los reyes contra ustedes. ¿No temen que se les investigue a ustedes tantos secuaces de Gildón como personas pudo bautizar Optato? ¿Ves

finalmente cómo esta tu sentencia, como una vejiga, no solo ha sonado vacía, sino que también ha estallado en tu propia cabeza?

233. Ya los demás puntos anteriores, que ahora hemos propuesto refutar, son tales que se dice que cada bautizado regresa siendo tal como fue quien lo bautizó. Pero lejos esté que, así como dices estas cosas delirantes, regresen de ti delirantes aquellos a quienes bautizas. ¡Y qué bien te sonó lo que dijiste: "Te mojas con fraude, te mojas con crimen, te mojas con furia"! Pero si no estuvieras lleno de furia, no derramarías estas palabras. Así que, por no mencionar otras cosas, cualquiera que no sea avaro y venga a tus colegas avaros o a tus presbíteros para ser bautizado, ¿regresa avaro? Y cualquiera que sea sobrio y corra a esos abismos de vino para ser bautizado, ¿regresa ebrio? Sintiendo y sugiriendo estas cosas, os atrevéis incluso a recordar contra nosotros lo que poco antes mencionaste: "Es mejor confiar en el Señor que confiar en el hombre; es mejor confiar en el Señor que confiar en los príncipes" (Salmo 117, 8-9). ¿Qué otra cosa enseñáis, os pregunto, sino confiar no en el Señor, sino en el hombre, cuando decís que el bautizado se convierte en tal como fue el bautizador? Y porque asumís para vosotros este principado de bautizar, que los hombres os crean; y aquellos que iban a confiar en el Señor, confíen en los príncipes. Más bien, no os escuchan a vosotros, sino más bien esos testimonios que pusiste contra nosotros; y algo aún más terrible: porque no solo "Es mejor confiar en el Señor que confiar en el hombre", sino también "Maldito el hombre que confía en el hombre" (Jeremías 17, 5).

CAPÍTULO CII.---234. PETIL. dijo: Imitad al menos a los Profetas, que temieron que sus almas sagradas fueran engañadas por un falso bautismo. Pues Jeremías dijo primero que entre los impíos el agua es mentirosa. "El agua," dice, "mentirosa, no tiene fe."

235. AUG. respondió: Quien ignora las Escrituras y escucha esto, no te cree ni tan errante como para no saber lo que dices, ni tan engañoso como para que quien es engañado por ti no sepa lo que dice, piensa que el profeta Jeremías, cuando quería ser bautizado, se cuidó de no ser bautizado por hombres impíos, y así dijo estas cosas. ¿A qué se refiere, entonces, lo que dijiste antes de poner este testimonio: "Imitad al menos a los Profetas, que temieron que sus almas sagradas fueran engañadas por un falso bautismo"? Como si en tiempos de Jeremías alguien se lavara con el sacramento del Bautismo, excepto que los fariseos se lavaban casi en todo momento con aquellos lavados que el Señor reprendió, y los lechos y las copas y los platos, como se lee en el Evangelio (Mateo 23, 25). ¿Cómo pudo entonces Jeremías, deseando el bautismo y evitando ser bautizado por impíos, haber dicho estas cosas? Dijo esto cuando se preguntaba sobre el pueblo infiel, cuyos pésimos hábitos lo afligían, no mezclándose con sus hechos: quien, sin embargo, no se separó corporalmente de ese pueblo, ni buscó otros sacramentos que aquellos que el pueblo, según el orden de la Ley, tomaba apropiados para ese tiempo. A este pueblo que vivía mal lo llamó plaga, con la que el corazón del justo era gravemente herido, ya sea que lo dijera de sí mismo, o figurara en sí mismo lo que veía que sucedería. Así dijo: "Señor, acuérdate de mí, y visítame, y hazme inocente de los que me persiguen no con paciencia: sabe cómo he recibido de ti el reproche de aquellos que desprecian tus palabras. Consúmelos: y tu palabra será para mí en alegría y gozo de mi corazón, porque tu nombre ha sido invocado en mí, Señor omnipotente. No me senté en el consejo de los que alaban, sino que temía ante tu mano: me senté solo, porque estaba lleno de amargura. ¿Por qué prevalecen sobre mí los que me entristecen? Mi plaga es fuerte, ¿de dónde seré sanado? Se ha convertido para mí en agua mentirosa, que no tiene fe" (Jeremías 15, 15-18). En todo esto se ve lo que el Profeta quiso dar a entender, pero se ve por aquellos que no quieren pervertir lo que leen para su causa perversa. Jeremías dijo que su plaga se había convertido para él en agua mentirosa, que no tiene fe: pero quiso que se entendiera que

su plaga eran aquellos que lo entristecían viviendo mal. Por eso también dice el Apóstol: "Por fuera luchas, por dentro temores" (2 Corintios 7, 5); y de nuevo, "¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemó?" (2 Corintios 11, 29). Y porque desesperaba de que pudieran corregirse, por eso dijo, "¿De dónde seré sanado?" como si siempre fuera a tener dolor, mientras aquellos tales fueran, entre quienes se veía obligado a vivir. Que el pueblo se suele significar con el nombre de agua, se manifiesta en el Apocalipsis, donde conocemos que las muchas aguas son muchos pueblos, no por nuestra conjetura, sino por la interpretación allí aclarada (Apocalipsis 17, 15). No blasfemes, pues, el sacramento del Bautismo por un entendimiento torcido o más bien por error, aunque esté en un hombre perdidísimo: porque ni en Simón el mentiroso el agua era mentirosa el Bautismo que recibió (Hechos 8, 13), ni tantos de vuestros mentirosos dan agua mentirosa cuando bautizan en el nombre de la Trinidad. Porque no empiezan a ser mentirosos cuando, descubiertos y convictos, confiesan sus crímenes: sino que más bien eran mentirosos cuando, siendo adúlteros y criminales, fingían ser castos e inocentes.

CAPÍTULO CIII.---236. PETIL. dijo: También dijo David, "El aceite del pecador no ungirá mi cabeza." ¿A quién, pues, afirma como pecador? ¿A mí que sufro tus crímenes, o a ti que persigues al inocente?

237. AUG. respondió: Desde la persona del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad, difundida por todo el orbe de la tierra, por el Evangelio que se predica, como dice el Apóstol, "en toda criatura que está bajo el cielo" (Colosenses 1, 23): desde la persona del orbe de la tierra, de la cual el mismo David, cuyas palabras no entiendes, dice, "Afirmó el orbe de la tierra, que no será conmovido" (Salmo 92, 1); que tú sostienes que no ha sido conmovido por pecados ajenos, sino que ha perecido por completo: desde su persona, pues, respondo, Yo no persigo al inocente. David, sin embargo, dijo "el aceite del pecador": no dijo, del traidor; no, del incensador; no, del perseguidor; sino, del pecador. ¿Qué vas a hacer, entonces, según tu entendimiento? Mira primero si no eres tú mismo pecador. No quiero que me digas, No soy traidor, no soy incensador, no soy perseguidor. Ni yo tampoco, si al Señor le place, soy nada de esto; ni el orbe de la tierra que no será conmovido. Pero di, si te atreves, No soy pecador. Porque él dijo, el aceite del pecador. Pues cualquier cosa que se encuentre en ti de pecado leve, ¿cómo muestras que no pertenece a lo que se dijo, el aceite del pecador? Pregunto si oras con la oración dominical. Porque si no oras con esa oración, que el Señor enseñó a sus discípulos a orar, ¿de dónde aprendiste otra oración que excede los méritos de los Apóstoles por tus mayores méritos? Pero si oras así, como el maestro se dignó enseñar, ¿cómo dices, "Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores"? Porque no pedimos esto por aquellos pecados que nos fueron perdonados en el Bautismo. Por lo tanto, estas palabras de la oración o no te permiten ser suplicante de Dios, o te revelan como pecador. Que ahora te besen la cabeza aquellos que han sido bautizados por ti, cuyas cabezas perecieron por tu aceite. Pero tú mira qué eres, o qué piensas de ti mismo. ¿Acaso Optato, a quien los paganos, judíos, cristianos, nuestros, vuestros, por toda África, claman como ladrón, saqueador, traidor, opresor, separatista, y de aquel a quien uno de los vuestros llamó su Compañero Dios, no amigo, no cliente, sino secuaz, no fue al menos algún tipo de pecador? ¿Qué harán, entonces, aquellos a quienes ungió un criminal convicto de crimen capital? ¿No te besan también a ti la cabeza, de cuyas cabezas juzgas tan mal con este entendimiento? Al menos delátalos, y advérteles para que sean sanados. ¿O más bien es tu cabeza la que necesita ser sanada de tanto delirio? ¿Qué, entonces, dices que dijo David? ¿Por qué me preguntas? Pregúntale a él; en el verso anterior te responde: "Me corregirá," dice, "el justo con misericordia, y me reprenderá; pero el aceite del pecador no ungirá mi cabeza" (Salmo 140,

5). ¿Qué más claro? ¿Qué más evidente? Prefiero, dice, ser sanado por la corrección misericordiosa que ser engañado y pervertido por la adulación halagadora como si mi cabeza fuera ungida. Bajo otras palabras, es la misma sentencia en otras Escrituras: "Mejores son las heridas del amigo que los besos voluntarios del enemigo" (Proverbios 27, 6).

CAPÍTULO CIV.---238. PETIL. dijo: En cuanto al ungüento de la concordia, así lo alaba entre los hermanos: "He aquí cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en unidad. Es como el ungüento precioso sobre la cabeza, que desciende sobre la barba, la barba de Aarón, que desciende hasta el borde de sus vestiduras: como el rocío de Hermón, que desciende sobre los montes de Sion. Porque allí mandó el Señor la bendición, y vida eterna" (Salmo 132). Así, dice, se unge la unidad, como fueron ungidos los sacerdotes.

239. AUG. respondió: Dices la verdad. Pues aquel sacerdocio en figura del cuerpo de Cristo tenía unción, que se salva por el vínculo de la unidad. Pues el mismo Cristo se llama así por el crisma, es decir, por la unción. Los hebreos lo llaman Mesías, palabra que en lengua púnica es consonante, como muchas otras hebreas y casi todas. ¿Qué es, entonces, en aquel sacerdocio la cabeza, qué la barba, qué el borde de la vestidura? Según lo que el Señor me concede entender, la cabeza es el mismo Salvador del cuerpo, de quien el Apóstol dice: "Y él es la cabeza del cuerpo, la Iglesia" (Colosenses 1, 18). Por la barba no incongruentemente se entiende la fortaleza. Así que a aquellos que son fuertes en su Iglesia, y se adhieren a su boca, para predicar la verdad sin temor, de Cristo mismo como de la cabeza desciende el ungüento santo, es decir, la santificación espiritual. El borde de la vestidura se da a entender como aquellos que están en la cabeza de la vestidura, por donde entra la cabeza del que se viste: por esto se significan los fieles perfectos en la Iglesia. En el borde está la perfección: y ciertamente recuerdas que se dijo a cierto rico, "Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme." Triste se fue él, despreciador de la perfección, escogedor de la deficiencia (Mateo 19, 21-22): pero, ¿acaso por eso faltaron aquellos en quienes el ungüento de la unidad descendiera desde la cabeza por tal renuncia a las cosas terrenales? Pues exceptuando a los Apóstoles, y a quienes con ellos eran superiores y doctores, a quienes entendemos más eminentes y fuertes en la barba, lee en los Hechos de los Apóstoles, y ve quienes ponían el precio de sus cosas vendidas a los pies de los Apóstoles, y nadie decía que algo era propio, sino que tenían todas las cosas en común, y se distribuía a cada uno según su necesidad, y tenían un alma y un corazón en Dios (Hechos 4, 32-35). Sin duda reconoces que está escrito así. Reconoce, pues, lo bueno y delicioso, los hermanos habitando juntos en unidad. Reconoce la barba de Aarón: reconoce el borde de la vestidura espiritual. Pregunta a la misma Escritura, dónde comenzaron a hacerse estas cosas: encontrarás en Jerusalén. De este borde de la vestidura se teje la unidad por todas las naciones. Por este borde entró la cabeza en la vestidura, para que Cristo se vistiera con la variedad del orbe de la tierra; porque en este borde de la vestidura apareció la misma variedad de lenguas. ¿Por qué, entonces, resistís al mismo cabeza, de donde desciende aquel ungüento de la unidad, es decir, la fragancia del amor espiritual; por qué, digo, resistís al mismo cabeza testificando y diciendo, "Se predicará en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" (Lucas 24, 47)? Y en este ungüento queréis interpretar el sacramento del Crisma: que ciertamente es en el género de los signos visibles sagrado, como el mismo Bautismo: pero puede estar también en hombres pésimos, consumiendo su vida en las obras de la carne, y no poseyendo el reino de los cielos; y por eso no pertenecen ni a la barba de Aarón, ni al borde de su vestidura, ni a ninguna conexión de la vestidura sacerdotal. ¿Dónde, pues, vas a poner las obras manifiestas de la carne que el Apóstol enumera, que son, dice, "fornicaciones, inmundicias, lujurias, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, disensiones, herejías, envidias, borracheras,

orgías, y cosas semejantes a estas: de las cuales os advierto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios" (Gálatas 5, 19-21)? Aparto las fornicaciones, que se cometen en secreto: interpreta las inmundicias como quieras, también las aparto: allí pongamos también las hechicerías, porque nadie es abiertamente fabricante y dador de venenos: aparto también las herejías, porque eso queréis: no sé si debo apartar la idolatría, ya que el Apóstol pone allí la avaricia, que públicamente enloquece. Apartando, pues, estas cosas, ¿no hay entre vosotros lujuriosos, avaros, pertinazmente enemistados, contenciosos, celosos, iracundos, disidentes, envidiosos, borrachos, entregados a orgías? ¿No hay entre vosotros tales que son ungidos, y en estos mueren conocidos y manifiestos? Si dices que no hay ninguno; porque por el afán de contienda abiertamente mientes, mira si no eres de tales. Pero si estás apartado de tales, no por separación corporal, sino por disimilitud de vida, y ves tales multitudes alrededor de vuestros altares gimiendo; ¿qué diremos, porque han sido ungidos con aceite santo, y, como el Apóstol confirma con verdad clara, no poseerán el reino de Dios: acaso se debe hacer sacrilega injuria a la barba de Aarón y al borde de su vestidura, para que pensemos que deben ser puestos allí? Lejos de ello. Distingue, pues, el santo Sacramento visible, que puede estar tanto en buenos como en malos, para estos como premio, para aquellos como juicio, de la unción invisible de la caridad, que es propia de los buenos. Distingue estas cosas, distingue: que Dios te separe de la parte de Donato, y te devuelva a la Católica, de donde te arrebataron catecúmeno, atado con el vínculo de un honor mortífero. Ya el rocío de Hermón sobre los montes de Sion, como quiera que lo interpretes, no estáis en los montes de Sion; porque no estáis en la ciudad sobre el monte constituida, que tiene esta señal cierta, que no puede ser escondida. Es conocida, pues, por todas las naciones: pero la parte de Donato es desconocida por muchas naciones: no es, pues, ella.

CAPÍTULO CV.---240. PETIL. dijo: ¡Ay de vosotros, que violando lo que es santo, rompéis la unidad, diciendo el Profeta, "Si el pueblo peca, el sacerdote orará por él; pero si el sacerdote peca, ¿quién orará por él?"

241. AUG. respondió: Y parecía hace un momento, cuando discutíamos sobre el aceite del pecador, que te ungía la frente para que dijeras, si te atrevías, si tú mismo no eras pecador. He aquí que lo has dicho. ¡Oh crimen! ¡Oh monstruo! Porque al afirmar que eres sacerdote, ¿qué otra cosa dijiste a través de este testimonio profético, sino que dijiste que estabas completamente sin pecado? Pues si tienes pecado, ¿quién orará por ti según tu entendimiento? Así es como se lo vendéis a las miserables plebes, recordando del Profeta: Si el pueblo peca, el sacerdote orará por él; pero si el sacerdote peca, ¿quién orará por él? (I Sam. II, 25), para que crean que estáis sin pecado y confien sus pecados a vuestras oraciones para ser purificados. ¡Grandes hombres sois, excelsos, celestiales, divinos, ya no hombres, sino ángeles, que oráis por las plebes y no queréis que las plebes oren por vosotros! ¿Eres tú más justo que Pablo, tú más perfecto que tan gran Apóstol, que se encomendaba a las oraciones de aquellos a quienes enseñaba? Perseverad, dice, en la oración, velando en ella con acción de gracias; orando también por nosotros, para que Dios nos abra la puerta de la palabra para hablar del misterio de Cristo, por el cual también estoy preso, para que lo manifieste como debo hablar (Col. IV, 2-4). He aquí que se ora por el Apóstol, lo que no quieres que se haga por el obispo. ¿Ves cuán diabólica es esta soberbia? Se ora por el Apóstol para que manifieste el misterio de Cristo, como debe hablar. Por tanto, si tuvierais plebes piadosas, deberías exhortarlas a que oraran por ti, para que no hablaras como no debes. ¿Eres tú más justo que Juan el evangelista, quien dice: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (I Juan I, 8)? ¿Eres tú finalmente más justo que Daniel, a quien tú mismo en esta misma carta mencionaste,

diciendo: El rey arrojó al justísimo Daniel a las fieras, como pensaba, para que lo devoraran? Lo cual él no había pensado; ya que con ánimo muy amistoso, como lo prueba el contexto de la lectura, le dijo a Daniel: Tu Dios, a quien sirves continuamente, él te librará (Dan. VI, 16). Pero ya hemos dicho mucho sobre esto: ahora lo que se trata, ciertamente Daniel era justísimo; no por tu testimonio, aunque esto me basta para la causa que tengo contigo; sino por el testimonio del Espíritu de Dios hablando también por Ezequiel, donde nombró a tres de justicia eminente, Noé, Daniel y Job, quienes dijo que solo ellos podrían ser liberados de una ira vehementísima de Dios que se cernía sobre los demás (Ezeq. XIV, 14). Por tanto, un hombre justísimo, uno de los tres memorables, ora y dice: Mientras oraba y confesaba mis pecados y los pecados de mi pueblo ante el Señor mi Dios (Dan. IX, 20). Y tú dices que estás sin pecado; porque evidentemente eres sacerdote, y si el pueblo peca, oras por él; pero si tú pecas, ¿quién orará por ti? Verdaderamente porque te muestras indigno, con la impiedad de tanta arrogancia, de que interceda por ti aquel sacerdote que el Profeta quiso que se entendiera con estas palabras que no entiendes. Pues ya para que nadie indague por qué se dijo esto, en la medida en que el Señor lo concede, lo explicaré. Dios preparaba los ánimos de los hombres a través del Profeta, para que desearan un sacerdote tal por el cual nadie pudiera orar. Él era figurado en los tiempos del primer pueblo y del primer templo, donde todo era figura de nosotros. Por eso solo el sumo sacerdote entraba en el santo de los santos, para orar por el pueblo, que no entraba con el sacerdote en esos interiores santos (Lev. XVI, y Heb. IX, 7); así como aquel sacerdote entró en los secretos de los cielos, en aquellos verdaderos santos de los santos, aún nosotros aquí puestos por quienes intercede. Por eso dijo el Profeta: Si el pueblo peca, orará por él el sacerdote; pero si el sacerdote peca, ¿quién orará por él? es decir, Desead un sacerdote tal, que no pueda pecar, para que no necesite que se ore por él. Y por eso se ora por los Apóstoles por los pueblos (Hech. XIV, 22): pero por aquel sacerdote, maestro y Señor de los Apóstoles, no se ora. Escucha esto confesado por Juan, y diciendo: Hermanos, os escribo estas cosas para que no pequéis: y si alguno peca, abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el justo; él es la propiciación por nuestros pecados (I Juan II, 1, 2). Tenemos, dijo: por nuestros pecados, dijo. Aprende humildad, para que no caigas; más bien para que alguna vez te levantes. Pues no habrías dicho estas cosas, si no hubieras caído.

CAPÍTULO CVI.---242. PETIL. dijo: Y para que no se excuse del delito quien es laico, está sujeto a esta prohibición: «No participes en pecados ajenos.»

243. AUG. respondió: Te equivocas, como se dice, totalmente por soberbia, mientras no quieres comunicarte con el orbe de la tierra por humildad. Pues ni esto fue dicho al laico, y no sabes cómo fue dicho. Al escribir el Apóstol a Timoteo, le advertía a ese mismo Timoteo: a quien en otro lugar le dice: No desprecies la gracia que hay en ti, que te fue dada por la imposición de las manos del presbiterio (I Tim. IV, 14). Y con muchos otros documentos se muestra que no era laico. Pero lo que dice, No participes en pecados ajenos; quiso que se entendiera por consentimiento y aprobación. Por lo cual inmediatamente añadiendo cómo debe hacerlo, dice: Consérvate puro (Id. V, 22). Pues ni siquiera Pablo participaba en pecados ajenos, porque toleraba a falsos hermanos, de los cuales se lamenta, en unidad corporal; ni los predecesores de él, los Apóstoles, participaron en el robo y crimen de Judas, porque con él, ya vendedor del Señor y señalado por el Señor, compartieron la sagrada cena.

CAPÍTULO CVII.---244. PETIL. dijo: Con esta sentencia el mismo Apóstol compara a los cómplices de una mala conciencia. «Y los que hacen tales cosas, dice, y los que consienten a los que las hacen, son dignos de muerte» (Rom. I, 32).

245. AUG. respondió: Comoquiera que lo hayas dicho, no me importa; estas cosas son verdaderas, y esto es lo que enseña la Iglesia Católica, que hay mucha diferencia entre los que

consienten y a quienes estas cosas les agradan, y los que toleran y a quienes estas cosas les desagradan. Pues aquellos se convierten en paja, mientras siguen la esterilidad de la paja: aquellos son trigo, que esperan ser separados por Cristo el aventador.

CAPÍTULO CVIII.---246. PETIL. dijo: Venid, pues, a la Iglesia, pueblos, y huid de los traidores, si no queréis perecer con ellos. Pues para que fácilmente reconozcáis que siendo ellos culpables, juzgan bien de nuestra fe: yo bautizo a los suyos infectados; ellos reciben a los míos, que Dios no lo quiera, bautizados; lo cual no harían en absoluto, si en nuestro Bautismo reconocieran alguna culpa. Ved, pues, lo que damos, cuán santo es, lo que el enemigo sacrílego teme destruir.

247. AUG. respondió: Contra este error ciertamente hemos dicho mucho, tanto en esta obra como en otros lugares. Pero porque pensáis que en esta sentencia está el gran fundamento de vuestra vanidad, hasta el punto de que pensaste que debías terminar la carta con esto, para que quedara como más reciente en las mentes de los lectores, respondo brevemente. Así aprobamos en los herejes el Bautismo, no de los herejes, sino de Cristo, como en los fornicarios, inmundos, lujuriosos, idólatras, hechiceros, retenedores de enemistades, contenciosos, envidiosos, iracundos, estudiosos de disensiones, envidiosos, borrachos, comilones, y en estos semejantes aprobamos el Bautismo, no de ellos, sino de Cristo. Pues todos estos, entre los cuales también se colocan los herejes, como dice el Apóstol, no poseerán el reino de Dios (Gál. V, 19-21); y por eso pertenecerán a la parte izquierda con el diablo. Ni por eso deben ser considerados en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, porque se hacen partícipes corporalmente de sus Sacramentos. Pues aquellos son santos incluso en tales, y a los que los tratan y reciben indignamente les valdrán para mayor juicio. Ellos mismos, sin embargo, no están en esa estructura de la Iglesia, que en los miembros de Cristo crece por conexión y contacto en el incremento de Dios. Pues aquella Iglesia está en la roca, como dice el Señor: Sobre esta roca edificaré mi Iglesia (Mat. XVI, 18). Pero ellos edifican en la arena, como dice el mismo Señor: El que oye mis palabras y no las hace, lo compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena (Id. VII, 26). Pero para que no pienses que la Iglesia que está en la roca está en una sola parte de la tierra, y no se difunde hasta los confines de la tierra: escucha su voz del Salmo gimiendo entre los males de su peregrinación. Pues dice: Desde los confines de la tierra clamé a ti; cuando mi corazón se angustió, me exaltaste en la roca: me guiaste, porque te hiciste mi esperanza, torre de fortaleza ante el enemigo (Sal. LX, 3, 4). Ved cómo clama desde los confines de la tierra. No está, pues, solo en África, ni solo para los africanos, enviando un obispo a Roma a unos pocos montenses, y a España a la casa de una mujer desde África. Ved cómo se exalta en la roca. No deben, pues, ser considerados en ella todos los que edifican en la arena, es decir, los que oyen las palabras de Cristo y no las hacen: que sin embargo, tanto entre nosotros como entre vosotros tienen y transmiten el sacramento del Bautismo. Ved cómo su esperanza es Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, no Pedro, no Pablo; cuánto menos Donato, o Petiliano. No es, pues, vuestro lo que tememos destruir, sino de Cristo: que incluso en los sacrílegos es santo por sí mismo. Pues a los que vienen de vosotros no podemos recibirlos, a menos que destruyamos lo que es vuestro. Destruimos, pues, la infidelidad del desertor, no destruimos el carácter del emperador. Por tanto, considera tú mismo, y destruye lo que dijiste: Yo, dices, bautizo a los suyos infectados; ellos, que Dios no lo quiera, reciben a los míos bautizados. Pues tú no bautizas a los infectados, sino que, para infectarlos con el fraude de tu error, los rebautizas. Nosotros, sin embargo, no recibimos a los tuyos bautizados, sino que destruimos tu error de donde son tuyos, y recibimos el Bautismo de Cristo de donde son bautizados. Así que oportunamente has puesto en medio, Quod absit. Pues dijiste, ellos, que Dios no lo quiera, reciben a los míos bautizados. Pues cuando querías que se entendiera Quod absit, reciben,

temiendo que recibamos a los tuyos; yo, sin saberlo, digo que dijiste, Meos, quod absit. En verdad, que Dios no lo quiera que sean tuyos, los que ya pasan a la Católica: ni pasan así, para que sean bautizados nuestros, sino para que sean nuestros compañeros; pero bautizados de Cristo sean con nosotros.

LIBRO TERCERO. Refuta Agustín las segundas cartas que Petiliano, al ver el primer libro de los superiores, escribió llenas de maldiciones; y dejando de lado su propia defensa, muestra que Petiliano ha fallado en la causa, y no ha podido responder a la cuestión de la que se trata.

CAPÍTULO PRIMERO.---1. Leí, Petiliano, tus cartas, cuando pude leerlas, en las que te mostraste suficientemente contra la Iglesia católica, por parte de Donato, sin poder decir nada adecuado, ni permitido callar. Qué agitaciones sufriste, con qué tempestad del corazón fluctuaste, cuando leíste lo que respondí con la mayor brevedad y claridad posible a la parte de tu carta que entonces llegó a mis manos. Pues viste que la verdad que sostenemos y defendemos estaba tan firmemente fortalecida, tan iluminada, que no podías encontrar qué decir contra ella, para que fuera refutada. También advertiste que la expectativa de muchos que lo habían leído estaba puesta en ti, deseosos de saber qué dirías, qué harías, cómo escaparías, por dónde romperías de tan grandes angustias, con las que la palabra de Dios te había rodeado. Aquí tú, que debías, despreciando la opinión de los vanos, avanzar en la verdadera y sana sentencia, hiciste lo que la Escritura predijo de tales: Amó la maldad más que la bondad, la iniquidad más que hablar equidad (Sal. LI, 5). Por tanto, si yo también quisiera devolverte maldiciones por maldiciones, ¿qué otra cosa seríamos sino dos maldicientes, para que quienes nos leyeran, unos nos rechazaran detestados con sana gravedad, otros absorbieran suavemente con maliciosa voluntad? Cuando respondo a cualquiera, ya sea hablando o escribiendo, incluso siendo provocado por acusaciones contumeliosas, en la medida en que el Señor me lo concede, frenando y rompiendo los agujones de la vana indignación, aconsejando al oyente o lector, no actúo para hacerme superior maldiciendo al hombre, sino más saludable convenciendo el error.

2. Pues si tienen algún tipo de corazón, quienes consideran lo que escribiste; ¿qué te aprovechó para la causa que se trata entre nosotros sobre la comunión católica o sobre la parte de Donato, que dejando de lado el asunto público, persiguieras con maldiciones la vida privada de un solo hombre, como si ese hombre fuera la causa que se investiga? Tan mal pensaste, no digo de los cristianos, sino del mismo género humano, que no creíste que tus escritos pudieran llegar a manos de algunos prudentes, que se apartaran de nuestras personas, y más bien investigaran la cuestión que se debatía entre nosotros, y no quiénes o cómo éramos, sino qué decíamos por la verdad o contra el error. Su juicio debiste respetar, su reprensión debiste prever, para que no pensaran que no encontraste nada que decir, a menos que te propusieras a quien de cualquier manera maldecir. Pero evidentemente por la ligereza y vanidad de algunos, que escuchan con gusto las disputas de los elocuentes litigantes, para que cuando atienden cuán elocuentemente has injuriado, no consideren cuán verdaderamente eres refutado. Al mismo tiempo, supongo que también buscaste que, ocupado en mi defensa, también yo abandonara la causa asumida; y así, con los hombres, no a las palabras de los disputantes, sino a las de los litigantes, la verdad que teméis se oscureciera y no se diera a conocer. ¿Qué haré, pues, contra tal consejo, sino que, dejando de lado mi defensa, me aferre a la causa que ningún acusador mío me arrebató? Exaltaré la casa de mi Dios, cuyo decoro amé, con el servicio del pregón de mi voz, y me humillaré y abajaré. Pues elegí ser despreciado en la casa de mi Dios, más que habitar en las tiendas de los herejes (Sal. LXXXIII, 11). Por tanto, apartaré un poco el discurso de ti, Petiliano; y lo dirigiré a aquellos

a quienes con tus maldiciones intentaste apartar de mí, como si yo buscara que los hombres se convirtieran a mí, y no más bien conmigo a Dios.

CAPÍTULO II.---3. Escuchad, pues, cualquiera que haya leído las maldiciones que Petiliano, más iracundo que considerado, vomitó contra mí. Primero os hablaré con palabras apostólicas; que ciertamente, sea cual sea mi condición, son verdaderas. Así nos considere el hombre como ministros de Cristo, y dispensadores de los misterios de Dios. Aquí ya se busca entre los dispensadores que se halle alguno fiel. Pero para mí es muy poco ser juzgado por vosotros, o por juicio humano: ni siquiera yo me juzgo a mí mismo. Ahora lo que sigue, aunque no me atrevo a aplicármelo, para decir, No tengo nada de lo que me acuse, sin embargo, en la presencia de Dios digo, No tengo conciencia de nada de lo que Petiliano ha acusado el tiempo de mi vida después de que fui bautizado en Cristo; sin embargo, no por esto soy justificado: quien me juzga es el Señor. Así que no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, y ilumine lo oculto de las tinieblas, y manifieste los pensamientos del corazón, y entonces la alabanza será para cada uno de Dios. Estas cosas, hermanos, las he transfigurado en mí, para que no os infléis uno por otro más de lo que está escrito (I Cor. IV, 1-6). Así que nadie se gloríe en el hombre. Pues todo es vuestro, vosotros de Cristo, y Cristo de Dios (Id. III, 21-23). De nuevo digo, Nadie se gloríe en el hombre: repito muchas veces, Nadie se gloríe en el hombre. Si advertís algo digno de alabanza en nosotros, referidlo a la alabanza de aquel de quien es todo don perfecto, y todo regalo perfecto: pues desciende de lo alto del Padre de las luces, en quien no hay mudanza, ni sombra de variación (Santiago I, 17). Pues ¿qué tenemos que no hayamos recibido? Y si lo hemos recibido, no nos gloriemos como si no lo hubiéramos recibido (I Cor. IV, 7). Y en todas estas cosas, cualquiera que sea el bien que conozcáis en nosotros, sed imitadores nuestros, si es que somos de Cristo (Ibid., 16): pero si sospecháis, creéis o veis algún mal en nosotros, retened lo que el Señor dijo, para que seguros no abandonéis su Iglesia por los males de los hombres: Lo que decimos, haced; pero lo que pensáis o sabéis que hacemos mal, no lo hagáis (Mat. XXIII, 3). Pues no es tiempo de purgarme ante vosotros, cuando, dejando de lado mi causa, he asumido encomendaros algo saludable, para que nadie se gloríe en el hombre. Pues maldito es todo aquel que pone su esperanza en el hombre (Jerem. XVII, 5). Reteniendo y guardando este precepto del Señor y del apóstol, incluso si yo en mi causa, como desea el enemigo, fallo y soy oprimido, victoriosa será la causa a la que sirvo. Pues si firmemente retenéis lo que exhorto y procuro, que es maldito todo aquel que pone su esperanza en el hombre, para que nadie se gloríe en el hombre; el área del Señor, a causa de la paja que ahora vuela golpeada por el viento de la soberbia, o que será separada en la última ventilación (Mat. III, 12), de ningún modo abandonaréis, ni la gran casa por los vasos hechos para deshonra huiréis (II Tim. II, 20), ni por los malos peces que serán separados en la orilla saldréis por redes rotas (Mat. XIII, 47, 48), ni por los cabritos que el pastor separará para poner a la izquierda dejaréis los buenos pastos de la unidad (Id. XXV, 32, 33), ni por la cizaña mezclada os separaréis de la sociedad del trigo, cuyo grano es la cabeza muerta y multiplicada, y que crece por el mundo hasta la cosecha, con una nefaria división. Pues el campo es el mundo, no África; la cosecha, el fin del siglo (Id. XIII, 24-40), no el tiempo de Donato.

CAPÍTULO III.---4. Ciertamente reconocéis estas similitudes evangélicas, dadas para que nadie se gloríe en el hombre, y para que nadie, hinchado por otro, se divida contra otro, diciendo, Yo soy de Pablo: cuando en realidad no fue Pablo quien fue crucificado por vosotros, ni en el nombre de Pablo, mucho menos en el nombre de Ceciliano o de cualquiera de nosotros, fuisteis bautizados (I Cor. I, 12, 13): para que aprendáis, mientras la paja se trilla con el trigo, mientras los peces malos nadan con los buenos dentro de las redes del Señor, a tolerar más bien, por los buenos, la mezcla de los malos, que a violar, por los malos, la

caridad de los buenos. Esta mezcla, en efecto, no es eterna, sino temporal; ni espiritual, sino corporal. En la cual no errarán los ángeles, cuando recojan a los malos de entre los justos, y los arrojen al horno de fuego ardiente. Porque el Señor conoce a los que son suyos. Y si de los inicuos no puede separarse corporalmente por un tiempo, que se aparte, sin embargo, de la misma iniquidad todo el que invoca el nombre del Señor (II Tim. II, 19). Pues aunque de los malos se puede separar y apartar por un tiempo en vida, costumbres, corazón y voluntad: esta separación siempre debe ser guardada. Pero la separación corporal debe ser esperada con confianza, paciencia y fortaleza hasta el fin del mundo: por cuya espera se dijo, Espera en el Señor, actúa con valentía; que se fortalezca tu corazón, y espera en el Señor (Sal. XXVI, 14). La mayor recompensa de la tolerancia es no perturbar con disensión turbulenta y temeraria, entre falsos hermanos introducidos, buscando lo suyo, no lo de Jesucristo, el amor no buscando lo suyo, sino lo de Jesucristo, ni romper con soberbia y nefaria contienda la unidad de la red del Señor que congrega de toda clase de peces, mientras es llevada a la orilla, es decir, al fin del mundo: cuando alguien se cree ser algo, siendo nada, y así se engaña a sí mismo; y quiere que su juicio o el de los suyos sea suficiente para la separación de los pueblos cristianos, quienes dicen conocer abiertamente a algunos malos indignos de la comunión de los Sacramentos de la religión cristiana: de los cuales, sin embargo, no pueden persuadir a toda la Iglesia que se extiende por todas las naciones, como fue predicho. Y cuando huyen de la comunión de aquellos que dicen conocer, abandonan la unidad de esta: cuando más bien deberían, si hubiera en ellos caridad que todo lo soporta, no separarse de los buenos, a quienes no podían enseñar los males ajenos en todas las naciones, tolerar en su propia nación lo que conocían. De donde también, sin haber discutido la causa, en la cual son convictos con gravísimos documentos de haber calumniado a los inocentes, se cree más probable que hayan fingido falsamente los crímenes de traición, quienes no dudaron en cometer el crimen mucho más atroz de la nefaria división. Porque incluso si fuera verdad todo lo que proclamaron sobre la traición; sin embargo, no debieron de ninguna manera abandonar la compañía de los cristianos que la Escritura divina recomienda hasta los confines de la tierra, por lo que ellos sabían, pero aquellos no sabían.

CAPÍTULO IV.---5. No digo esto para que se descuide la disciplina eclesiástica, y se permita a cualquiera hacer lo que quiera, sin ninguna corrección, y cierta venganza medicinal, y terrible lenidad, y severidad de caridad. Pues, ¿dónde quedará aquello del Apóstol: Corregid a los inquietos, consolad a los pusilánimes, sostened a los débiles, sed pacientes con todos. Mirad que nadie devuelva mal por mal a nadie (I Tes. V, 14, 15)? Cuando ciertamente añadió, Mirad que nadie devuelva mal por mal a nadie; mostró suficientemente que no es devolver mal por mal corregir a los inquietos, aunque por la culpa de la inquietud se devuelva la pena de la corrección. Por tanto, no es mala la pena de la corrección, cuando es mala la culpa. Pues no es el hierro del enemigo que hiere, sino del médico que corta. Estas cosas se hacen en la Iglesia, y aquel espíritu de lenidad interior arde con el celo de Dios, para que la virgen casta desposada con un solo esposo, Cristo, no sea corrompida en algunos de sus miembros, como Eva fue seducida por la astucia de la serpiente, de la castidad que está en Cristo (II Cor. XI, 2, 3). Sin embargo, que esté lejos de los siervos del padre de familia olvidar el precepto de su Señor, y así, encendidos por la santa indignación contra la multitud de cizañas, y queriendo recogerlas antes de tiempo, se arranque también el trigo. De este pecado serían culpables, incluso si mostraran que habían imputado verdaderos crímenes a los traidores que acusaban: porque no solo se separaron impiamente de los inicuos, cuya sociedad pretendían evitar, sino también de los fieles buenos establecidos en todas las naciones, a quienes no podían probar lo que decían conocer, y arrastraron consigo a muchos, sobre quienes tenían alguna autoridad, y que menos podían entender que la unidad de la Iglesia extendida por todo el mundo no debía ser abandonada por pecados ajenos, a la misma

perdición; de modo que incluso si ellos mismos supieran que imputaban verdaderos crímenes a algunos, de ese modo perecería el débil en su conocimiento, por quien Cristo murió (I Cor. VIII, 11), mientras, ofendido por los males ajenos, destruía en sí el bien de la paz que tenía con los buenos hermanos, quienes en parte no habían oído tales cosas, en parte temían creer temerariamente lo no discutido y no probado, en parte lo habían dejado con pacífica humildad a los jueces eclesiásticos, a quienes toda la causa fue llevada más allá del mar, cualesquiera que fueran.

CAPÍTULO V.---6. Vosotros, pues, santos brotes de la única madre Católica, ejemplo de tal crimen y error, sometidos al Señor, con cuanta vigilancia podáis, precaveos. Por más que resplandezca con la luz de la doctrina y la fama, y se jacte de ser una piedra preciosa, cualquiera que quiera arrastraros tras de sí, recordad que aquella mujer fuerte y única, amada por su único esposo, que en el último de los Proverbios describe la santa Escritura, es más preciosa que las piedras preciosas. Que nadie diga, Seguiré a aquel, porque él me hizo cristiano; o, Seguiré a aquel, porque él me bautizó. Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento (I Cor. III, 7). Y Dios es caridad, y quien permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él permanece (I Juan IV, 16). Ninguno que predique el nombre de Cristo, y lleve y ministre el Sacramento de Cristo, debe ser seguido contra la unidad de Cristo. Que cada uno pruebe su obra; y entonces tendrá gloria solo en sí mismo, y no en otro. Porque cada uno llevará su propia carga (Gál. VI, 4, 5), carga, a saber, de rendir cuentas: porque cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo. No nos juzguemos más los unos a los otros (Rom. XIV, 12, 13). Pues en cuanto a las cargas de la caridad mutua, llevad las cargas los unos de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo. Porque quien piensa que es algo, siendo nada, se engaña a sí mismo (Gál. VI, 2 y 3). Soportémonos, pues, unos a otros en amor, esforzándonos por guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz (Efes. IV, 2): fuera de la cual, quienquiera que recoja, no recoge con Cristo: y quien no recoge con Cristo, desparrama (Mat. XII, 30).

CAPÍTULO VI.---7. Por tanto, ya sea sobre Cristo, ya sea sobre su Iglesia, ya sea sobre cualquier otra cosa que pertenezca a vuestra fe y vida, no diré nosotros, de ninguna manera comparables a quien dijo, Aunque nosotros; sino absolutamente lo que añadió después, Si un ángel del cielo os anunciara algo diferente de lo que habéis recibido en las Escrituras legales y evangélicas, sea anatema (Gál. I, 8). Haciendo esto con vosotros, y con todos aquellos que deseamos ganar para Cristo, y entre otras cosas predicando la santa Iglesia que leemos prometida en las Escrituras de Dios, y como fue prometida, la vemos extendida en todas las naciones, hemos merecido de aquellos a quienes deseamos atraer a su seno pacífico, por nuestra acción de gracias, las llamas de los odios: como si nosotros los hubiéramos atado en esa parte por la cual no encuentran qué decir; o como si nosotros hubiéramos mandado mucho antes a los Profetas y Apóstoles, que no pusieran en sus libros ningún testimonio por el cual se demuestre que la parte de Donato es la Iglesia de Cristo. Y nosotros, queridos, cuando escuchamos falsas acusaciones de aquellos a quienes ofendemos predicando las palabras de la verdad, y convenciendo las vanas palabras del error, tenemos, como sabéis, una consolación abundantísima. Pues si en aquellas cosas de las que me acusan, el testimonio de mi conciencia no está contra mí en la presencia de Dios, a quien ningún ojo mortal se dirige; no solo no debo entristecerme, sino que debo alegrarme y regocijarme, porque mi recompensa es grande en los cielos. Pues no se debe mirar cuán amargo es lo que escucho, sino cuán falso es, y cuán verdadero es aquel por cuyo nombre lo escucho, y a quien se dice, Tu nombre es un unguento derramado (Cant. I, 2). Y con razón fragante en todas las naciones, cuyo olor estos, que nos maldicen, intentan encerrar en una pequeña parte de África. ¿Por qué, entonces, hemos de soportar indignamente que nos infamen, quienes así

detraen de la gloria de Cristo, cuya parte y contienda es enemiga de lo que fue predicho tanto antes sobre su ascensión a los cielos, y sobre la efusión de su nombre como unguento: Exáltate sobre los cielos, Dios; y sobre toda la tierra tu gloria (Sal. LVI, 12)?

CAPÍTULO VII.---8. Sufrimos estos y tales testimonios divinos contra las vanas palabras humanas, de los enemigos de la gloria de Cristo. Que digan lo que quieran, mientras él nos exhorta, diciendo: Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando os persigan, y os maldigan, y digan todo mal contra vosotros, mintiendo por mi causa. Lo que dijo antes, por causa de la justicia; lo repitió después, por mi causa: porque él se ha hecho para para nosotros sabiduría y justicia y santificación y redención; para que, como está escrito, El que se gloria, gloriase en el Señor (I Cor. I, 31). Quien dice, regocijaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos (Mat. V, 10-12); si lo que se dijo, por causa de la justicia y por mi causa, lo tengo en buena conciencia, cualquiera que quiera detractar de mi fama, sin querer añade a mi recompensa. Pues no solo me enseñó con su palabra, sino que también me confirmó con su ejemplo. Sigue la fe de las santas Escrituras, encontrarás a Cristo resucitado de entre los muertos, ascendido al cielo, sentado a la derecha del Padre. Sigue las acusaciones de los enemigos, ya pensarás que fue robado del sepulcro por los discípulos. ¿Qué, pues, debemos esperar nosotros, defendiendo su casa, de sus enemigos, tanto como él nos lo concede? Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a sus domésticos (Mat. X, 25)? Si, pues, soportamos, también reinaremos. Pero si no solo la ira del que acusa hiere el oído, sino que también la verdad del crimen muerde la conciencia, ¿de qué me sirve si todo el mundo me alaba continuamente? Así, ni el elogio del que alaba sana la mala conciencia, ni el oprobio del que injuria hiere la buena. Sin embargo, vuestra esperanza que está en el Señor no se engaña, aunque tal vez seamos en secreto como el enemigo desea que seamos: porque no la pusisteis en nosotros, ni jamás lo escuchasteis de nosotros. Estáis seguros, pues, cualesquiera que seamos, que aprendisteis a decir, En el Señor espero, no seré movido (Sal. XXV, 1); y, En Dios confiaré, no temeré lo que me haga el hombre (Sal. LV, 12). Y a aquellos que intentan seduciros a las alturas terrenales de los hombres soberbios, sabéis responder, En el Señor confío: ¿cómo decís a mi alma, Huye al monte como un pájaro (Sal. X, 2)?

CAPÍTULO VIII.---9. No solo vosotros, a quienes en nosotros misma la verdad de Cristo agrada, por más que se predique por nosotros y dondequiera, y porque la escucháis con gusto por el ministerio de nuestra lengua, también pensáis bien y benignamente de nosotros, estáis seguros, cualesquiera que seamos; porque vuestra esperanza está en aquel a quien os predicamos por su misericordia sobre vosotros; sino también cualquiera que por nuestra dispensación haya recibido el sacramento del santo Bautismo, goza de la misma seguridad; porque no fuisteis bautizados en nosotros, sino en Cristo. No os vestisteis, pues, de nosotros, sino de Cristo; ni os pregunté si os convertiríais a mí, sino al Dios vivo; ni si creísteis en mí, sino en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Si respondisteis con un ánimo veraz, os salvó, no la deposición de las inmundicias de la carne, sino la interrogación de una buena conciencia (I Pedro III, 21): no el siervo, sino el Señor; no el pregonero, sino el juez. Pues no es cierto, como Petiliano dijo inconsideradamente, que se atiende a la conciencia del que da, o lo que añadió, a la conciencia santa del que da, que lave al que recibe. Pues cuando se da lo que es de Dios, lo da santo incluso una conciencia no santa. Que ciertamente, ya sea santa o no santa, no puede ser vista por el que recibe; pero ciertamente lo que se da puede, lo que conocido por aquel que siempre es santo, se recibe con toda seguridad, sea cual sea el ministro. Pues si no fueran santas las palabras desde la cátedra de Moisés, no diría la Verdad, Haced lo que dicen. Pero si ellos mismos que daban las palabras santas fueran santos, no

diría, No hagáis lo que hacen; porque dicen y no hacen (Mat. XXIII, 3). De ninguna manera se lee que se cosecha uva de los espinos; porque nunca surge de las raíces de los espinos: pero cuando la vid se enreda en las cercas espinosas, no por eso se rechaza el fruto que cuelga allí; sino que se evita la espina, se recoge la uva.

CAPÍTULO IX.---10. Así que, como he dicho muchas veces, y lo insisto vehementemente, cualesquiera que seamos, estáis seguros, que tenéis a Dios Padre y a su Iglesia madre. Pues aunque los cabritos se pasten con las ovejas, no estarán a la derecha. Aunque la paja se trille con el trigo, no entrará en el granero. Aunque los peces malos nadan con los buenos dentro de las redes del Señor, no serán puestos en las vasijas. Que nadie se gloríe, ni en el hombre bueno; que nadie huya de los bienes de Dios, ni en el hombre malo.

CAPÍTULO X.---11. Estas cosas, hermanos cristianos católicos amadísimos, sean suficientes para el presente asunto: que si las retenéis con amor católico, siendo un solo rebaño seguro con un solo pastor, no me importa mucho que cualquier enemigo me injurie a mí o a vuestro congregante, o ciertamente a vuestro perro; con tal de que me obligue a ladrar más por vuestra defensa que por la mía: para la cual, sin embargo, si fuera necesario para la causa, usaría una defensa brevísima y facilísima, a saber, desaprobando y detestando todo el tiempo de mi vida antes de recibir el Bautismo de Cristo, en cuanto a mis deseos y errores, para que no parezca que busco mi gloria en la defensa de ese tiempo, no la de aquel que me liberó de mí mismo por su gracia. Por lo cual, cuando escucho que se vitupera mi vida pasada, cualquiera que sea el ánimo con que lo haga quien lo hace, no soy tan ingrato como para dolerme: pues tanto como él acusa mi vicio, tanto yo alabo a mi médico. ¿Por qué, entonces, he de esforzarme en defender aquellos males pasados y abolidos míos, de los cuales Petiliano dijo muchas cosas falsas, pero no dijo más cosas verdaderas? Pero del tiempo de mi vida que es después del Bautismo, a vosotros que me conocéis, cualquiera que pueda ser conocido por los hombres, os hablo en vano: pero aquellos que no me conocen, no deben ser tan injustos conmigo como para creer más a Petiliano que a vosotros. Pues si no se debe creer al amigo que alaba, tampoco al enemigo que detrae. Quedan aquellas cosas que son ocultas del hombre, donde solo la conciencia es testigo, que no puede ser testigo ante los hombres. En estas cosas Petiliano dice que soy maniqueo, hablando de una conciencia ajena: esto yo digo que no soy, hablando de mi conciencia. Elegid a quién creer. Sin embargo, puesto que ni siquiera esta breve y fácil defensa mía es necesaria, donde la cuestión no se trata del mérito de cualquier hombre, sino de la verdad de la santa Iglesia, también debo decir más a vosotros, cualquiera que en la parte de Donato, hayáis leído los insultos que Petiliano escribió contra mí, que no escucharía de él si despreciara vuestra perdición: pero no tendría las entrañas de la caridad cristiana.

CAPÍTULO XI.---12. ¿Qué, pues, es de extrañar, si cuando sacudo los granos del área del Señor, junto con la tierra y la paja, sufro la injuria del polvo que rebota: o cuando busco diligentemente las ovejas perdidas de mi Señor, soy lacerado por las zarzas de las lenguas espinosas? Os ruego, dejad a un lado por un momento los intereses de las partes, y juzgad entre mí y Petiliano con alguna equidad. Yo quiero que conozcáis la causa de la Iglesia, él la mía: ¿para qué otra cosa, sino porque no se atreve a decir que no creáis a mis testigos, que constantemente aduzco en la causa de la Iglesia; pues son los Profetas, y los Apóstoles, y el mismo Señor de los Profetas y Apóstoles, Cristo: pero de mí, cualquier cosa que quiera decir, contra un hombre, y vuestro contra un extraño, fácilmente lo creéis? Y si aduzco testigos de mi vida, ¿qué gran cosa es que diga que no se les debe creer, y que os lo persuada rápidamente: especialmente cuando cualquiera que diga una palabra a mi favor, será inmediatamente considerado enemigo de la parte de Donato, y por tanto vuestro? Así reina Petiliano: cuando lanza cualquier insulto contra mí, todos le aclamáis y aplaudís. Ha

encontrado para sí una causa vencible, pero con vosotros como jueces: no necesitará ni testigo ni argumento, para quien lo único que necesita probar es lo que dice, porque maldice copiosamente a quien más odiáis. Pues como los testimonios de las Escrituras divinas, cuando se recitan tan densos y claros a favor de la Iglesia católica, os dejan dolidos y mudos; eligió un tema, donde os habla con vuestro favor, y simulando estar vencido, dice tales o incluso más atroces cosas contra mí. Me basta para el asunto que ahora trato, que cualesquiera que sea en él, sin embargo, la Iglesia por la que hablo es invicta.

CAPUT XII.---13. Soy un hombre de la era de Cristo; paja si soy malo, grano si soy bueno. No es el ventilador de esta era la lengua de Petiliano: y por tanto, cualquier cosa mala que incluso verdaderamente diga sobre su paja, de ninguna manera perjudica a sus granos. Pero cualquier cosa que lance de maldiciones y calumnias sobre los mismos granos, su fe se ejercita en la tierra, su recompensa se incrementa en los cielos. Porque a los santos siervos de Dios y a los que militan santamente para Dios, no contra Petiliano y carne y sangre de este tipo, sino contra principados y potestades y rectores de tales tinieblas (Efesios VI, 12), como son todos los adversarios de la verdad, a quienes ojalá digamos, Fuisteis alguna vez tinieblas, ahora sois luz en el Señor (Id. V, 12): a esta milicia de los siervos de Dios que militan, cualquier insulto criminal que digan los enemigos, que entre los malintencionados y crédulos temerarios hagan mala fama, son armas siniestras; también con ellas se combate al diablo. Pues cuando por la buena fama se nos prueba si no nos elevamos en soberbia, y por la mala fama se nos prueba si amamos a los mismos enemigos de quienes se nos inventa, por las armas de justicia diestra y siniestra vencemos al diablo. Cuando el Apóstol mencionó esto diciendo, Por las armas de justicia diestra y siniestra; inmediatamente como explicando lo que dijo, Por gloria, dijo, y deshonra, por mala fama y buena fama (II Cor. VI, 7, 8), y otras cosas semejantes: enumerando la gloria y la buena fama entre las armas diestras, y la deshonra y la mala fama entre las siniestras.

CAPUT XIII.---14. Si, por tanto, soy siervo de Dios y soldado no reprobado, por más elocuente que sea Petiliano en insultarme, ¿debo acaso sentirme molesto porque se ha preparado para mí como un hábil fabricante de armas siniestras? Es necesario que con la ayuda de mi Señor luche con gran destreza con ellas, y con ellas golpee a aquel contra quien lucho invisiblemente, quien con la más perversa y antigua astucia intenta y actúa para que por estas cosas odie a Petiliano, y así no pueda cumplir el precepto de Cristo que dice, Amad a vuestros enemigos (Lucas VI, 35). Que su misericordia, quien me amó y se entregó a sí mismo por mí, me aparte de esto, para que colgado en la cruz dijera, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Id. XXIII, 34): y me enseñe a decir de Petiliano y de tales enemigos míos, Señor, perdónalos, porque no saben lo que dicen.

CAPUT XIV.---15. Por tanto, si logro de vosotros, como he intentado, que apartando de vuestras almas todo partidismo, seáis jueces justos entre mí y Petiliano; os mostraré que no ha respondido a mis escritos: para que entendáis que, por falta de verdad, se vio obligado a abandonar la causa, y a lanzar las maldiciones que pudo contra el hombre que la llevó de tal manera que él no pudo responder. Aunque lo que voy a decir es tan claro que, incluso si por partidismo y odio hacia mí vuestras mentes se alejan de mí, con tal de que leáis ambos, ciertamente en vuestros corazones reconoceréis que he dicho la verdad.

16. Pues al responder a la primera parte de sus escritos, que entonces llegó a mis manos, dejando de lado el discurso injurioso y sacrílego, donde dice, Nos acusan de un segundo bautismo aquellos que bajo el nombre de Bautismo han contaminado sus almas con un baño culpable, para quienes todas las inmundicias obscenas son más puras; a quienes la perversa

limpieza de su agua tocó para ensuciar: tomé lo que sigue para discutir y refutar, donde dice, Se atiende a la conciencia del que da, que lave al que recibe. Y pregunté de qué debe ser lavado quien recibe el Bautismo, cuando la conciencia del que da está contaminada, y esto lo ignora el que va a recibir (Supra. lib. 1, cap. 1).

CAPUT XV.---17. Leed ahora sus abundantes maldiciones, que inflado e irritado derramó sobre mí; y ved si respondió a mi pregunta, de qué debe ser lavado quien recibió el Bautismo, cuando la conciencia del que da está contaminada, y esto lo ignora el que recibe. Os ruego, buscad atentamente, examinad todas las páginas, contad todos los versículos, revisad todas las palabras, desentrañad todas las sílabas; y decidme si encontráis dónde respondió, cuando la conciencia del que da está contaminada, de qué debe ser lavado el que va a recibirlo y lo ignora.

18. ¿Qué importa, pues, que haya añadido una palabra, que dice que yo omití, y que insiste en que escribió así: Se atiende a la conciencia del que da santamente, que lave al que recibe? Pues para que sepáis que no fue omitido por mí, nada impide mi investigación al añadirlo, nada alivia su falta. Pues a las mismas palabras vuelvo a preguntar, y busco si respondió: Si se atiende a la conciencia del que da santamente, que lave al que recibe; ¿de qué se lava la conciencia del que recibe, cuando la del que da es manchada, y esto lo ignora el que va a recibir? Exigid que se responda a esto, no permitáis que nadie se aleje de la causa con insultos: Si se atiende a la conciencia del que da santamente: ved que no dije, la conciencia del que da; sino que añadí, del que da santamente: Si, digo, se atiende a la conciencia del que da santamente, que lave al que recibe; ¿de qué, pues, debe ser lavado quien recibe el Bautismo, cuando la conciencia del que da está contaminada, y esto lo ignora el que va a recibir?

CAPUT XVI.---19. Que vaya ahora, y con pulmones jadeantes y fauces hinchadas me acuse como dialéctico: no a mí, sino a la misma dialéctica como si fuera un arte de mentir, la llame a juicio popular, y con cualquier estruendoso clamor de abogado forense abra su boca contra ella. Diga lo que quiera ante los ignorantes, de lo que se irriten los doctos, se burlen los indoctos. Que me señale con el nombre de Tertulo, el orador que acusó a Pablo (Hechos XXIV, 1), por la retórica: que a sí mismo, por la abogacía en la que alguna vez se jacta de su poder, se imponga el nombre de Paráclito, y por esto delire que no es, sino que fue, homónimo del Espíritu Santo. Que exagere con gusto las inmundicias de los maniqueos, y que intente ladrando torcerlas contra mí. Que recite los hechos de condenados desconocidos y conocidos para mí, y que lo que allí un amigo mío alguna vez más para su defensa me nombró ausente, lo convierta en calumnia de crimen prejuzgado, no sé con qué nuevo y propio derecho. Que lea los títulos de mis cartas inscritos por él o por los suyos, como les plació, y se regocije como si me hubiera atrapado en ellos: que confiese las eulogias de pan dadas simplemente y con alegría, las infame con el ridículo nombre de venenosa torpeza y furia, y piense tan mal de vuestro corazón, que presuma que se le puede creer que se dieron hechizos amorosos a una mujer, con el marido no solo consciente, sino también favorable. Que lo que escribió de mí aún presbítero, irritado el futuro ordenante de mi episcopado, quiera que valga contra mí: pero que lo que el santo concilio de esto que así pecó contra nosotros, pidió y obtuvo perdón, no quiera que valga a mi favor; así, ignorante u olvidado de la mansedumbre cristiana y del precepto evangélico, que incluso lo que se perdonó clementemente al hermano que humildemente pidió que se le perdonara, lo acuse.

CAPUT XVII.---20. Que prosiga también con discurso prolijo, pero claramente vano, en lo que ignora por completo, o en lo que más bien abusa de la ignorancia de muchos: y de la confesión de cierta mujer, que dijo ser catecúmena de los maniqueos, que fue monja en la

Católica, diga y escriba lo que le plazca sobre el bautismo de ellos, ignorando, o fingiendo ignorar, que allí no se llama así a los catecúmenos como si alguna vez se les debiera el bautismo; sino que se les llama así, quienes también se llaman Auditores, porque evidentemente no pueden observar los preceptos mejores y mayores, que son observados por aquellos que creen que deben ser distinguidos y honrados con el nombre de Elegidos. Que con admirable temeridad afirme, ya sea falso o engañoso, que fui presbítero de los maniqueos. Que proponga y acuse las palabras del tercer libro de mis Confesiones, que por sí mismas, y de muchas cosas dichas antes y después, son clarísimas para los lectores. Que finalmente me acuse de ladrón de sus palabras, porque sustraje dos, y que exulte como vencedor al reponerlas.

CAPUT XVIII.---21. En todas estas cosas, como podréis conocer o reconocer leyendo, ciertamente ejerció el ímpetu de su lengua en el ámbito que quiso de jactancia: sin embargo, en ninguna parte dijo de qué se lava la conciencia del que recibe, cuando ignora la manchada del que da. Pero yo, entre el estruendo o después de su gran estruendo, y demasiado, como él mismo piensa, terrible, repito esto mismo lentamente, como se dice, y bien, y os pido que respondáis: Si se atiende a la conciencia del que da santamente, que lave al que recibe; ¿de qué debe ser lavado quien ignora la manchada conciencia del que da? Y en toda su Epístola no encuentro nada dicho sobre esto.

CAPUT XIX.---22. Pues tal vez alguno de vosotros me diga: Todo lo que dijo contra ti, quiso que sirviera para deformarte, y por ti a aquellos con quienes te comunicas, para que no piensen que tienes alguna importancia, ni ellos, ni aquellos a quienes intentas llevar a vuestra comunión. Sin embargo, desde que propuso las palabras de tu Epístola, desde allí debe considerarse si no respondió en absoluto a ellas. Así pues, hagamos: consideremos sus escritos desde ese mismo lugar. Excepto, pues, el prólogo con el que quise preparar el ánimo del lector, y pasar por alto sus pocas primeras palabras más injuriosas que pertinentes, Dijo, digo, Se atiende a la conciencia del que da, que lave al que recibe. ¿Qué, si la conciencia del que da está oculta, y tal vez manchada? ¿Cómo podrá lavar la conciencia del que recibe, si, como dice, se atiende a la conciencia del que da, que lave al que recibe? Pues si dijera que no importa al que recibe cualquier mal que esté oculto en la conciencia del que da, tal vez esa ignorancia valga para que no pueda ser manchado por la conciencia de su bautizador sin saberlo. Que baste, pues, que la conciencia manchada de otro, cuando se ignora, no manche: ¿pero acaso también puede lavar? ¿De qué, pues, debe ser lavado quien recibe el Bautismo, cuando la conciencia del que da está contaminada, y esto lo ignora el que va a recibir; especialmente cuando añade y dice, Pues quien recibe la fe de un infiel, no recibe la fe, sino la culpa (Supra. lib. 1, cap. 1, nn. 2, 3)?

CAPUT XX.---23. Todas estas palabras Petiliano las propuso de mis cartas para refutar: veamos, pues, si las refutó, si en absoluto respondió. Pues añadido las palabras que me calumnia haber sustraído, y repito las mismas de manera aún más breve. Pues al añadir estas dos palabras, también me ayudó mucho a la brevedad de esta proposición. Si se atiende a la conciencia del que da santamente, que lave al que recibe, y quien recibe la fe sabiendo de un infiel, no recibe la fe, sino la culpa; ¿de qué se lava la conciencia del que recibe, cuando ignora la manchada del que da; y cuando recibe la fe sin saber de un infiel? os ruego, ¿de qué se lava? Que nos diga, no se desvíe a otra cosa, no ponga nubes a los ignorantes. Finalmente, al menos después de muchos y tortuosos rodeos interpuestos y realizados, que alguna vez nos diga de qué se lava la conciencia del que recibe, cuando la manchada del infiel bautizador está oculta, si se atiende a la conciencia del que da santamente, que lave al que recibe, y quien recibe la fe sabiendo de un infiel, no recibe la fe, sino la culpa. Pues recibe sin saber de un infiel que no tiene la conciencia del que da santamente, sino manchada y oculta: ¿de qué,

pues, se lava? ¿de qué, pues, recibe la fe? Pues si ni entonces se lava, ni entonces recibe la fe, cuando el bautizador infiel y manchado está oculto; ¿por qué, después de ser descubierto y condenado, no se bautiza de nuevo, para que se lave y reciba la fe? Pero si, estando oculto el infiel y manchado, se lava y recibe la fe; ¿de qué se lava, de qué recibe, donde no está la conciencia del que da santamente, que lave al que recibe? Que diga esto, que responda a esto: ¿De qué se lava, de qué recibe, si se atiende a la conciencia del que da santamente, que lave al que recibe; y esto no está allí, cuando el bautizador manchado e infiel está oculto? No se ha respondido en absoluto a esto.

CAPUT XXI.---24. Pero he aquí que angustiado en la causa, nuevamente hace un ataque nebuloso y ventoso contra mí, para que la serenidad de la verdad se oscurezca; y se vuelve copioso en suma pobreza, no diciendo la verdad, sino lanzando maldiciones vacías. Mantened ciertamente con la mayor atención y firmeza lo que debe responder, es decir, de qué se lava la conciencia del que recibe, cuando la manchada del que da está oculta: no sea que su soplo os lo arrebathe de las manos, y vosotros mismos seáis arrastrados por la tempestad nebulosa de su discurso turbio, de modo que no sepáis ni a dónde ir ni a dónde regresar. Y ved al hombre vagar donde puede, mientras no puede mantenerse en la causa que ha asumido. Ved cuántas cosas dice, no teniendo qué decir. Dice que resbalo resbaladizo, pero que soy sostenido: que no destruyo, ni confirmo lo que objeciono, que invento cosas inciertas por ciertas, que no permito a los lectores creer lo que es verdadero, sino que hago que sospechen más profundamente de lo dudoso. Dice que tengo el ingenio condenable de un Académico de Carneades. Intenta también insinuar lo que los Académicos piensan sobre la falsedad o el engaño del sentido humano, incluso ignorando por completo de qué habla. Afirma que dicen que las nieves son negras cuando son blancas, y la plata negra, que la torre parece redonda o lisa cuando es angular, que el remo en el agua está roto cuando está entero. Y todo esto por el hecho de que cuando dije, Se atiende a la conciencia del que da o del que da santamente, contra yo dije, ¿Qué, si la conciencia del que da está oculta, y tal vez manchada? Estas son las nieves negras, y la plata negra, y la torre redonda por angular, y el remo en el agua roto por entero. Pues dije algo que puede pensarse, y no puede ser, que la conciencia del que da esté oculta, y tal vez manchada.

25. Y se sigue a sí mismo, y clama: ¿Qué es, ¿Qué si; qué es, Tal vez? sino una vacilación incierta e inconstante de quien duda, de la cual aquel tuyo dice: «¿Qué si ahora regreso a aquellos que dicen, ¿Qué si ahora cae el cielo?» (Terent. Heaut. act. 4, scen. 3, vers. 41). ¿Esto que dije, ¿Qué si la conciencia del que da está oculta, y tal vez manchada; es como si dijera, ¿Qué si ahora cae el cielo? Se dijo ciertamente, ¿Qué si; porque puede suceder que esté oculta, puede suceder que no esté oculta: pues cuando se ignora qué piensa, o qué ha cometido, ciertamente está oculta para el que recibe la conciencia del que da; cuando, sin embargo, se manifiesta su pecado, no está oculta. Se dijo, y tal vez manchada; porque puede suceder que esté oculta y sea pura, y nuevamente puede suceder que esté oculta y manchada. Por eso, ¿Qué si; por eso, Tal vez. ¿Acaso esto es semejante a, ¿Qué si ahora cae el cielo? ¡Oh, cuántas veces han sido convictos y confesos hombres de tener conciencias manchadas y adulterinas, cuando fueron bautizados por ellos ignorantes, después de que su crimen se manifestó y fueron degradados, y sin embargo el cielo no cayó! ¿Qué hace aquí Pilus y Furius, que defendieron la injusticia contra la justicia? ¿Qué hace aquí el ateo Diágoras, que negó la existencia de Dios, para que de él pareciera haber predicho el profeta, Dijo el necio en su corazón, No hay Dios (Salmo XIII, 1)? ¿Qué hacen aquí estos? ¿Por qué fueron nombrados, sino para intervenir por un hombre que no tiene qué decir; para que mientras se dice algo al menos sobre ellos sin causa, parezca que se trata la causa, y a lo que no se ha respondido, se crea que se ha respondido?

CAPUT XXII.---26. Finalmente, si estas dos o tres palabras, ¿Qué si, y Tal vez, son tan intolerables, que por ellas se despertaron los Académicos dormidos, y Carneades, y Pilus, y Furius, y Diágoras, y las nieves negras, y la ruina del cielo, y otras cosas igualmente insanas y absurdas; que se quiten del medio. Pues en verdad sin ellas no se puede decir lo que queremos. He aquí que basta lo que poco después está puesto, e interpuesto por él mismo de mis cartas: ¿De qué, pues, debe ser lavado quien recibe el Bautismo, cuando la conciencia del que da está contaminada, y esto lo ignora el que va a recibir (Supra, lib. 1, cap. 2, n. 3)? ¿No está aquí? ¿Qué si, y Tal vez. Que se responda, pues. Atended, no sea que en lo que sigue, responda a esto. Pero yo te, dice, constriño cavilosamente a la fe de creer, para que no te desvíes más. ¿Por qué apartas la vida con argumentos de necedad a errores? ¿Por qué turbas la razón de la fe con cosas irracionales? Con esta sola palabra te tengo y te convenzo. Esto dijo Petiliano, no yo. Estas son de la epístola de Petiliano; pero a las que ya añadí esas dos palabras, que me acusa de haber sustraído, y no obstante mostré que la sentencia de mi investigación, a la que no responde, permanece mucho más breve y clara. Ciertamente estas son las dos, santamente, y sabiendo: para que no sea, la conciencia del que da, sino la conciencia del que da santamente; y no sea, quien recibe la fe de un infiel, sino quien recibe la fe sabiendo de un infiel. Palabras que no había sustraído, sino que no encontré en el código que me fue dado. Pues puede ser que estuviera defectuoso: ni esto es increíble, para que también de aquí se despierte contra mí la envidia Académica, y se afirme que lo que dije, que el código estaba defectuoso, es como si dijera nieves negras. ¿Por qué le devuelvo una sospecha temeraria, para decir que él lo añadió después, quien fingió que lo sustraje; cuando esta nota de defectuosidad puede soportarla el código que no se enoja sin mi temeraria maledicencia?

CAPUT XXIII.---27. Y eso, en primer lugar, es decir, del que da santamente, no impide en absoluto mi investigación, en la que él es fuertemente cuestionado, si debo decir así, Si se atiende a la conciencia del que da: o más bien así, Si se atiende a la conciencia del que da santamente, que purifica al que recibe; ¿de dónde, entonces, debe ser purificado quien recibe el Bautismo, si la conciencia del que da está contaminada, y esto lo ignora quien va a recibirlo? Pero lo otro que se añade, sabiendo, para que no se diga, Quien recibe la fe de un pérfido; sino, Quien recibe la fe sabiendo que es de un pérfido, no recibe la fe, sino la culpa: confieso que, como si faltara, he dicho algunas cosas cuya pérdida soporto fácilmente; ya que más bien traían demora a mi facilidad, que ayuda a mi capacidad. Pues cuanto más expedito, cuanto más claro y breve así pregunto: Si se atiende a la conciencia del que da santamente, que purifica al que recibe; y, quien recibe la fe sabiendo que es de un pérfido, no recibe la fe, sino la culpa; ¿de dónde es purificado, quien ignora la conciencia manchada del que no da santamente, y de dónde recibe la verdadera fe, quien es bautizado sin saberlo por un pérfido? Que se diga de dónde, y allí toda la causa del Bautismo se hará evidente, allí todo lo que se busca brillará; pero si se dice, no si el tiempo se termina maldiciendo.

CAPUT XXIV.---28. Por tanto, cualquier cosa que critique de estas dos palabras eliminadas o se glorie de las añadidas, nada impide mi pregunta: a la cual él, no encontrando qué responder, para no quedarse callado, arremete una y otra vez contra mi persona; diría, alejándose de la causa, si alguna vez se hubiera acercado a la causa. Pues como si se tratara de mí, y no de la verdad de la Iglesia o del Bautismo, por eso dice que argumenté con esas dos palabras eliminadas, para que no perjudique a mi conciencia lo que, dice él, ignoré de la sacrílega conciencia de mi contaminador. Si así fuera, esa palabra que se añadió, sabiendo, más bien me beneficiaría, y me perjudicaría si se quitara. Pues si hubiera querido defenderme así, para que se pensara que ignoré la conciencia de mi bautizador, tomaría a Petiliano hablando a mi favor: ya que no dice de cualquier manera, Quien recibe la fe de un pérfido;

sino, Quien recibe la fe sabiendo que es de un pérfido, no recibe la fe, sino la culpa: para que de aquí yo me jactara de haber recibido la fe, no la culpa, porque diría, No recibí sabiendo de un pérfido, sino que ignoré la conciencia del hombre que da. Veán, pues, y cuenten, si pueden, cuántas cosas superfluas dice sobre un Ignoré, que propone que dije, cuando en absoluto lo dije: porque no se trataba de mí, para que lo dijera, ni apareció ningún crimen en quien me bautizó, para que me viera obligado a decir que ignoré su conciencia para mi defensa.

CAPUT XXV.---29. Y sin embargo, este, para no responder a lo que dije, propone lo que no dije; y desvía a las personas de la atención de su deber, para que no se exija lo que debe responderse; interpone a menudo, Ignoré, digo: y responde, Pero si ignoraras: y como si convenciera, para que no me sea lícito decir, Ignoré. Menciona a Mensurio, Ceciliano, Macario, Taurino, Romano, y afirma que actuaron contra la Iglesia de Dios, lo cual no podría ignorar, dado que soy africano, y casi ya anciano: cuando, según escucho, Mensurio murió en la unidad de la comunión, antes de que la parte de Donato se separara: y he leído la causa de Ceciliano, que ellos mismos llevaron a Constantino, y por los obispos que ese emperador designó como jueces, y una y otra vez, y por el mismo rey, incluso en tercera instancia, fue absuelto. Macario, Taurino y Romano, lo que sea que hicieron con poder judicial o ejecutivo contra su obstinada furia por la unidad, consta que lo hicieron según las leyes; las cuales ellos mismos, al llevar la causa de Ceciliano al juicio del Emperador, obligaron a que se dictaran y ejecutaran contra ellos.

30. Entre muchas otras cosas que no tienen relación con el asunto, dice que fui golpeado por la sentencia del procónsul Mesiano, para que huyera de África: y por esta falsedad (que si no la inventó él mismo, ciertamente creyó maliciosamente a los malintencionados que la inventaron) no temió con asombrosa temeridad decir, sino también escribir muchas otras falsedades consecuentes: cuando yo llegué a Milán antes del cónsul Bautón, y a ese cónsul le recité un elogio en las calendas de enero en una gran asamblea y vista de personas, por mi entonces profesión retórica, y de ese viaje ya después de la muerte del tirano Máximo regresé a África; pero el procónsul Mesiano escuchó a los maniqueos después del consulado de Bautón, como lo muestra el día de los Actos insertado por el mismo Petiliano. Lo cual, si fuera necesario probar a los que dudan o creen lo contrario, podría presentar a muchos hombres ilustres en el mundo como testigos muy confiables de toda mi vida de ese tiempo.

CAPUT XXVI.---31. Pero, ¿por qué buscamos estas cosas? ¿Por qué sufrimos y hacemos demoras superfluas? ¿Acaso de aquí vamos a encontrar de dónde debe ser purificada la conciencia del que recibe, que ignora la manchada del que da; y de dónde recibe la fe, quien es bautizado sin saberlo por un pérfido? Lo que Petiliano, habiéndolo propuesto de mi Epístola como si fuera a responder, dijo cualquier otra cosa que lo que la causa requería. Cuántas veces dijo, Si ignoraras; como si yo hubiera dicho, lo que nunca dije, que ignoré la conciencia de mi bautizador. Y no pareció hacer otra cosa con su boca maledicente, que intentar convencer de que no ignoré los males de aquellos entre quienes fui bautizado, y con cuya comunión me asocié: entendiendo claramente que la ignorancia no me haría culpable. He aquí, pues, si ignorara, como tantas veces repitió, sin duda sería inocente de todos esos males. ¿De dónde, entonces, sería purificado, quien ignorando la conciencia no santa del que da, no podría ser impedido por sus crímenes? ¿De dónde recibiría la fe, quien es bautizado sin saberlo por un pérfido? Pues no en vano repitió tantas veces, Si ignoraras, a menos que no permitiera que se me considerara inocente: sin duda juzgando que la inocencia de nadie se viola, si sin saberlo recibe la fe de un pérfido, e ignora la manchada conciencia del que no da santamente. Que diga, entonces, de dónde tales son purificados, de dónde reciben la fe, no la culpa. Pero no se dejen engañar: que lo diga; no que diga mucho sin decir nada, o que diga

mucho sin decir nada. Luego, lo que viene a la mente, y no debe pasarse por alto, si yo soy culpable porque no ignoré, para hablar según él; pero no ignoré porque soy africano, y casi ya anciano: al menos los niños de otras partes del mundo no sean culpables, que ni por origen ni por edad pudieron conocer estas cosas vuestras, ya sean verdaderas o falsas; quienes, sin embargo, si caen en sus manos, son rebautizados sin ninguna consideración.

CAPUT XXVII.---32. Pero ahora no buscamos eso: más bien que responda (lo cual se desvía copiosamente para no verse obligado a responder), de dónde es purificada la conciencia del que recibe, que ignora la manchada del que da, si se atiende a la conciencia del que da santamente, que purifica al que recibe; y de dónde recibe la fe, quien es bautizado sin saberlo por un pérfido, si quien recibe la fe sabiendo que es de un pérfido, no recibe la fe, sino la culpa. Dejando de lado sus maldiciones, que lanzó contra mí sin ninguna consideración sana, sigamos atentos por si acaso dice lo que pedimos en lo que sigue. Sin embargo, es agradable observar cuán locuazmente lo propuso, como si fuera a destruirlo y derribarlo fácilmente. Pero a ese, dice, argumento de tu fantasía, en el que parece pintar con palabras a quienquiera que bautices, regresemos. Pues te convenía imaginar cosas verosímiles, tú que no ves la verdad. Estas palabras tuyas pronunció Petiliano, para proponer mis palabras. Luego añadió: He aquí, dices, está el pérfido que va a bautizar, pero el que va a ser bautizado ignora su perfidia. No dijo toda mi proposición e interrogación, y pronto comenzó a interrogarme, diciendo: ¿Quién es este, o de dónde surgió el que propones? ¿Por qué te parece ver a quien simulas, para no ver a quien debes ver y examinar diligentemente y probar? Pero porque entiendo que ignoras el orden del Sacramento, te digo esto brevemente: y tú debiste examinar al bautista, y ser examinado por él. ¿Qué es lo que esperábamos? Que dijera, de dónde es purificada la conciencia del que recibe, que ignora la manchada del que no da santamente, y de dónde recibe la fe, no la culpa, quien recibe el Bautismo sin saberlo de un pérfido. He aquí que hemos oído que el bautista debe ser examinado diligentemente por quien quiere recibir la fe, no la culpa, para encontrar la conciencia del que da santamente, que purifica al que recibe. Pues quien no lo haya examinado, y sin saberlo haya recibido de un pérfido, por el mismo hecho de no haberlo examinado, y haber ignorado la manchada conciencia del que da, no tuvo de dónde recibir la fe, no la culpa. ¿Qué, entonces, ayudó, que añadió como algo grande, sabiendo, lo que me acusó de haber eliminado? Pues cuando no quiso que se dijera así, Quien recibe la fe de un pérfido, no recibe la fe, sino la culpa; pareció dejar alguna esperanza al ignorante. Ahora bien, cuando se le pregunta, de dónde recibe la fe, quien es bautizado sin saberlo por un pérfido; respondió que debió examinar al bautista: sin duda no permite al pobre ni siquiera ignorar, no encontrando de dónde pueda recibir la fe, a menos que ponga su esperanza en el hombre que bautiza.

CAPUT XXVIII.---33. Esto es lo que aborrecemos en ustedes, esto es lo que condena la sentencia divina, clamando veraz y manifiestamente: Maldito el hombre que confía en el hombre (Jeremías XVII, 5). Esto es lo que prohíbe claramente la santa humildad y caridad apostólica, clamando Pablo: Nadie se gloríe en los hombres (1 Corintios III, 21). Esto es lo que en nosotros provoca el impulso de calumnias vanas y maldiciones acerbas, para que, como si el hombre fuera destruido, no quede esperanza alguna para aquellos a quienes ministramos la palabra de Dios y el sacramento por la dispensación que se nos ha confiado. Les respondemos: ¿Hasta cuándo ponen sobre el hombre? Les responde la venerable sociedad católica: ¿No se someterá mi alma a Dios? porque de él viene mi salvación. Porque él es mi Dios, mi protector; no emigraré (Salmo LXI, 2, 3). Pues, ¿qué otra causa tuvieron estos para emigrar de la casa de Dios, sino porque fingieron no poder soportar los vasos hechos para deshonra, sin los cuales aquella no será hasta el día del juicio, cuando sin embargo esto más bien les fue a ellos, y lo objetaron calumniosamente a otros, como aparece en los hechos y

escritos de entonces: de los cuales, hechos para deshonra, para que no emigre perturbado de la gran casa, que es una con el gran padre de familia, dice el siervo de Dios, y buen fiel o quien va a recibir la fe en el Bautismo, lo que recordé poco antes: ¿No se someterá mi alma a Dios? A Dios, ciertamente, no al hombre. Porque de él viene mi salvación, no del hombre. Este, sin embargo, no daría al menos entonces a Dios el hombre para ser purificado y limpiado, cuando la manchada conciencia del que no da santamente está oculta, y quien recibe la fe sin saberlo de un pérfido. Esto, dice, te digo brevemente, y tú debiste examinar al bautista, y ser examinado por él.

CAPUT XXIX.---34. Les ruego, presten atención aquí: yo pregunto de dónde es purificada la conciencia del que recibe, cuando ignora la manchada del que no da santamente, si se atiende a la conciencia del que da santamente, que purifica al que recibe; y de dónde recibe la fe, quien es bautizado sin saberlo por un pérfido, si quien recibe la fe sabiendo que es de un pérfido, no recibe la fe, sino la culpa: y él me responde que deben ser examinados tanto el bautista como el bautizando. Y para probar esto, donde no hay cuestión alguna, aduce el ejemplo de Juan, que fue examinado por aquellos que le preguntaron quién decía ser (Juan I, 22); que él mismo también examinó a aquellos a quienes dijo, Generación de víboras, ¿quién les enseñó a huir de la ira venidera (Mateo III, 7)? ¿Qué tiene esto que ver con el asunto? ¿Qué tiene esto que ver con la causa? Dios había dado testimonio a Juan de su santidad excelentísima con una profecía clarísima que lo precedía, tanto cuando fue concebido como cuando nació. Pero aquellos ya creyentes en que era santo, preguntaban quién de los santos decía ser, o si él mismo era el santo de los santos que es Cristo Jesús. Pues se le tenía tanta gracia, que se creía inmediatamente cualquier cosa que dijera de sí mismo. Pero si con este ejemplo se afirma que cualquier bautista debe ser examinado ahora, cualquiera que sea lo que diga de sí mismo, será creído. ¿Quién es, entonces, el ficticio, a quien ciertamente, como está escrito, el Espíritu Santo huye (Sabiduría I, 5), que no quiera ser creído de lo mejor de sí mismo, y lo haga con las palabras que pueda? Ahora bien, cuando se le haya preguntado quién es, y haya respondido que es un fiel dispensador de Dios, y que no tiene la conciencia contaminada por ninguna mancha de crimen; ¿será este todo el examen, o también deben observarse más diligentemente sus costumbres y vida? Así es, ciertamente: pero no está escrito que aquellos que interrogaron a Juan en el desierto del Jordán hicieran esto.

CAPUT XXX.---35. Por lo tanto, este ejemplo no tiene nada que ver con el asunto en cuestión. Más bien, esa sentencia apostólica incita suficientemente esta preocupación; donde dice: Que sean probados primero, y así ministren sin tener ningún crimen (1 Timoteo III, 10). Lo cual, cuando se hace con diligencia y de costumbre casi por todos en ambos lugares; ¿de dónde han sido encontrados tantos reprobos después del tiempo de esta dispensación, sino porque la diligencia humana a menudo se engaña, y algunos que primero eran buenos se convierten en peores? Lo cual sucede tan frecuentemente, que no permite a nadie disimularlo u olvidarlo; ¿qué es lo que Petiliano nos enseña contumeliosamente, que el bautista debe ser examinado por el bautizando, ya que preguntamos de dónde debe ser purificada la conciencia del que recibe, cuando la manchada del que no da santamente está oculta, si se atiende a la conciencia del que da santamente, que purifica al que recibe? Porque entiendo que ignoras el orden del Sacramento, dice, te digo esto brevemente, y tú debiste examinar al bautista, y ser examinado por él. ¡Oh, responder! Lo rodea en tantos lugares una multitud tan grande de personas, que han sido bautizadas por aquellos que, aunque primero parecían justos y castos, después fueron descubiertos y condenados por sus crímenes y depuestos; y se cree que escapa de la violencia de esta pregunta, en la que preguntamos de dónde es purificada la conciencia del que recibe, cuando ignora la manchada del que no da santamente, si se atiende a la conciencia del que da santamente, que purifica al que recibe; porque brevemente debió ser

examinado el bautista. Nada más infeliz, que no consentir con la verdad, por la cual uno es tan concluido, que no puede encontrar salida. Preguntamos de quién recibe la fe, quien es bautizado sin saberlo por un pérfido. Se responde, Debió examinar a su bautista. Entonces, porque no lo examina y recibe la fe incluso sin saberlo de un pérfido, ¿no recibe la fe, sino la culpa? ¿Por qué, entonces, no se rebautizan a aquellos que consta que fueron bautizados por los traidores y convictos, cuando aún estaban ocultos?

CAPUT XXXI.---36. Y, ¿dónde está, dice, lo que añadí, sabiendo; para que no dijera, Quien recibe la fe de un pérfido: sino, Quien recibe la fe sabiendo que es de un pérfido, no recibe la fe, sino la culpa? Por lo tanto, recibió la fe, no la culpa, quien sin saberlo recibió de un pérfido: y por eso pregunto de dónde la recibió. Donde, coartado, responde, Debió examinar. Está bien, debió: no lo hizo, o no pudo; ¿qué piensan de él? ¿Fue purificado, o no? Si fue purificado, pregunto de dónde. Pues la manchada conciencia del que no da santamente, que ignoró, no pudo purificarlo. Pero si no fue purificado, ordenen que sea purificado. No lo ordenan: entonces fue purificado. Digan, ¿de dónde? Digan al menos ustedes, lo que él no dijo. Pues propongo las mismas palabras, a las que no pudo responder. He aquí que está el pérfido que va a bautizar; pero el que va a ser bautizado ignora su perfidia: ¿qué creen que va a recibir, fe o culpa (Supra, lib. 1, cap. 2, n. 2)? Hasta aquí basta con lo propuesto: respondan, o busquen diligentemente qué respondió él. Encontrarán también calumnias refutadas. Pues me culpa, como burlándose, de que proponga cosas verosímiles, que no veo la verdad. Repitiendo también mis palabras y con la sentencia a medias, Dices, dice, He aquí que está el pérfido que va a bautizar, pero el que va a ser bautizado ignora su perfidia. Luego añade, ¿Quién es este, o de dónde surgió? Como si fuera uno o dos, y no estuvieran llenos de tales por todas partes. ¿Por qué me pregunta quién es este, o de dónde surgió; y no más bien mira alrededor, y ve que son raras las Iglesias, ya sea en las ciudades o en los campos, que no tienen hombres descubiertos en crímenes y depuestos del clero? Cuando estaban ocultos, y querían parecer buenos cuando eran malos, y ser considerados castos cuando eran adúlteros, ciertamente eran ficticios; ciertamente el Espíritu Santo los huía, como está escrito. De esa turba de los que aún están ocultos surgió el pérfido que propuse: ¿por qué me pregunta de dónde surgió, cerrando los ojos ante tal multitud, de la cual si se consideran solo los que pudieron ser convencidos y depuestos, su ruido basta para los ciegos?

CAPUT XXXII.---37. ¿Qué, además, de que él mismo mencionó en su Epístola, que Quodvultdeum, condenado y expulsado por dos adulterios entre ustedes, fue aceptado por los nuestros? Entonces, ¿qué (sin prejuizar a este, quien probó o persuadió de su buena causa), aquellos que aún no han sido descubiertos entre ustedes, cuando bautizan, qué se recibe de ellos, fe o culpa? No ciertamente fe; porque no tienen la conciencia de dar santamente, que purifique al que recibe. Pero tampoco culpa, debido a esa palabra añadida: Porque quien conscientemente recibe la fe de un infiel, no recibe fe, sino culpa. Sin embargo, aquellos que fueron bautizados por ellos, ciertamente no sabían cómo eran. Por lo tanto, no recibiendo fe de ellos, porque no tenían la conciencia de dar santamente; tampoco recibiendo culpa, porque no conocían, sino que ignoraban sus crímenes, fueron bautizados, permaneciendo sin fe y sin culpa. No están, por tanto, en el número de tales escandalosos. Pero tampoco pueden estar en el número de los fieles; porque así como no pudieron recibir culpa, tampoco pudieron recibir fe de ellos. Sin embargo, los vemos ser contados por ustedes entre los fieles, y ninguno de ustedes considera que deban ser bautizados, sino que tienen por válido que fueron bautizados. Por lo tanto, recibieron la fe; pero no la recibieron de aquellos que no tenían la conciencia de dar santamente, que purificara al que recibe. ¿De dónde, entonces, la recibieron? Esto me preocupa, esto pregunto urgentemente, esto exijo vehementemente que se responda.

CAPUT XXXIII.---38. Observen ahora a Petiliano, no sea que responda esto, o no pueda ser descubierto que no pudo responder esto, vagando inútilmente con nuestras injurias, acusando y no probando nada; y donde tal vez intenta resistir por la causa como si fuera combativo, en todas partes es fácilmente superado: sin embargo, a esta única cosa no responde en absoluto lo que preguntamos, Si se atiende a la conciencia de dar santamente, que purifique al que recibe, ¿de dónde será purificado quien recibe el Bautismo, cuando la conciencia del que da está contaminada, y esto lo ignora quien va a recibirlo? Con estas palabras de mi Epístola recordadas, me propuso preguntando, y se mostró no respondiendo nada. Pues cuando dijo lo que ya recordé, y en lo que mostré que no respondió a lo que pregunté; y cuando, constreñido por grandes angustias, se vio obligado a decir que debe ser examinado el bautista por el bautizado, el bautizado por el bautista; y cuando intentó demostrarlo con el ejemplo de Juan, si acaso encontraba oyentes muy negligentes o ignorantes; añadió otros testimonios de las Escrituras que no pertenecen al asunto, que el eunuco le dijo a Felipe, Aquí hay agua, ¿quién me impide ser bautizado? (Hechos VIII, 36), porque sabía, dice, que los perdidos son impedidos: y que por eso Felipe no le impidió ser bautizado, porque lo había probado leyendo cómo creía en Cristo: como si hubiera impedido a Simón el Mago. Y que los Profetas temieron ser engañados por un falso bautismo: y por eso Isaías dijo, Agua mentirosa, que no tiene fe (Jer. XV, 18), como mostrando que entre los hombres infieles el agua es mentirosa: cuando esto no lo dijo Isaías, sino Jeremías sobre los hombres mentirosos, llamando figuradamente agua al pueblo, lo cual se demuestra muy claramente en el Apocalipsis (Apoc. XVII, 15). Y que David dijo, Que el aceite del pecador no unja mi cabeza: cuando él dijo esto sobre la adulación del adulador que engaña con falsa alabanza, de donde la cabeza del alabado crece en soberbia. Este entendimiento lo abren las palabras en el mismo salmo mencionadas anteriormente. Pues así dice: Me corregirá el justo con misericordia, y me reprenderá; pero el aceite del pecador no engordará mi cabeza (Salmo CXL, 5). ¿Qué hay más claro que esta sentencia? ¿Qué más evidente? Pues prefiere ser corregido con la áspera reprensión del justo misericordiosamente para ser sanado, que ser ungido con las suaves adulaciones del adulador para ser inflado.

CAPUT XXXIV.---39. Petiliano también recuerda que el apóstol Juan advirtió que no se crea a todo espíritu, sino que se prueben los espíritus, si son de Dios (I Juan IV, 1): como si esta diligencia se aplicara para que ahora, antes de tiempo, se separe el trigo de la paja, y no más bien para que el trigo no sea engañado por la paja: o incluso si un espíritu mentiroso dice algo verdadero, por eso debe negarse, porque lo dijo un espíritu detestable. Quien piense así, es tan demente, que tal vez contendría que Pedro no debió decir, Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente (Mat. XVI, 16): porque algo así ya lo habían dicho los demonios (Id. VIII, 29, Marc. I, 24, y Luc. VIII, 28). Pues entonces el Bautismo de Cristo, ya sea ministrado por un injusto o por un justo, no es otra cosa que el Bautismo de Cristo; por lo tanto, el hombre cauteloso y buen fiel debe evitar la iniquidad del hombre, no condenar los Sacramentos de Dios.

40. En todo esto ciertamente Petiliano no responde, si se atiende a la conciencia de dar santamente, que purifique al que recibe, ¿de dónde será purificado quien recibe el Bautismo, cuando la conciencia del que da está contaminada, y esto lo ignora quien va a recibirlo? Un colega suyo de Thubursicubure, un tal Cipriano, fue sorprendido en un burdel con una mujer de mala reputación, y fue presentado y condenado por Primiano en Cartago. Este, cuando bautizaba, antes de ser descubierto y expulsado, ciertamente no tenía la conciencia de dar santamente, que purificara al que recibe. ¿De dónde, entonces, fueron purificados aquellos que hoy, con él condenado, ciertamente no son nuevamente purificados? No era necesario nombrar al hombre, a menos que Petiliano dijera nuevamente, ¿Quién es este, o de dónde

salió? ¿Por qué no examinaron a este bautista los suyos, como Juan fue examinado por Petiliano al pensar así? ¿O lo examinaron tanto como los hombres pudieron examinar a un hombre, pero no lo encontraron durante mucho tiempo debido a su astuta ficción?

CAPUT XXXV.---¿Acaso su agua no era mentirosa, o el aceite del fornicador no es el aceite del pecador? ¿O lo que dice la Iglesia Católica es verdad, y esa agua y ese aceite no eran de quien los ministraba, sino de aquel en cuyo nombre se invocaba allí? ¿Por qué aquellos que eran bautizados por este ficticio y oculto no probaban el espíritu, porque no era de Dios? Pues el espíritu santo de la disciplina huía del ficticio (Sab. I, 5)? ¿O también huía de él, y no abandonaba sus Sacramentos aunque fueran ministrados por él? Finalmente, ya que no niegan que aquellos fueron purificados, a quienes con él condenado no se preocupan de purificar; vean si con tantas nubes multiplicadas, en algún lugar Petiliano responde de dónde fueron purificados estos, si se atiende a la conciencia de dar santamente, que purifique al que recibe, que el inmundo oculto no pudo tener.

41. Por lo tanto, sin responder a esto, que se le pregunta tan insistentemente; luego, también comparándose a sí mismo la amplitud de hablar, dice: Cuando estos, dice, tanto los Profetas como el Apóstol los temieron cautelosamente, ¿con qué cara dices tú que el Bautismo del pecador es santo para los que creen bien? Como si yo o algún católico dijera que el Bautismo es del pecador, que se entrega o recibe con el pecador ministrante, y no de aquel en cuyo nombre se bautiza el creyente. De ahí ya se lanza a Judas el traidor, y dice de él todo lo que puede, añadiendo testimonios proféticos, que fueron predichos de él mucho antes: como si la Iglesia de Cristo difundida por todo el mundo, cuya causa se trata en esta cuestión, fuera manchada por la impiedad de Judas el traidor: no considerando que incluso de esto debió ser advertido, que no debe dudarse que esa es la Iglesia de Cristo que se extiende en todas las naciones, porque esto fue profetizado mucho antes con verdad, tanto como no debe dudarse que Cristo debía ser entregado por uno de sus discípulos, porque esto también fue profetizado de manera similar.

CAPUT XXXVI.---42. Pero claramente después de esto, Petiliano cuando llega a nuestra objeción, que recibieron el Bautismo de los Maximianistas a quienes habían condenado (Supra, lib. 2, cap. 10, nn. 11, 12): aunque en la proposición de esta cuestión prefirió usar sus palabras que las mías: pues no decimos que el Bautismo de los pecadores deba beneficiarnos, que no solo decimos que no es de los pecadores, sino de ningún hombre en absoluto, porque lo reconocemos como de Cristo: así lo propuso: Pero tú afirmas obstinadamente, dice, que el Bautismo de los pecadores debe beneficiarte, porque también nosotros, como dijiste, conservamos el Bautismo de los culpables que justamente condenamos. Cuando llega a esta cuestión, como dije, toda su simulada lucha también lo abandonó. No encontró a dónde ir, por dónde salir, qué camino explorar o abrir para escapar en secreto o romper con fuerza. Aunque, dice, lo demostraré en el segundo libro, cuánto difieren los nuestros de los vuestros que dicen ser inocentes: sin embargo, mientras tanto, primero liberen a los suyos de los crímenes de sus colegas que conocen, y luego pregunten por la razón de aquellos que rechazamos. Así respondería cualquier hombre, así respondería, a menos que se oponga a la verdad, contra la cual no encuentra qué responder. Si entonces también nosotros decimos las mismas palabras, Mientras tanto, primero liberen a los suyos de los crímenes de sus colegas que conocen, y luego nos acusen de cualquier crimen de los que creen malos entre nosotros: ¿ambos hemos vencido, o ambos hemos sido vencidos? Más bien, él venció por su Iglesia y en su Iglesia, quien nos enseñó en su Escritura, que nadie se gloríe en el hombre, y que quien se gloria, se gloríe en el Señor (I Cor. III, 21, y I, 31). Pues aquí estamos nosotros, que con el discurso de la verdad decimos, que el creyente no es justificado por el hombre por quien es bautizado, sino por aquel de quien está escrito, Al que cree en aquel que justifica al impío, se

le cuenta la fe por justicia (Rom. IV, 5); ya que no nos gloriamos en el hombre, y nos esforzamos, con su don, cuando nos gloriamos, en gloriamos en el Señor; cuán seguros estamos, de lo que sea que pueda probarse de algunos hombres de nuestra comunión en error o crimen. Pues entre nosotros, cualquiera que sea malo o completamente oculto, o conocido por algunos debido a los buenos a quienes son desconocidos, y entre quienes no pueden ser convencidos, son tolerados por el vínculo de la unidad y la paz, para que no se arranque también el trigo con la cizaña; así llevan la carga de su maldad, que nadie comparte con ellos, excepto aquellos a quienes les agrada su iniquidad. Pues no tememos, que aquellos a quienes bautizan no puedan ser justificados; ya que ellos creen en aquel que justifica a los impíos, para que su fe se les cuente por justicia (Ibid., 5).

CAPUT XXXVII.---43. Por lo tanto, entre nosotros, ni aquel que dijo que fue expulsado por nosotros por el crimen de los sodomitas, y en su lugar se estableció a otro, y nuevamente fue devuelto a nuestro colegio, sin saber lo que dice; ni aquel que recuerda que entre ustedes hizo penitencia, de cualquier manera que sus causas puedan ser defendidas, ya sea que puedan o no puedan, no prejuzgan nada a la Iglesia de Dios, que se difunde por todas las naciones, y crece en el mundo hasta la cosecha: en la cual si realmente son malos los que acusan, ya no están en ella, sino en su paja; si son buenos, cuando los infaman con iniquas acusaciones, ellos son probados como oro, mientras ustedes arden en la similitud de la paja: sin embargo, la Iglesia no se mancha con los pecados ajenos, que según las fidelísimas profecías se ha extendido por todo el orbe de la tierra, esperando el fin del siglo como la orilla, donde, llevada, carecerá de los peces malos, con los cuales dentro de las mismas redes del Señor, mientras no debió separarse de ellos impacientemente, pudo soportar la incomodidad de la naturaleza inocentemente. Sin embargo, la disciplina eclesiástica no se descuida por los dispensadores constantes, diligentes y prudentes de Cristo, donde los crímenes se manifiestan de tal manera que no pueden ser defendidos con ninguna razón probable. Existen innumerables documentos en aquellos que fueron obispos o clérigos de otro grado de este tipo, y ahora degradados o por vergüenza han ido a otras tierras, o han pasado a ustedes mismos o a otras herejías, o son conocidos en sus regiones; cuya multitud está tan dispersa por las tierras, que si Petiliano, refrenando un poco la temeridad de maldecir, lo pensara, de ninguna manera caería en una sentencia tan abiertamente falsa y vana, que pensara que debía decirnos: Nadie de ustedes es inocente, donde ningún culpable es condenado.

CAPUT XXXVIII.---44. Pues para omitir a otros que habitan en diversas tierras; pues apenas en algún lugar falta este tipo de hombres, donde aparece que los inicuos prelados y ministros, también en la Iglesia católica, suelen ser condenados: pudo observar de cerca a Honorio de Milevi. De Splendonio, a quien, siendo diácono en la Iglesia Católica, fue condenado, y rebautizado por él, lo hizo presbítero, cuya condena en Galia fue enviada a nosotros por los hermanos, y nuestro colega Fortunato allí en Constantina la propuso públicamente para ser leída, y a quien después el mismo Petiliano, habiendo experimentado sus horribles insidias, lo rechazó: de este Splendonio, entonces, ¿cuándo no pudo ser advertido de cómo los malos también son degradados en la Iglesia Católica? Me asombro en qué precipicio de temeridad tenía el corazón, cuando dictaba estas cosas, donde se atrevió a decir: Nadie de ustedes es inocente, donde ningún culpable es condenado. Por lo tanto, los malos corporalmente mezclados, espiritualmente separados en la Iglesia católica, tanto cuando son ignorados por la condición humana, como cuando son condenados por la consideración de la disciplina, llevan sus cargas. Y por lo tanto, aquellos están seguros, si no comparten los pecados de ellos por imitación y consentimiento, quienesquiera que sean bautizados por ellos en el Bautismo de Cristo: porque incluso si fueran bautizados por los mejores, no serían justificados sino por aquel que justifica a los impíos, para que su fe se les cuente por justicia.

CAPUT XXXIX.---45. Pero ustedes, cuando se les objeta a los Maximianistas, condenados por la sentencia del concilio de trescientos diez; atacados por el mismo concilio con tantos procónsules, con tantos Actos municipales alegados; expulsados de las basílicas que ocupaban, por órdenes de los jueces y auxilios de las ciudades; nuevamente recibidos y honrados por ustedes con aquellos que bautizaron fuera de su comunión, sin ninguna cuestión de Bautismo; no encuentran qué responder. Pues son vencidos por la sentencia, no verdadera, sino suya, que sostiene que en la misma comunión de los Sacramentos, unos perecen por los crímenes de otros, y que cada uno es tal como es el hombre por quien fue bautizado; si culpable, culpable; si inocente, inocente. Si estas cosas son verdaderas, para omitir a otros innumerables, ciertamente los crímenes de los Maximianistas, cuyo crimen en un concilio tan numeroso exageraron hasta la similitud de aquellos que la tierra sorbió vivos, los perdieron a ustedes. Pero si los crímenes de los Maximianistas no los perdieron a ustedes; son falsas las cosas que así sienten, y mucho menos pudieron perder al orbe de la tierra los crímenes no probados de los africanos. Por lo tanto, como escribe el Apóstol, Cada uno llevará su propia carga (Gál. VI, 5): y el Bautismo de Cristo no es de nadie, sino de Cristo: y Petiliano promete en vano que dirá en el segundo libro sobre lo que planteamos de los Maximianistas, pensando muy mal de los corazones humanos, como si no entendieran que no tiene qué decir.

CAPUT XL.---46. Pues si el Bautismo, que Praetextatus y Feliciano ministraron en la comunión de Maximiano, era de ellos; ¿por qué fue recibido por ustedes, en aquellos que bautizaron, como si fuera de Cristo? Pero si verdaderamente es de Cristo, como lo es, no podría beneficiarles, quienes lo tuvieron con el crimen del cisma; ¿qué dicen ustedes que pudieron proporcionarles a aquellos que recibieron con el mismo Bautismo, sino que por el vínculo de la paz, borrado el crimen de la división escandalosa, no se les obligara a recibir el santo lavacro como si no lo tuvieran, sino que como antes era pernicioso, así ya comenzara a serles útil lo que tenían? O si esto no se les proporcionó en su comunión, porque tampoco podría proporcionarse a los cismáticos entre los cismáticos; sin embargo, esto se les proporciona a ustedes en la comunión católica, no para que reciban el Bautismo como si les faltara, sino para que el mismo que recibieron les beneficie. Pues todos los Sacramentos de Cristo, no para salvación, sino para juicio se tienen sin la caridad de la unidad de Cristo. Pero porque no es verdadera, sino su sentencia, que por el Bautismo de no sé qué traidores pereció el Bautismo de Cristo del orbe de la tierra; con razón no encuentran qué responder sobre el Bautismo recibido de los Maximianistas.

47. Veán, por lo tanto, y recuerden vigilante y atentamente, cómo Petiliano no respondió ni siquiera a lo que él mismo se propone, de lo que parece hablar algo. Sin embargo, dejó completamente de lado hace tiempo, y no quiso decirnos, porque ciertamente no pudo, ni hasta el final de su volumen dirá alguna vez, lo que de las primeras partes de mi Epístola, como si fuera a refutarlo, recordó. Pues aunque añadió también dos palabras, que me acusó de haber omitido, como si fueran sus fortísimas defensas, no obstante, yaciendo sin defensa, no encuentra qué responder, cuando se pregunta, Si se atiende a la conciencia de dar santamente, que purifique al que recibe, ¿de dónde será purificada su conciencia, quien ignora la conciencia contaminada de quien no da santamente; y si alguien conscientemente recibe la fe de un infiel, no recibe fe, sino culpa, de dónde recibirá fe, no culpa, quien ignorante es bautizado por un infiel: es evidente que no ha respondido nada a esto desde hace tiempo que habla.

48. Luego continuó con boca maledicente en la vituperación de los monasterios y monjes, acusándome también a mí, de que este tipo de vida fue instituido por mí. Qué tipo de vida es este, no lo sabe en absoluto; o más bien, fingiendo no saber lo que es notorio en todo el orbe. De ahí afirmando que dije, que Cristo es el bautista, también añadió algunas palabras de mi

Epístola, como si hubiera dicho esto de mi propia sentencia, que dije de la suya y de la de ustedes, y se lanzó con copiosísima atrocidad contra mí, como si yo hubiera dicho esto; cuando la sentencia que reprende, no es mía, sino de él y de ustedes; lo cual demostraré claramente, tanto como pueda, un poco más adelante. Luego intentó enseñarnos con muchas y superfluas palabras, que no es Cristo quien bautiza, sino que se bautiza en su nombre, junto con el del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, de la cual misma Trinidad dijo lo que quiso o lo que pudo, que Cristo es el medio de la Trinidad. De ahí, sobre el nombre de Simón y Barjesús, magos, nos lanzó las injurias que le placieron. Luego, suspendiendo gradualmente la causa de Optato de Tamugadi, para no ser manchado por su infamia, ni él ni los suyos pudieran juzgarlo; y en eso mismo nos acusó, de que fue presionado por mis sugerencias.

CAPÍTULO XLI.---49. Finalmente concluyó su Epístola exhortando y advirtiendo a los suyos que no se dejen engañar por nosotros, y lamentándose de que hayamos empeorado a los nuestros más de lo que ya estaban. Considerando y discutiendo diligentemente estas cosas, queda claro por la misma Epístola que escribió, que Petiliano no respondió en absoluto a lo que primero planteé en mi Epístola, si como dice, la conciencia del que da, o más bien, para añadir lo que considera un gran fundamento, si se atiende a la conciencia del que da santamente, que purifica al que recibe, de qué debe ser purificado quien recibe el Bautismo, cuando si la conciencia del que da está manchada, el que va a recibirlo lo ignora. Por lo tanto, no es de extrañar que un hombre que resiste por falsedad, presionado por las estrecheces de la verdad que se le opone, prefiera lanzar insultos insanos antes que querer caminar con aquello que no puede ser vencido.

50. Ahora, os ruego, prestad atención brevemente, para que os muestre claramente qué temió para no responder a esto, y lo que intentó oscurecer, lo saque a la luz. Podría, sin duda, responder fácilmente a nuestra pregunta, de qué debe ser purificado quien recibe el Bautismo cuando la conciencia del que lo da está manchada y el que lo va a recibir lo ignora, diciendo: Del Señor Dios; y podría decir con total confianza: Sin duda, Dios purifica la conciencia del que recibe, cuando ignora la manchada del que no da santamente. Pero el hombre que ya había sido forzado por la intención de vuestra secta a situar la purificación del que recibe en la conciencia del que da; ya que había dicho: Se atiende a la conciencia del que da, o del que da santamente, que purifica al que recibe; temió que pareciera mejor que un hombre fuera bautizado por un hombre malo oculto, que por un hombre bueno manifiesto: entonces no sería purificado por la conciencia del que da santamente, sino por la misma santidad excelentísima de Dios. Temiendo, por tanto, que le siguiera una absurda o más bien demente consecuencia tan grande, que no supiera cómo evitarla, no quiso decir de dónde debe ser purificada la conciencia del que recibe, cuando ignora la manchada conciencia del que no da santamente; y perturbando todo con un clamor litigioso, prefirió ocultar lo que se le preguntaba, que responder a lo que se le preguntaba, de lo cual sería inmediatamente sofocado: nunca pensando que nuestras cartas podrían ser leídas por hombres de buen corazón, o por aquellos que hubieran leído las mías, a las que fingió responder.

CAPÍTULO XLII.---51. Pues esto que acabo de decir, está puesto clarísimamente en esa misma Epístola mía, contra la cual escribiendo no dijo nada: y os ruego que prestéis atención un momento a lo que hizo allí; y aunque le favorezcáis y nos odiéis, si podéis, soportadlo con ánimo ecuánime. Porque en su Epístola anterior, a cuyas primeras partes, que fueron las únicas que llegaron a nuestras manos entonces, respondí primero, había puesto la esperanza del hombre que bautiza en el hombre que bautiza, diciendo: Porque toda cosa consiste en su origen y raíz, y si algo no tiene cabeza, no es nada (Supra, lib. 1, cap. 4, n. 5, sqq.; y lib. 2, cap. 5, nn. 10, 11): porque Petiliano había dicho esto, no queriendo que se entendiera otra

cosa como origen y raíz y cabeza del hombre que bautiza, sino el hombre por quien es bautizado, yo añadí y dije: Preguntamos, pues, cuando el bautizador infiel está oculto, si entonces el que bautiza recibe la fe, no la culpa, si entonces no es su bautizador su origen y raíz y cabeza, ¿quién es de quien recibe la fe? ¿Dónde está el origen de donde nace? ¿Dónde la raíz de donde brota? ¿Dónde la cabeza de donde comienza? ¿O acaso cuando el que se bautiza ignora al bautizador infiel, entonces Cristo da la fe, entonces Cristo es el origen y raíz y cabeza? Esto, pues, digo y exclamo ahora, como también exclamé allí: ¡Oh temeridad y soberbia humana! ¿por qué no permites que siempre sea Cristo quien dé la fe, haciendo al cristiano al darlo? ¿por qué no permites que siempre sea Cristo el origen del cristiano, que el cristiano arraigue en Cristo, que Cristo sea la cabeza del cristiano? Pues ni siquiera cuando la gracia espiritual es impartida a los creyentes por un dispensador santo y fiel, el mismo dispensador justifica, sino aquel único de quien se ha dicho que «justifica al impío» (Rom. IV, 5). ¿O acaso el apóstol Pablo era la cabeza y origen de aquellos que había plantado, o Apolo la raíz de aquellos que había regado, y no aquel que les dio el crecimiento: cuando el mismo dice, «Yo planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento: así que ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios, que da el crecimiento» (I Cor. III, 6, 7)? Tampoco él era su raíz, sino más bien aquel que dice, «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos» (Juan XV, 5). ¿Cómo podía ser también su cabeza, cuando dice que nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, y predica clarísimamente en muchos lugares que Cristo mismo es la cabeza de todo el cuerpo? Por lo tanto, ya sea que alguien reciba el sacramento del Bautismo de un dispensador fiel o infiel, toda su esperanza debe estar en Cristo, para que no sea maldito quien pone su esperanza en el hombre (Supra, lib. 1, cap. 5, nn. 6, 7).

CAPÍTULO XLIII.---52. Esto lo puse, creo, clara y verdaderamente en la Epístola anterior, cuando respondía a Petiliano. También lo he recordado ahora, insinuando y recomendando que nuestra esperanza no esté en el hombre, y que creamos que Dios Cristo es el purificador, el justificador de los hombres, de aquellos que creen en Él que justifica al impío, para que su fe les sea contada por justicia, ya sea que el hombre que ministra el Bautismo sea santo, o impío y falso a quien el Espíritu Santo huye. Luego añadí, si fuera de otra manera, cuánta absurdidad seguiría, y dije lo que también digo ahora: De lo contrario, si cada uno renace en la gracia espiritual tal como es aquel por quien es bautizado, y cuando es manifiesto que quien bautiza es un hombre bueno, él mismo da la fe, él mismo es el origen y raíz y cabeza del que nace; pero cuando el bautizador infiel está oculto, entonces cada uno recibe la fe de Cristo, entonces toma su origen de Cristo, entonces se arraiga en Cristo, entonces se gloria en Cristo como cabeza: es deseable para todos los que son bautizados, que tengan bautizadores infieles y los ignoren. Pues por muy buenos que sean, Cristo es incomparablemente mejor, quien entonces será la cabeza del bautizado, si el bautizador infiel está oculto. Pero si es demente creer esto (pues siempre Cristo justifica al impío, haciendo del impío un cristiano, siempre se recibe la fe de Cristo, siempre Cristo es el origen de los regenerados y la cabeza de la Iglesia), ¿qué peso tienen esas palabras, que los lectores vanos no atienden a lo que tienen dentro, sino solo a cómo suenan (Supra, lib. 1, cap. 6, nn. 6, 7)? Esto dije entonces, esto está escrito en mi Epístola.

CAPÍTULO XLIV.---53. Luego, poco después, ya que él había dicho: Siendo así las cosas, hermanos, ¿qué perversidad puede haber, para que quien es culpable por sus crímenes haga a otro inocente, diciendo el Señor Jesucristo, «El árbol bueno da buenos frutos; el árbol malo da malos frutos: ¿acaso se recogen uvas de los espinos?» (Mat. VII, 17, 16)? y de nuevo, «Todo hombre bueno saca cosas buenas del buen tesoro de su corazón, y todo hombre malo saca cosas malas del tesoro de su corazón» (Id. XII, 35)? con estas palabras Petiliano muestra bastante claramente que debe tomarse al hombre que bautiza como el árbol, y al que es

bautizado como el fruto: a esto yo había respondido, Si el árbol bueno es el buen bautizador, para que su fruto sea bueno aquel a quien ha bautizado; cualquiera que haya sido bautizado por un hombre malo, incluso no manifiesto, no podrá ser bueno: pues ha surgido de un árbol malo. Porque una cosa es un árbol bueno, otra cosa es un árbol oculto, pero sin embargo malo. ¿Qué otra cosa quise dar a entender con estas palabras, sino lo que puse un poco más arriba, que el árbol y su fruto no deben tomarse como el que bautiza y el que es bautizado; sino que el hombre es el árbol, y su fruto es su obra y su vida, que siempre es buena en el bueno, y mala en el malo: para que no siga esa absurdidad, que el hombre sea malo incluso si es bautizado por un hombre malo oculto, como fruto de un árbol aunque oculto, pero sin embargo malo? contra lo cual él no respondió en absoluto.

CAPÍTULO XLV.---54. Pero para que no dijera, ya sea él, ya sea alguno de vosotros, que cuando quien bautiza es un malo oculto, entonces no es su fruto aquel a quien bautiza, sino el fruto de Cristo; inmediatamente añadí qué error insensato sigue incluso a esta sentencia, y repetí aquello, aunque con otras palabras, que había dicho un poco antes: Si cuando el árbol malo está oculto, cualquiera que haya sido bautizado por él, no nace de él, sino de Cristo; son más santamente justificados los que son bautizados por malos ocultos, que los que son bautizados por buenos manifiestos (Supra, lib. 1, capp. 7, 8, nn. 8, 9). Petiliano, pues, coartado por estas angustias tan vehementes, calló las cosas anteriores de las que estas dependían, y estas absurdidades que siguen al error de él, las mencionó en su respuesta, como si yo las hubiera dicho de mi propia sentencia; las cuales fueron dichas para que él atendiera cuánto mal seguiría a su sentencia, y se viera obligado a cambiarla. Haciendo, pues, este engaño a los que escuchan o leen, y desesperando completamente de que se pueda leer lo que escribimos, comenzó a arremeter contra mí gravemente y con petulancia, como si yo hubiera sentido que era deseable para todos los que son bautizados, que tengan bautizadores infieles y los ignoren, porque por muy buenos que sean, Cristo es incomparablemente mejor, quien entonces será la cabeza del bautizado, si el bautizador infiel está oculto. También como si yo hubiera sentido que son más santamente justificados los que son bautizados por malos ocultos, que los que son bautizados por buenos manifiestos: cuando esta maravillosa insensatez fue mencionada por mí porque necesariamente sigue a aquellos que sienten con Petiliano, que el hombre bautizado es al bautizador suyo, como el fruto al árbol del que nace, bueno del bueno, malo del malo: a quienes cuando les decimos que respondan, de quién creen que es fruto el hombre bautizado, cuando es bautizado por un malo oculto, ya que no se atreven a rebautizarlo, se ven obligados a responder, que entonces no es fruto de aquel malo oculto, sino que es fruto de Cristo: y por lo tanto les sigue lo que no quieren, y lo que es demente sentir; porque si el hombre es entonces fruto del hombre bautizador suyo, cuando es bautizado por un bueno manifiesto, pero cuando es bautizado por un hombre malo oculto, entonces no es fruto de él, sino de Cristo, son más santamente justificados los que son bautizados por malos ocultos, que los que son bautizados por buenos manifiestos.

CAPÍTULO XLVI.---55. Lo cual, atribuyéndomelo Petiliano como si yo lo hubiera sentido, arremete contra mí gravemente y vehementemente, él mismo demuestra, con esa misma grave invectiva suya, cuán nefando es sentir esto: y por lo tanto, todo lo que quiso que pareciera que yo había dicho por esta sentencia, se encuentra que lo ha dicho contra sí mismo, quien se convence de sentir tales cosas. Pues allí muestra, cuánta fuerza de la verdad ha sido superado, donde no encontró otra salida, sino fingir que yo había sentido lo que él siente. Así como si aquellos a quienes el Apóstol reprende, porque decían que no hay resurrección de los muertos, quisieran acusar al mismo apóstol, porque dijo, Ni Cristo resucitó, y que es vana la predicación de los Apóstoles, vana también la fe de los creyentes, y que se encuentran falsos testigos contra Dios, que dijeron que resucitó a Cristo. Esto quiso hacerme Petiliano,

desesperando de que se pueda leer lo que escribí, a lo que no pudo responder, y deseando grandemente que se pensara que había respondido. Pero así como si alguien hubiera hecho eso al Apóstol, recitado todo ese lugar de su Epístola, y devueltas las palabras anteriores de las que estas dependen, cualquiera que lo lea entendería, toda esa calumniosa reprensión se volvería contra el rostro de los que reprenden: así, devueltas las palabras anteriores de mi Epístola, mientras Petiliano me acusa, en su cara, de donde intentó removerlas, se vuelven con mayor ímpetu.

56. Pues el Apóstol, refutando a aquellos que negaban la resurrección de los muertos, corrige con esta absurdidad que sigue a los que sienten tales cosas, para que, mientras aborrecen lo que es nefando decir, corrijan lo que se atrevieron a creer. Por lo tanto, dice así: Si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo resucitó: si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe; y nos encontramos falsos testigos de Dios, porque hemos testificado contra Dios, que resucitó a Cristo, a quien no resucitó (I Cor. XV, 13-15): para que, mientras temen decir que Cristo no resucitó, y las demás cosas malas y nefastas que siguen, corrijan lo que dijeron neciamente e infielmente, que no hay resurrección de los muertos. Si, pues, quitas lo que está puesto al principio de este razonamiento, Si no hay resurrección de los muertos; mal están dichas las demás cosas, y deben atribuirse al Apóstol. Pero si devuelves de donde dependen, y lo pones al principio, No hay resurrección de los muertos; correctamente seguirán, Ni Cristo resucitó, y, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe, y las demás cosas que están conectadas: y todas estas cosas han sido dichas bien y prudentemente por el Apóstol, porque cualquier mal que tengan, debe imputarse a aquellos que negaban la resurrección de los muertos. Así también en mi Epístola, quita lo que está puesto, Si cada uno renace en la gracia espiritual tal como es aquel por quien es bautizado, y cuando es manifiesto que quien bautiza es un hombre bueno, él mismo da la fe, él mismo es el origen y raíz y cabeza del que nace; pero cuando el bautizador infiel está oculto, entonces cada uno recibe la fe de Cristo, entonces toma su origen de Cristo, entonces se arraiga en Cristo, entonces se gloria en Cristo como cabeza: quita esto de donde depende lo que sigue, y está muy mal dicho y debe atribuirse a mí, Es deseable para todos los que son bautizados, que tengan bautizadores infieles y los ignoren. Pues por muy buenos que sean, Cristo es incomparablemente mejor, quien entonces será la cabeza del bautizado, si el bautizador infiel está oculto (Supra, lib. 1, cap. 6, n. 7). Pero devuélvase aquellas cosas que vosotros decís, entonces ya esto que de allí depende y sigue ligado, no se encuentra que sea sentido por mí, y cualquier mal que tenga, se vuelve contra vuestra sentencia. También quita lo que está puesto, Si el árbol bueno es el buen bautizador, para que su fruto sea bueno aquel a quien ha bautizado, y si cuando el árbol malo está oculto, cualquiera que haya sido bautizado por él, no nace de él, sino de Cristo: quita esto, que os veis obligados a confesar tanto por vuestra secta como por la Epístola de Petiliano, y será mío y me será imputado aquello insano que sigue, Son más santamente justificados los que son bautizados por malos ocultos, que los que son bautizados por buenos manifiestos (Ibid., cap. 8, n. 9). Pero devuélvase aquellas cosas de las que esto depende, inmediatamente verás que yo lo puse correctamente para corregiros, y todo lo que os desagrade con razón en esta sentencia, ha recaído en vuestra cara.

CAPÍTULO XLVII.---57. Por lo tanto, así como aquellos que negaban la resurrección de los muertos, de ninguna manera se defenderían de tantos males que el Apóstol les conectó diciendo, Ni Cristo resucitó, y de manera similar las demás cosas nefastas, a menos que cambiaran de opinión, y confesaran que hay resurrección de los muertos: así también vosotros, si no queréis que se os impute lo que decimos para convenceros y corregiros, que son más santamente justificados los que son bautizados por malos ocultos, que los que son

bautizados por buenos manifiestos; cambiad de opinión, y no pongáis la esperanza de los que son bautizados en el hombre. Pues si la ponéis, ved lo que digo, para que nadie lo suprima de nuevo, y diga que yo sentí lo que recuerdo para convenceros y corregiros. Ved lo que digo, de donde depende lo que voy a decir: Si ponéis la esperanza de los que van a ser bautizados en el hombre por quien son bautizados; si constituís al hombre bautizador, como escribió Petiliano, origen y raíz y cabeza de aquel que es bautizado; si tomáis al árbol bueno como el buen hombre que bautiza, y su fruto como bueno aquel que ha sido bautizado por él; os advierto que preguntemos a vosotros, de qué origen nace, de qué raíz brota, a qué cabeza se une, de qué árbol nace aquel a quien bautiza un malo oculto. A esta investigación pertenece también aquello, a lo que he mencionado muchas veces que Petiliano no respondió: De dónde es purificado quien recibe el Bautismo, cuando ignora la manchada conciencia del que no da santamente: pues esta conciencia del que da o del que da santamente quiere ser el origen, la raíz, la cabeza, la semilla, el árbol, de donde surge, de donde se propaga, de donde comienza, de donde brota, de donde nace la santificación del bautizado.

CAPÍTULO XLVIII.---58. Cuando, por tanto, preguntamos de dónde ha sido lavado aquel a quien en vuestra comunión no rebautizáis, incluso cuando se ha comprobado que fue bautizado por alguien que, debido a su maldad oculta, no tenía ya una conciencia santa al darlo; ¿qué vais a responder, sino que fue Cristo o Dios, aunque Cristo es Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos (Rom. IX, 5); o el Espíritu Santo, ya que Él también es Dios, porque esta Trinidad es un solo Dios? Por eso, cuando Pedro dijo al hombre: "Te has atrevido a mentir al Espíritu Santo", inmediatamente añadió qué era el Espíritu Santo, y dijo: "No has mentido a los hombres, sino a Dios" (Hech. V, 3, 4). Finalmente, incluso si decís que fue lavado y purificado por un ángel, cuando desconoce la conciencia contaminada del que no da santamente; ved que los hombres santos, cuando resuciten a la vida eterna, entonces se dirá de ellos que serán iguales a los ángeles de Dios (Mat. XXII, 30). Por tanto, quienquiera que sea lavado por un ángel, es lavado más santamente que si fuera lavado por la conciencia de cualquier hombre. ¿Por qué, entonces, no queréis que se os diga: Si entonces lava el hombre cuando es manifiestamente bueno, pero cuando es ocultamente malo, ya que no tiene la conciencia de dar santamente, no es él, sino Dios o un ángel quien lava, son más santamente justificados los que son bautizados por los malos ocultos que los que son bautizados por los buenos manifiestos? Si esta sentencia os desagrada, ya que realmente debería desagradar a todos; eliminad aquello de donde nace, corregid aquello de donde se liga: pues si no preceden aquellas cosas, esta no sigue.

CAPÍTULO XLIX.---59. No digáis, por tanto, "Se atiende a la conciencia del que da santamente, que lava al que recibe": para que no se os diga, cuando está oculta la conciencia contaminada del que da, ¿quién lava la conciencia del que recibe? Y cuando respondáis, o Dios, o un ángel (ya que no tenéis otra cosa que responder); os seguirá aquello de lo que os avergonzáis: son más santamente justificados los que son bautizados por los malos ocultos, para que sean lavados por Dios o por un ángel, que los que son bautizados por los buenos manifiestos, que no se comparan con Dios o los ángeles. Pero decid lo que dice la Verdad y la Iglesia católica, que no solo cuando el ministro del Bautismo es malo, sino también cuando es santo y bueno, no se debe poner la esperanza en el hombre, sino en aquel que justifica al impío, en quien creyendo, la fe se cuenta por justicia (Rom. IV, 5). Porque cuando decimos, Cristo bautiza, no lo decimos por el ministerio visible, como piensa o desea que pensemos Petiliano; sino por la gracia oculta, el poder oculto en el Espíritu Santo, como fue dicho de Él por Juan Bautista, "Este es el que bautiza en el Espíritu Santo" (Juan I, 33). Ni, como dice Petiliano, ha cesado ya de bautizar: sino que aún lo hace, no por el ministerio del cuerpo, sino por la obra invisible de la majestad. Porque cuando decimos, Él bautiza, no decimos, Él

sostiene, y en el agua sumerge el cuerpo de los creyentes: sino, Él invisiblemente purifica, y esto a toda la Iglesia universal. Pues no se debe dejar de creer al apóstol Pablo, quien dijo de Él: "Maridos, amad a vuestras esposas, como también Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, limpiándola con el lavamiento del agua en la palabra" (Efes. V, 25, 26). He aquí que Cristo santifica; he aquí que Cristo incluso en el mismo lavamiento del agua en la palabra, donde los ministros se ven operar corporalmente, Él mismo lava, Él mismo purifica. Que nadie, por tanto, se atribuya lo que es de Dios: así es la esperanza cierta de los hombres, cuando se fija en aquel que no puede fallar: porque, "Maldito el hombre que confía en el hombre" (Jer. XVII, 5); y, "Bienaventurado aquel cuyo Dios es el Señor su esperanza" (Sal. XXXIX, 5). Pues el dispensador fiel recibirá la recompensa de la vida eterna: pero el dispensador infiel, cuando distribuye los alimentos del Señor a sus consiervos, no sea que por su infidelidad haga inútiles los alimentos. Porque, "lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis" (Mat. XXIII, 3). Esto fue mandado contra los malos dispensadores, para que los bienes de Dios sean recibidos a través de ellos, pero se evite la mala vida de ellos por la disimilitud.

CAPÍTULO L.--60. Si, además, es evidente que Petiliano no respondió a estas primeras palabras de mi Epístola, y donde intentó responder, más bien mostró que no pudo responder: ¿qué diré de aquellas partes de mis escritos a las que ni siquiera intentó responder, que no tocó en absoluto? Sin embargo, si alguien quiere revisar qué tipo de cosas son, quien tiene tanto mis escritos como los de él, creo que entenderá con cuánta firmeza están fortalecidas. Para mostraros esto brevemente, recordad los mismos testimonios de las Escrituras sagradas que él presentó como si fueran contra nosotros, y en mi respuesta los que yo también presenté contra vosotros: y ved cómo mostré que aquellos que él presentó no eran contrarios a nosotros, sino más bien a vosotros; y él no tocó en absoluto aquellos que yo presenté, que son sumamente necesarios, y en ese único del Apóstol, que intentó tratar como si fuera para él, veréis cuán sin salida se encontró.

61. La parte de la Epístola que escribió a los suyos, desde el principio hasta el lugar donde dice, "Esto nos manda el Señor: 'Cuando os persigan en esta ciudad, huid a otra; y si en esta os persiguen, huid a otra'" (Mat. X, 23); primero llegó a nuestras manos; a esto respondimos: y cuando nuestra respuesta también llegó a sus manos, escribió esta contra la cual ahora refutamos, y mostramos que no respondió a la nuestra. En esa primera parte de sus escritos a los que primero respondimos, estos son los testimonios de las Escrituras que pensó que eran adversos a nosotros: "El árbol bueno da buenos frutos, y el árbol malo da malos frutos: ¿acaso se recogen uvas de los espinos?" (Mat. VII, 17, 16); y de nuevo, "El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca lo bueno, y el hombre malo del mal tesoro saca lo malo" (Mat. XII, 35); y de nuevo, "El que se bautiza de un muerto, de nada le sirve su lavamiento" (Eclo. XXXIV, 30). Con estos testimonios queriendo mostrar que el que es bautizado se hace tal como fue el que lo bautiza. Yo, por el contrario, mostré cómo debían ser entendidos estos testimonios, y que no ayudaban en nada a su intención. Los demás dichos que puso contra los hombres malos y malvados, no son adversos a los granos del Señor, como fueron predichos y prometidos, esparcidos por todo el mundo, y más bien mostré suficientemente que pueden ser dichos por nosotros contra vosotros. Revisad, y encontraréis.

62. Pero yo, los que puse para la afirmación de la Iglesia católica, son estos: en cuanto al Bautismo, para que no se atribuya al hombre que da lo que es la gracia de Dios que nos regenera, nos purifica, nos justifica: "Es mejor confiar en el Señor que confiar en el hombre" (Sal. CXVII, 8); y, "Maldito el hombre que confía en el hombre" (Jer. XVII, 5); y porque, "Del Señor es la salvación" (Sal. III, 9); y, "Vana es la salvación del hombre" (Sal. LIX, 13); y porque, "Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento" (I Cor.

III, 7): y porque aquel en quien se cree justifica al impío, para que su fe se le cuente por justicia (Rom. IV, 5). En cuanto a la unidad de la Iglesia misma que se extiende por todas las naciones, con la que no os comunicáis, puse estos testimonios de que fue predicho de Cristo, porque "Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra" (Sal. LXXI, 8): y, "Te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión" (Sal. II, 8). Y que el pacto de Dios hecho con Abraham se recita para nuestra, es decir, la comunión católica, donde está escrito, "En tu simiente serán bendecidas todas las naciones" (Gén. XXII, 18): que la simiente es interpretada por el Apóstol diciendo, "Y a tu simiente, que es Cristo" (Gál. III, 16). De donde se ve que en Cristo, no solo los africanos o África, sino todas las naciones tendrán la bendición, por las cuales se extiende la Iglesia católica, prometida mucho antes. Y que la paja estará con los granos hasta la última ventilación, para que nadie excuse el sacrilegio de su separación por las calumnias de los crímenes ajenos, que haya dejado o abandonado la comunión de todas las naciones. Y para que no se divida la sociedad cristiana por los malos dispensadores, es decir, los superiores, también puse aquel testimonio, "Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis: porque dicen y no hacen" (Mat. XXIII, 3). Estos testimonios de las Escrituras sagradas que puse, él no mostró cómo debían ser entendidos de otra manera, para que no se mostrara que eran para nosotros ni contra vosotros, ni quiso tocarlos en absoluto: más bien, con el tumulto de sus injurias, intentó que, si fuera posible, nadie recordara que yo había dicho esto, quien después de leer mi Epístola, también quisiera leer la suya.

CAPÍTULO LI.---63. Pero lo que de los escritos del apóstol Pablo puse, que intentó tratar como si fuera para él, prestad atención por un momento. Dijo, "El apóstol Pablo reprende a aquellos que decían ser del apóstol Pablo, y dice, '¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O en el nombre de Pablo fuisteis bautizados?' (I Cor. I, 13). Por lo tanto, si ellos erraban, y si no se corregían perecerían, ¿cuál es entonces la esperanza de aquellos que quisieron ser de Donato? Pues esto es lo que hacen estos, que el origen y la raíz y la cabeza del bautizado no sea sino aquel de quien es bautizado" (Supra, lib. 1, capp. 3, 4, nn. 4, 5). Estas palabras y este testimonio del Apóstol de mi Epístola las recordó, y se propuso refutarlas. Por tanto, ved si respondió al propósito. Dijo: "Esto es un dicho vano, inflado y pueril e insensato, y que está muy lejos de la razón de nuestra fe. Entonces dirías esto correctamente, si nosotros dijéramos, En el nombre de Donato fuimos bautizados: o, Donato fue crucificado por nosotros: o, En nuestro nombre fuimos bautizados. Pero como estas cosas no han sido dichas ni se dicen por nosotros, porque seguimos la forma de la divina Trinidad; tú, que nos acusas de tales cosas, es cierto que estás loco. O si piensas que en el nombre de Donato, o en nuestro nombre fuimos bautizados, te equivocas perdidamente, y al mismo tiempo confiesas sacrílegamente de vosotros que en el nombre de Ceciliano contamináis a los miserables." Esto respondió Petiliano contra lo que yo dije, no entendiendo, o más bien, para que nadie entienda, con su estruendo, que no respondió en absoluto a lo que se trataba. ¿Quién no ve, por tanto, que más bien fue correctamente puesto por nosotros este testimonio del Apóstol, porque no decís que fuisteis bautizados en el nombre de Donato, ni que Donato fue crucificado por vosotros, y sin embargo os separáis de la comunión de la Iglesia católica por la parte de Donato; así como aquellos a quienes Pablo reprendía, no decían que fueron bautizados en el nombre de Pablo, ni que Pablo fue crucificado por ellos, y sin embargo hacían un cisma por el nombre de Pablo. Así como, por tanto, a aquellos, por quienes Cristo, no Pablo, fue crucificado, y que fueron bautizados en el nombre de Cristo, no en el nombre de Pablo, y sin embargo decían, "Yo soy de Pablo", se les dice correctamente, "¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O en el nombre de Pablo fuisteis bautizados?" para que se adhieran a aquel que fue crucificado por ellos, y en cuyo nombre fueron bautizados, y no se dividan por el nombre de Pablo: así también a vosotros, mucho más porque no decís, En el nombre de Donato fuimos

bautizados, y sin embargo queréis ser de la parte de Donato, se os dice congruentemente, "¿Acaso fue Donato crucificado por vosotros? ¿O en el nombre de Donato fuisteis bautizados?" Sabéis que Cristo fue crucificado por vosotros, y que fuisteis bautizados en el nombre de Cristo, y sin embargo, por el nombre y la parte de Donato, con tanta obstinación os oponéis a la unidad de Cristo, quien fue crucificado por vosotros, y en cuyo nombre fuisteis bautizados.

CAPÍTULO LII.---64. Pero como Petiliano hizo en sus escritos, que el origen y la raíz y la cabeza del bautizado no sea sino aquel de quien es bautizado, y esto no lo dije yo en vano, ni puerilmente, ni insensatamente, revisad los principios de su Epístola a la que entonces respondí, y ved, o más bien, prestad atención diligentemente mientras yo lo recuerdo. "Se atiende a la conciencia del que da santamente, que lava al que recibe: porque quien sabiendo recibe la fe de un pérfido, no recibe la fe, sino la culpa. Y como si se le dijera, ¿De dónde pruebas esto? 'Porque toda cosa', dice, 'consiste en su origen y raíz; y si algo no tiene cabeza, no es nada; ni nada regenera bien, a menos que sea regenerado por buena semilla.' Siendo así, hermanos, ¿qué perversidad puede haber, que quien es culpable por sus crímenes, haga a otro inocente, dice el Señor Jesucristo, 'El árbol bueno da buenos frutos: ¿acaso se recogen uvas de los espinos?' y de nuevo, 'El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca lo bueno, y el hombre malo del mal tesoro saca lo malo:' y de nuevo, 'El que se bautiza de un muerto, de nada le sirve su lavamiento.'" Todo esto, como veis, se refiere a que la conciencia del que da santamente (para que nadie recibiendo la fe de un pérfido, no reciba la fe, sino la culpa) sea el origen, la raíz, y la cabeza, y la semilla del bautizado. Pues queriendo probar que se atiende a la conciencia del que da santamente, que lava al que recibe; y que quien sabiendo recibe la fe de un pérfido, no recibe la fe, sino la culpa; inmediatamente añadió, "Porque toda cosa consiste en su origen y raíz; y si algo no tiene cabeza, no es nada; ni nada regenera bien, a menos que sea regenerado por buena semilla." Y para que nadie fuera tan lento como para no entender aún que hablaba de aquel de quien uno es bautizado, lo explica a continuación, y dice: "Siendo así, hermanos, ¿qué perversidad puede haber, que quien es culpable por sus crímenes, haga a otro inocente, dice el Señor Jesucristo, 'El árbol bueno da buenos frutos: ¿acaso se recogen uvas de los espinos?' Y para que aún un oyente o lector ciego por una increíble obtusidad de corazón no vea que habla del hombre que bautiza; añade otra cosa donde también nombra al hombre: 'Y de nuevo,' dice, 'El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca lo bueno, y el hombre malo del mal tesoro saca lo malo:' y de nuevo, 'El que se bautiza de un muerto, de nada le sirve su lavamiento.'" Ciertamente ya es manifiesto, ciertamente ya no necesita intérprete ni disputador o demostrador, que estos buscan que el origen y la raíz y la cabeza del bautizado no sea sino aquel de quien es bautizado: y sin embargo, oprimido por la fuerza de la verdad, y como si hubiera olvidado lo que había dicho, Petiliano me concede después que Cristo sea el origen y la raíz de los regenerados y la cabeza de la Iglesia, no cualquier hombre dispensador y ministro del Bautismo. Pues cuando dijo que los Apóstoles bautizaban en el nombre de Cristo, y ponían a Cristo como fundamento, para hacer cristianos, y esto lo probaba con testimonios y ejemplos de las Escrituras sagradas, como si nosotros negáramos esto: "¿Dónde está ahora," dice, "aquella voz, que con pequeñas y frecuentes cuestiones resonantes, muchas cosas envueltas de Cristo y por Cristo y en Cristo, contra la temeridad y soberbia humana dijiste envidiosa y altivamente? He aquí que Cristo es el origen del cristiano, Cristo es la cabeza, Cristo es la raíz." Habiendo oído esto, ¿qué más puedo hacer sino dar gracias a Cristo mismo, quien obligó al hombre a confesar? Por tanto, son falsas aquellas cosas que dijo al principio de su Epístola, cuando quiso persuadir que se atiende a la conciencia del que da santamente, que lava al que recibe; y que quien sabiendo recibe la fe de un pérfido, no recibe la fe, sino la culpa. Pues queriendo mostrar cuánto hay en el hombre que bautiza, como grandes pruebas había añadido diciendo, "Porque toda cosa

consiste en su origen y raíz; y si algo no tiene cabeza, no es nada." Pero después cuando dice lo que también nosotros decimos, "He aquí que Cristo es el origen del cristiano, Cristo es la cabeza, Cristo es la raíz;" borra lo que había dicho antes, que la conciencia del que da santamente es el origen y la raíz y la cabeza del que recibe. Por tanto, la verdad ha vencido, para que el hombre que desea el Bautismo de Cristo, no ponga su esperanza en el hombre ministro, sino que se acerque seguro a Cristo mismo como al origen que no cambia, a la raíz que no se arranca, a la cabeza que no se derriba.

CAPUT LIII.---65. Ya se advierte de dónde proviene esa vena inflada, cuando al exponer la sentencia del Apóstol, dice: "Quien dijo, 'Yo planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento':" ¿qué otra cosa dijo, sino, Yo hice al hombre catecúmeno en Cristo, Apolo bautizó; Dios confirmó lo que hicimos? ¿Por qué entonces Petiliano no añadió lo que añadió el Apóstol, y que yo especialmente he destacado, para que también nos explicara esto, "Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento" (I Cor. III, 6, 7)? Si quisiera exponerlo según lo que puso antes, sin duda seguiría que ni el que bautiza es algo, sino Dios que da el crecimiento. ¿Qué importa ahora cómo se dijo, "Yo planté, Apolo regó": si realmente debe entenderse como si dijera, "Yo hice catecúmeno, Apolo bautizó"; o si hay otra interpretación más verdadera y congruente? He aquí que, según su propia exposición, ni el que hace catecúmeno, ni el que bautiza es algo, sino Dios que da el crecimiento. Hay una gran diferencia entre confirmar lo que otro hace y hacerlo. Porque quien da el crecimiento, no confirma el árbol o la vid, sino que crea. Con ese crecimiento, el árbol plantado produce y fija raíces; con ese crecimiento, la semilla sembrada emite brotes. Pero, ¿por qué discutir más sobre esto? Basta con que, según él mismo, ni el que hace catecúmeno, ni el que bautiza es algo, sino Dios que da el crecimiento. ¿Cuándo diría esto Petiliano, para que lo entenderíamos diciendo, Ni Donato de Cartago es algo, ni Januario, ni Petiliano? ¿Cuándo lo permitiría esa hinchazón, por la cual el hombre se cree ser algo cuando no es nada, y se engaña a sí mismo (Gál. VI, 3)?

CAPUT LIV.---66. Finalmente, incluso poco después, cuando intentó y se propuso como si fuera a reconsiderar esas palabras del Apóstol que nosotros habíamos objetado, no quiso poner lo que yo había dicho, sino otras cosas en las que de alguna manera la hinchazón humana pudiera respirar. Pues para replicar, dice, "las palabras del Apóstol que nos habías objetado, dijo, '¿Qué es Apolo, qué es Pablo? Ministros de aquel en quien creísteis'" (I Cor. III, 4, 5). ¿Qué otra cosa dice, por ejemplo, a todos los nuestros, sino, ¿Qué es Donato de Cartago, qué Januario, qué Petiliano, sino ministros de aquel en quien creísteis? Yo no puse este testimonio del Apóstol, sino aquel que él no quiso recordar, "Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento." Pero él quiso insertar esas palabras del Apóstol, donde pregunta qué es Pablo, o qué es Apolo, y responde, "Ministros de aquel en quien creísteis." Esto de alguna manera pudo soportarlo el cuello herético; pero aquello donde no preguntó y respondió qué era, sino que dijo que no era algo, no pudo soportarlo en absoluto. Pero ya quiero preguntar si no es algo el ministro de Cristo. ¿Quién diría esto? ¿Cómo, entonces, es verdad, "Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento," sino porque para una cosa es algo, para otra no es algo? Para ministrar y dispensar la palabra y el Sacramento es algo; pero para limpiar y justificar no es algo; porque esto no lo opera en el hombre interior, sino aquel por quien fue creado todo el hombre, y quien siendo Dios se hizo hombre, aquel de quien se dijo, "Purificando sus corazones por la fe" (Hech. XV, 9); y, "Al que cree en aquel que justifica al impío" (Rom. IV, 5). Este testimonio Petiliano quiso poner en mis palabras, pero en las suyas ni lo trató ni lo tocó.

CAPUT LV.---67. El ministro, es decir, el dispensador de la palabra y del Sacramento evangélico, si es bueno, se hace consocio del Evangelio; pero si es malo, no por eso deja de ser dispensador del Evangelio. Pues si es bueno, lo hace voluntariamente; si es malo, lo hace involuntariamente por otras cosas que busca. Sin embargo, observa lo que el mismo apóstol dice: "Si lo hago de buena voluntad, tengo recompensa; pero si de mala voluntad, la dispensación me ha sido confiada" (I Cor. IX, 17). Como si dijera: Si siendo bueno anuncio el bien, también yo llego; pero si siendo malo, anuncio el bien. ¿Acaso dijo, Si lo hago de mala voluntad, no seré dispensador? Pedro y los demás buenos anunciaron, Judas, aunque de mala voluntad, también fue enviado a anunciar con ellos. Ellos tienen recompensa, a él se le confió la dispensación. Pero aquellos que recibieron el Evangelio de todos ellos anunciándolo, no pudieron ser purificados y justificados por el plantador o el regador, sino por aquel que da el crecimiento. Pues no diremos que Judas no bautizó, cuando aún estaba entre los discípulos, cuando se hacía lo que está escrito, "Él no bautizaba, sino sus discípulos" (Juan IV, 2). ¿O porque aún no había traicionado a Cristo, quien tenía la bolsa y robaba lo que se echaba en ella (Juan XII, 6), y quien no pudo ser inocente como custodio del dinero, fue sin embargo dispensador de la gracia sin daño para los que la recibían? O si no bautizó, ciertamente admitís que evangelizó. Y si consideráis esto mínimo y leve, ved qué pensáis del mismo apóstol Pablo, quien dijo, "No me envió Cristo a bautizar, sino a evangelizar" (I Cor. I, 17). A esto se añade que Apolo comienza a ser más importante, quien regó bautizando, que Pablo, quien plantó evangelizando, cuando se atribuye a sí mismo el oficio de padre hacia los corintios por esto, y no concede este nombre a los que vinieron después de él. Pues dice: "Aunque tengáis diez mil pedagogos en Cristo, no tenéis muchos padres; porque en Cristo Jesús yo os engendré por el Evangelio" (I Cor. IV, 15). Les dice, "Yo os engendré," a quienes en otro lugar dice, "Doy gracias a Dios que no bauticé a ninguno de vosotros, sino a Crispo y a Gayo y a la casa de Estéfanos" (I Cor. I, 14). Así que los engendró, no por sí mismo, sino por el Evangelio. Que aunque buscara lo suyo, no lo de Jesucristo, y lo hiciera de mala voluntad sin su recompensa, sin embargo, dispensaría el dinero del Señor: que, aunque malo, no lo haría malo ni inútil para los que lo recibieran bien.

CAPUT LVI.---68. Y si esto se dice correctamente del Evangelio, cuánto más debe decirse del Bautismo, que pertenece al Evangelio de tal manera que sin él nadie llega al reino de los cielos, pero si se añade el Sacramento de la justicia. Porque quien dijo, "A menos que uno nazca de agua y del Espíritu, no entrará en el reino de los cielos" (Juan III, 5); el mismo dijo, "A menos que vuestra justicia supere la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (Mat. V, 20). La forma del Sacramento se da por el Bautismo, la forma de la justicia por el Evangelio. Uno sin el otro no lleva al reino de los cielos. Sin embargo, incluso los menos instruidos pueden bautizar perfectamente, pero evangelizar perfectamente es una obra mucho más difícil y rara. Por eso el doctor de los gentiles, superior a muchos, fue enviado a evangelizar, no a bautizar: porque esto podía hacerse por muchos, aquello por pocos, entre los cuales él sobresalía. Y sin embargo, leemos que en algunos lugares dijo, "Mi Evangelio" (II Tim. II, 8): pero nunca dijo mi Bautismo, ni de ninguno por quien fue ministrado. Pues solo aquel bautismo que dio Juan fue llamado bautismo de Juan (Hech. XIX, 3). Este hombre recibió el principal oficio de su dispensación, para que el sacramento precursor del lavamiento también se llamara de aquel por quien se dispensaba: pero el Bautismo que ministraron los discípulos de Cristo, no fue llamado de ninguno de ellos; para que se entendiera que era de aquel de quien se dijo, "Cristo amó a la Iglesia, y se entregó por ella, para santificarla, limpiándola con el lavamiento del agua en la palabra" (Efes. V, 25, 26). Si, por tanto, el Evangelio, que es tan de Cristo, que incluso el ministro puede decir que es suyo por el oficio de la dispensación, puede ser recibido por el hombre incluso a través de un dispensador malo sin peligro, haciendo lo que dice, pero no haciendo lo que hace: cuánto más

el Bautismo de Cristo, que ninguno de los Apóstoles ministró de tal manera que se atreviera a decir que era suyo, puede ser recibido sin contagio del mal ministro por quien se acerca con buena fe a Cristo.

CAPUT LVII.---69. Por tanto, si Petiliano, cuando yo no omití demostrar que los testimonios de las Escrituras que él puso no eran contra nosotros; él mismo no tocó en absoluto los que yo puse, y en parte, cuando quiso tratarlos, no mostró otra cosa que no pudo salir de allí: no es necesario exhortaros o advertiros mucho para que veáis qué debéis mantener y qué debéis evitar. Pero tal vez en los testimonios de las Sagradas Escrituras apareció así, ¿acaso valió algo en esos documentos que se hicieron entre los hombres sobre el mismo cisma? Más bien, incluso en estos, aunque se busquen superfluamente después de los testimonios divinos, ¿qué recordó o qué probó? Que aunque fue gravemente inyectivo contra los traditores, y proclamó muchos testimonios de los Libros Sagrados contra ellos, no dijo nada que los mostrara como traditores. Sin embargo, yo recordé que Silvano de Cirta, a quien él mismo sucedió después de interponer algunas cosas, cuando aún era subdiácono, fue expresado como traidor en los Actos municipales. Contra esto, él no se atrevió a murmurar nada. Y ciertamente veis cuánta necesidad lo compelia a responder, para mostrar inocente de la acusación de tradición a su predecesor, y no solo consocio, sino, por así decirlo, incluso concatedral. Especialmente cuando toda vuestra causa la constituís allí, para llamar traditores a aquellos a quienes fingís o creéis que sucedieron en la comunión a los traditores. Por tanto, quien por la necesidad de su causa, si yo dijera que algún otro de vuestra parte, de Rusiccada o Calama o de cualquier otra ciudad, fue demostrado como traidor en los Actos municipales, se vería obligado a defenderlo de todas maneras, guardó silencio sobre su predecesor. ¿Por qué, sino porque aquí no encontró qué oscuridad arrojar, de donde al menos pudiera engañar a hombres de mente muy lenta y somnolienta? ¿Qué podría decir, sino que se lanzan falsedades sobre Silvano? Pero recitamos los Actos, y cuándo se hizo, y cuándo también se alegó ante el cónsul Zenófilo. ¿Cómo podría él resistir a estos, rodeado por todas partes por la óptima causa de la Iglesia Católica, y vuestra causa pésima? Por eso recuerdo estas palabras de aquella mi Epístola, a la que quiso parecer haber respondido con esta que ahora refuto: para que veáis cuán invictamente está puesto, contra lo cual él no pudo encontrar nada más seguro que el silencio.

CAPUT LVIII.---70. Pues cuando puso como testimonio del Evangelio contra nosotros, donde el Señor dice, "Vendrán a vosotros con vestiduras de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces; por sus frutos los conoceréis;" yo respondí, y dije, "Consideremos, pues, los frutos:" entonces inmediatamente añadí, "Objecionáis la tradición; esta misma mucho más probablemente nosotros os la objetamos a vosotros. Y para no correr por muchas cosas, en esa misma ciudad de Constantina, vuestros mayores ordenaron a Silvano como obispo en el mismo inicio de su cisma. Este, cuando aún era subdiácono, fue manifestamente traidor expresado en los Actos municipales. Si también vosotros presentáis algunos documentos contra nuestros mayores, se requiere una condición equitativa, para que ambos sean verdaderos o ambos falsos. Si ambos son verdaderos, sin duda sois culpables de cisma, quienes fingisteis huir de crímenes en la comunión de todo el orbe, que teníais en esa misma parte de vuestra partición. Pero si ambos son falsos, sin duda sois culpables de cisma, quienes por falsos crímenes de traditores os mancháis con el crimen atroz de la separación. Pero si de nosotros hay algunos y de vosotros ninguno, o de nosotros verdaderos y de vosotros falsos, no hay necesidad de discutir cuán completamente se cierran vuestras bocas. ¿Qué, si la santa y verdadera Iglesia de Cristo os convenciera y superara, incluso si no tuviéramos ninguno o falsos, y vosotros algunos y verdaderos documentos de tradición; qué os quedaría, sino que, si queréis, améis la paz; pero si no queréis, al menos calléis? Porque cualquier cosa que ahora

presentéis, fácilmente y verdaderamente diría, entonces debisteis probarlo a la unidad plena y católica de la Iglesia ya difundida y firmada por tantas naciones, para que estuvierais dentro, y aquellos a quienes convencierais fueran expulsados fuera. Pero si intentasteis hacer esto, sin duda no pudisteis probarlo; y vencidos, o enojados, os separasteis sacrílegamente de los inocentes, quienes no podían condenar lo incierto. Pero si ni siquiera intentasteis hacerlo, con una ceguera demasiado execrable e impía os separasteis de los trigos de Cristo, que crecen por todo el campo, es decir, el mundo hasta el fin, ofendidos por unas pocas cizañas en África. A estas cosas, que recordé de mi anterior Epístola, Petiliano no respondió en absoluto. Y ciertamente veis que en estas pocas palabras se contiene toda la causa que se discute entre nosotros. ¿Qué intentaría decir, donde cualquier cosa que eligiera sería vencido?

71. Pues cuando se presentan documentos de traidores tanto de nosotros contra los vuestros, como de vosotros contra los nuestros (si es que también vosotros presentáis algunos, que hasta este día no conocemos en absoluto; pues Petiliano no habría omitido insertarlos en sus cartas, quien tan diligentemente se preocupó de recordar e insertar partes de los Actos que pertenecen a la causa contra mí): sin embargo, como ya comencé a decir, si tanto de nosotros como de vosotros se presentan tales documentos, que hasta este día no conocemos en absoluto; sin duda o ambos son verdaderos, o ambos son falsos, o los nuestros son verdaderos y los vuestros falsos, o los nuestros falsos y los vuestros verdaderos: no se encuentra más qué decir.

CAPUT LIX.---Pero en todas estas cuatro sentencias la verdad está a favor de la comunión de la Iglesia Católica. Porque si ambos son verdaderos, no debisteis abandonar la comunión del orbe terrarum por hombres como los que también vosotros teníais. Si ambos son falsos, no debíais evitar ningún crimen de tradición, sino el crimen atroz de la división. Si los nuestros son verdaderos y los vuestros falsos, hace tiempo que no tenéis qué decir. Si los vuestros son verdaderos y los nuestros falsos, pudimos ser engañados con el orbe terrarum sobre la iniquidad de los hombres, no sobre la verdad de la fe. Porque la descendencia de Abraham, difundida por toda nación, no debía atender a lo que decíais conocer, sino a lo que probabais a los jueces. Por lo cual sabemos qué hicieron aquellos a quienes vuestros mayores acusaron, incluso si se les objetaban cosas verdaderas, cuando o a los cognitores de la causa o ciertamente a la Iglesia difundida por todas partes, que solo debía atender a las sentencias de los cognitores, no les parecían verdaderas, sino falsas. Por lo tanto, ¿cómo es culpable el orbe terrarum, si no pudo conocer, incluso un verdadero crimen de los africanos: y esto o porque nadie se lo llevó; o porque en lo que se le llevó, creyó más a los jueces que juzgaban, que a los vencidos que murmuraban? Por esto, Petiliano es digno de alabanza, porque al ver esto completamente invencible, lo omitió en silencio. No es digno de alabanza, sin embargo, porque intentó cubrir con nubes de palabras las otras cosas igualmente invictas, que sin embargo pensó que podrían oscurecerse, y porque me hizo la causa, cuando había fallado en la causa: y de mí mismo no dijo nada, sino lo que o era completamente falso, o no debía ser culpado, o ya no me concernía. Pero mientras tanto, vosotros, a quienes os he puesto como jueces entre él y yo, ¿sabéis discernir algo entre lo verdadero y lo falso? ¿entre lo inflado y lo sólido, entre lo turbio y lo tranquilo, entre lo hinchado y lo sano, entre las predicciones divinas y las presunciones humanas, entre las pruebas y las acusaciones, entre los documentos y los inventos, entre la acción de la causa y la aversión de la causa? Si sabéis, bien y correctamente: pero si no sabéis, no nos arrepentiremos de haber tenido cuidado de vosotros; porque aunque vuestro corazón no se convierta a la paz, nuestra paz sin embargo volverá a nosotros.